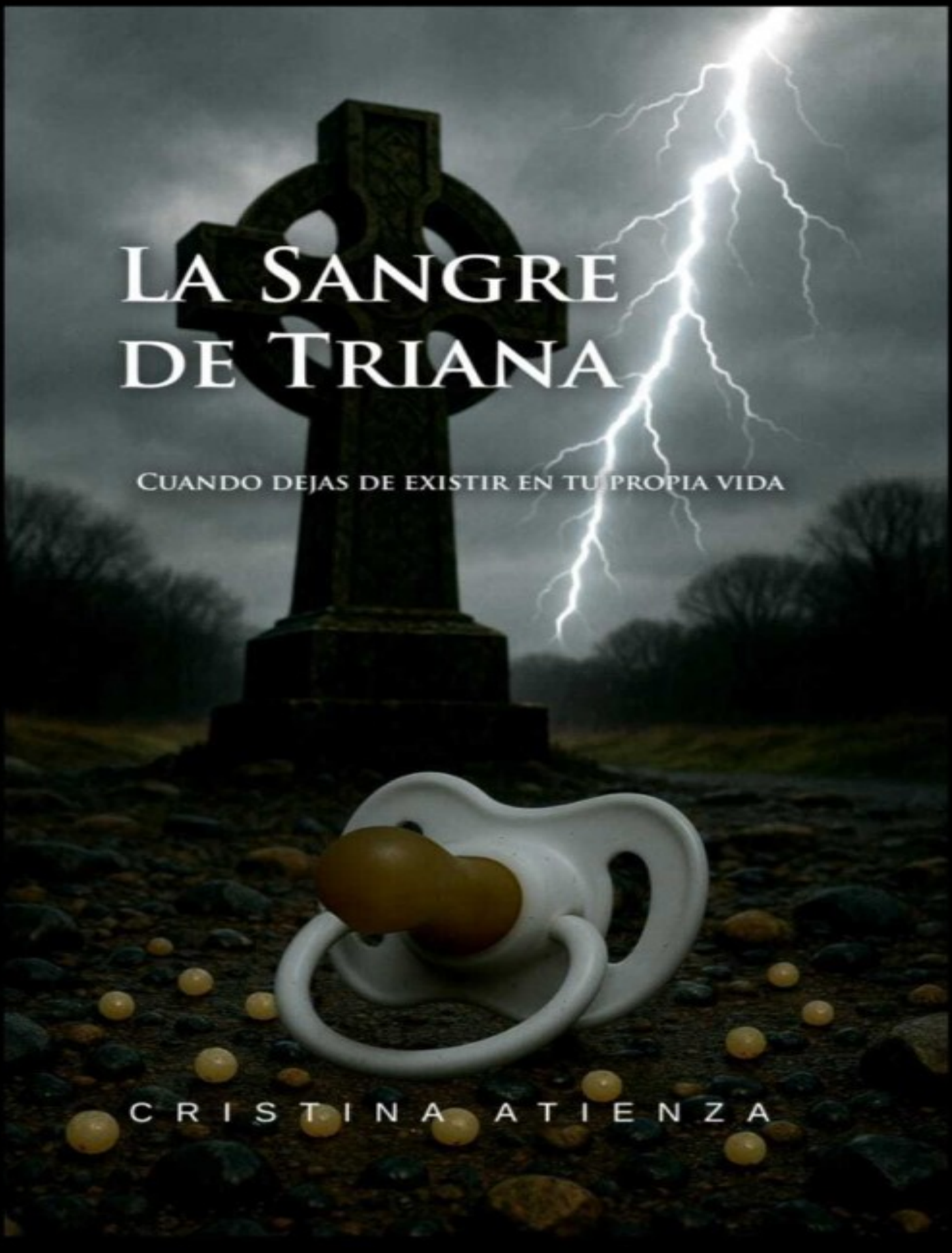
LA SANGRE DE TRIANA
CUANDO DEJAS DE EXISTIR EN TU PROPIA VIDA
CRISTINA ATIENZA

La Sangre de Triana

Cuando dejas de existir en tu propia vida

La Sangre de Triana

Cuando dejas de existir en tu propia vida



CRISTINA ATIENZA

Primera edición: Abril de 2025

© Cristina Atienza Almendral

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Las emociones no expresadas nunca mueren.

Se quedan en tu cuerpo
en forma de enfermedades.

Sigmund Freud

Cuando comprendes
que el infierno que te rodea
no es más que tu propia vida,
dejas de existir en ella.

Cristina Atienza

Querido lector

No puedo permitirte que te sumerjas en esta historia sin otorgarte el privilegio de que conozcas el escenario en el que se ha desarrollado gran parte de la trama.

Me refiero a Triana, un barrio de los 11 distritos que conforman la ciudad de Sevilla, con un pasado que aún late en sus entrañas y que escupe la historia al torrente del río.

Triana está separada de Sevilla por el río Guadalquivir, cuya dársena recorre el cauce histórico de un extremo al otro. La leyenda, el misterio y el ocultismo que han sumergido a este emblemático barrio de Sevilla datan, posiblemente, desde sus inicios. Triana reposa sobre los anales de la historia. Tiene bajo sus pies las crónicas de los desterrados, de reyes, de moros y cristianos, de brujas y herejes, y de señores acaudalados. Dormitan, ajenas a la evolución de la historia, las ruinas de lo que antaño fue una fortaleza medieval.

De origen posiblemente visigodo, el castillo de San Jorge data del año 1171. Fue el rey almohade Abu Yaacub Yúsuf quien ordenó la construcción de un puente de barcas (actual puente de Triana), que ancló a los muros del castillo, y fue esta la única conexión de Sevilla con el barrio que quedaba al otro lado del río. Pasó al poder cristiano en 1248, siendo posteriormente abandonado y ocupado por distintas familias que rendían culto a la iglesia de San Jorge.

El tribunal de la Santa Inquisición asentó allí sus cárceles en 1481; se dedicó durante más de dos siglos a eliminar herejes de la faz de la tierra. Las aguas del Guadalquivir se han tragado más de una vez, a lo largo de la historia, esas murallas que, con el paso de los siglos, dejaron de albergar terrores para dormir eternamente junto al cauce del río, bajo los pies de Triana.

Adentrarnos en lo que hoy es el mercado, en la plaza del Altozano, supone sumergirnos en la historia. Historias que cuentan

cada una de las piedras que componen las barbacanas que se conservan bajo los pasos del mercado de Triana, al margen derecho del río. Cuentan los vigilantes de seguridad que hoy día cuidan el lugar donde los sensores de movimiento detectan «presencias» en lugares en los que, al alumbrar con las linternas, no hay nada…

Mil años de historias. Mil años de batallas y de muertes. De inundaciones. Mil años en los que diferentes culturas han ido moldeando la fortaleza de Triana y la historia de Sevilla. Hoy, ajenas a una ciudad que no duerme, aún vagan almas en busca de una paz que les fue negada antaño. Cuando las hediondas cárceles de piedra eran sepultadas una y otra vez por las crecidas del río, esperando a que alguien con el aura limpia y carente de maldad encuentre, entre las ruinas, lo que fueron durante casi un milenio: las entrañas de Sevilla.

Ahora descansan esas ruinas ajenas a las saetas, al balanceo del puente, cuando la Esperanza de Triana reúne a fieles y devotos a sus plantas… Ajenas a los mercaderes, al trasiego de viandantes, a los sevillanos y turistas que se cuentan por miles, a los que se detienen a tomarse una tapa con una Cruzcampo y a los que no descansan ni de día ni de noche. A los que buscan respuestas entre las piedras de más de nueve siglos, que hace casi mil años ahogan el río y que hoy están escupiendo la leyenda para que todo el mundo sepa de dónde viene Triana.

I

1985
Benaocaz
Roi
El día que encontraron al niño en el desván

Estaré junto a ti. Por mucho que huyas, no te servirá de nada. En tus sueños, en tus pesadillas, en tu vida. Si cierras los ojos, me verás de nuevo. ¿Sabes por qué? Porque vivo dentro de tu cabeza.

La luz se filtra por unas grietas en la madera del tejado. De nuevo, el polvo de hada. En una esquina, una cucaracha patas arriba, inerte. Y lo recuerdo: es el bicho. Estoy de lado, hecho un ovillo, sobre una superficie de madera. Hay astillas en cada lámina de las que conforman el suelo. Esto debe ser un desván. De aquí es la pequeña ventana redonda que siempre miro desde el granero. Miro hacia los lados, recordando la ubicación del ventanillo. Lo diviso. Un eco lejano me recuerda dónde estoy: es la voz de Fabián arreando los corderos. Anoche mi padre llegó muy borracho, creo. Oí a mamá, como otras veces. Sentí mucho miedo. Luego seguí cantando para dejar de escuchar los golpes y me quedé dormido.

Tengo las dos manos metidas entre los muslos; están pegajosos. Anoche volví a mearme. Estoy junto a lo que parece un mueble antiguo. El que tiene los plásticos sobre los que me he acostado esta noche. Hay mucho polvo y huele muy mal; a humedad y a rancio. Intento ponerme en pie. Me duele la cadera sobre la que estoy acostado. En realidad, me duele todo el cuerpo. Quizá es por mi enfermedad; la humedad no me hace bien.

Cuando me pongo en pie, me doy cuenta de la magnitud del lugar en el que me hallo; apenas he estado en un pequeño rincón de un sitio que debe tener las mismas dimensiones que la casa.

Comienzo a caminar, aunque torpemente porque un pie se me ha enredado en el plástico. Me suelto. Hay cajas cerradas llenas de polvo. Más muebles viejos. Todos tapados con plásticos que cuelgan de cada esquina como un velo de novia. Me muevo despacio. Aguzo mi oído y trato de no pisar demasiado fuerte; pienso que me van a oír. Pero todo está en riguroso silencio. Los únicos sonidos que se oyen son los cencerros de los carneros. La voz de Fabián, que de momento no se ha mezclado en una conversación con mi padre, y algún pajarillo que pía feliz y libre posado sobre el tejado. El sonido me llega directo a través de las grietas. A mamá no la escucho. Tampoco a él, y entonces me siento culpable por no haber gritado anoche. Debí haberlo hecho, y cuando papá me encontrara, me atrevería a enfrentarme a él y por fin lo mataría. Si sucede otra vez, ahora que conozco el lugar, me esconderé aquí arriba, y cuando esté subiendo por las escaleras lo voy a empujar para que se golpee por todo el cuerpo y la cabeza, como Pablo. Y entonces se morirá, y ya no nos hará más daño. Mamá siempre dice que algún día estaremos solos los dos, y él no podrá dañarnos más, pero hasta que eso pase, yo no debo contarle nada a nadie.

Camino sigilosamente escudriñando cada recoveco de este lugar. En un rincón veo un mueble que no está tapado, y me acerco a él. Está al fondo. Cerca hay colchones viejos apilados. Cuento tres, pero uno es un poco más pequeño que los otros dos. El mueble está repleto de libros. Todos en riguroso orden y clasificados por colores, aunque todos los colores son oscuros. Los libros no están tan empolvados como el resto de las superficies. Cojo uno al azar. Al abrirlo solo veo dibujos, dibujos que no entiendo. Uno de ellos me recuerda la cicatriz de la mano de mamá; tres espirales que extienden sus brazos y se unen en el centro. Todo el libro tiene símbolos y escrituras. Yo no sé leer bien, pero además tampoco conozco las letras, no son como el abecedario que yo me sé.

Más adelante aparecen hombres con túnicas en blanco y negro. Me da mucho miedo. Lo suelto. De repente me llega el olor a orina… Recuerdo que me estoy meando, pero esta vez puedo controlar dónde hacerlo y me aguanto. Si no me abren pronto, me mearé de nuevo encima. Sigo escudriñando la estancia. Me clavo una astilla y

me sangra el pie. Me la saco, pero me queda el ardor del pinchazo. Cuando vuelvo a poner el pie en el suelo, veo una mancha verde. Una mancha que está en pie. Y si quito el pie, está sobre la lámina de madera. Lo pongo de nuevo y la mancha vuelve a mi pie, haciéndolo parecer un trozo de vidrio.

Busco el lugar desde donde proviene la mancha, y entonces veo el bote. Un bote de cristal con un líquido verde. Un pequeño rayo de sol que se filtra por una grieta atraviesa el líquido y crea una sensación de cristal de vidriera en el suelo, en mi pie y en todo lo que acerque a la mancha. Cojo el frasco y lo huelo. El olor me repugna y me da una arcada. Pero tengo mucha sed y quiero beber, aunque sea solo un poco. Luego pienso en ese olor y me resulta familiar, lo reconozco, me huele un poco a leche. Sí, a leche o a caldo. Dejo el bote en su lugar.

Pienso en mi madre. Ya debe haberse despertado. Yo ya debería estar en el colegio. Oigo un grito que no distingo. Aguzo mi oído y extiendo el pabellón auditivo. He aprendido a controlar los músculos faciales de tal forma que me permiten sacar mi oreja más afuera, como hacen los perros para oír mejor. La voz de Fabián suena diferente, más cercana que antes. Está en la casa. Oigo hablar, pero no sé cuántos son, ni qué dicen.

Sigo andando por el lugar, con mucho cuidado para no clavarme otra astilla. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que me desperté, pero me orino y ya no aguanto más. Hay un libro sobre una vieja mecedora. La mecedora no está tapada, y el libro no tiene polvo. En su portada, una cruz muy rara. No es como las cruces del colegio o de la iglesia, es mucho más gruesa y está dentro de un círculo. En sus páginas, cientos de imágenes de gente rara con bastones y túnicas. En la portada, muchas ramas entrelazadas y un nombre: Druad. Estas letras sí las conozco.

Oigo muchas voces. Me asusto y tiro el libro. Busco por toda la estancia cualquier grieta que me permita mirar al pasillo, pero no encuentro nada. Las voces son más graves. No oigo a mi madre. De repente, un aire un poco más frío que el que me abraza aquí entra por una pequeña hendidura. El olor que trae consigo, un poco a plumas, a estiércol… y a trigo seco, me hace pensar que estoy sobre

el gallinero. El olor me persigue porque ya debe ser mediodía y el sol, que ha calentado la paja podrida del corral y el granero, obliga a los olores bañados de humedad a evaporarse. Pego mi oreja al suelo. Y entonces las voces se aclaran.

«Está muerto», escucho decir a alguien con voz grave.

Recuerdo las escaleras por las que subí anoche. Entonces me levanto presuroso y las busco. Bajo corriendo, agarrándome a las paredes. El corazón galopa en mi pecho al compás de la carrera. Las voces se hacen más perceptibles. Quiero gritar, pero estoy tan acostumbrado a esconderme que pienso que mejor que no me encuentren. Mamá me dijo que me quedara callado, y eso haré. Ya vendrá ella por mí. Oigo sirenas y me asusto mucho más. Los *walkies* de la Guardia Civil suenan en la casa.

—… no, solo él… aquí tirado. Creo que muerto —le dice Fabián a alguien; es su voz.

—Me dice que estaban los tres —dice otra voz más grave.

—Ayer, cuando nos fuimos, sí —contesta Fabián.

—¿Y no ha visto nada ni ha oído nada desde que ha llegado? —oigo preguntar a otro hombre.

Las voces llegan como ecos dentro de burbujas. Mi oreja está pegada a la puerta, que la noche anterior mamá había cerrado tras de mí. No sé qué había pasado.

—No. Me extrañó que Darren no saliera a ayudarme como cada mañana para separar a los corderos de las madres que debían salir al campo. La mujer normalmente siempre me da los buenos días al llegar y anda ordeñando o recogiendo huevos. Y el zagal casi siempre está despierto cuando llego. Hoy no aparecía nadie…

«¿Y dónde están ellos? ¿Y quién está muerto?», pienso yo desde arriba, y mi corazón galopa más y más. Tanto, que un tambor en mi esternón consigue que me duela el alma.

—¿Lo ha tocado? —pregunta una voz muy grave.

Yo no sé a qué se refiere. ¿A quién ha tocado? Yo oigo la conversación como si fuese a mí la pregunta, pero no veo nada y no sé de qué están hablando. Tengo miedo y frío. Entonces oigo cómo continúa relatando Fabián.

—Sí. Cuando vi la sangre me asusté y me agaché a su lado para ver si respiraba. Busqué latidos en su cuello y en su muñeca, pero ya estaba tieso como una mojama… y frío, muy frío… como de llevar tiempo muerto. Claro que yo hice esto porque no vi…

Y entonces se hace el silencio. Esa última frase quedó en suspenso. ¿Qué vio Fabián? Porque de entre todas las voces, la suya es la única que conozco. Mis padres no hablan ya. No los he escuchado todavía. Pero entonces, tras una breve pausa, prosigue Fabián.

»Porque si llego a ver esto, lo doy por muerto, claro —zanja.

—¿En la postura que lo encontró no le vio la herida? ¿No vio la sangre?

—No. Y además, con el tabardo oscuro tampoco distinguí bien eso del pecho.

De nuevo se hace el silencio. Sangre. Tieso. Frío… Un líquido caliente fluye entre mis piernas. Me asusto. Miro al suelo y doy un paso atrás. Si sigo meando aquí, el orín saldrá por debajo de la puerta y me descubrirán. Debo permanecer encerrado hasta que mamá me abra.

»Creí que se había dado el tiro él, pero ya cuando le vi eso… ya supe que había sido otra persona.

Yo no sé a qué se refiere Fabián. Pero ha dicho tiro. Yo lo oí anoche. Él mató a mamá. Eso fue el ruido: el tiro.

—Ya lo veremos. Debe marcharse de aquí. Le tomarán declaración en el cuartel. Tendrá que bajar al pueblo, aquí no puede quedarse —le dice el hombre de la voz grave.

—¿Y el zagal? —oigo a Fabián que pregunta por mí.

—Lo encontraremos. —Luego rectifica—. Los encontraremos.

Mamá tampoco está. Yo sé lo que ha pasado. Él la ha cortado a trocitos y se la ha tirado a los cerdos. Deben buscar en las porquerizas. Estará ahí. Subo las escaleras de nuevo. Me refugio en los plásticos. El corazón bombea mi sangre tan fuerte que me duelen las venas. Tengo calor. Me tapo los oídos. De pronto, una niebla blanca se deja caer ante mis ojos. Se me viene a la garganta el sabor del líquido verde. Bebo muy poco, solo para mojarme los labios porque tengo mucha sed, pero me quema la garganta. Quiero

abrir los ojos, pero no puedo. Caigo y caigo al abismo negro, y unas manos desde el fondo de las tinieblas me sujetan. Tiran de mí. Me engullen.

Salgo de mi cuerpo y me veo tirado. Enroscado. Con los muslos pegados por la orina. A mi lado, un hombre con una túnica, que lo cubre desde la cabeza hasta los pies, está mirándome. Tiene un bastón desigual arrugado en el extremo. Me toca. Yo no me muevo. Dibuja en mi pecho un círculo con tres óvalos dentro, unido por las puntas inferiores; ese dibujo estaba en el libro de antes. Quiero despertarme. El hombre canta. Parece gaélico. A veces, papá me cantaba eso cuando era más pequeño. El hombre sigue conmigo. El polvo de hada inunda el desván. Veo más libros. Antes no vi tantos. En el costado izquierdo, más pegado a la columna que al esternón, veo una mancha que tengo. Nunca me la he visto. La miro: son dos serpientes entrelazadas formando un círculo perfecto. Toco la cicatriz desde fuera de mí. La mancha, en realidad, es una postilla infectada. El hombre de la túnica me mira y asiente. Todo se vuelve negro. Ya no respiro. Me abandono y dejo de sentir.

No sé cuánto tiempo ha pasado ni si estoy muerto ya. Cuando oí gente en casa debí gritar, pero mamá me dijo que no lo hiciera. Y tampoco me trajo agua; eso es porque ya está muerta, seguro. El agua verde que bebí estaba amarga y me ha dado fatiga. He vomitado, creo; me sabe a vómito. Si mamá se entera de que me he manchado la ropa, me castigará. Aunque yo creo que ya está muerta. Muerta. Me duele el pecho. Me duelen las piernas. Supongo que es por mi enfermedad. Estoy enrollado con los plásticos que cuelgan desde el mueble en el suelo. Oigo voces. Gritos. Me llaman. Dan golpes. Oigo un estruendo. La mesa de la cocina. Pienso en ella; solo la mesa de la cocina al caer podría hacer tanto ruido. El *sacabuche*. Las túnicas. La gente de negro. Mamá sonriendo. Un pozo. Las hierbas. Mamá me da una infusión. La Sierra. El jabalí. Las tripas de los cerdos caen al cubo. El olor me da fatiga. Quiero despertar, pero no puedo moverme. Me ahogo. Todo da vueltas en mi cabeza. La gente me mira. No sé cuánto tiempo llevo aquí. Creo que hace días que mamá me encerró aquí para protegerme, pero ahora la han matado y nadie tiene la llave. «Mamá…», la llamo y no

viene. Tampoco sé si me sale la voz fuera del cuerpo. Ahora oigo voces de nuevo. Voces que conozco. La gente de negro se ha ido. Ahora ya respiro mejor. Oigo a mucha gente hablar abajo. Tengo la oreja en el suelo. Mi oreja está igual de desarrollada que las de las polillas.

—¿A dónde da esa puerta? —dice la voz grave que habló hace rato.

Yo escucho en la lejanía. Tengo la boca seca y no puedo hablar. Pero tampoco voy a hacerlo hasta que no llegue mamá y me saque.

—No lo sé, nunca he entrado ahí —ese creo que es Fabián.

—¡Abridla! —grita otra voz.

Intento abrir los ojos, pero solo puedo abrir uno. Una nube de polvo inunda toda la estancia. Veo imágenes distorsionadas. Gente oscura que corre por todas partes. Oigo una voz conocida. Viene hacia mí. Y ya no veo más. Me tiran del brazo. De la pierna. Me meten las manos en la boca. Me dan arcadas.

Quiero decirle que él ha matado a mamá y la ha echado a los cerdos, pero no puedo hablar. Todo se vuelve a quedar en silencio.

«¡Es él! ¡Roi!»

Vuelvo a caer en un pozo negro. Unas manos tiran de mí. El hombre de la túnica asiente. Mi madre me mira y sonríe. Alguien me toca. No me gusta que me toque nadie. Pero no puedo hablar. «Mamá», la llamo para dentro. Oigo sirenas. Todo se vuelve blanco. Juré que lo mataría, pero no me ha dado tiempo a ser mayor. Y ahora él la ha matado a ella.

II

Lunes 27 de octubre de 2014
Sevilla. Calle Betis
Acaba de desaparecer la niña

Hace un rato que la lluvia intensa ha cesado, pero aún quedan tímidas gotas de agua en polvo, que parecen estar sacudidas desde el cielo. Unos minutos antes estaba lloviendo tanto que las calles de Triana habían perdido el color y se veían completamente grises. Un intenso aguacero ha cogido a los habitantes de Sevilla desprevenidos. Ahora, pasada la tormenta, algunos achican agua de sus negocios y portales; otros, asomados a los balcones, contemplan cómo la calle Betis parece un río paralelo al Guadalquivir. Las alcantarillas vomitan agua y, a lo lejos, la tormenta, que parece abrir el cielo en dos, asemejándose a una imagen apocalíptica, se aleja dejando la impactante imagen de la Torre del Oro, con un cielo completamente rojo tras de sí.

Cuando todo parece haber pasado, y solo el torrente de agua corriendo por las calles como un río salvaje interrumpe la calma, los gritos de un hombre sobresaltan a todos los vecinos. Ha salido a la calle perturbado, vociferando. Llama a su hija, a sabiendas de que la niña no puede contestarle aún. Hay poca gente en la calle, pero algunos se empiezan a arremolinar en torno al desesperado que va corriendo y gritando como un loco por Triana. El corazón le trota en el pecho y se dirige hacia el puente. La gente le pregunta. Los dueños de los bares y terrazas, que se amontonan en el margen del río, corren tras él. Todo el mundo quiere ayudar, pero no saben qué está pasando.

«¡Mi hija no está!», es lo único que acierta a decir. Su vecino Curro, que vive en el bloque de pisos contiguo y tiene un bar en los bajos del edificio, consigue detenerlo. Por fin, el hombre, que está empapado, se para, se agacha, coge aire y mira a Curro.

—No está —le dice en un tono apagado, sereno, resignado, dejando agonizar los últimos retazos de aire que le entran en el pecho.

—¿Qué ha pasado, Rodrigo?

—¡No está! Mi Triana… ¡Se la han llevado de la cuna!

El hombre está chorreando. Las gotas de agua le caen por el flequillo. Tiene la cara blanca y los ojos desencajados.

—¿Cómo que no está? Estará con Eva.

—¡Te digo que se la han llevado, Curro! La madre estaba dormida cuando he llegado, ¡y mi chiquitita no aparece!

—Pero eso… ¡No es posible! ¿Dónde está ahora Eva?

—Ha salido a buscarla por el otro lado. Está preguntando en el bloque por si alguien ha visto algo. ¡A mi niña se la han llevado! —le grita roto de dolor.

—Tranquilo, Rodrigo —le dice el vecino mientras saca su teléfono móvil.

Rodrigo coge aire. Mira a Curro, seguro de que algo muy malo ha pasado. Abre el puño y le muestra lo que lleva en la mano. Lo tiene apretado con tanta fuerza que los nudillos de los dedos ya han perdido la sangre y se ven completamente blancos. El vecino se queda mirando, mientras el agua le chorrea por la cara. Trata de entender qué son esas bolas que tiene el padre en la mano, pero no consigue discernir lo que son.

»¿Qué coño es esto? —pregunta el vecino.

—Parecen semillas ¡No lo sé. Estaban en la cuna de mi niña! —grita el padre.

—¿Semillas? ¡Semillas de qué!

—¡No lo sé, coño! —le chilla a Curro fuera de sí. Rodrigo lo ha cogido, con la mano que tiene libre, por la camisa blanca que ahora deja apreciar su torso como si estuviese desnudo—. Llama, Curro. ¡Llama a emergencias ya! —insiste el hombre mientras mira al camarero con los ojos desencajados.

Rodrigo vuelve a correr. Desesperado. Gritando el nombre de la niña. El hombre le grita al Guadalquivir el nombre de su hija, aullando de dolor. «¡Triana!». Solo resuena ese nombre, acompasado por el balbuceo del torrente de agua que busca el

cauce del río. El público que se ha congregado en los márgenes del Guadalquivir tiene los pelos de punta, como si de una saeta al Cristo de los Gitanos se tratase. Mientras Rodrigo aúlla el nombre de su niña, el silencio rompe Triana en dos.

Rodrigo ha encontrado las semillas sobre las sábanas de su hija. Sabe que alguien se la ha llevado mientras su madre, fruto del agotamiento, dormía plácidamente en el sofá. Se ha encontrado la inusual escena al llegar a casa: la puerta de entrada abierta y el cochecito de bebé en el recibidor (donde nunca lo han dejado). Todo en riguroso silencio y meticulosamente ordenado. Eva, tapada con una manta fina en el sofá, con la tele encendida y sin volumen. Un vaso de agua encima de la mesa y algunas avellanas en un bol. Rodrigo no se ha fijado en un detalle que más tarde será importante para la policía: Eva tiene los zapatos puestos a pesar de estar tumbada en el sofá. Tampoco ha visto lo que hay sobre la mesa, debajo del vaso de agua. Eso lo verá más tarde la policía científica.

Cuando ha llegado a la habitación de su hija, se la ha encontrado con la persiana bajada. Las sábanas de la cuna están extendidas e impolutas y, sobre estas, hay unas bolitas blancas del tamaño de una canica, que Rodrigo, aunque dice no saber qué son, las asocia con la desaparición de Triana.

Al encontrar esto, el hombre ha sacudido a su mujer, arrancándola del sofá y del sueño profundo. Ambos han buscado a la niña por cada rincón de la vivienda, incluso en el balcón, que permanecía cerrado, aun sabiendo que la bebé jamás pudo bajar de la cuna por su propio pie.

Eva, que ha salido corriendo en dirección opuesta a su marido, va con el chupete de la niña colgando de su cadenita, la que le regalaron los abuelos con su nombre tallado en cuentas de madera. Quienquiera que se llevó a Triana dejó el chupete en la cuna, aunque horas más tarde recordará que quizá ese maldito día la niña no llevaba el chupete. La madre está desesperada; las últimas gotas del aguacero le han empapado el pelo y la cara. Su garganta se ha secado de tanto gritar. El corazón, que parece una vieja locomotora, le está taladrando el pecho. Su vida se ha quedado vacía en apenas unos segundos, mientras el sueño, fruto del agotamiento avenido en

parte por los duros meses que lleva estrenando el puesto de madre, combinado con el trabajo en la US (Universidad de Sevilla), ha hecho mella en ella, dejándola dormida como hacía meses que no dormía. Eva va con la cara desencajada; en la mano que no lleva el chupete, aprieta en un puñado algunas de las bolas blancas que había en la cuna de la niña, las pocas que ha dejado su marido sobre las sábanas antes de salir corriendo como alma que lleva el diablo. La gente la mira, todos los que han comenzado a asomarse tras el aguacero, en busca de la autora de semejantes alaridos de dolor… Ella está llegando a la plaza del Altozano. Desesperada. Chorreando. De sus pechos está manando el alimento de la niña, el que debería estar tomando ahora mismo, después de la siesta. La mujer estalla de dolor al sentir que la leche de su hija sale de su cuerpo, empapándole la camiseta con dos cercos que se han entremezclado con el agua, que ya ha empapado casi por completo la camiseta de estar por casa con la que Eva ha salido a la calle detrás de Rodrigo, sin entender nada.

Ha llegado cerca del mercado. Una mujer mayor se interpone en el camino de la madre. La mujer tiene el pelo cano. Sus mechones grisáceos le caen en la cara. Se deja empapar por la lluvia espolvoreada y ahora mismo obstruye el paso a la madre, que huye angustiada, en busca de su hija, sin saber por dónde buscar.

—¡Para, hija! ¿Por qué corres como una loca? ¿Qué buscas? —le pregunta esa mujer a la madre.

Eva se para. Los ojos de la vieja… Le parece haberlos visto alguna vez, pero ahora mismo está muy confundida y no acierta a recordar nada. No sabe por qué, pero esa mujer le da paz. Cree que puede ayudarla.

—Mi hija, mi Triana, no está en la cuna —se atreve a confesarle Eva a la anciana que acaba de conocer y que la tiene sujeta por las manos…

Abre la mano con la que aprieta las semillas. Mira a la vieja buscando una respuesta. Quiere que la mujer, que debe tener más experiencia que ella, le diga de qué se trata. Siente una breve empatía de madre a madre, o eso cree.

La mujer mayor coge las semillas, las aprieta en su mano y las huele.

»¿Qué son? —le pregunta Eva con los ojos abiertos de par en par entre jadeos—. ¿Usted sabe qué son esas bolas? —continúa desesperada.

—Muérdago… Son semillas de muérdago —le responde la anciana.

La madre no entiende nada, no sabe quién ni por qué han dejado esas semillas en la cuna de su hija. Ni por qué se la han llevado. En un arrebato siente el deseo imperioso de correr de nuevo, de alejarse de allí, lejos de esa mujer que, no sabe por qué, de pronto ha dejado de parecerle tan anciana y tan buena. Corre de nuevo. Llega al mercado.

«¡Triana!», grita Eva. «¡Hija mía! ¿Quién tiene a mi hija? ¡Devuélveme a mi hija!».

En el mercado de Triana, donde ha llegado la madre, se arremolinan los comensales que disfrutaban de unas tapas durante el aguacero. Eva se ha dejado caer al suelo. Ya no puede seguir; el dolor es tan grande que no se ve capaz de resistirlo más tiempo. Pero ese dolor, aunque ella ahora no se lo imagine, no ha hecho más que empezar.

El chupete de la niña que sostiene la mujer, apretado en el puño, cae al suelo con ella, dejando ver su nombre en las cuentas de madera: «Triana». La gente, como si ante ellos estuviese pasando la Esperanza, está en absoluto silencio, contemplando a Eva mientras se retuerce de dolor.

A lo lejos se empiezan a oír las primeras sirenas de la Policía Nacional. Han acudido a la llamada de Curro. Rodrigo está encaramado al puente. Algunos testigos, entre ellos su vecino, lo tienen sujeto, inmovilizado, haciendo tanta presión en su estómago que el hombre tiene las tripas en la boca. A lo lejos, perdida en el ancho Guadalquivir que se agita monstruosamente, al hombre le ha parecido divisar la toquilla de su niña.

III

1985
Sierra de Grazalema. Benaocaz
Roi
Antes de que lo encerraran en el desván

Llueve.

Estoy agotado. Me he recorrido muchas veces esta sierra (más veces de las que hubiese deseado). El instinto de supervivencia me dice que no me pare, que siga. Está cerca. Me persigue por este paraje que él conoce tan bien, pero yo debo ser más listo y, a mi corta edad, he aprendido dónde debo esconderme. Cualquier oquedad diseñada en el terreno calizo es perfecta para resguardarme de la lluvia, esa lluvia fina que ha dibujado en Grazalema un paisaje difuminado, pareciendo hoy esta sierra un cuadro de Edvard Munch. Me refugio de la llovizna, pero en realidad huyo de mi padre. Respiro entrecortado, ahogando los jadeos. Creo que, con el soniquete del chapoteo, labrando murales en las pizarras, no me va a oír, pero no puedo fiarme. Hoy está muy borracho. Demasiado borracho; mamá me lo dijo cuando me recogió del colegio, porque hoy sí he ido. Me dijo que sus ojos se parecen a los del mismo demonio, rojos e inyectados en sangre. Yo sé que, si corro la suerte de no ser descubierto, él volverá a la finca, dará portazos, tirará sillas y golpeará la mesa una y otra vez. Cuando ahogue su rabia con el mobiliario vencido de tantas palizas, irá a por ella. Pero yo no puedo ayudarla todavía.

Pilar ya no se resiste. Pilar es mi madre. Durante algún tiempo estuvo algo mejor, pero desde que pasó lo de mi hermano ya no es la misma. No sé cómo ocurrió. Aquella mañana me despertaron sus gritos; aún no había llegado el alba y desde entonces todo pasó muy deprisa. O a cámara lenta, no lo recuerdo muy bien. Los vecinos me mandaron a jugar al cuarto mientras se llevaban al niño de mi casa.

Yo lo vi poco tiempo, pero ya estaba morado y ahora lo recordaré siempre flácido, entre gris y morado, o azul, y con los ojos cerrados para siempre.

El soniquete del agua me devuelve a la realidad. Sigo resguardado en la oquedad. Podría ser una madriguera o una covacha donde puede habitar cualquier bicho. En la sierra hay zorros, meloncillos, comadrejas y otros animales que ya conozco muy bien, pero hay dos en particular que me dan mucho miedo, que han compartido mi mente muchas noches, metiéndose en mis sueños y que me provocan las pesadillas más sangrantes. Me dan pavor el jabalí y los lobos. Mamá un día me dijo que papá me cortaría a trozos y los tiraría a los cerdos para que se los comieran. Yo tengo esa imagen grabada en la mente: mi padre borracho, con un gran cuchillo, cortando trozos de mi cuerpo sobre la mesa de la cocina y esparciéndolos por los corrales. Cada vez que lo pienso, una náusea me sube a la tráquea. También me imagino a esos animales, como una vez me los encontré en el patio delantero de la casa de la finca, colgados de un gancho por las pezuñas. Cabeza abajo. Gruñendo mientras mi padre hundía el inmenso cuchillo de arriba abajo y los rajaba. Yo vi caer las entrañas del cerdo al cubo. Aún recuerdo el olor, el humo que salía del cuerpo del animal, y que al día siguiente tuve fiebre… El jabalí es peor. Me da más miedo. Es como un cerdo con cara de demonio. El lobo también me asusta. Ese bicho es el mismísimo diablo. Para mi mente, infantil y enferma, cualquiera de esos animales podría ser la reencarnación del mal. Sé que si semejante bestia me atacase con sus infinitos colmillos, me rajaría de arriba abajo, como le oí decir un día a mi padre que le haría a mamá, y como había visto hacerle a los cerdos.

Ese miedo continuado consigue hacerme mucho daño. A veces no sé distinguir la realidad de lo que imagino sin querer. Pienso y pienso hasta que me duele. Me siento débil y creo que no soy como todos los niños. Yo quiero contar cosas que me pasan, pero mamá me ha dicho que, si lo hago, nos van a separar, y yo no quiero, porque si me llevan lejos de la finca y la dejo sola con él, entonces la va a matar antes. Esa agonía despierta conmigo en la mañana y se extiende hasta la madrugada. A veces creo que mi maestro se va

a dar cuenta y me sacará de la finca… Pero eso no pasa nunca, porque tampoco voy muchos días seguidos a la escuela.

Estoy temblando mucho. No sé si es de frío, de pánico o de hambre. Aunque también podría ser todas esas cosas juntas, y tiemblo aún más cuando presiento su cercanía, hasta el punto de que me castañean los dientes. Me tapo la boca y aprieto la mandíbula. Como me descubra, me mata. No puedo evitar los jadeos, pero he adquirido la habilidad de jadear para dentro y solo me escucho yo.

Tengo mucho miedo, y desde que murió Guillermo, más. Guillermo fue mi hermano durante casi un mes, hasta que pasó lo del accidente, y ahora siempre lo recordaré de color azul. Lo vi mientras se lo llevaban; solo unos segundos, pero ya no me lo quito de la cabeza.

Lo oigo. Escucho de nuevo sus pasos al desbrozar la maleza. Se está acercando. Él sabe que siempre huyo en dirección al Colmillo del Diablo (un pico sobresaliente muy característico de esa parte de la Sierra de Grazalema). El día que me vea acorralado, saltaré al arroyo.

Oigo cómo grita mi nombre, y el eco se entremezcla con el soniquete del agua. Desde hace un rato, esa melodía es la única que me mantiene alerta: el sonido de la lluvia y el olor del lentisco, que penetran en mí tanto o más que la humedad. Se para cerca. Estoy agazapado dentro de la covacha. Lo siento junto a mí, oigo los pasos de aplastar las zarzas empapadas. Escucho cómo respira.

Mamá me ha dicho que si me encuentra cuando está tan borracho, me meterá en un barril y me lanzará al arroyo.

Cierro los ojos esperando el golpe final. Lo oigo demasiado cerca. Ahogo un grito y aprieto la mandíbula para evitar que mis dientes choquen entre sí. Mi cara se moja más que antes; no es la lluvia, estoy llorando. La entrepierna también se ha mojado otra vez. Tengo mucho miedo y empiezo a rezar torpemente porque no me acuerdo, pero le pido a quien sea que no dé conmigo. Lo siento junto a mí y temo lo peor, pero pasa de largo, se aleja su voz y cada vez es más distante, aunque esta vez ha estado cerca. Respiro, por fin puedo

respirar un poco. Quito la mano de mi boca (la puse ahí para ahogar el grito).

Sé lo que papá hará a continuación, pero yo no puedo impedírselo. Si fuese mayor, le arrancaría el corazón y se lo tiraría a los cerdos, pero con siete años tengo mucho miedo. Mamá me dice que cuando crezca podré ser capaz de hacerlo.

Salgo de mi escondite y me doy cuenta de que unas zarzas me han servido de aliadas con el camuflaje. No ha cesado la lluvia, pero ahora es simple polvo de agua y casi no moja. Aún me tiemblan las piernas. Lo veo bajar por el camino forestal. Ya está oscureciendo y casi no se ve, aunque yo sé que vuelve a la casa. Yo voy siguiendo sus pasos, porque la sierra, al anochecer, también encierra muchos peligros. Si él supiera que voy tras él, sería mi final.

Cuando voy llegando a la finca, alguien me agarra el brazo. Me asusto. Doy un respingo. Emito un nuevo aullido ahogado, como un pequeño lobezno herido. Miro al dueño de la mano que me agarra: es Fabián. Me pregunta algo. Está oscuro. No sé qué me ha preguntado, porque me he soltado de su mano y he echado a correr sin parar.

IV

Madrugada del lunes 27 al martes 28 de octubre de 2014
Sevilla. Calle Betis

Hace ya un buen rato que Rodrigo permanece apoyado en la barandilla, mirando el río. El agua se ve oscura, como su pensamiento. Mira a su izquierda y ve cómo las luces artificiales de la ciudad están dibujando reflejos en el agua, por detrás del puente. Él cree que está observando una pintura, o un paisaje como los que le gustan a Eva.

Está rezando en silencio. Hace pocas horas que no sabe dónde está su pequeña y aún se aferra a la esperanza. Conserva algo de fe que, desde algún rincón de su cabeza, le recuerda que todavía puede estar viva. Solo ese pensamiento le impide saltar al agua y dejar que su cuerpo fluya corriente abajo, en dirección a Sanlúcar de Barrameda. Quiere volver a sumergirse en el turbio y frío Guadalquivir, como ayer tarde, cuando nadie pudo evitar que saltase al río desde el embarcadero del club náutico, poco antes de llegar a la plaza de Cuba, cuando el impulso lo obligó a lanzarse al agua para sacar la toquilla de su niña. El frío consigue que las manos le duelan, que el acero de la barandilla le parezca de puro hielo e incluso que su cuerpo entero tiemble por dentro. Él no sabe si es de miedo, de dolor o de rabia. Esa rabia que le ha brotado desde algún lugar escondido, que ahora le impide dormir y pensar, que apenas lo deja ingerir algo de café cada dos o tres horas para mantenerse despierto. Hace rato que la policía científica está trabajando en el piso buscando algún indicio. Le han pedido al hombre que salga; es el procedimiento. El protocolo dice que él también es sospechoso; después de todo, él fue el primero en darse cuenta de que su niña no estaba. «Su niña ya no está». Qué frase más oscura. ¿Cómo puede esfumarse un bebé de la nada? No. No puede. Alguien lo tiene. Alguien con fines poco ortodoxos se la ha llevado.

«¿¡Por qué a mi niña!?», le grita Rodrigo al agua, como si de los oscuros reflejos del Guadalquivir fuese a emerger una respuesta.

Golpea la barandilla. Patea el suelo. Trata de liberarse de la rabia que lo apresa; no lo consigue. Hace horas que está en *shock*. No procesa nada. A ratos piensa que todo es una pesadilla. En otros momentos, a su mente vienen imágenes de la niña, enredada entre el fango y la maleza de los márgenes del río. Su boca azul y sus ojos abiertos lo persiguen… pero sacude la cabeza y los aparta. Necesita encontrarla. Él no ha querido que le pinchen sedantes como a su mujer. Ella tuvo una crisis muy fuerte. Se retorcía en el suelo del mercado como una cierva a la que han disparado en una cacería y ve a lo lejos cómo su cría la mira, implorando que no la deje. Pero Eva ahora mismo no puede hacer nada. Esa impotencia la mata. Cuando llegaron, los médicos de emergencia tuvieron que administrarle sedantes, aunque no para dejarla dormida profundamente: el choque de realidad podría ser fatal si por unas horas olvida de manera artificial que su niña ya no está.

Sin querer, Rodrigo culpa a Eva. Cree que no cerró la puerta, que llegó demasiado cansada, que se quedó demasiado dormida, y ahora su bebé ya no está, aunque eso no se lo ha dicho a ella. Ya no la tiene, ya no puede poner su cara en la barriga de Triana para oler ese aroma a cremas y talco que tanto lo consuela. Porque él, como cualquier mamífero, reconoce a su cría por el olor. Ya no puede sentir esa parte de su carne siendo vulnerable entre sus brazos.

A lo lejos, está viendo la cinta policial, las luces azules y todo el gentío en torno al bloque de pisos de la calle Betis, donde hace horas descansaba con una plácida siesta su niña. Necesita estar allí, pero a la vez no puede, es incapaz. Piensa en tirarse al río de cabeza e irse con su niña, porque él piensa que ya no está en este mundo. Desde donde está puede ver el trasiego de policías que parecen haber salido de la NASA, con los buzos blancos… El piso está a oscuras. Hace un rato que han cubierto todas las estancias con luminol, buscando restos de sangre. De momento, nadie lo ha llamado. Se consuela pensando que no han encontrado sangre en el piso. Eso puede ser buena señal. Tal vez aún nadie le haya hecho daño… Porque en el río estaba la toquilla, pero ni rastro de la niña.

Curro, que está a medio camino entre el piso de Rodrigo y el lugar donde el hombre permanece apoyado, está preocupado. Ha cerrado el bar antes de la hora habitual. Ha apagado ya siete cigarrillos en la acera. También lo han interrogado, pero pudo aportar poco. Solo declaró haber visto a su vecino y amigo correr como un loco, ayer tras la tormenta. Vociferando. Lo paró y este le contó que su niña había desaparecido, que su bebé de seis meses se había esfumado de la cuna, mientras su madre dormía en el sofá; a partir de ahí, todo se precipitó. Pasó a cámara rápida y, ahora que todo se ha calmado, contempla a su amigo, pateando el puente como si quisiera arrancarle a Sevilla siglos de historia de una patada.

«¡Rodrigo!», se atreve a llamarlo desde una distancia prudente. «Vamos con Eva. Quítate de ahí».

Pero el hombre está casi tan inerte como las vigas del puente de Triana, solo lo ve moverse cuando la ira atraviesa su cuerpo como un rayo, y le impide permanecer quieto.

Hace seis meses que Triana le enseñó el amor más puro. El miedo, la desesperación y el dolor. Todos esos sentimientos en un mismo cuerpo, y ahora solo siente que el corazón se le ha parado, que las tripas ya no le funcionan, que los pulmones no se llenan con el aire. Ya no tiene cuerpo y ha dejado, de momento, de tener alma. Ahora Rodrigo necesita encontrar a su pequeña. Es lo único que necesita en la vida. ¿Quién ha podido entrar en el piso? ¿Quién iba a saber que su mujer se dejó la puerta abierta y entró exclusivamente para robar a Triana de su cuna? La calle está llena de bares, todos con fantásticas vistas al Guadalquivir, pero ayer estuvo lloviendo toda la tarde. Las alcantarillas del asfalto escupían con una fuerza brutal, por la incapacidad para tragar toda esa agua que vomitaba el cielo de Sevilla; era muy improbable que alguien hubiese visto algo y era más improbable aún que alguien estuviese en la calle. A pesar de la intensa lluvia, no había huellas en el piso de zapatos mojados. Roberto y Eva siempre se descalzan al entrar… Pero quienquiera que se llevó a su hija, ¿qué hizo?

«¡Devuélveme a mi niña!», le grita el hombre al río. Desgarrado.

Curro se acerca a él. Lo agarra por el brazo. Lo atrae y lo abraza.

—No puedo vivir, sin ella no. Curro, necesito tenerla conmigo. ¡Quién se ha llevado a mi niña! —le dice llorando, abatido.

El hombre trata de mantenerse entero para soportar el dolor de su vecino, pero los lamentos de Rodrigo le traspasan el alma. No puede evitar que se le encharquen los ojos.

—La van a encontrar —le dice a su amigo, poco convencido de ello.

Rodrigo asiente, secándose las lágrimas que se le están desbordando a chorros.

»Siéntate —le aconseja el camarero.

Y le señala los bancos de piedra que recorren el margen del río de una punta a la otra a lo largo de la calle Betis.

Una voz interrumpe el dolor del hombre. Viene del lado izquierdo:

—¿Rodrigo?

El hombre se gira sobresaltado. El corazón le galopa en el pecho con un viejo soniquete que le parecía haber olvidado.

—Soy el inspector Iván Müller —le tiende una mano que se queda huérfana en el aire…

—Sí, ¿qué han encontrado? —le dice el padre al policía, agarrándolo por los brazos, obviando que la mano izquierda del inspector está tendida hacia él.

—Nada. Aún nada, lo siento —le comenta cabizbajo—. Pero deben acompañarnos a la jefatura para tomarles declaración.

—¿A mí también? —se apresura a preguntar Curro, que permanece junto a su amigo en todo momento.

—No. A usted de momento no. Nos basta con lo que ya nos dijo; me refiero a los padres. Si no le importa —el inspector mira a Curro, dejándole claro que ahora sobra…

—Sí… sí, os dejo —le dice el camarero, que ha cogido la indirecta. Mira a su amigo. Le agarra la cabeza y la pone junto a la suya—. Rodrigo, quillo… La niña va a aparecer.

El hombre asiente.

—Será mejor que hablemos en otro lugar —le indica el inspector al padre.

El hombre se derrumba. Se arrodilla. Y le suplica al policía.

—Por favor, dígame si han encontrado algo… Sé que hay algo.

—No hemos encontrado a su hija, ni indicios de… bueno, ya sabe. Pero sí hemos encontrado algo, y debe acompañarnos a comisaría, por favor.

El inspector le señala un coche que hay aparcado cerca del edificio. Es un Alfa Romeo negro. Tiene una luz de emergencia arriba y se percata de que es un coche policial. A Rodrigo le tiemblan las piernas. El corazón le late dando golpes para salirse del pecho, y su mente está girando sin control como un caleidoscopio, mostrándole imágenes sin sentido que no le dicen nada, pero que han comenzado a emerger sin razón alguna desde lo más profundo.

V

1985
Benaocaz
Roi
Antes de que lo encerraran en el desván

El amanecer ha traído de nuevo un día con escarcha. La sierra está parada, sumida en una niebla intensa que impide a los viandantes avistar a más de dos palmos por delante. La humedad no me hace bien. Mamá siempre me dice que los días húmedos son los peores para mi enfermedad. Las lluvias de los últimos días han encharcado las tierras de Grazalema y las de la finca. No conozco mucho más que esta finca, las porquerizas, las ovejas y la paja. Vivo con miedo. Ese terror es parte de mi vida y cada minuto de existencia me perfora las entrañas. Algunos días me llevan al colegio cuando no tengo fiebre ni dolor en las piernas, aunque a mamá no le gusta que vaya porque casi siempre empeoro.

Ayer llovió mucho y las tierras están embarradas. Sé que mi padre no irá más que un rato a dar una vuelta a los cochinos negros que campan a sus anchas, comiendo bellotas junto al camino, donde están los toros bravos. El dueño de la finca tiene un secadero de jamones y sé que, dentro de poco, esos animales que comen felices en libertad estarán descuartizados, con una cuerda negra amarrada a las patas, colgados en una nave y cubiertos de sal.

Después, mi padre irá a los corrales y les echará el pienso a los otros cerdos, y a los corderos les pondrá paja nueva. El dueño, por puro capricho, tiene una granja junto a la casa de la finca (solo con los jamones le da para tener más dinero que pelos en la cabeza). Después de hacer todo eso, bajará al pueblo y cuando vuelva, estará tan borracho que no sabrá ni quién es.

Paso largos periodos sin ir al colegio. Mi madre dice que es por mi enfermedad, que me da fiebre y dolor en las piernas, pero yo

creo que ese dolor es por otro motivo. Mi padre se enfada mucho cuando me ve enfermo y le grita a mamá, pero ella no tiene la culpa, solo me cuida. Él se pone furioso y levanta la mano a mamá. Ella llora y me mira y entonces sé que debo correr. Me voy corriendo a la sierra que rodea la finca. Me da pena dejar a mi madre sola con él, pero no puedo quedarme. Ella siempre me abraza fuerte, y nunca me haría daño. A Guillermo, tampoco; lo sé. Lo que pasó fue un accidente. Siempre trata de hacerme reír, y cuando me salen los colores en la piel me dice que es el arcoíris, porque hay morado, amarillo y verde. Yo siempre le pregunto si el arcoíris duele, pero nunca me contesta. A mi madre le gusta cuidarme cuando estoy enfermo o tengo dolor. Ayer, al atardecer, cuando llegué de la sierra después de esconderme de mi padre, ya había pasado todo y él dormía como si no lo hubiese hecho en siglos. Cuando entré en la casona, mi madre no me preguntó de dónde venía. Ella tenía sangre en la cara y cortes en las manos, pero yo hice como si no los hubiese visto.

—Quiero ir ya al colegio —le dije susurrando, para que la bestia que dormía en el sofá no se despertase.

—Dentro de poco —me dijo ella, que pelaba patatas con la luz de un candil encima de la mesa…

Desde que pasó lo de Guillermo, no había vuelto a ir al colegio, aunque había días que no tenía fiebre.

Cuando me quedo en casa, ayudo a Fabián, aunque casi nunca hablo con él. Sé que no puedo hablar con nadie ni fiarme de nadie. Me lo dijo un día mamá. Creo que Fabián quiere ser mi amigo, pero mamá no quiere que hable con él de nada, ni que le cuente nada, ni siquiera que tengo cuatro saltamontes en una caja debajo de mi cama. Si cuento lo que pasa en casa, me llevarán lejos de aquí y ya no podré verla. Eso me lo ha dicho ella también porque confía en mí. Me da pena no verla, pero por lo que tengo más ganas de quedarme es por matar a mi padre. Aunque para eso debo ser algo mayor.

Al atardecer suelo esconderme. En el silencio de la noche, el sueño y la realidad conectan de forma que yo no sé distinguir.

Siento algo frío en mi cuello, aunque no sé si es real o no. Un cuchillo afilado. Muy afilado. ¡Eso es! Y está apretando mi garganta.

Estoy acostado sobre algo duro; probablemente sea la gran mesa de madera que hay en la cocina, donde a veces despluman a los pollos, los destripan y desangran. Me sostiene papá. Yo oigo a mamá gritar desesperada desde algún lugar de la casa. Papá me sujeta y no puedo mover las manos. No sé qué está pasando, pero los gritos de mamá me asustan y me meo encima. Siento calor entre mis piernas. Mi padre levanta la hoja afilada que resplandece con el brillo propio de un cataclismo, iluminada por la bombilla que pende de una cuerda. La ira se enciende en sus ojos, y se le inyectan en sangre. Suda. Huele a tabaco y a *whisky*. Mamá grita desde algún lugar de la casona mientras golpea una puerta. «¡Déjame salir! ¡Deja a mi niño!». La hoja afilada del *sacabuche* se dispone a atravesarme y veo mi cara de horror en el acero afilado.

«¡Te voy a matar por fin, hijo de Satán!» —me dice papá.

Y de repente abro los ojos, y todo está en el más absoluto silencio. El grito sordo y hondo se queda flotando en la habitación apagada, entre la resaca de la poca luz de la luna creciente y la oscuridad de la casona, que no tiene ni un candil prendido en ninguna de sus estancias. Acabo de despertar de una nueva pesadilla, y el grito sigue flotando como si aún quedaran residuos de esa voz que tanto daño me hace. Estoy temblando y sudo. El corazón se me sale por la garganta. Casi no puedo moverme. Esto es debido a la parálisis del sueño que a veces experimento, y aunque no sé por qué, esta sensación me mantiene entre el mundo de los vivos y de los muertos, durante un tiempo que jamás he llegado a contar. Sé que no debo llamar a mamá aunque, si quisiera hacerlo, aún no me sale la voz de la garganta. Lo que sí noto es la humedad: tercera noche consecutiva. Mañana, cuando me levante de la cama, el olor amoniacal invadirá toda mi habitación. Mi madre esperará a que mi padre se vaya para venir a cambiarme el pijama sin que él se entere. Limpiará mis muslos, que estarán pegajosos, y pondrá las sábanas a lavar. Ya me ha advertido de que, si sigo así, volveré a usar pañales; me lo dijo entre susurros porque, aunque papá no esté, siempre nos da miedo que, al igual que un demonio, atraviese las paredes o esté en el aire.

Ahora tengo que volver a dormirme. Pero ya no puedo. El miedo, aunque convive conmigo desde que tengo recuerdos, aún sigue haciendo estragos en mi mente. Tiemblo por dentro, aunque por fuera siga paralizado. Mi oído, que está bastante desarrollado, se agudiza como el de las polillas para analizar mi entorno. No quiero ni pensar que pase otra vez lo que pasó aquella noche, eso que no quiero recordar pero que me visita a menudo. «Debo dormirme, debo dormirme…», me repito una y otra vez, apretando mis puños con la fuerza que me permite mi estado.

Empiezo a pensar que, al alba, cuando despierte, mi madre estará recogiendo los huevos, preparando el afrecho para las gallinas o limpiando las porquerizas. A papá se le habrán pasado ya los efectos del alcohol, que le habrán dejado un dolor de cabeza intenso, un mal aliento crónico y un daño a nivel cerebral que poco a poco va siendo irreversible y severo. El gallo comenzará a cacarear cuando el Sol ni siquiera se haya asomado al horizonte. Ahora todo está en silencio. Ni los corderos balan llamando a sus madres, ni los cerdos hozan buscando desenterrar algo de la finca o comiendo bellotas. Solo oigo, de vez en cuando, un grillo. Dentro de pocas horas comenzará todo de nuevo. Papá iniciará las tareas como guardés de la propiedad y acabará como un loco, totalmente fuera de sí, persiguiéndome para arrancarme las entrañas.

VI

Madrugada del lunes 27 al martes 28 de octubre de 2014
Sevilla
Camino de la Jefatura de la Policía Nacional

En la parte trasera del coche también está sentada Eva, despeinada y con ojeras. Demacrada como nunca la ha visto su marido. Ella se culpa de lo sucedido. De camino a la jefatura, donde les tomarán declaración, la mujer tiene una crisis nerviosa, otra más desde que se llevaron a su niña.

—¡Ya se lo he dicho! Estaba dormida profundamente. ¡No sé lo que pasó! ¿Acaso pretenden acusarme de haberme quedado dormida? ¿Es eso? No sé ni cómo me tumbé en el sofá, no recuerdo nada. ¡No sé por qué no puedo acordarme! —vocifera la mujer, que va apoyada sobre la ventanilla del coche, dejando que el vaho de su dolor humedezca el cristal.

Lorena, una psicóloga de la policía, va a su lado. Entre su marido y ella. Le agarra la mano y trata de calmarla. Rodrigo se agarra la cabeza. Si por él fuese, en ese momento saldría corriendo y probablemente llegaría a la jefatura antes que el coche. Necesita sacar la furia. Siente un deseo imperioso de correr. Al estar sentado en el vehículo policial, saca la rabia pateando el suelo del coche, tocándose la cabeza y crujiéndose los dedos.

—Tranquila, Eva, ya recordarás. Es por el *shock*. Algo totalmente normal, pero te acordarás de todo y seguro que podrás contarnos todo lo que pasó y así encontraremos un camino —consuela Lorena a la madre.

—Necesitamos que busquen y encuentren al que se ha llevado a nuestra hija… no que nos interroguen a nosotros —comenta el padre, dolido y muy enfadado a la vez.

—Lo sé… Esto es muy duro, pero es el protocolo. Es por el bien de su hija. Piensen que esto nos llevará a encontrarla y, créanlo,

mientras los interrogamos a ustedes, una decena de agentes se encuentra investigando cada pista, por mínima que nos parezca, para encontrar su niña.

El Alfa Romeo, que acaba de dejar el puente de Triana atrás y avanza por la avenida de la Palmera, marcha escoltado por varios vehículos policiales. Sevilla entera está volcada en la búsqueda de la niña. Al volante, el inspector Iván Müller. Junto a él, la subinspectora Joana Cruz. A ella le ha vibrado el teléfono y lo mira. Lo desbloquea y gira su cabeza hacia Müller, que va al volante. El inspector acaba de pararse en un semáforo en rojo. Ambos se miran. Ella le hace una mueca y le muestra el teléfono.

—¿Quién te la envía? —pregunta el hombre a su compañera.

—Campos.

Sus caras muestran una preocupación que difícilmente pueden esconder.

—¿Qué ocurre? —pregunta visiblemente inquieto Rodrigo, desde la parte trasera del vehículo.

Müller y Cruz se miran. El inspector mete primera al Alfa Romeo y acelera, camino de la comisaría.

—¿Qué saben? —Esta vez es Eva quien increpa a Müller a responder.

—No se preocupen. No es su niña. Aún no sabemos nada de ella —su voz no es convincente.

—Eva —pregunta algo indecisa Joana a la madre—… ¿Le gusta el tarot? ¿Alguna vez le han leído las cartas?

—¡No! —contesta muy convencida—. ¿Qué es lo que ocurre?

—¿No recuerda haber ido a ningún tarotista, ni haber hablado con alguien que lea cartas…? Haga memoria —le insiste Joana.

Eva se queda callada. De pronto su cara se torna gris. El corazón se le agita en el pecho. Y Rodrigo se ha percatado de ello. Eva aún suda lorazepam; sin embargo, ya está lo suficientemente espabilada como para que breves recuerdos intermitentes vengan a ella.

—¡Eva! —le grita él, sin poder contener su dolor.

La mujer ha puesto la vista fija en la luna delantera del vehículo, que se encuentra estacionando en las dependencias policiales. Le vienen *flashes* a la cabeza, pero es incapaz de recordar con claridad;

sabe que debe acordarse de algo, pero, ¿qué? Solo recuerda lo que le ocurrió estando embarazada, pero ella sabe que no es solo eso. Hay más.

—Cuando estaba embarazada —dice, sin apartar la vista del cristal del coche, como tratando de recordar algún episodio que debió haber pasado desapercibido para ella y estaba tratando de devolver a la vida—… El día que fui a la eco de 30 semanas yo ya estaba de baja, así que fui a buscarte a la US para que me acompañaras, pero tú no estabas; te habías ido al castillo, bueno, a las ruinas… entonces cogí el Tussam y fui sola.

—No sé de qué hablas, Eva —le responde él, sin saber a qué se refiere.

—Estabas con la tesis en las ruinas. Yo me enfadé, así que fui sola y decidí no decirte nada. Cogí el Tussam para ir a la clínica. Estaba de pie porque no había asientos libres, pero no me importó porque eran cinco minutos. Había una mujer que no paraba de mirarme, sobre todo la barriga. Me llegó a incomodar. Me pareció que iba vestida muy rara.

—¿Rara? —la interrumpe Joana—. ¿Qué quieres decir?

—Bueno, quizá aspecto poco común, como si fuese una mendiga. Llevaba un pañuelo; al principio pensé que era cáncer, después me fijé bien y llevaba el pelo recogido atrás. Se notaba el abultamiento en el pañuelo. Me tocó la mano y la giró para dejar ver la palma y yo me asusté. Miré hacia abajo porque yo estaba en pie, y me dijo muy amable: «Siéntate: tú lo necesitas más que yo». Accedí. Ella se quedó de pie a mi lado. Parecía algo descuidada, aunque no estaba sucia.

—¿Pasó algo más? —interrumpió impaciente Rodrigo.

—Llevaba una bolsa en la mano y cuando me levanté para bajarme en mi parada, sacó unos papeles que me dio, como unos folletos con nombres de plantas o algo así… la verdad es que no los miré bien. Llegaba tarde a la consulta.

—¿Le dijo algo? —le inquiere Müller.

—Sí. Que eso, los folletos que me había dado, me serviría más adelante por si enfermaba mi niña, y me miró la barriga. Luego cogió mi mano y me dijo que me leería las manos, y que, si lo

prefería, me echaba las cartas, pero yo a las dos cosas dije que no. Salí un poco agobiada del Tussam. Nosotros no sabíamos si era niña o niño, porque decidimos no saberlo. Y ella… bueno, ella dijo claramente «tu niña». Aquella tarde le pregunté al ginecólogo el sexo, y me confirmó que efectivamente estábamos esperando a Triana.

—¿¡Por qué no me dijiste nada de eso!? —grita colérico Rodrigo.

—Tranquilo —interviene el inspector Müller.

—No te lo conté —comienza a sollozar Eva—… simplemente porque me olvidé. Estaba enfadada contigo porque no me acompañaste. Después me ilusioné con saber que esperábamos a Triana, guardé los folletos en la carpeta de los papeles médicos y no volví a recordarlo. No se me volvió a pasar por la cabeza y a los pocos días en eco 3D nos confirmaron que era niña, esta vez porque se lo pediste tú, yo ya lo sabía, pero no quería que te enfadaras. Supongo… que no le di más importancia…

Eva ha comenzado a llorar.

—¿Por qué han preguntado lo del tarot? —le pregunta Rodrigo a la inspectora.

Joana mira a Müller y le pide consentimiento con la mirada. Este asiente. La mujer saca el móvil y le muestra una foto, sobre la que hace *zoom*.

—¿Reconoce esto?

VII

1985
Benaocaz
Roi
Antes de que lo encerraran en el desván

Mamá hace tiempo que no quiere bajar al pueblo. Solo baja si me tiene que llevar al colegio, aunque a veces me manda con Fabián. Pero desde lo del niño de Dolores, ya no quiere que ande solo por ahí y me vigila más de la cuenta. Fabián es joven, pero sabe mucho y de vez en cuando le pregunta a mi madre por mí. Ella no se siente cómoda hablando del tema, pero él es avispado y se ha dado cuenta de que el comportamiento de nuestra familia no es del todo normal.

—Pilar, ¿cómo anda el zagal de salud? Últimamente falta mucho al colegio —le ha dicho Fabián a mi madre, mientras amontona el estiércol de los corderos en un lado, para echarle paja seca.

Él sabe que ese tema es delicado. Todo lo que tenga que ver conmigo no les gusta comentarlo, ni a ella ni a papá. Pero me ha visto demasiadas veces solo, corriendo monte arriba, monte abajo. Siempre estoy enfermo y Fabián… es joven, pero listo.

—Ha estado con fiebre —le contesta mi madre en un tono muy seco.

A veces es como si mamá cambiara de persona y me cuesta reconocer a mi madre en ese cuerpo.

—Sí, eso me dijo su padre… siempre anda enfermo. Como se descuide, tiene al zagal todo el año pastoreando las ovejas —Fabián se queda mirando a mamá, esperando a que le responda, pero ella ni siquiera levanta la cabeza para no mirarlo a los ojos, porque los ojos siempre cuentan verdades—. ¿Qué le dicen los médicos? —continúa él.

Y yo espero la respuesta de mi madre, porque no recuerdo haber ido a ningún médico, excepto cuando me partí las costillas hace

algunos años, cuando todavía era muy pequeño. Yo no me acuerdo, pero una mañana que papá no estaba borracho me lo contó mientras desayunábamos.

Mamá lo mira mientras recoge los pocos huevos que han puesto las gallinas.

—Últimamente no ponen mucho —le dice mi madre, cambiando drásticamente de tema. A ella no le gusta que nadie le pregunte nada sobre mí ni sobre papá. No quiere que nadie sepa de nuestra vida. Y entonces, durante un rato, hay un gran silencio—. A ver si comiendo esto ponen más, porque si dejan de poner huevos, van a ir todas a la olla hirviendo —continúa mi madre, mientras tira con las manos montoncitos de afrecho en unos comederos improvisados, que anteriormente habían sido latas de caballa.

—Es del frío, Pilar, no es por la comida. Esta semana han estado comiendo trigo y maíz. En estas fechas ya debería haber calentado un poco el tiempo. Otros años, para Semana Santa, no se podía tener la pelliza, y este año hasta gorro traigo algunas mañanas, cuando subo del pueblo. Por cierto, ¿se ha enterado de lo que le ha pasado a la Dolores?

Fabián se percata de que mi madre no hablaría de mí y trata de continuar la conversación, esta vez abordándola con el asunto de Pablito.

»A su hijo, quiero decir.

Mamá contesta en el mismo tono secarrón, mientras mete la mano una y otra vez en el cubo con la mezcla de afrecho y agua.

—Bueno, sí, a su chiquillo, a Pablo.

La conversación que tienen es incómoda. Lo sé porque mamá no lo está mirando, solo mira al suelo. Camina deprisa y contesta cuando piensa en la respuesta mucho. Eso se usa para mentir. Aunque yo no suelo mentir porque hablo poco, si me preguntan algo de lo que pasó con Pablo, actuaré igual que mamá.

»Lo sé, Fabián, y no me apetece hablar de eso, no es agradable. Sobre todo cuando día sí, día no, veo cómo les sacan las entrañas a los cerdos, que, por cierto, a ver si vas cogiendo destreza con el cuchillo, que estoy cansada de que mi marido sea siempre el matarife…

—Ande con ojo y no pierda de vista al zagal, que muchas veces me lo he cruzado bajando solo de la sierra… Dice que va a buscar saltamontes, pero yo no me lo creo, no lleva ni botes, ni cajas, ni nada —sigue insistiendo Fabián.

Mamá para de tirar afrecho a las gallinas y lo mira. Los ojos son muy distintos a los que tiene cuando me mira a mí.

—Y entonces, ¿a qué iba a subir mi hijo a la sierra?

Mamá, que se limpia las manos del afrecho en el delantal, ha comenzado a ponerse nerviosa.

—No lo sé. Pero hace unos días lo vi bajar, casi de noche, y había estado lloviendo. Cuando le pregunté qué hacía allí solo, me miró con los ojos desencajados y echó a correr como si hubiese visto al mismo demonio. Su chiquillo trama algo raro, o bien tiene miedo de alguien.

—No te metas en nada, Fabián. Y deja de seguir a mi hijo, que yo sé siempre por dónde anda.

Los corderos ya tienen la paja limpia, y los cerdos el pienso nuevo. Las gallinas, excepto una, comen gusanos, lombrices, todo tipo de insectos y pequeñas hierbas que hay en el corral, que es bastante grande. Para completar la dieta, mi madre les ha puesto, repartido en latas por todo el gallinero, el afrecho. La gallina que falta la lleva mamá cogida por las patas, cabeza abajo. La lleva hasta la mesa grande que hay delante de la casona, donde preparan las matanzas. Ahora le clava un cuchillo en el cuello y la desangra. Luego, en agua hirviendo, la despluma. El olor nauseabundo que sale del vapor, mezcla de agua caliente y plumas, le ha provocado a mamá más de un vómito al principio, aunque ya se ha acostumbrado. «Al final te haces a todo», me ha dicho algunas veces, y creo que lo dice porque me quejo por vivir en la finca. Hoy comeremos un caldo caliente, hecho con la gallina a la que acaba de arrebatar la vida. Es cierto lo que le ha dicho Fabián: para la época, este año está siendo más frío de lo normal, y un buen caldo de gallina me sentará bien. Desde la cocina, mamá puede ver la gran sala donde está la chimenea y así me observa.

Yo tengo un saltamontes en las manos. Lo acabo de sacar de la caja donde lo guardo. Me lo traje hace algunos días de la sierra; le

he construido una casa con una caja de zapatos. Le puse piedras y ramas para que se ponga sobre ellas, y cuando lo saco intenta saltar; estira las patas, aunque yo hago fuerza con mis manos y no consigue dar el salto. Me pongo triste cuando pienso que quiere irse; yo le he dado de todo y lo tengo protegido bajo mi cama. Además, la caja tiene agujeros para que respire. Si intenta irse otra vez, le cortaré las patas de atrás y así se quedará siempre conmigo, como les hice a los otros tres.

VIII

Madrugada del lunes 27 al martes 28 de octubre de 2014
Sevilla. Comisaría de Policía

Al llegar a la jefatura, Alberto y Elena, los dos policías que se encargan de tomar declaración a los padres, los han acompañado a sendas salas de interrogatorio. Les van a tomar declaración por separado.

En el *office*, Joana no para de andar de un lado a otro, claramente nerviosa.

—¿Qué piensas? —le pregunta su jefe, Iván.

—No lo sé —le contesta al inspector Müller la subinspectora Cruz, que se ha acercado a la Nespresso de la oficina para tomarse un café con él.

—El padre está deshecho; sin embargo, ella —le comenta el inspector…

—Iván, cada uno afronta el duelo de forma distinta, Eva siente que es su culpa —se apresura a exculparla ella…

—¿Y las cartas? —trata de argumentar él.

—Coincidencia —dice ella poco convencida.

—¿Coincidencia? Esas putas cartas hablan de muerte. Estaban dispuestas encima de la mesa en forma de cruz, bajo el vaso de agua que se supone estaba bebiendo la madre. Tenía el resto de la baraja bajo el cojín sobre el que dormía la siesta. ¿En serio llamas a eso coincidencia? Y… ya para rematar, nos dice que ella nunca ha visto esas cartas. ¿En serio la crees?

—No lo sé… Pero no podemos juzgar sin tener pruebas. Además, piénsalo bien: si ella tuviese algo que ver, ¿se hubiese dejado la escena preparada? O quizá la madre pensó: «Bueno, voy a dejar las pistas por aquí desperdigadas para que no tengan tanto trabajo» —Joana usa el sarcasmo mientras da un sorbo largo al café—. No sé, Iván. Me vas a perdonar, pero yo no lo veo tan claro como tú.

—¿Has hablado con Campos? —interviene de nuevo Iván.

—No, solo le respondí al WhatsApp cuando me envió la foto. Me dijo que luego hablaríamos…

—¿Con quién están?

—Ella en la sala uno, con Alberto, y él en la tres, creo, con Elena.

—Espero que no les den mucha caña, tampoco sabemos por lo que pueden estar pasando. Quiero ponerme en su lugar, para tratar de entenderlos y no hacer juicios de valor, pero es todo tan rocambolesco que no me cuadra nada, Joana —argumenta el inspector mientras deja su mirada perdida en el vaso de café.

—¿Y si es verdad que alguien puso esas cartas ahí? —trata de excusarla ella.

—¿Y bajo el cojín del sofá sobre el que ella dormía? —le pregunta él.

Joana se queda pensando y bebe un poco de café. Está más frío de lo que a ella le gusta.

—A mí me parece surrealista que alguien, en mitad de un aguacero que está desbordando las calles de Sevilla, entre en una vivienda… ¿al azar?, que justo tiene la puerta abierta, se dirija a la cuna de un bebé y se lo lleve. Dejando, además, semillas de… parecen ser de muérdago, en la sabanita de la niña… Y a su paso, dejarlo todo impoluto. Además de salir con un bebé en pleno diluvio, sin que nadie lo vea, pero no sé. Tiene que haber algo que se nos esté escapando.

—Sin contar que, en medio de todo este circo, lanzó la toquilla al río. Y esperemos que solo tirara la toquilla —analiza Iván pensativo mientras le da un sorbo al café.

—¿Cuándo llegan los GEAS? —pregunta Joana seria, sabiendo la trascendencia de la cuestión.

—Es cuestión de horas. Ya están organizando el operativo. Pero la dársena y los cauces ya están siendo minuciosamente escudriñados…

—El río iba desbocado a su paso por Triana, si alguien —a la subinspectora le cuesta decir la frase—… si algún desalmado lanzó la niña al río… puede estar en cualquier parte, la toquilla pudo

enredarse en la maleza… ¿Saben ya los padres que vienen los GEAS?

—Desalmado o desalmada, ¿no crees? —aclara Iván—. Y no, aún no saben que los buzos están de camino… he pensado que primero les tomen declaración. No quería condicionar nada.

Müller se bebe el café de un trago. Al inspector le gusta el café caliente, que el humo se alce por encima de la taza cuando le da los sorbos. Joana, sin embargo, aún tiene el vaso medio, porque ella va tirando medios cafés en cada papelera de la comisaría. Mínimo cinco al día. Dice que es su adicción, la única que tiene. No le gusta el chocolate. No fuma. No bebe alcohol, y el sexo no la busca muy a menudo.

»¡Vamos! —se apresura a decir el inspector mientras arruga su vaso y lo encesta en la papelera desde casi metro y medio de distancia.

Joana hace una mueca.

—Me queda la mitad…

—No será el único… —le responde Müller, irónico—. Vamos, los dos sabemos que te vas a sacar otro antes de una hora.

Joana refunfuña, aunque acepta.

Ambos han llegado a la sala donde están tomando declaración a Rodrigo. Se quedan tras el cristal, escuchando y observando al hombre. Carmen, la secretaria de la sección de homicidios, pasa por el lado de ambos con una pila de papeles abrazados contra el pecho. Unas gafas pasadas de moda con los cristales tan gruesos que no eres capaz de distinguir los ojos de la mujer tras ellos, y la cara un poco apretada. Carmen se jubila el año que viene, y los últimos meses se le están haciendo cuesta arriba. Müller ve en su vejez la experiencia, y quizá puede aportar algo que a ellos se les escapa.

—Carmen —le dice Müller al pasar junto a ella. Ella los mira con cara de pocos amigos—. ¿Sabes tú si hay tarotistas por el barrio de Triana o cerca? Alguien que pueda, además, rondar la avenida del Cid.

La mujer se sorprende ante la pregunta.

—¡Uy, no! A mí esa gente me da miedo. No me gusta ni que me miren —Carmen piensa un momento en que quieren preguntar a un

vidente por Triana—. No pensarán…

—¿Preguntar a un vidente dónde está la niña? —interrumpe Joana, que ve clara la pregunta de la mujer—. No, no. Es por otra cosa, Carmen.

Carmen se levanta las gafas con una mano que ha dejado libre por un momento. Se limpia el sudor de los párpados inferiores porque, a pesar de ser octubre, aún hay humedad en el ambiente, y los mira con cara de «¡Estos jóvenes de ahora!». Después sigue su camino y ellos se quedan allí, un poco desconcertados.

Elena lleva más de media hora haciéndole preguntas a Rodrigo. Ellos lo escuchan atentos desde fuera. El padre no puede ver que tiene público, aunque tal vez lo intuya.

—Dice que su trabajo en la US ayer comenzó a las 8:30 de la mañana —confirma Elena para anotar correctamente la hora.

—Sí, pero salí de casa sobre las 7:45. A esa hora Sevilla es un caos, ya lo sabe.

Elena asiente y anota.

—Exactamente, ¿qué hizo al llegar?

—Como ya he dicho, soy profesor de historia. ¡Pero qué coño tiene que ver esto con que mi hija haya desaparecido! —estalla el padre sin poder contener la rabia.

El hombre tiende a ser airado. Tiene problemas para reprimir esa rabia, si bien es cierto que siempre ha sido muy tranquilo. Pero desde que nació la niña, su mujer ha advertido un cambio en su conducta: más iracundo y colérico de lo que había sido hasta ahora.

—Tranquilo. Tratamos de hacer nuestro trabajo, y si no colaboran, no tendremos hilos de los que tirar —le comenta Elena, en un tono suave y calmado—. Todo es importante, en cualquier rutina diaria puede estar la respuesta…

—¿A qué? —pregunta— ¿Respuesta a qué? ¿Me van a decir ya dónde está mi hija?

El hombre rompe a llorar. Con ambas manos sujeta su frente. Da una patada al suelo. Elena calla. Solo acierta a cogerle la mano. Ella sabe que no debe hacerlo, pero ahora mismo su corazón se lo pide. Ella también siente la pérdida de esa niña.

»Llegué poco antes de las 8:15, exactamente no recuerdo la hora. Pero fui a tomar un café.

—¿Dónde? —interrumpe Elena.

—¿Dónde?

—Disculpa, Rodrigo, me refiero a dónde fuiste a tomar café.

—Dentro. En la US hay una cafetería, en el patio de abajo. Junto a la Gipsoteca —Elena lo mira raro, pero no quiere preguntar qué significa lo que le acaba de decir Rodrigo, y lo anota sin más. Él se percata de que ella no ha entendido lo que le ha dicho—. Es la sala de las esculturas —aclara el hombre—. Eso es una Gipsoteca.

Elena asiente y le agradece con una mueca la aclaración.

—¿Luego qué hizo? ¿Lo recuerda?

—Dar clases de 8:30 a 9:30. Luego estuve tomando otro café. Me encontré a un grupo de alumnos que me estuvo preguntando sobre una materia de la que tienen examen la semana que viene…

Hace una pausa y rebusca en su memoria, pero solo le vienen *flashes* del momento en que llegó a su piso y ya no estaba su hija.

El hombre sujeta su frente con ambas manos y comienza a patear de nuevo el suelo.

—¿Quiere agua? —le pregunta Elena, que se ha percatado de la situación.

—¡No! Tengo el estómago cerrado. Solo tomo café para no dormirme hasta que encuentre a mi niña.

Elena se atusa el pelo. Está desbordada con lo que están viviendo. Hay casos muy duros a los que se tienen que enfrentar. Situaciones que secuestran sus pensamientos durante días e incluso meses. Pero lo que ha ocurrido con la bebé es tan doloroso a la vez que surrealista…

—¿Puede seguir? —le pregunta Elena, condescendiente.

—Sí —Rodrigo rebusca en su mente—: De 10:00 a 11:00 de la mañana tuve reunión. Cuando salí de la reunión, bajé a ver a Eva.

—Sí —le comenta Elena, mientras pasa folios rebuscando entre los papeles que tiene sobre la mesa—, eso tengo aquí anotado, que su mujer trabaja en la misma universidad que usted.

—En la secretaría —confirma él.

—Sí, si lo tengo —apunta algo y continúa—… Bajó a verla. Y ¿qué le dijo?

—Nada, le pregunté por la niña. Me dijo que la dejó en la guardería sobre las 8:15 y luego se vino al trabajo. Ella entra a las 9:00. Le dije que me iba a retrasar un poco por lo de la tesis, que había quedado y que no iría a casa a comer. Daba muy mal tiempo; ya sabe, tormentas fuertes a partir de las 17:00 y quería aprovechar con un alumno con el que estoy preparando la tesis. Desde las 12:00 aproximadamente hasta que me fui a casa, estuve con él.

—Explíqueme mejor eso que dice que iba a hacer con el alumno.

—Soy tutor de tesis, y ayudo a los futuros profesores de universidad a preparar la suya. Hace un par de años me ofrecieron un proyecto interesante que consistía en investigar en las ruinas del castillo.

—¿Y el alumno?

—¿Qué pasa con él?

—¿Le importa darnos su nombre?

—No, claro que no: Dimas. Se llama Dimas.

—¿Qué más…?

—¿Perdona?

—El apellido —le aclara Elena.

—Ah, sí, Dimas Durán, el segundo no lo sé.

—Está bien así. No se preocupe —Elena revisa los apuntes—. Me he perdido un poco en esto… cuando dice «castillo», se refiere al castillo de San Jorge, ¿no?

—Sí, al castillo de San Jorge, bueno, a las ruinas que están bajo el mercado. Desde hace un tiempo se está investigando si parte de los pasadizos, que actualmente se creen bajo el río, cruzan hasta la Torre del Oro, e incluso a algunas iglesias. Se cree que, durante la edad media, la Inquisición…

—De acuerdo, eso ya no es relevante —lo interrumpe Elena, sorprendida.

El hombre parece haber olvidado por completo que su hija ha desaparecido mientras le cuenta a Elena la historia del castillo. Ella lo anota. Se ha dado cuenta de esa actitud, cuando menos extraña, pero que no quiere decir nada. Ellos están acostumbrados a todo

tipo de situaciones y saben que, ante un duelo, sea del tipo que sea, cada individuo lo afronta de forma diferente.

Fuera, tras los cristales, Iván y Joana, que han estado oyendo la declaración del padre, se miran extrañados.

—¿Se ha pedido la triangulación de los móviles de los padres? —le pregunta Müller a Joana.

—No, aún no.

—Pues mañana avisa a Campos y ponedlo en marcha. Hay que saber dónde estaban exactamente entre las 14:15, cuando Eva recogió a la niña, y las 18:38, cuando recibimos la llamada del camarero.

—Iván, ya es muy tarde. Márchate. Nosotros los llevamos.

—¿Estás segura?

—Sí. Segura. Mañana —mira el reloj de su muñeca—… bueno, dentro de un rato vas a tener que dar la cara para España entera. Están llegando periodistas de todas partes, y mañana la calle Betis será un hervidero de gente. Alguien tendrá que declarar, nos van a bombardear a preguntas… ya sabes cómo va esto.

—Acotar un perímetro amplio. No nos conviene que se contamine nada de la escena. Y que desvíen el tráfico por República Argentina —ordena Iván.

Desde la sala uno sale Alberto con la madre. Ella está destrozada. Incluso canas parecen haberle salido en su melena negra y rizada de 27 años. Alberto la acompaña. Ha puesto su brazo sobre el hombro de Eva en un acto, sin duda, de condescendencia.

—El baño está por ahí —le indica el agente a Eva, señalando al final del pasillo.

Ella asiente. Su cara está roja. Sus ojos, sin vida. Y como un alma en pena, avanza por el pasillo en dirección al baño.

Alberto mira al cristal y se percata de que su compañera Elena sigue tomándole declaración al padre. Se dirige a su superior:

—No me gusta.

Müller lo mira y frunce el ceño con cara de interrogación. No sabe a qué se refiere.

»¿Habéis solicitado a la compañía telefónica la triangulación de los móviles?

—Justo lo acabamos de hablar, lo tengo anotado para que Campos lo gestione mañana.

—El padre no me gusta… Me ha dicho la mujer que lo llamó cuando estaba llegando a casa sobre las 14:35 y lo tenía apagado. Posteriormente, le envió un WhatsApp a las 14:36: «Llámame en cuanto lo leas», pero dice no recordar qué quería decirle. Lo miró varias veces y no pasó de tener un *check*. Después, dice haberse quedado dormida y tener una laguna en la memoria hasta que su marido la despertó. Sabe que lo llamó por el registro, pero llamadas de apenas unos segundos, el tiempo que tarda en saltar el contestador. Me ha dejado ver el móvil. Está como ida… —comenta Alberto, el agente que acaba de tomar declaración a Eva.

—¿Crees que lo apagó? —le pregunta el inspector.

—No lo sé. Quizá fuese la cobertura o la batería, pero ese tiempo, sea el que sea, no lo tendremos localizado.

Müller asiente y se toca la frente. Se despide de los suyos y se marcha. Ha sido un día demasiado duro. El inspector no puede separar nunca el trabajo de su vida personal, y se lleva todos los dramas al piso de la calle Baños. «Mañana será otro día. Voy a encontrarte, pequeña», se dice para él. «No voy a dejar que me pase lo mismo otra vez».

IX

1985
Benaocaz
Roi
Antes de que lo encerraran en el desván

Estoy en la cama. Me ahogo bajo las mantas, pero no quiero destaparme. Mientras estoy arrebujado bajo ellas, me siento un poco más seguro. Como cuando me escondo en las covachas de la sierra. He escuchado gritos y golpes, pero no he podido huir. Esta noche siento que me duermo sin querer, que no puedo mantener los ojos abiertos. Mamá me preparaba brebajes hace tiempo para bajarme la fiebre. Después de beberlo me daba mucho sueño, pero hoy no la he visto prepararlo. Ya hace tiempo que no usa la olla de las infusiones, pero el peso de los párpados me hace pensar que otra vez me lo ha dado, tal vez en el caldo. O en el vaso de leche tibia que me tomé antes de acostarme.

La adormidera me dejaba semiinconsciente, aunque no lograba dormirme del todo. Ni los brebajes consiguen aplacarme. Tengo tanto miedo que, con todo lo que pasa, se me encienden las alarmas. Sé lo que está ocurriendo con mamá; estoy oyendo desde hace rato las voces, los jadeos, los lloros, los rezos. Papá la llama bruja, como siempre. Ella se calla. Las piernas me pesan mucho. Los latigazos cardíacos me duelen en el pecho. Imagino a mi padre como una bestia. Siempre que tengo tanto miedo como ahora, lo imagino convertido en demonio, hundiendo el *sacabuche* en el pecho de mamá, y después corriendo tras de mí para destriparme como a los cerdos. Mamá siempre me ha dicho que corra cuando lo vea así; si no lo hago, seguro que me coge y me mata. Tengo mucho miedo y, si pienso en Guillermo, más. Ya ha pasado un tiempo desde que se lo llevaron y nunca más ha vuelto a casa. Mamá no habla de él, y papá creo que tampoco.

Ahora parece que me duermo; aunque esas hierbas no siempre me hacen efecto, algunas veces me provocan un letargo, que yo quisiera que durara más tiempo, y así no sufriría tanto. Ya hace un rato que no escucho nada, aunque sigo inmóvil. En las sombras de la noche, con las pupilas dilatadas, más por los opiáceos que por la falta de luz, distingo a alguien. Una sombra está en la puerta del cuarto donde se encuentra mi catre, a la espalda del gallinero, con olor a pollo y plumas, a estiércol y trigo meado. La sombra se mueve y se acerca a mí, pero sigo sin poder moverme. «El *sacabuche*», pienso, y a duras penas consigo descifrar si estoy en mitad de una pesadilla o es verdad. Esa sombra respira a mi lado. Lo siento, lo huelo, es él, me huele a mi padre. Respiro muy acelerado. La sombra me toca. Quiero gritar y quiero despertar, pero no puedo. No sé si es una pesadilla. Aprieto los ojos y me retuerzo en la cama. No quiero sentirlo, ni tocarlo, ni rozarlo, ni que me roce. Quiero vomitar, igual que mamá cuando despluma las gallinas en agua hirviendo. No sé si es real. Trato de quitarme de encima la sensación opresiva que casi me corta la respiración. Quiero respirar, pero me tapan la boca. Doy manotazos al aire, toco pelo largo… «Mamá», pienso, pero es solo mi imaginación. Creo que dejo de sentir. Los opiáceos y el miedo se han adentrado en mi mente de nuevo y, ahora, ya solo puedo caer rendido sin sentir nada.

Esta mañana me he despertado cuando los gallos han comenzado a cacarear. Fabián ya está en la finca, limpiando las porquerizas. He oído el chorro de agua. Cuando abro los ojos, veo mi cuarto inundado de un brillo mágico, que yo siempre he creído que es brillo de luciérnagas. Lo cierto es que no es más que el polvo y la paja que, al estar en contacto con los primeros rayos de sol, brilla tanto que parecen iridiscentes, aunque para mí eso es solo un espejismo. Ahora, sin la parálisis que presentaba anoche, empiezo a recordar la pesadilla, aunque yo siento que fue real. Si lo fue, ¿qué pasó? ¿Qué me hicieron? Me toco el cuello y las tripas. Respiro tranquilo: todo sigue en su sitio y no hay cortes. Me levanto para ir corriendo al colegio, con suerte, tras beberme un vaso de leche recién ordeñada. Me siento en el catre. Me duele todo. Mi ropa interior está mojada. Mi cama está manchada de sangre. El gallo

cacarea, y oigo las voces de Fabián y papá cambiando a los corderos de corral para ponerles paja nueva. Oigo los cencerros. La cama tiene gotas de sangre y no sé de dónde es. Me miro todo el cuerpo tratando de localizar la herida. Por un momento dudo entre estar muerto o vivo. Me toco todo de nuevo. Un regusto férreo en la boca me hace pensar que la sangre viene de ahí. Una pesadilla no te hace sangrar, pienso.

Me he levantado y he pasado mucho tiempo en el baño, intentando hacer pis, pero no salía. Mi cabeza intenta ordenar los recuerdos, pero no tengo ninguno. Nada. La sombra y la pesadilla, nada más, aunque tampoco sé si fue una pesadilla. Cuando vuelvo a la habitación para vestirme, me doy cuenta de que mi cama ya no tiene la ropa puesta. Ya no hay manchas, ni gotas de sangre. Está el colchón descubierto. En mis sentidos irrumpe un olor agrio que persigo y me lleva hasta la cocina. Mi madre remueve y remueve la leche en una cuba. Está haciendo queso fresco. No le quito la vista. Mamá no se ha girado, pero sabe que estoy ahí. Sin dejar de mover. Sin levantar la cabeza y con la voz seca y rota, se dirige a mí.

—¿Acaso piensas quedarte ahí como una estatua? —me pregunta ella con la voz distinta. No respondo— ¿También se te ha comido la lengua el gato? —me reprocha mamá— ¿Por qué no me miras?

Yo estoy absorto, mirando al punto fijo de la leche ondeando en la cubeta. A veces siento como si mi madre fuese otra persona.

—Anoche volvió a pasar —digo con la voz casi imperceptible y ronca, porque esta madre no es la buena.

Las ondas de la leche que van llegando se van chocando contra el palo de remover que mi madre ha dejado quieto.

—Lo sé. Ya te he puesto las sábanas a lavar —mamá se ha callado tras esa frase. Y el silencio comienza a espesarse tanto como la leche para el queso fresco—. A partir de esta noche usarás pañal —concluye ella.

Me callo porque ya no sé qué decir ni qué pensar. ¿Lo de anoche no fue otra cosa? ¿Y la sangre? Yo no veo lo mismo que los demás. ¿Acaso no pienso lo mismo que los demás?

—Me he limpiado —acierto a contestar, aún desconcertado.

—Ya te he oído en el baño. He supuesto que no necesitabas ayuda —me dice mamá cuando ha comenzado a remover la leche de nuevo—. ¡Anda, Roi, ven aquí conmigo y te enseño cómo hacer queso fresco!

Mamá ha cambiado el tono de su voz, y la expresión del rostro. Yo todavía dependo emocionalmente de ella y me siento a su lado. Suelta el palo de remover y me abraza. Ahora ha vuelto la madre buena.

»Todo pasará. No te preocupes, conforme vayas creciendo dejará de pasar. Todo pasa y todo cambia —me dice mientras me tiene pegado a su pecho, oyendo cómo mi corazón le da golpes para salir.

Yo estoy pensando en cuál de los tormentos que me persiguen dejará de pasar. Mamá me chista y tararea una nana. La que siempre me cantaba para dormir, y que aún resuena en mi cabeza.

—¿Hoy voy al colegio? —le pregunto en voz muy baja.

Mamá pega los labios en mi frente. Después me despega de su pecho y nuestros ojos se encuentran por primera vez esta mañana. Los míos están cargados. Los de mamá, vacíos.

—¿Quieres ir?

Asiento.

»Muy bien. La fiebre se ha ido, hoy no tienes. Parece que la infusión te ha hecho efecto. Preparemos la cartera y venga, que se nos hace tarde.

«La infusión», repito en mi mente. ¿Y si todo ha sido fruto de mi imaginación?

»Por cierto —prosigue ella—, ¿has encontrado el diente?

Yo me quedo pensando. Pienso en el gusto férreo de mi boca. Mi lengua palpa todos los rincones hasta que encuentra el hueco.

—El diente —repito yo, sin saber muy bien qué decir, ni qué pensar…

—Sí, el diente. He visto la sangre en tu cama, y al hablar se te escapa el aire… ¡No me digas que no te habías dado cuenta!

—¡Sí, sí, claro! —le contesto, aunque es mentira: no me había dado cuenta.

—Anda, vamos, si vas a ir al colegio, ya se nos hace tarde.

X

Madrugada del lunes 27 al martes 28 de octubre de 2014
Sevilla. Avenida Kansas City. Piso de los padres de Rodrigo

A pesar de ser de madrugada, las ventanas del piso situado en la avenida Kansas City, bloque 4, 3.º A, siguen alumbrando las penas de dos abuelos, que solo han podido disfrutar seis meses de su nieta. De su Triana. Es lo más suyo que tienen desde que la vida les puso en su camino a Rodrigo.

Joana, que está acompañada por Lorena, se ha ofrecido a llevar a los padres al piso de los abuelos. Ellos no pueden volver al suyo mientras no se analice todo minuciosamente. Al dejarlos en la puerta, la subinspectora se baja del asiento del copiloto del vehículo que conduce Lorena. La madre se baja también del coche. Su aspecto, visiblemente desmejorado, no deja lugar a dudas. Es patente el dolor que se ha apoderado de su pecho.

—Gracias —le dice Eva a la subinspectora Cruz, mientras le agarra las manos y le suplica—. Traedme a mi niña, os lo pido por favor, traédmela.

Rodrigo la abraza. Su estado de ánimo ha ido fluctuando con las horas. Lo mismo deshecho, lleno de rabia y de ira, que feliz contando detalles de su proyecto en la US…

Al entrar en el piso, Marcela y Ramón abrazan a su hijo y a su nuera. Ellos se sumergen en un llanto descorazonador. Los aullidos de ambos padres son casi tan impactantes como una saeta cuando Sevilla entera está en silencio.

—He hecho tila —le dice la abuela Marcela, que también está deshecha.

—No queremos nada, solo que nos devuelvan a nuestra niña… ¿¡Qué le estarán haciendo!? ¡Quiero que la traigan ya! —se martiriza la madre, dejando que la rabia que le quema las venas salga de su garganta arrancándole el alma.

Sus suegros son mayores de lo conveniente para la edad de Rodrigo. Pero es que Rodrigo llegó a sus vidas cuando los intentos de ser padres habían fracasado una y otra vez. Una y otra vez. Ese niño les devolvió la vida, y ahora el maldito destino ha querido arrebatarles lo más suyo que habían tenido alguna vez. Los abuelos se imaginaban que nunca verían un primer diente de un bebé, ni un balbuceo constante cuando comenzara a decir sus primeras palabras, ni un primer gateo. Ellos piensan ahora que nunca verán ni vivirán esas primeras veces… Se sienten morir con esos pensamientos, pero en estos momentos deben ser fuertes para su hijo y su nuera. Ella está muy sola. A su padre nunca lo ha conocido, y a su madre, que era lo único real que le quedaba, la perdió hace unos años, cuando ella decidió irse a Puerto Rico con Esteban, un hombre 10 años menor que ella, que había conocido en una web de citas. Desde entonces, las llamadas se han ido distanciando en el tiempo, y las visitas… simplemente no se han dado. Eva ni siquiera ha podido contactar con su madre para contarle lo de la niña.

Rodrigo, por primera vez desde que despertó iracundo a su mujer cuando entró en casa y no encontró a Triana por ninguna parte, se da cuenta de que apenas ha cruzado palabra con Eva. Todo ha ido sucediendo a cámara rápida a la vez que a cámara lenta. Su mente ahora mismo es un hervidero de ideas, de palabras, de imágenes horribles que sacuden continuamente una y otra vez de su cabeza. Ambos padres son incapaces de quedarse quietos en el piso de 65 m².

—La vamos a encontrar —Rodrigo se acerca a su mujer y la abraza…

—¡Es mi culpa! —grita ella rota de dolor.

—No, no es tu culpa, cariño…

—¡Quiero que me devuelvan a mi hija! —comienza a llorar de nuevo. Un aullido que se siente en los arcenes de Santa Justa. Un dolor que levanta el alma de cualquiera.

—La vamos a encontrar —le repite su marido, tratando de calmarla—. Y también a quien se la haya llevado —asevera.

Marcela y Ramón los contemplan sentados en el sofá, con los teléfonos móviles en sendas manos, por si los llaman. Han escrito a

todos sus conocidos, dentro y fuera de Sevilla, y les dijeron que a cualquier hora del día o de la noche los llamasen con lo que fuese, si se enteraban de algo… de lo que sea.

—Seguramente mañana lleguen los GEAS.

El padre interrumpe el breve momento de silencio que hay ahora en el piso. Marcela lo mira. Ramón suspira y su rostro se torna gris. A Eva, oír esa frase de nuevo le ha provocado una arcada.

—¿Los GEAS? —pregunta Marcela.

La pobre mujer recuerda con tristeza la última vez que el Guadalquivir estuvo plagado de lanchas y buzos de la Guardia Civil, y sabe la trascendencia de que venga ese equipo a bucear en las turbias aguas del río.

—Nos lo ha dicho Joana cuando nos ha traído antes —ha continuado el padre.

Eva, que está recostada sobre el hombro de su marido, musita en voz baja, como si la propia voz le doliese al salir de su garganta:

—Pero dicen que es protocolo, al haber un río cerca y haber encontrado la toquilla ahí —hace una pausa para continuar—…, que nos quedemos tranquilos, que no hay indicios de nada…

Rodrigo sabe que eso no es verdad. Van a buscar en el río un cadáver. El cadáver de un bebé de seis meses, el de su hija. En el río estaba su toquilla, y desde que la vieron flotando, supieron que debían buscar ahí.

Los abuelos se miran cogidos de la mano. A Marcela le ha envejecido el rostro un siglo. A Ramón, el marcapasos es incapaz de marcarle un ritmo normal.

No se atreven a ver las noticias *24 horas*. Ninguno de los cuatro es capaz, ni siquiera, de recostarse cinco minutos. El salón, de no más de 20 m², se ha convertido en un vaivén de cuatro personas que no pueden parar quietas. Cada minuto, le dan al botón lateral de su *smartphone*, por si un WhatsApp, una llamada, una notificación o algo, se les hubiese pasado por alto, o simplemente no la hubiesen escuchado, aunque eso sea imposible. Cuando lo hacen, el rostro de Triana, con sus primeros dientes de abajo, ilumina la pantalla de todos los teléfonos… Todos tienen la misma foto de fondo de pantalla. Los abuelos primerizos y los padres primerizos.

Única hija, única nieta, y ahora está en manos de alguien que no lleva su sangre y que no la va a cuidar; eso es lo que ellos piensan ahora mismo. Sus redes sociales tienen miles de comentarios. Los sevillanos, con buena fe, han asaltado el Facebook de la madre en busca de alguna foto de la bebé, pero Eva nunca ha hecho pública la carita de su niña. En el perfil, una foto de su manita, agarrando el dedo índice de una mano masculina que, se intuye, puede ser la de su padre; la foto de portada es el chupete, con el fondo desenfocado de la cabecita de la niña, probablemente una foto hecha en modo retrato para preservar a Triana de las redes. Aunque a Eva, eso, no le ha funcionado. Alguien ha entrado en su piso de la calle Betis, ha cogido a su niña y se ha marchado: así de fácil. Como quien encuentra una moneda en el suelo que no tiene dueño y se la queda. Mientras ella, que se juró protegerla durante el resto de su vida, no ha sido capaz de mantener la promesa ni seis meses. Eso es lo que ha tardado en dejar a su hija huérfana de su protección, y a su padre, huérfano de la niña. Ella cree que debe sentir ese dolor. Es el castigo que merece. Eva se martiriza pensando que todo ha sido por su culpa. Por mala madre. Por no cuidar a su hija. Por anteponer una siesta a la seguridad de su niña. Una siesta que, además, nunca duerme, pero ayer sí, y eso le dolerá en el alma el resto de su vida.

—Eva, el lunes… cuando me dijiste que te llamara, ¿qué querías?

Del silencio de la estancia sobresale la voz de Rodrigo, que acaba de recordar haber visto el WhatsApp de su mujer cuando por fin pudo encender el teléfono. Lo había puesto en modo avión. Era una costumbre que tenía cada vez que bajaba a las ruinas; era como si adentrarse allí con las nuevas tecnologías contaminara el halo ancestral y medieval que aún respiraba el hombre cada vez que se adentraba en ese submundo. Pero la casualidad quiso que ese día no pudiese recuperar la cobertura tras quitar el modo avión; debió ser por la tormenta. Él no le dio importancia, aunque días después supo que ese móvil apagado fue crucial.

Ella trata de hacer memoria. Eso se lo ha contado a Alberto en su declaración: que le envió un WhatsApp a Rodrigo, que este mismo se quedó en enviado, pero no llegó a marcarse como recibido. Cuando ella volvió a mirar el WhatsApp, ya había pasado todo, y fue

para enviar un mensaje grupal con la foto de su niña para que sus contactos la distribuyeran. Ha intentado recordar una y mil veces qué quería decirle, y eso martillea su cabeza. La mujer es incapaz de recordar nada de los momentos previos a la llegada al piso. No recuerda cuando llegó, ni tampoco recuerda haber acostado a su hija; lo supusieron porque la niña siempre dormía una siesta tras llegar de la guardería, como parte de la nueva rutina. No consigue tener un recuerdo real de cuando se recostó y se quedó dormida. No deja de pensar en eso, no sabe por qué ha olvidado todo de repente, cuando más necesita recordar…

—No lo sé —contesta ensimismada…

Luego se tira de los pelos. Se golpea la frente y comienza de nuevo a llorar; pero ahora, tan calmada como si estuviese muerta. Como si del tirón de pelos hubiese dependido liberar la ira que la consume. Su marido la abraza y ambos se funden en un único ser, como Triana. Una fusión de sus carnes y que ahora ya no está con ellos.

—Anda, hija, tómate aunque sea la tila. Le he puesto azúcar, necesitas algo en el estómago —interrumpe su suegra, mientras a ella le resbalan las lágrimas sin poder contenerlas.

Aprieta en el puño el chupete, que lleva en la mano desde que salió corriendo del piso. Aún no lo ha soltado. Se le marcan las cuentas de la cadena con el nombre de su niña. Ella niega con la cabeza y aparta el vaso.

—No consigo recordar. Sé que quería contarte algo, pero no consigo acordarme. Cuando me despertaste, solo recuerdo un dolor de cabeza intenso, pero no lo que había pasado desde que recogí a la niña de la guardería. ¡Quiero recordar, maldita sea! Y no puedo.

Rodrigo trata de calmarla.

—El médico te dijo ayer que era por el *shock*. Tienes que dormir un poco, hija. Tómate los sedantes…

—No. Mi hija me necesita despierta.

El abuelo mira por la ventana que da a la avenida Kansas City. La carretera, a esas horas de la madrugada, tiene menos trasiego de coches, aunque no paran ni durante la noche. Sevilla duerme poco. El paisaje de color anaranjado por las múltiples farolas, que dibujan

los márgenes de la avenida y los focos de Santa Justa, siempre le ha parecido al abuelo un amanecer artificial. Algún taxi esporádico, algunas patrullas de la policía nacional, que al pasar lo iluminan todo de azul, y algún particular: es todo lo que ha visto el hombre desde la ventana en la media hora que lleva mirando a la nada. «Seguro que los coches de policía son por mi nieta», se dice el abuelo para sí. A partir de ese momento, y hasta que no sepan qué ha pasado con la niña, cualquier sirena, helicóptero, ambulancia o coche policial patrullando por las calles de Sevilla, le harán pensar que ya han encontrado algo… Él no espera ver a su nieta dar los primeros pasos, aunque, como buen sevillano y devoto del Gran Poder, no deja de pedirle una y otra vez que aparezca sana y salva.

Pronto, el amanecer traerá un nuevo día, un día que estará vacío mientras no tengan de nuevo a Triana.

XI

1985
Benaocaz
Roi
Antes de que lo encerraran en el desván

Ha pasado un tiempo desde el accidente de Pablo. Aquella mañana todos estaban agitados rastreando la sierra. Sus padres reunieron a todo el pueblo para tratar de encontrar al niño, pero no dio señales de vida. Yo oí la partida que salió a buscarlo; pasaron cerca de la finca con linternas y no dejaban de gritar su nombre. Mi padre, aquel día ebrio, como de costumbre, aunque menos ebrio que otras veces, se unió a la búsqueda. Se lo pidió el alcalde, porque mi padre conoce estas tierras como la palma de su mano. Él accedió, aunque no dejó que mamá fuera con ellos. Yo quería ir, porque me conozco la sierra muy bien. Cada rincón, cada covacha, cada zarza… si me hubiesen preguntado a mí, los hubiese guiado hasta Pablo. Aquella tarde lo vimos con la bici. No debería haber ido a ese lugar que él no conocía, y menos en bici. Tampoco debería haber dicho que soy un bicho raro. Como a mí nadie me preguntó, yo no dije nada. Aunque podía haberlo contado, y no hubiesen tardado casi tres días en encontrarlo. Pero si hubiese hablado, habrían acabado descubriéndolo todo.

A la tercera mañana, mamá me llevaba de la mano al colegio. Ella, con su habitual pañuelo, el que cubría su cabeza y parte de su cara, amarrado en la parte trasera de la nuca. Decía que lo usaba para proteger su pelo endeble del sol y, además, por la costumbre de llevarlo todo el día en la finca. Pero ese complemento, yo intuía que lo usaba más como camuflaje. Ella camuflaba debajo del pañuelo ciertas heridas que quedaban a la altura de la oreja o un poco más atrás de la mejilla. Pero las viejas del pueblo, o incluso las demás madres, creo que no se habían dado cuenta de eso. Al pasar

por la puerta de la panadería de Pepe Morata, una vieja paró a mi madre. La agarró del brazo, aunque ella iba con la cabeza agachada y andando a paso ligero; yo iba de su mano, caminando tan deprisa como podía, tanto como lo permitían mis pies que, debido a mi costumbre de huir día sí día también, era bastante cercano a tener 80 centímetros de pierna, aunque de cuerpo entero aún no alcanzaba mucho más del metro.

—Ya lo han encontrado, ¿te has enterado, Pilar? Ya ha aparecido el niño de la Dolores.

Mi madre se paró y me hizo parar a mí. Yo las miraba desde abajo.

—Buenos días, Rosario —le contestó mi madre.

Le dijo maleducada sin decir. No se para a una madre con su hijo de seis años por la calle para darle una mala noticia sin, al menos, haber dado los buenos días, las buenas tardes o lo que corresponda. Las noticias eran malas, y yo lo sabía.

»¡Me alegro por el zagal y su familia! —respondió mamá.

Y yo, mirando desde abajo, no entendía la ironía de mi madre porque ella sabía también que Pablo ya no estaba vivo.

—¡No! Pilar, no lo han encontrado —y la vieja Rosario bajó la voz y se acercó a mi madre, para decirle al oído lo de Pablo. Como si yo no supiese ya que ese niño estaba muy muerto—… No lo han encontrado vivo —concluyó con un susurro en voz medio alta, porque yo me enteré desde abajo…

Mi madre se persigna. Y se coloca el pañuelo porque la vieja alcahueta se ha quedado mirando fijamente el perfil izquierdo de mi madre, donde había manchas la semana pasada.

—Bueno, qué le vamos a hacer, los accidentes ocurren. Pobre chiquillo.

—Sí, pero andan diciendo que es todo muy raro. Que no parece que haya sido un accidente —le insiste la vieja alcahueta.

—¿Entonces? —preguntó mi madre muy seria, como si le molestasen las dudas.

Yo tiré del brazo de mamá. Iba al colegio pocas veces y no quería llegar tarde. Ella me miró. La vieja volvió a bajar la voz.

—Dicen que el chiquillo no llegó solo hasta ese lugar. Nunca andaba tan lejos de su casa. La finca estaba a casi un kilómetro del pueblo y la sierra que la rodeaba, aún más, y era muy medroso. Sus pobres padres dicen que pocas veces salía solo en bici; siempre iba con su hermana mayor. Pero el día que se perdió Pablito, Isabel estaba con dolor de tripa y no fue a jugar. El niño prometió volver pronto… y ya ves. ¡Qué vida más cruel!

—La sierra tiene peligros —le contestó mi madre—. Descanse en paz.

Y se persignó, al tiempo que se soltaba de la mano de la vieja.

—Vayan con Dios —espetó la mujer.

Se quedó después de marcharnos cuchicheando con Pepe Morata, el panadero, que ante la falta de nuevos clientes salió a la puerta. Supongo que para enterarse bien de la noticia del día, esa que aquella mañana agitó el pueblo de Benaocaz como nunca. Porque si bien hubo fallecimientos infantiles, como el de Guillermo, nunca había pasado eso; que dijeran que fue un asesinato.

XII

Martes 28 de octubre de 2014
Sevilla. Jefatura Superior de Policía
Iván y Joana

Las primeras luces del alba no han pasado esta mañana desapercibidas para casi ningún sevillano. Más de la mitad de la ciudad ha visto los primeros destellos del amanecer porque, a pesar de estar finalizando octubre, hoy hace un buen día. El sol ha vuelto a tomar las tierras de Andalucía occidental. Después de la tormenta llega la calma. Aunque eso no es lo que ha sucedido en Sevilla; la calma no ha llegado aún. Una tormenta de medios de comunicación está abordando la capital. El *ABC* acaba de estrenar la noticia en portada. Una noticia que tiene sobrecogidos a los sevillanos y a España entera: se trata de una niña de seis meses; todo el mundo sabe que la niña no se ha perdido sola. Alguien se la ha llevado. Su carita ocupa portadas enteras. La foto que han dado los padres es de Triana un día en el parque de las palomas, sonriendo mientras miraba a la cámara, con los dos incisivos inferiores eclosionando en su pequeña boca. Es una foto muy reciente, de finales de septiembre. Al ser tan pequeña, les dijeron que la foto para la búsqueda debía ser lo más reciente posible. Los bebés cambian en cuestión de días, pero Eva le dijo a la policía que reconocería a su hija aunque pasasen 20 años.

Iván llegaba a la jefatura antes de las 7:00 de la mañana. El telediario que emite *La Primera* de *Televisión Española* a las 6:00 repite, como en los informativos de sobremesa y de las 21:00, la terrible noticia. El joven inspector lo ha visto mientras se tomaba el primer café del día en su piso de la calle Baños. Luego se ha marchado a la jefatura para poder seguir desde allí. Desde que recibió la llamada de su superior horas antes, no se saca a esa cría de la cabeza. No puede dormir, y todo el tiempo que pasa sin estar

haciendo nada por Triana le parece perdido, pero tiene que descansar, aunque él apura las horas y el descanso lo resume a un breve sueño de no más de cuatro horas, y sin ser seguidas.

Ahora, en la jefatura, está revisando de nuevo las fotos, las anotaciones y las declaraciones, cuando unos pasos intensos interrumpen su concentración.

—¿Por dónde empezamos? —ha llegado Joana a la oficina del inspector.

Ella es así: espontánea, soberbia, acelerada. Es el complemento perfecto para el inspector: un hombre apagado, quieto, abstraído del mundo, sin más conexión real que la que le otorga su trabajo. Ese es el secreto del equipo que hacen Iván y ella. Aunque él jamás le dirá lo que piensa. Y ella, insegura y dependiente, aunque esto último jamás lo reconozca, necesita el abrigo de su jefe, pero nunca se lo dirá.

—Buenos días… —alza la vista Müller por encima del *ABC*.

—Perdona, buenos días… Vengo acelerada. Hay patrullas en cada punto… Hoy está todo raro.

Iván mira a su compañera y enarca las cejas.

—Joana, a una pareja joven le han quitado a su bebé de la cuna mientras la madre dormía, de una de las calles con más tráfico humano de Sevilla, con bares cada tres bloques. ¿Lo has pensado fríamente? ¡La gente tiene miedo! No es que esté todo raro…

Iván tiene el segundo café de la mañana sobre la mesa. Joana le quita el vaso (que es de cartón) y lo huele. Lo mira desafiante. Aunque no se atreve a dejar escapar ninguna palabra viciada. Nada que tenga que ver con lo que piensa ahora mismo de él. «Eres un estúpido». Eso es lo que ha pensado. Pero cambia la conversación para que no se le note demasiado.

—Es del fuerte —le dice—. Perdona, pero esto me está sobrepasando. No puedo evitar ser subjetiva, me dejo llevar por la empatía, y no veo claro el asunto —Joana se lleva el vaso a los labios. Le da un sorbo y se lo queda en la mano. —La noticia abre los telediarios —comenta abatida.

—Lo sé. ¿Has llamado a Campos?

—Sí. Le dejé un WhatsApp y hemos hablado de camino al trabajo. Está gestionándolo con la compañía telefónica. ¿Qué piensas de los padres?

—No pienso, Joana… prefiero descartar ese pensamiento por ahora.

—¿Has comprobado la coartada del padre?

—He quedado con —rebusca entre el desorden de su mesa, los papeles donde tiene anotados los nombres y teléfonos de los posibles testigos—… Dimas Durán.

—Es un alumno, ¿no?

—Sí. El padre es su tutor de tesis; por lo visto andan investigando algo en el mercado… algo de las ruinas de San Jorge.

—Sí, sí, lo sé…

—A ver qué cuenta el chico. Si va a la US, es muy probable que también conozca a la madre.

—Sí, puede ser.

El comisario Andrés Morante ha llegado a la oficina. Trae varios periódicos en la mano, el móvil en la otra y la cara de pocos amigos, aunque esa era su cara habitual. Andrés es un tipo bastante curtido en este tipo de asuntos. Encabezó la investigación de una de las desapariciones más trascendentales en Sevilla, también de una menor, y aunque el caso no tuvo el final esperado, el inspector hizo una labor encomiable. El caso de Triana pasó directamente a homicidios y no a menores, como en otros casos. Eso puede ser determinante en las primeras horas. Descartado un secuestro parental o por parte de algún familiar (a esta hipótesis se le dedicaron las escasas primeras horas), pasaron directamente a homicidios. Solo días más tarde se supo que tal vez no tendrían que haber descartado del todo esa teoría.

—Buenos días —interrumpe—. Necesito que llaméis a los padres. Vamos a hacer una reconstrucción grabada de los momentos previos y posteriores a la desaparición de la niña. Esa chiquilla no entró en el piso de la calle Betis, o por lo menos no estuvo acostada en la cuna.

Joana e Iván se miran y lo miran a él, desconcertados.

—¿Cómo dices?

El comisario saca unas fotos que les tiende en la mesa a ambos y va ordenando según un número en rojo que tiene asignada cada una.

Foto 1 - La cuna de Triana

—Esta cuna —les dice el comisario a ambos— no está deshecha. Quienquiera que cogiese a la niña, ¿pensáis que tuvo tiempo, con un bebé en brazos, de pararse a dejar las sábanas escrupulosamente extendidas? La niña, según los padres y los vecinos del rellano, extraña los brazos; supongo que lloraría al cogerla, porque en caso de matarla —esa palabra le cuesta decirla—, allí no fue. Bingo no ha detectado olor a cadáver en el piso. ¿Y las semillas? ¿Qué me decís de las semillas? ¿Qué significan?

Iván y Joana se miran con cara de interrogación.

—¿Para despistar? —se atreve a responder Joana con otra pregunta.

El comisario niega con la cabeza.

—Hemos preguntado a especialistas en plantas. El muérdago es una planta semiparásita. Crece en otros árboles, como los pinos. En Andalucía se encuentra presente en Baza, Granada y Grazalema… Es donde más abunda, aunque no me han descartado que pueda haber en otros lugares.

—¿Y por qué dejaron muérdago en la cuna? —interrumpe Joana.

—No lo sé. Estas semillas son muy utilizadas en la industria farmacéutica para múltiples tipos de medicamentos —el comisario hace una pausa—, pero el significado de dejarlas en la cuna creo que es otro muy diferente.

—No te entiendo —le dice Müller.

El comisario extiende la siguiente fotografía.

—¿Campos no os envió esta foto?

—Sí, a mí —responde Joana.

Andrés Morante ha sacado la fotografía de las cartas del tarot celta.

—Sí, las vi. La madre dice no reconocer esas cartas. Joana se las enseñó cuando los trajimos a tomarles declaración —aclara Iván.

—Nos dijo que nunca había visitado a nadie que le echara las cartas, y dice no reconocer las que aparecen encima de su mesa.

—No son cartas normales del tarot —interviene el comisario.

Joana y Müller se miran.

—Es tarot celta —sentencia Andrés.

Iván y Joana siguen sin entender.

Foto 2 - Tirada del tarot en forma de cruz (cinco cartas)

El comisario pone el dedo sobre la primera carta:

—La sacerdotisa, el emperador, la fuerza, el diablo y la muerte —dice mientras va señalando con el dedo índice cada una de ellas.

Joana le da un sorbo largo al café.

—Tengo los pelos de punta —dice—. Estos asuntos siempre me han provocado escalofríos.

—Son arcanos mayores. Todas las cartas están invertidas —explica el comisario.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunta Iván Müller.

—Muerte —sentencia el inspector.

La subinspectora Cruz arruga el vaso y lo tira a la papelera.

—Mierda —musita.

—¿Y el muérdago? —pregunta Iván, mucho más nervioso que al principio.

El comisario piensa si decirlo. Baja el tono y se acerca a la puerta para cerrarla. Luego se vuelve a dirigir a la mesa donde están ambos:

—Esto es una apreciación propia, pero quiero que lo investiguéis —Andrés se pone nervioso al confesar sus conjeturas—: se empleaba hace siglos en los rituales. El muérdago se usaba en la Hispania prerromana. Los celtas veneraban esta planta, lo usaban para alejar malos espíritus, atraer fortuna o —Andrés traga saliva— para preparar venenos… En cada ritual donde había una muerte se esparcía muérdago para bendecir el acto…

—¡Rituales! —alza un poco la voz Joana Cruz— ¡Puto loco!

—¡Shhh! —le insta el comisario— Baja la voz —le dice en un susurro—. No estés tan segura de que es un loco…

—Lo siento —se disculpa la subinspectora, llevándose las manos a la boca.

—Explícate —le dice Iván.

El comisario mira la puerta y se asegura de que está cerrada.

—He estado toda la noche investigando. Esos rituales… mejor no quieras saber qué hacían.

—¿Satánicos? —pregunta inquieta Joana.

—No. Celtas.

—¿Celtas? —pregunta Iván, extrañado.

—Exactamente los druidas. Lo empleaban los druidas en sus rituales de sacrificios humanos.

Iván vuelve a mirar las fotos. Se centra en las cartas.

—¿¡Es un puto loco que quiere sacrificar a la niña!?

—Pudiera ser, pero te repito, no os centréis en que es un loco, pudiera ser una loca… o ambos. Las cartas están dispuestas sobre la mesa en forma de cruz. Parece como si hubiesen tirado las cartas a la madre, y después… bueno, en función de la tirada, parece que se han llevado a la niña… ¡Joder, no lo sé!

—¿Y por qué dejó el resto de la baraja bajo el cojín sobre el que descansaba la madre? ¿Y por qué Eva lo permitió? Todo es muy extraño —concluye Joana.

—Y si la madre tiene algo que ver… —deja la duda en el aire Iván.

—La madre podría haber estado dormida —argumenta el comisario…

—¡Venga ya, Andrés! ¿En qué fase del sueño estás muerta? ¿Cómo pueden llevarse a tu hija, tirarte las cartas y dejarte el resto bajo tu cabeza, y tú no enterarte de nada? Perdona… pero es como un poco rocambolesco.

Joana le lanza una mirada de esas que atraviesan. Ella no puede pensar que la madre le haya podido hacer nada a su hija. Es imposible. No puede ser. Él se encoge de hombros. Joana decide seguir con la conversación, cambiando el rumbo.

—Si es eso, ¿cuándo? — pregunta la subinspectora Cruz.

Los dos han sabido darle sentido a la pregunta, y les eriza la piel. Joana se refiere al crimen de Triana. ¿Quién se la ha llevado? ¿Para

qué? Y sobre todo, ¿cuándo y dónde va a suceder?

—No sé cuándo… o si ya… lo ha hecho.

—Pero ¿y la toquilla en el río? ¿Por qué? —pregunta de nuevo Cruz. La desaparición de Triana se le escapa de las manos y de la mente; se trata de una bebé y es algo demasiado personal.

El comisario, que ha escudriñado en las páginas de Google buscando respuesta a las cartas, le responde totalmente compungido.

—Joana, no quieras saber los tipos de sacrificios que hacían…

Ella entiende perfectamente la respuesta. La niña podía estar ya bajo las turbias aguas y el lodo del río.

Foto 3 - Sofá beige del piso de los padres con una huella impresa

El comisario extiende la última foto sobre la mesa.

—¿Qué es? ¿Es la huella de un zapato?

—Sí. En efecto, es la huella de los zapatos de Zara que llevaba puestos la madre.

—¿Sobre el brazo del sofá? —se pregunta Müller, extrañado.

—Cuando Eva entró en la casa, no se descalzó. Costumbre que, según los dos, tienen desde que viven en el piso.

—Y la madre se tiró al sofá con los zapatos —deduce Joana…

—A no ser… que fuese otra persona quien la recostara —Müller lanza esta duda al aire—… Y no solo eso. El cochecito de su bebé estaba en el recibidor. Ahí asegura el padre que estaba cuando entró. Cosa extraña, puesto que ellos siempre se lo llevan al salón y la suelen sentar ahí para que se entretenga con la tele un poco… Según han contado ambos, coincidiendo en su declaración.

—De acuerdo —interrumpe Joana intentando aclarar el asunto—. La madre llega, deja el cochecito de bebé en el recibidor, coge a su hija y se olvida de cerrar la puerta principal. La lleva a la cuna y la duerme. Ella supuestamente come algo y se va al sofá, ¡con los zapatos puestos! Se recuesta con la tele al mínimo y se duerme. Después llega alguien, le hace una tirada del tarot celta, le salen unas cartas que indican muerte, y así como si conociera todo el piso, va a la habitación, coge a Triana, extiende sus sabanitas hasta dejarlas impolutas, tira semillas de muérdago y se larga, en mitad de

un aguacero apocalíptico, con una niña en brazos. Tira la toquilla y ¡bum!, ¡desaparece! Mientras tanto, su padre ilocalizable y su madre dormida como un tronco… ¡No me cuadra!

—A nadie le cuadra. La científica no ha hallado restos biológicos. El luminol no ha revelado restos de sangre. Y el piso no olía a lejía ni ningún producto que se pudiese haber utilizado para limpiar. Bingo no ha rastreado olor a cadáver ni en el piso, ni en el rellano, ni en el cochecito de bebé. Sin embargo, todos los que entraron en el piso en las horas inmediatamente posteriores sí dijeron que olía a incienso. Un fuerte olor a incienso o algún sahumerio. El propio Rodrigo recordó que le olía raro. Quedó anotado en su primera declaración. Eva, sin embargo, dijo no saber de dónde procedía el olor, porque ella no quema incienso desde que tuvo a la niña —añade Müller.

El móvil de Iván vibra en la mesa. Un WhatsApp.

Campos:

Ya tengo el rastreo. Por espacio de cinco horas, el móvil del padre está ilocalizable. El de la madre la sitúa en el piso. Antes y durante la desaparición de la niña.

Müller lo lee en voz alta.

—¿Cinco horas? ¿Y qué estuvo haciendo? En cinco horas le dio tiempo de cualquier cosa. No hay más de 10 minutos desde San Jorge hasta su piso —añade Joana…

—Vamos —le dice Müller a la subinspectora Cruz—. En una hora tengo la entrevista con —dice mientras se levanta y rebusca nuevamente en el caos de su mesa…

—Dimas Durán —interrumpe Cruz.

Iván alza la vista y contesta algo airado:

—Solo había olvidado el apellido.

—Chicos —interviene de nuevo el comisario mientras los dos agentes cogen su cinturón reglamentario y se colocan los reflectantes—. Que no se filtre nada de las cartas. NA-DA. ¿Me habéis oído? Si se empieza a generar pánico colectivo, tendremos a

los echadores de cartas linchados por media Sevilla. No debemos generar confusión hasta no estar seguros de lo que de verdad ha ocurrido.

XIII

1985
Benaocaz
Roi
Antes de que lo encerraran en el desván

Desde que tuve el último brote de mi enfermedad, no había vuelto a pasar. Mi padre estaba mucho más controlado; si bien seguía bebiendo, ya no lo hacía como antes. Mamá creía que por fin lo estaba dejando, pero yo sabía que era por lo de la Guardia Civil. Andaban buscando un culpable y muchos ya habían puesto el ojo en mi padre. «El irlandés siempre anda borracho». «A su mujer y a su zagal le da buenas palizas, vete a saber». «Nadie mejor que él conoce esa sierra». Esos rumores habían cobrado fuerza en las últimas semanas, sobre todo cuando vinieron a traerle a papá una navaja que la Guardia Civil había encontrado, ensangrentada aún, cerca del barranco del arroyo Pajaruco, por donde dicen que cayó Pablito antes de reventarse los sesos contra las piedras.

Después de eso, le dijeron que se anduviera con cuidado y que estuviese localizable. Supongo que papá no quiso beber hasta perder el sentido, por si acaso hacía algo que lo condenara, porque el efecto que el alcohol provocaba en su cabeza lo hacía convertirse en apenas minutos en el mismísimo diablo… La sangre de la navaja era de animal. De cualquier animal de los muchos en los que papá hundía esa navaja; sin embargo, todos se preguntaban: «¿Qué hacía el objeto en ese lugar?». Los cochinos negros y los toros estaban en un vallado en sentido opuesto al barranco del arroyo Pajaruco; sin embargo, mi padre argumentó que no se explicaba qué hacía allí su navaja, si hacía meses que no iba por el sendero del Colmillo del Diablo, el sendero que llegaba hasta el barranco. No dijo toda la verdad, aunque tampoco era todo mentira. Él sí iba por el sendero

del Colmillo del Diablo, pero la navaja no se le cayó a él. Y aunque nadie lo creyó del todo, tampoco pudieron demostrar nada.

Juan de Dios, el padre de Pablito, quiso darle una paliza a mi padre una tarde que se presentó en la finca como un loco. Yo los vi, escondido tras las pacas de paja que había dentro de la nave de los corderos. El padre de Pablito lo cogió por la camisa y le dijo que, si se enteraba de que había sido él, iba a venir a buscarlo para asegurarse de que ya no pudiese hacer daño a ningún niño más. Fabián echó a correr y los separó, levantó la horca por la parte del palo, no la del tenedor, y lo amenazó para que soltara a mi padre, que no trató de defenderse. Solo usaba la fuerza con nosotros, pero después era un cobarde.

—Juan de Dios, ¡vete de aquí! No hagas ninguna tontería —le decía Fabián con el palo alzado sobre su cabeza…

—Si supiese que has sido tú, te haría cachitos con mis propias manos…

—Tu hijo no debería haber ido allí solo. Ese lugar es muy peligroso. ¡Yo no le he hecho nada a tu zagal! —le contestó papá muy colorado. El rojo de las venas de su cara se había convertido en un atuendo crónico.

—Él nunca hubiese llegado allí si alguien no lo guía. Mi hijo no era un niño atrevido. Tuviste que ser tú. ¿Acaso querías hacerle lo mismo que al tuyo?

Y esa pregunta, que podía tener muchos significados, quedó flotando cerca del gallinero, como el polvo y la paja.

«Lo mismo que al tuyo», repetí en mi cabeza. «Lo mismo que al tuyo…».

***

El maestro

—Roi, ¿estás mejor?

Y a esa pregunta, qué se supone que debía contestar.

—¿Mejor de qué?

Y el maestro se quedó un poco descolocado.

—De tu enfermedad, tu madre me dijo que habías estado varias semanas con fiebre y dolor.

—Ah —y me quedé callado de nuevo.

—Me imagino que si no te acordabas ya es señal de que estás mejor, ¿no?

El maestro me atusó la cabeza. Aún me dolía la cicatriz, pero no dije nada. Él se dio cuenta de que evité su contacto. Los contactos adultos no me gustaban. Me hacían ponerme en alerta. Solo mamá podía tocarme. Él se percató de mi huidiza respuesta y cambió el tema.

»Bueno, Roi, tú tranquilo, que aprobarás este curso. Eres muy inteligente.

Durante las horas lectivas, las pocas veces que iba al colegio, recuerdo mirar al maestro sin pestañear. Lo miraba, sintiéndome capaz de hacerle llegar mis pensamientos, porque pensaba que mi mente sería capaz de transmitirle en forma de imágenes mi vida en la finca. Lo miraba, lo desafiaba. Lanzándole preguntas, dándole respuestas, imaginándome que él sería capaz de descifrar; pero nunca pasó. En mi cabeza se intercambiaba el sonido de la voz del maestro con los gritos de mi madre muchas noches. Con el sonido de la lluvia, con los aullidos de papá, con las súplicas. Entraba en pánico solo con el pensamiento. Comenzaba a temblar, mi corazón galopaba en el pecho y era entonces cuando mi cara se blanqueaba y llegaba al punto de casi desfallecer. Pero nunca se dio cuenta. El maestro no pudo salvarme. Nadie pudo salvarme entonces.

XIV

Martes 28 de octubre de 2014. Ahora
Piso de Kansas City

Anoche, Eva no quiso tomar los sedantes. El sofá de sus suegros tiene marcado el contorno del cuerpo de la mujer. No ha soltado el chupete. Ahora también abraza una gasa que le dio anoche su suegra. Es una gasa de su niña. La utiliza para limpiarse el pecho tras sacarse la leche. Está guardando el alimento para cuando encuentren a su hija. Ella cree que la van a encontrar. No es demasiado devota, pero no ha parado de pedir a todos los cristos y vírgenes de Sevilla que aparezca su niña. Ayer por la mañana, antes de ir a declarar, fue a la Capilla de los Marineros, donde está la Esperanza de Triana, a pedirle que le trajera a su niña. Su llanto retumbaba en la cúpula y pareció estremecer a la mismísima lámpara central del siglo XIX. «Lleva tu nombre, ¡cuídamela!», le imploraba de rodillas ante el altar.

Ahora está cargando el teléfono. No ha parado de mirar y revisar sus redes sociales. No para de buscar en Google el posible significado de esas cartas, pero no ha llegado aún a la misma conclusión que los inspectores. Tal vez, porque ella solo ha tenido la oportunidad de ver las cartas una vez, cuando se las enseñó Joana en el coche. No recuerda bien las imágenes que había. Tampoco sabe qué es un tarot celta, y mucho menos quién las dejó ahí.

Rodrigo acaba de colgar. Lo han llamado de la Jefatura Superior de la Policía Nacional.

—¿Quién te ha llamado? —interrumpe Eva el silencio del salón, que es acompasado por el reloj de pared de sus suegros: tic-tac.

—Esta tarde tenemos que ir al piso —le responde Rodrigo sin mirar a su mujer.

Está con la cabeza agachada, sentado en el sofá, con el móvil que desbloquea cada dos minutos para que le sonría su niña. Es la

foto favorita de los dos, la que han entregado a la policía, la del parque de las palomas.

—¿Qué? ¿Al piso? ¿Por qué? —le pregunta ella sobresaltada.

—Quieren que hagamos una reconstrucción exacta de los momentos anteriores a la desaparición. Cuando llegué a casa y vi que no estaba la niña… quieren que sea con la misma luz, sobre las 17:30. El que me acaba de llamar es el inspector.

Eva llora desconsoladamente. En las horas que lleva sin su hija no ha parado de llorar. Ya no le quedan lágrimas. Maldice una y otra vez el cansancio extremo. La siesta que nunca duerme y durmió el lunes. La tormenta apocalíptica que descargó sobre Sevilla esa tarde y que impidió que hubiese testigos de todo lo que ocurrió. Rodrigo, que hasta ahora no se había inmutado, se acerca a ella y la abraza. Ambos saben que su relación está pasando por un mal momento. Eva, desde que parió, se ha vuelto demasiado sobreprotectora; todo su mundo gira en torno a la niña. Rodrigo trata de comprenderla. Piensa que está intentando ocupar el lugar de esa madre que ella nunca ha tenido presente, pero se ha cansado de la actitud de su mujer. Él es joven y tiene unas necesidades que ella ahora no puede satisfacer. Rodrigo la quiere mucho, pero desde que nació su niña también ha experimentado un cambio de carácter. Siente un miedo inhóspito que hasta ahora no recordaba haber sentido. Tiene pesadillas y despierta empapado en sudor. A veces siente haber vivido algunos momentos antes de vivirlos. Él sabe que son *déjà vues* y que probablemente no signifiquen nada, pero lo cierto es que, desde que conoció que Triana venía en camino, y más aún desde que nació, su carácter ha ido fluctuando en el tiempo. Un combinado de amor y desolación. Un vacío en el pecho. Una necesidad imperiosa de correr, de huir hacia ninguna parte. Un miedo que no se ha apartado de su pecho y que lo hace sentir desabrigado. Se volcó en el proyecto San Jorge (un proyecto que reabre el debate que desde hace siglos surgió como una leyenda sobre unos pasadizos que conectan el que hoy día es el casco urbano de Sevilla con el castillo de San Jorge, pasando por debajo del río). Y ahora es profesor de tesis de un grupo reducido de cinco alumnos, con los que convive casi tanto tiempo como con su Triana.

Su devoción por el trabajo lo apartaba durante algunas horas de esos sentimientos ajenos a él hasta entonces y que fueron perforando su pecho de forma abrupta, hasta alejarlo de la realidad.

—No puedo más —le dice Eva a su marido con la voz rota—. Si no aparece, no lo voy a soportar…

—Aparecerá —se rompe también Rodrigo…

Un grito demoledor sale del pecho de ella. Él la abraza más fuerte aún. La avenida Kansas City, a esta hora, es un trasiego de coches, taxis, Uber… que entran y salen de Santa Justa. Hoy, además, es el punto de encuentro de muchos medios de comunicación llegados desde cualquier punto de la geografía española. Ya han averiguado dónde se refugia la pareja y están a la espera de una comparecencia que, de momento, los padres no se ven capaces de dar. Mientras tanto, las entrevistas a cualquier sevillano no dejan de ser una oportunidad para ir dándole forma a una noticia que, de momento, aun sin versión definitiva, ha conmocionado ya a Sevilla y a España entera.

Marcela y Ramón están en la cocina. Han querido dejar a solas a su hijo y a su nuera. Ella está destrozada. Él, algo más entero, pero siente que debe hacer más de lo que hace. Algo más que mirar por la ventana. Algo más que esperar un WhatsApp o una llamada. Algo más que haber llamado a la imprenta para encargar 600 copias de la foto de su nieta, con la frase «¿Me has visto? Contacta urgentemente con mis padres», y los teléfonos de ambos.

—Marcela —le dice el hombre a su mujer con la desesperanza en el pecho…

—No, Ramón. No es lo que te imaginas —se apresura ella a interrumpir antes de que siga.

—Pero… ¿Y si…?

Marcela se levanta. Cierra la puerta de la cocina que comunica con el salón, se acerca a su marido y le habla en voz muy baja. Quiere asegurarse de que su hijo y su nuera no la oyen.

—Me lo prometiste —le suplica con lágrimas en los ojos.

Ramón se estremece y le coge las manos a su mujer.

—Pero esto, Marcela, esto lo cambia todo…

—Hemos sido muy felices, Ramón —le implora ella con los ojos.

—No me hagas esto. Tenemos que contar lo de las cartas. Lo sabes, juramos que si volvía a pasar… hablaríamos con la policía.

—Sabes que hace mucho tiempo de eso… ¡No lo remuevas! Si él se entera, nunca nos lo va a perdonar.

—Estoy seguro de que tiene algo que ver con lo que ha pasado —musita el abuelo.

Al hombre le recorren gruesas lágrimas por las mejillas. Su vista nublada enturbia la estancia. Siente que su vida está inconclusa. Que, aunque ha podido parecer que vivía un conato de vida feliz, nunca lo ha sido, porque Ramón ha tenido siempre mucho miedo. Porque él ha vivido una realidad diferente a la que vivió Marcela.

—No podría aguantar perderlo a él también… ¡Han pasado 20 años desde aquello! —le vuelve a suplicar su mujer con los ojos encharcados— No sabemos si es lo mismo…

—Pero si es… de todas formas lo vamos a perder… —le dice el hombre resignado.

El silencio se corta en dos. El marcapasos del abuelo trabaja a destiempo. El hombre no es capaz de controlar sus emociones. Hace años que vivieron con el miedo alojado en el pecho, pero un día todo paró. Ahora ha vuelto. El abuelo sabe quién es y lo que busca.

XV

1985
Benaocaz
Roi
Antes de que lo encerraran en el desván

El día que murió mi hermano fue la primera vez que vi un muerto. Aquel día no pensé que, en poco tiempo, volvería a ver otro muerto. Fue en esa época en la que comencé a ser consciente de este estado. De cuando uno se muere. Y también a perderle el miedo…

Mamá solía decirme que nunca me alejara de las inmediaciones de la casa. La finca abarcaba gran extensión de terreno y, según ella, traspasando los límites de nuestra casa había muchos peligros. Yo, siempre que me decía esto, pensaba que los peligros los tenía dentro, y no fuera, y era precisamente del interior de donde no podía huir a resguardarme.

La tarde que vino Juan de Dios a casa supe que solo era el principio de todo lo que pasó después. Aquella noche, durante la cena, me atreví, aprovechando su etapa de media abstinencia, a hacerle la pregunta a mi padre: «¿Por qué ese hombre te ha cogido del cuello?», tuve el valor de preguntar, con la voz ahogada saliendo de mi garganta.

Mi padre me miró con gesto rancio. Sorbió la sopa; siempre me ha parecido de mala educación sorber los líquidos. Sus ojos se tornaron más rojos y su puño, apretando el trozo de pan, logró convertirlo de nuevo casi en harina. Mamá intervino antes de que él contestara: «Come y calla —me dijo—, come y calla».

Pude notar el miedo. Su horror. Pude sentir cómo su tembladera hacía tambalearse el mantel de lino. Como aquella vez, la única en que me llevaron a ver un paso de Semana Santa, y vi cómo los hombres mecían a las figuras de un lado a otro, sin llegar a caer. Con ese mismo temblor.

Para ese momento, yo ya había visto dos muertos infantiles y no tenía tanto miedo. Si yo moría, estaría como ellos. Mi madre, que me contaba cuentos, me dijo hace poco, después del accidente de mi hermano, que la muerte para siempre no existe. Que solo es un cambio y que, si quería mucho a Guillermo, algún día, cuando yo fuese mayor, le pediríamos a un señor, que no me acuerdo cómo se llama, que nos lo devuelva. «Solo tendríamos que hacerlo cuando llegue el Día de los Muertos», me dijo ella, y así nos lo daría a cambio de otra cosa que nosotros le ofreceríamos, pero también me dijo que aún quedaba mucho para que yo lo entendiese. Que cuando estuviese preparado, lo haríamos los dos. Yo para Guillermo, y ella para… Me dijo un nombre, pero no lo recuerdo. De otra niña, era el nombre. Yo asentí feliz y se me grabó esa idea. «¿Los muertos tienen día?», recuerdo que le pregunté. «Claro que sí —me dijo ella —. Es la madrugada del 31 de octubre», y entonces me repitió el nombre de ese señor que nos devolvería a los niños que se van, a cambio de otra cosa, pero no me acuerdo de cuál era ese nombre. Yo le pregunté qué tendríamos que darle a ese señor a cambio. Ella me acarició el pelo, me levantó la barbilla después y me dijo: «Cuando llegue el momento, Roi, solo cuando estés preparado, te lo diré». Yo asentí y me prometí recordar para siempre ese día.

Mi padre seguía rojo como un demonio. Sus ojos rasgados, casi cerrados, de un azul casi negro, me miraban intensamente y sentí una cuchillada en mi abdomen. Sentí que me meaba encima, pero logré controlarlo a tiempo. Solo se escapó un poco y supuse que apenas me había manchado. Yo lo miraba desafiante, supongo.

—Roi, levántate y vete a tu cuarto —volvió a intervenir mi madre, esta vez con los ojos encharcados, las manos sudorosas y un temblor que había comenzado a parecer una melodía de terror.

—¡No! —gritó él— ¡Déjalo! ¿No dice que quiere saber? Pues yo le voy a contar… ¡Le contaré para que lo sepa todo!

Y entonces me miró como un verdadero monstruo. Un demonio rojo que, esta vez sí, consiguió que me meara encima. Papá me hizo una tenaza con los dedos apretando mi cuello y le bastaron el dedo anular y el índice; con solo esos dos, podía haberme matado. No le hubiese hecho falta el *sacabuche*. Mamá comenzó a gimotear…

—¡Suéltalo por Dios, suelta al niño! —pero no se atrevió a coger su mano para que me soltase.

Yo no podía hablar porque apenas podía respirar. Ahí sentí de verdad lo fácil que era arrebatar mi vida, con dos dedos. Me sentí vulnerable. Cerré los ojos. No tenía la sierra, ni las covachas, ni las zarzas… y me abandoné.

—Mamá —acerté a decir con la voz entrecortada.

—¡Mamá, mamá, mamá…! —comenzó a imitarme él con la voz jocosa— Deja de llamar a tu madre para todo. ¿Acaso aún no te has dado cuenta?

—¡Ya basta, déjalo, por favor! —gritó mi madre. Mamá se atrevió a tocar la mano que me atrapaba el cuello.

—¡Déjalo, no! ¿Cómo puedes dejarlo? Cuéntaselo, ¡vamos! Cuéntale lo que pasó. ¡Díselo, bruja, dile lo que pretendes, dile lo que quieres! ¡Dile en qué lo has convertido! ¡Vamos, no te calles ahora! ¡Cuéntaselo todo!

Papá apretaba más. Me estaba matando. Yo los miraba asustado…

—Suéltame —le dije, en un último intento de salvar mi vida. El oxígeno era tan escaso, que estaba comenzando a abandonarme de nuevo al mundo de la realidad de mi mente. Me muero.

—¡Suéltame, suéltame! —me repitió él, empleando nuevamente un tono jocoso— Debí haberte matado hace mucho tiempo —y miró a mi madre.

—¡Ya basta! —gritó muy fuerte ella. Su voz cambió. Y dejó de ser la madre buena.

Él se levantó. Tiró todo lo que había en la mesa. Golpeó la madera con el puño y dejó su marca de nuevo. Mamá se levantó y lo miró con ojos raros. Esta vez, ella se hizo fuerte como él. Yo estaba muerto de miedo.

—¿Tú quieres saber por qué esta tarde vino el padre de ese niño? —y apretó más sus dedos en mi garganta— Pues porque piensa que yo he matado a su hijo, ¿entiendes? ¡Piensa que yo he matado a su hijo! Todos creen que yo he matado a ese niño. ¿Acaso sabes tú algo de su hijo, pequeño diablo? ¿Acaso sabes algo de su hijo? ¿Sabes algo de mi navaja? Contesta…

Y entonces, tras apretar con más fuerza que antes, poner su frente pegada a la mía y rezumar odio junto a mi cara, me soltó.

Luego salió de casa pegando un portazo. Mamá se quedó llorando, con los codos apoyados en la gran mesa de madera que había en la cocina, y la cabeza entre sus manos. La estancia se había llenado de dolor. En el aire de la casa flotaba un gran vacío.

—Mamá —le dije roto. Todavía tenía la tráquea dolorida del pellizco que papá me había propinado en el pescuezo—… Mamá. Mamá —volví a insistir, y esta vez rocé su pelo. Pero ella se mantenía en silencio. Con la mirada ida. Con los puños apretados y las venas hinchadas—… ¡Mamá! —le dije una vez más, elevando la voz. En una frecuencia que se quedó flotando en la cocina.

—¡Cállate! —me dijo por fin— ¡Cá-lla-te!

—Yo lo sé—le susurré al oído…

Mamá me miró. Su mirada estaba llena de rabia. Supe que ella entendió lo que le quise decir. De sus ojos nublados comenzaron a descender gruesas gotas de lágrimas, como nubarrones cargados de desesperanza.

—Tú —me dijo ella mirándome a los ojos, unos ojos que se habían inyectado en sangre de la presión en la tráquea—. Tú no sabes nada… ¡Nunca has sabido nada!

Asentí, comenzando a darle forma a esa vida que me llevaría a huir durante muchos años después. Primero huiría de él. Más tarde, acabaría huyendo de mis propios demonios.

XVI

Ahora
En algún lugar bajo el río

Pajarito que cantas en la laguna,
no despiertes a mi niña que está en la cuna.
Ea la nana, ea la nana,
duérmete, lucerito de la mañana.
A dormir va la rosa de los rosales;
a dormir va mi niña porque ya es tarde.
Ea la nana, ea la nana,
duérmete, lucerito de la mañana.
Pajarito que cantas junto a la fuente,
cállate, que mi niña no se despierte…

Estrofa de nana tradicional
Pablo Escalona, Víctor Escalona

XVII

Martes 28 de octubre de 2014
Sevilla. Jefatura Superior de Policía

El trasiego de policías que entran y salen, el ring de los teléfonos fijos, los correos que llegan a la jefatura y los periodistas que se arremolinan en la puerta hacen que el trabajo policial, a pesar de ser a destajo, parezca que se queda corto. Hay unos padres esperando a su niña y unos abuelos rotos que quieren abrazar a su nieta nuevamente. Ellos son mayores, y el tiempo va en su contra. Hay una ciudad volcada con los padres; así es Sevilla. No hay un taxi desde el que no mire Triana, sonriendo a la cámara, con los incisivos inferiores a punto de romper del todo. No hay un bar en Sevilla en el que no esté pegada la foto de la niña: «Triana, 6 meses. ¿Me has visto? Contacta con mis padres» y dos números de teléfono. *Canal Sur* tiene un programa especial dedicado a investigar los instantes previos y posteriores a la desaparición de Triana. Que la prensa se inmiscuya tanto no es del todo bueno, el comisario lo sabe. Quienquiera que se la haya llevado no debe ni puede saber tantos detalles. Aún no se ha filtrado lo del tarot, pero esas cartas son el verdadero quebradero de cabeza de Iván, Joana y el comisario, de momento los únicos, aparte de los padres, que lo saben. A los progenitores se les pidió discreción y no hablar del asunto con nadie. Los agentes, de momento, saben que los padres han cumplido. Semejante noticia supondría un sinfín de conjeturas y divagaciones que, de no ser investigadas correctamente, no los llevarían a buen puerto. Es más: de ser filtrada la noticia, podría acelerar el curso de los acontecimientos y precipitar lo que quiera que haya maquinado esa mente enferma (o mentes). La policía no olvida que los padres están en el punto de mira, pero no tienen nada más que suposiciones, y estas no dejan de ser conjeturas.

El teléfono de Iván ha vibrado en la mesa; ni lo mira. Él no deja de girar la rueda del ratón. Lleva visitadas más de 60 páginas. El historial de Chrome está plagado de historias celtas, sacrificios druidas, significado de arcanos, cartas invertidas, tarotistas en Sevilla… y una larga lista de búsquedas a las que él personalmente se ha querido enfrentar, a pesar de contar con un equipo especializado en esos asuntos.

No puede dejar de pensar en su hija, la niña que tuvo por un desliz de una noche. Esa niña a la que no quiso dar su cariño por anteponer su profesión a su labor filial. El embarazo lo cogió por sorpresa. Prestaba servicio en las islas y sabía que debía volver a Andalucía. No quiso hacerse cargo del bebé y su madre lo respetó. Ella se casó y otro hombre ocupó ese lugar que, por consanguinidad, le correspondía a Müller. Años más tarde, cuando sintió el deseo de abrazar y sentir ese calor que nadie jamás podría darle, viajó a la isla y la vio de lejos en un parque. Una niña preciosa, de melena rubia como su madre y pelo rizado como él. La vio correr desde un columpio hasta un hombre, un hombre al que oyó llamar «papi». Su madre, cada cumpleaños, le envía una foto. No hay rencores. Fue una noche. Aira quizá no fue una niña deseada, pero sí muy querida por sus padres, a los que ella conoce. Iván no está dentro de ese círculo. El día que la vio en persona, en el parque, fue el único que se atrevió a hacerlo. No cruzó palabras, ni abrazos, nada. Una fugaz mirada mientras Aira se tiraba por el tobogán una de las veces. Pero ella pudo pensar que era un papá de cualquier niño, no el suyo. El suyo estaba esperándola abajo, con los brazos abiertos. Él supo que no era el momento de querer recuperar a su hija, porque ella ya tenía un padre, y ahora le tocaba lidiar con la culpa toda la vida.

«Tiene seis meses. Se llama Aira (princesa). Tiene tus ojos». Esa fue la primera foto que le llegó por carta a su piso de la calle Baños. Ahí sigue viviendo, y ahí le siguen llegando las cartas cada siete de mayo, cuando Aira cumple de nuevo un año. Ya tiene 12, y es toda una mujer.

Ahora mira y remira la foto de Triana. «No puedo fallarte a ti también», se dice. El asunto de la niña se ha convertido en algo personal. El teléfono vuelve a vibrar. Esta vez lo descuelga sin mirar.

—Inspector —una voz claramente molesta le habla al otro lado.

—¿Quién es? —contesta sin apartar la vista de las páginas de internet.

—Patricia —le contesta extrañada por el desconocimiento que muestra Müller.

—Ah… sí. Dime…

—Un chico pregunta por ti; dice que alguien lo ha llamado por si podía pasarse para hablar contigo.

«Mierda», se dice el inspector, que ha comenzado a minimizar páginas, recoger los apuntes que ha ido haciendo y sacar del cajón la carpeta con las declaraciones para apuntar los datos que le pueda dar este chico.

—Que suba —dice sin más.

—Puede subir —se oye decir a la secretaria al otro lado y, posteriormente, antes de colgar, escucha «tendrá mal genio el ti…», y se corta la línea.

Iván sonríe levemente; por un momento, esa reacción de Patricia, la secretaria, le hace desconectar tres segundos de la pantalla del PC y de los ojos de la niña que les pide a gritos que la encuentren.

Llaman a la puerta. Por el cristal que da al pasillo ha visto pasar a un chico de aspecto bonachón, con gafas de montura negra, pelo ligeramente ondulado en la nuca. Su forma de andar le sugiere que es un chaval bastante retraído, y lo anota. Iván lo anota todo. Tener esa especial sensibilidad para percibir el lenguaje corporal le ha ayudado mucho en sus años de carrera. De hecho, eso, junto con los puntos recaudados por acudir a destinos menos agradables que otros habían rechazado, le sirvió su ascenso en el cuerpo hace cuatro años.

—Buenos días, ¿puedo pasar? —le pregunta al llegar. El chaval se muestra excesivamente educado y al inspector esto no se le pasa por alto.

—Por supuesto. Siéntate.

Iván está percibiendo algo. Presiente que con Dimas ha dado en el clavo. Sabe que podrá aportar información útil. Müller suele decirle a Lorena, la psicóloga de la policía, que a él no le hacen falta

«carreras para leer mentes». Y lleva razón. Es todo un especialista, un observador nato; por algo le apasiona la investigación. Ahora tiene frente a él a un muchacho que, intuye, tendrá entre 21 y 22 años. Tímido. Nervioso. Sin embargo, el inspector cree tener delante a un testigo importante… de algo, no sabe de qué, pero relevante.

»Perdona que te haya hecho venir hasta aquí. No quería… bueno… este asunto es muy delicado; no quería ir hasta la US y entrevistarte allí. No nos ha parecido oportuno en este punto de la investigación.

—Tranquilo, no me cuesta nada venir hasta aquí —contesta el chico.

No lo mira a los ojos. Ha recorrido con la mirada toda la estancia, y cuando sus ojos están a punto de encontrarse con los del inspector, los desvía y mira a la mesa. Müller anota esto. Sabe que es importante que alguien evite el contacto visual.

—Solo quiero hacerte algunas preguntas, porque Rodrigo nos ha dicho que fuiste la última persona con la que estuvo antes de llegar a su piso en la calle Betis y darse cuenta de que no estaba su niña.

—Sí. Estuve con él. Sobre las cinco de la tarde oímos la tormenta desde abajo.

—Desde abajo —lo interrumpe el inspector para que Dimas le especifique qué significa «desde abajo»…

—Sí. Estábamos en las ruinas, debajo del mercado. Rodrigo es mi profesor de tesis. Quise hacerla en lugar de un TFG, y él se ofreció a ayudarme y acompañarme en todo. Hay cuatro compañeros más que a veces nos acompañan, pero el que siempre está soy yo. Estoy fascinado con el proyecto y no puedo dejar de pensar en él.

—¿Qué proyecto? —le pregunta Iván, algo descolocado.

—El proyecto en el que trabaja Rodrigo. No sé exactamente si es de la Junta o de algo de turismo… No lo sé muy bien. Pero sé que Rodrigo está muy comprometido. Lleva dos años trabajando en él. Están buscando unas galerías que se supone salen del castillo y conectan con muchos puntos de Sevilla, por debajo del río. Yo estoy obsesionado con ello, y me he implicado mucho.

Müller se queda en silencio, pensativo. Esto ya lo había leído en la declaración del padre. Elena lo había anotado tal cual; sin

embargo, oírlo de primera mano le había proporcionado una sensación que no tuvo al leerlo. Iván lo anota y, junto a la nota, escribe «Ir al castillo de San Jorge», con una letra ilegible.

—¿Recuerdas qué hicisteis el lunes desde que quedaste con él?

Dimas está mirando a la mesa. La pierna derecha no para quieta. Esto tampoco ha pasado desapercibido para Iván. El chico es… diferente, porque no encuentra otra palabra para definirlo. Culto, excesivamente educado y amable. No obstante, algo no le cuadra. Evita que se adentren en él… y eso no le parece normal al inspector que lee mentes.

»¿Lo recuerdas bien? —insiste Müller ante el silencio del chaval a la pregunta.

—Sí. Sí. Estaba pensando en las horas exactas. Tuve clase toda la mañana de otras asignaturas. Terminé a las 10:45. Me fui a tomar un café mientras esperaba a Rodrigo. Me dijo que tenía una reunión. Como se retrasaba un poco y ya me terminé el café, le envié un WhatsApp y le dije que lo esperaba en la biblioteca. Y allí estuve hasta que llegó. Luego nos fuimos a Triana. Nos paramos a tomar una Coca-Cola y un montadito en el mercado. Ahí miré el reloj del coche al aparcar. Fuimos en mi coche. Marcaba las 13:17.

—¿Me puedes decir el nombre del bar?

Müller anota que el chico le proporciona una precisión matemática al darle las horas.

—Sí, Altozano. Es el que está en el mercado conforme entras, a la derecha.

Iván no consigue que la mirada de Dimas permanezca fija en sus ojos. Mira hacia los lados. El inspector trata de descifrar qué está tratando de esconder. Mientras hablaba, ha pensado que quizá se esconda de sí mismo. «Es una persona tímida e introspectiva. Quizá tenga la autoestima baja», ha cavilado varias veces en los minutos que el chaval lleva sentado en la silla. Sin embargo, le ha parecido sumamente inteligente. Muy correcto en las expresiones. Müller quiere formular la pregunta correcta para hallar una clave. «La madre», piensa. Quizá ella sea la clave.

—Estuvisteis desde que os acabasteis la tapa, que fue sobre —continúa con la secuencia de la tarde…

—Sobre las 14:15 —contesta rápido porque ha entendido que era una duda lanzada al aire.

—O.K., y desde esa hora, las 14:15, hasta las 17:00 aproximadamente, me has dicho antes, estuviste con Rodrigo en las ruinas del castillo.

—Sí, hasta que oímos la tormenta y él me dijo que se iba a casa. Él se fue andando. Vive muy cerca. Yo saqué mi coche del *parking* y me marché. A los pocos segundos de subir del aparcamiento fue cuando empezó a llover con más fuerza.

—¿Sabes si él, mientras estuvo contigo, habló por teléfono con alguien?

El chico se queda pensando. No para de mover la pierna. El inspector le da tiempo.

—Creo que no. Creo que se había quedado sin batería, pero no lo sé seguro.

—Sin batería —confirma Müller, aunque su confirmación la dejó en el aire…

—No estoy seguro. No lo sé, pero creo recordar que me preguntó la hora, y justo había sacado su teléfono del bolsillo; supongo que si hubiese estado encendido, la ve en el suyo…

«Buena apreciación», piensa el inspector.

—O. K. —Müller anota— ¿Qué hora era, lo recuerdas?

—¿Qué hora?

—Sí, cuando te preguntó la hora.

—Ah. Las 16:35.

—De acuerdo, veo que lo recuerdas muy bien.

Dimas se abstrae. «¿Por qué le ha dicho eso?». Le ha dicho «veo que lo recuerdas muy bien…». No sabe cómo tomárselo, si es bueno o malo. ¿Acaso está dudando de él?

»¿Y su mujer? —prosigue Iván.

—¿Qué pasa con ella? —contesta, sobresaltado, Dimas.

«¿Qué pasa con ella?», piensa Müller, que se ha dado cuenta de que ha tocado el punto correcto y la luz verde se ha encendido.

—Nada, solo quiero saber si la conoces. Como trabaja también en la US…

—Sí, sí, la conozco. Aunque no he hablado mucho con ella.

—¿Hablaste con Eva o la viste el lunes?

—Sí. La vi, pero no hablé con ella.

—¿Sabes a qué hora la viste por última vez la mañana del lunes?

—No exactamente. Pero sí sé que fue antes de irnos Rodrigo y yo. Él se acercó a decirle algo, mientras yo fui a sacar el coche. Era casi la una, pero exacto no lo recuerdo.

—Está bien. No te preocupes, Dimas, ya me vale con lo que me has dicho. Solo quiero pedirte que si recuerdas algo que pudiera ser relevante, aunque te parezca que no es importante, nos lo puedes contar; a veces cualquier cosa que nos parezca poco importante puede ser de gran ayuda en una investigación. Necesitamos encontrar a esa niña; con cada hora que pase… bueno, imagínate la estadística para un bebé.

El chico, que ahora sí deja que se encuentren sus ojos con los de Müller un breve instante, se dirige al inspector:

—Era una niña preciosa.

Müller abre los ojos y enarca las cejas. «Lo ha dicho en pasado», piensa.

—¿La conoces? —pregunta Iván.

—Sí. Hace un mes más o menos Rodrigo me invitó a tomar café a su piso. Quería enseñarme unos documentos de más de 400 años que había encontrado sobre unos planos de San Jorge, antes de la gran inundación que tuvo lugar por el desbordamiento del río.

Dimas no se da cuenta de que esa frase que acaba de decir ha puesto en alerta a Iván. No diferencia especialmente bien las ironías, y a pesar de su conversación excesivamente culta, no repara en esos detalles que no están bien expresados. Ha dicho «era». Como si fuese. Como si ya no estuviera… Y eso no le ha gustado a Müller. Dimas se ha querido referir a que era preciosa el día que la vio, y sí, está bien dicho. Lo ha expresado bien, ya es pasado, no la acaba de ver… fue hace un mes… pero eso el chico no sabe explicarlo de mejor forma, y el inspector es incapaz de adentrarse en esa mente que aún no conoce, por eso trata de mantener la calma, y continúa la conversación, aunque él le habla en presente de Triana.

—De acuerdo —Müller anota lo que le acaba de contar. Ahora ya está más tranquilo.

El inspector se levanta y le tiende la mano al joven. Se da cuenta de que la mano le suda. Esto tampoco ha pasado desapercibido para Iván. Ese chico le da paz, pero a la vez lo descoloca. Es la primera vez que el analizador de mentes no es capaz de adentrarse en una.

»Gracias por venir —le dice algo desconcertado.

—De nada.

—Si necesitamos algún dato más te volveremos a contactar, espero que no te importe.

—No, por supuesto que no.

Dimas se gira para salir. Camina dos pasos indeciso. Se para. No se da la vuelta. Vuelve a caminar un poco, un paso más. Ahora alza un hombro. Ese chaval tiene un debate interno, un diálogo al que él mismo se está respondiendo. El inspector lo mira en silencio; ha aprendido, en los pocos minutos que ha tenido contacto con él, a no presionarlo. Dejar que fluya es lo mejor; terminará escupiendo eso que ahora trata de posicionar en su cabeza. Una tensión que no había antes, ahora se palpa. Dimas está parado. Ahora se gira y mira al suelo. No consigue mantener la mirada, a pesar de que lo intenta. Su voz, repentinamente, consigue romper y hacer que le vibren las cuerdas vocales. Dimas se dirige al inspector, que permanece en la mesa con el bolígrafo en la mano. Apoyado en el folio en el que está tomando apuntes, ávido de esa frase que el chaval ha estado formulando en su cabeza durante segundos intensos y que no acaba de romper.

»Inspector… No sé si esto es importante o una tontería…

Por fin suena su voz y Müller respira, como si acabase de salir del agua. Aunque trata de disimular.

—Dímelo, Dimas. Puede ser importante… —le anima a contarlo el inspector.

Las manos del chico se entrelazan. Se toca las uñas y recorre la estancia con la mirada, como si mirara motas de polvo pululando.

—Hace tiempo…

—Especifica el tiempo —le pide acotar el inspector, que no quiere dejar pasar nada por alto.

—No llega al año. Hace más o menos nueve meses, está rondando por la US una mujer de aspecto algo —el chico se piensa

el calificativo—… ¿siniestro? —formula la pregunta a la que él mismo debe responder— Sí, siniestra. O rara… no sé bien cómo describirla, pero no me gusta.

«Rara», ese adjetivo le resuena a Müller, que recuerda las palabras que le dijo la madre en el coche.

—¿Cuántas veces la has visto? Y exactamente por dónde y con quién…

Müller sabe que esa es la clave: ¿con quién?

—Fuera. Rondando la US. Se suele sentar en la puerta que da al Hotel Alfonso XIII. Aunque la he visto por todo el perímetro, siempre mira hacia dentro. La veo por los cristales, aunque creo que ella no me ve. No sé si alguien ha reparado en ella. Suele ser huidiza; a veces, es como si se esfumara y no sé por dónde ha cogido. Simplemente, desaparece.

—¿La has visto muchas veces? —interrumpe el inspector, que no para de anotar.

—12 veces. 12 días distintos. La mujer siempre ha estado vestida con ropas largas. Como si fuese una mendiga, pero bien cuidada.

—¿Podría recordarte a una tarotista? Ya sabes, ese tipo de personas que andan echando cartas y leyendo manos —se atreve a preguntar Iván, sin desvelar nada de lo que saben—. Y, por cierto, ¿la has visto hablando, o cerca de alguien que pueda ser importante que nos cuentes?

El chico se queda en silencio. Rebusca en su cabeza la mejor forma de contar lo que sabe. Le cuesta expresarse como a los demás. Él debe ser más conciso. Culto. Exacto. No puede saltarse una regla ni una norma. Pero esta situación es excepcional. Tiene que contarlo. Se trata de una niña. Una bebé de seis meses. Pensar que le hagan daño lo incita a hablar:

—Yo estaba sentado en el patio delantero, donde están los jardines, y la vi. Vi… a Eva. Ella estaba hablando con esa mujer. La madre de la niña. La mujer de Rodrigo.

Iván lo anota con unos trazos ilegibles. Su mente va más deprisa que la mano y que el bolígrafo.

—¿Recuerdas si estaba embarazada? Me refiero a Eva —aclara la pregunta.

Müller quiere pensar que esta conversación se produjo el día de la eco de 30 semanas y que Eva había olvidado el escenario, por eso dijo que fue en el Tussam.

—No. No estaba embarazada —asevera Dimas con voz muy firme —. Eso pasó el lunes.

El chico no levanta la cabeza. No mira al inspector prácticamente en ningún momento del relato. No para con las manos quietas y su aspecto bonachón le impide a Iván sospechar lo más mínimo de él; sin embargo, su manera de actuar… no le cuadra. El inspector comienza a atar cabos. El lunes desapareció la niña. Esa mujer tiene algo que ver, y tal vez la madre. Pero, ¿quién es ella? Tiene que encontrarla para saber qué ha sido de Triana.

—Muchas gracias, Dimas. Nos has ayudado mucho. Déjale tu dirección a la chica que te ha atendido antes, por si tenemos que ir a preguntarte algo más.

Müller siente que debe salir a buscar a Joana y a Eva. ¿Por qué no ha contado nada sobre esa mujer? ¿Quién es? Ahora ya tiene un hilo del que tirar.

Dimas asiente y se marcha. Su marcha es precipitada, como si acabase de incumplir alguna norma. Como si hubiese hecho algo malo. Como si hubiese delatado a su mejor amiga. Él no comprende la magnitud de su relato; sin embargo, le acaba de dar a Müller una pieza de la esquina para acabar de montar el puzle.

XVIII

Martes 28 de octubre de 2014
Sevilla. Calle Betis

Las calles de Sevilla parecen el escenario de un rodaje. Las cámaras de televisión ganan en número a los naranjos. Los periodistas están volcados en la noticia y los telediarios abren con la búsqueda de la niña. Los padres han visto ya las imágenes de las lanchas batiendo el río. Han hecho pruebas para ver las corrientes, pero el lunes llovió tanto que la posibilidad de que un cuerpo —en el caso de que fuese lanzado al río— de menos de 9 Kg esté a muchos kilómetros de la calle Betis es muy alta. Las primeras batidas en la dársena del río se produjeron en las horas inmediatas después de que el padre avistó la toquilla, pero había llovido tanto que fue imposible un rastreo exhaustivo. Todo sucedió tan rápido que la noche cayó sobre Sevilla antes de que pudieran darse cuenta. En esas primeras horas todo fue caos. A Rodrigo no había fuerza humana capaz de separarlo de la barandilla del puente. Corrió río abajo hasta casi llegar a la plaza de Cuba. Estaba ya a pocos metros cuando el edificio del embarcadero le tapó la vista de las agitadas aguas al llegar frente a la Torre del Oro, que está al otro lado del Guadalquivir. Mientras corría, el hombre aullaba de dolor, llamando a su niña. Aquella tarde, Sevilla se estremeció. Se estremeció tanto como cuando oyen una saeta con la ciudad entera en sepulcral silencio…

Los padres están de camino a su piso. Joana y Lorena los acompañan. Müller le ha escrito a la subinspectora Cruz y le ha dicho que ahora se reúnen allí. Le ha adelantado lo que le ha contado el chico. Antes de colgar le ha dicho «Vigila de cerca a la madre». Ella no opina igual. La siente rota. Ni por un momento es capaz de pensar que esa mujer, que está más muerta que viva, haya podido hacerle algo a su niña. Aunque por la mañana lo había estado hablando con Lorena, la psicóloga, mientras se tomaban

juntas un breve café. «No se habla mucho de la depresión posparto. No sería una locura pensar que haya podido hacer algo… aunque sea la mejor madre del mundo». Joana se debate entre lo que le dice la evidencia y lo que siente dentro. No cree que Eva haya podido hacerle nada a la niña.

El tiempo corre en contra. Cada minuto que pasa es crucial. El aeropuerto SVQ de Sevilla tuvo orden inmediata de incrementar la vigilancia. Se avisó a los de tráfico y en cada salida de la capital se dispuso una patrulla. Pero quienquiera que se la haya llevado lo tenía todo muy bien atado. Ha querido jugar al despiste lanzando la toquilla al río, al menos eso es lo que quieren creer. No pueden pararse a pensar que esa criatura esté enredada en cualquier punto del margen del Guadalquivir, entre piedras, lodo y maleza. Esa idea no es aceptable. Triana está viva; por lo menos, mientras no se demuestre lo contrario.

Del piso, la policía científica ya ha recogido lo que han creído necesario. Las cartas las han mandado al laboratorio en busca de huellas. Las semillas de muérdago. El carrito de bebé. Las sábanas de la cuna. El vaso que había encima de la mesa, que en principio solo contenía agua, e incluso el bol de avellanas. Parte de las muestras se mandaron a Madrid; otras, las analizarán en Sevilla. El tiempo corre y Triana está en peligro, en caso de estar viva.

Los periodistas, los acreditados y los que no, se agolpan a lo largo del río, en la calle Betis, en la plaza del Altozano… incluso en el mercado. El puente de Triana está dejando desde el lunes una imagen insólita. Cientos de periodistas, acompañados por su cámara y micrófono en mano, tratan de buscar una pista, la mínima; algún dato que pudiera escapar de la boca de cualquier sevillano. La ciudad está volcada y los medios de comunicación saben que la primicia de cualquier nuevo dato relevante será crucial para ellos. Los padres van en un Alfa Romeo, cristales tintados y sin luces de emergencia. Han bordeado Triana para dejarlos cerca del piso sin que ningún periodista los asalte. La calle Pureza estaba más tranquila. Es la paralela a la calle Betis y queda a su espalda. Ahí han aparcado. Eva lleva la misma ropa de ayer. No se ha duchado ni aseado desde que desapareció su niña. El olor a leche rancia que

desprende su camiseta le recuerda que su hija tiene hambre. El pelo, sucio y despeinado. Gafas de sol que tratan de enmascarar su dolor, y 2 Kg menos. Rodrigo, con barba descuidada que está comenzando a poblar su cara… Él siempre iba con la cara muy despejada, el pelo ligeramente engominado y el olor a Dolce & Gabbana. Pero hoy esa imagen es totalmente antagónica a la de esos días de profesor de universidad, que tantos buenos momentos le han dejado en su vida de adulto. Han pasado por el callejón Juan de Lugo. Cuando cruzas por ese callejón, desde la calle Pureza a la calle Betis, parece, por un momento, que estás avistando el mar. Con el sol reflejado en el ancho Guadalquivir, pero la magistral Torre del Oro al fondo te sitúa de nuevo en Sevilla, frente al río.

Los padres han llegado cogidos del brazo. Con Joana y Lorena a cada lado, y escoltados por cuatro agentes que impiden que nadie se les acerque. La prensa se ha percatado de su presencia de nuevo en el barrio y quieren declaraciones, pero ellos no pueden hablar, no quieren tener que suplicar ante una cámara que cuiden a su hija, de momento no. Con sus escoltas apartando medios de comunicación como si de moscas se tratasen, abren el portal del edificio y pasan. Cierran la cancela tras de sí. Los cuatro policías se han quedado fuera. Lorena y Joana los acompañan dentro. Los periodistas no paran de preguntar y los padres quisieran saber todas esas respuestas que no tienen. Desde el lunes, el río es sobrevolado continuamente por helicópteros de la Guardia Civil. Los buzos han hecho ya más de 60 inmersiones. Nada. Ni rastro de la niña. Voluntarios del puerto deportivo se han unido a la búsqueda con sus kayaks. El agua del Guadalquivir está teniendo en las últimas horas un trasiego inusual de navegantes. Todo por Triana. Como la pancarta que ya ondea en el puente de San Telmo, en el de Triana, en Santa Justa, en Plaza de Armas… No hay un rincón de la ciudad en el que no se lea la frase que se está viralizando en redes: «Triana, Sevilla te quiere, Sevilla te espera».

Dentro del piso de la calle Betis, los padres de la niña recorren las estancias como si el tiempo se hubiese parado el lunes, a media tarde, cuando una tormenta apocalíptica partió el cielo de Sevilla en dos, y la niña, que debía dormir plácidamente en su cuna, se esfumó

como si la hubiese abducido uno de los rayos. Los padres no paran de llorar. Rodrigo no deja de patear el suelo y la cuna. Ha dado un puñetazo a la puerta de entrada. Lorena, en calidad de persona, más que de psicóloga de la policía, se sienta con él en el sofá. Ese sofá que horas antes había estado siendo escudriñado meticulosamente bajo la luz azul.

—Rodrigo, la ira no te va a ayudar. Trata de mantener la calma —le dice Lorena con voz pausada, hablándole en un tono casi imperceptible, tratando de devolver la paz que le ha sido robada a ese hombre que ya no es capaz de sentir nada.

—¿Es posible tener sueños premonitorios? —pregunta Rodrigo.

Lorena y Joana se miran. No entienden esa pregunta que ha soltado el hombre de repente. No viene a cuento en el contexto que tienen ahora mismo. O quizá sí. Quizá sí tiene que ver esa pregunta con la desaparición de Triana.

Eva mira a su marido porque ella sabe de lo que habla. El hombre lleva meses teniendo pesadillas. Casi desde que nació su niña. Siempre llueve en ellas. Siempre hay un niño muerto que tiene los labios azules, y símbolos que no conoce y no recuerda con claridad. Alguna mañana, al despertar, ha tratado de dibujarlos, pero no ha sido capaz. Los símbolos se suceden en su cabeza como vistos a través de un caleidoscopio. El hombre se despierta temblando, encharcado en sudor. Entonces Eva lo abraza, lo reconforta. Él mira a su niña como si la paz que ella muestra durmiendo en la cuna le devolviera a él la armonía que últimamente ha perdido. La mujer sabe a qué se refiere la pregunta de su marido, pero no cree que sean sueños premonitorios. Siempre ha culpado a la obsesión que tiene Rodrigo por el castillo de San Jorge. Los planos antiguos y las muertes que se detallan en los documentos históricos. Pasa muchas horas bajo tierra (bajo el mercado de Triana) y Eva cree que el tema lo está sobrepasando; sin embargo, él sabe que no es eso. En su interior, con el nacimiento de su hija, también nació un terror, algo que despertó dentro de su pecho y que Rodrigo sabe que es suyo, aunque aún no le ha puesto nombre.

—¿A qué sueño te refieres? —pregunta Lorena, bajo la atenta mirada de Joana, que está sentada en una silla, junto a Eva,

cogiéndole la mano (no puede evitarlo y empatiza con ella).

—He tenido una pesadilla recurrente en los últimos meses. Casi desde que nació mi niña.

—¿Qué pasa en esa pesadilla? —lo exhorta a hablar la psicóloga.

Rodrigo se calla. Piensa. Parece que le duele contar eso. Una fuerza interior tira de las palabras hacia dentro. Una parte de él quiere dejarlas sepultadas y otra le pide a gritos que las saque.

—Estoy mojado —comienza a relatar—. Voy corriendo, como el lunes por la tarde. Me caigo. Siento mucho miedo. Estoy en la calle Betis; sin embargo, la arboleda es mucho más tupida. No encuentro el río. Lo busco porque quiero saltar, es como si huyera de alguien o algo. Pero nunca lo encuentro. Una mujer a la que no veo la cara trae un niño en brazos y me lo da. Al cogerlo, me doy cuenta de que está muerto. Yo me asusto mucho. Tengo mucho miedo y cuando me doy cuenta de que está tieso, lo lanzo y cae al río, que ahora sí está, pero ya no es un río, ahora es un arroyo lleno de piedras, con el cauce casi seco —Rodrigo empieza a temblar, está pálido—. Después de eso el agua se vuelve roja… ¡Lo siento, no puedo seguir! —solloza el padre, que se ha sujetado la cara con ambas manos y se araña la frente como si quisiera arrancarse todas esas imágenes de la cabeza.

—Tranquilo, es solo una pesadilla. La mente a veces nos juega malas pasadas —le dice Lorena—. ¿Por qué sabes que está muerto? ¿Tiene heridas o algo? —lo invita a seguir recordando.

Rodrigo permanece con la mirada perdida en la nada, rebuscando en los recuerdos que esas noches le habían puesto ante él.

—El niño de la pesadilla está azul, ya no tiene sangre.

El aire de la estancia se espesa. El silencio que nadie es capaz de romper solo se deja tapar por el incesante trasiego de la calle Betis, que es un hervidero a esas horas.

—Es solo un sueño —le responde Lorena.

Joana y Lorena se miran. Ambas están pensando lo mismo: no es solo una pesadilla recurrente, es algo más.

El telefonillo suena. Los cuatro que permanecen en silencio se sobresaltan.

—Yo voy —dice Cruz, levantándose precipitadamente. Quiere quitar de su mente la imagen del niño azul.

Se dirige al recibidor. Descuelga el telefonillo. «Soy el inspector Müller».

La subinspectora le abre la puerta de abajo. Después abre la del piso y lo espera en el recibidor. Quiere hablar con él antes de volver al salón con los padres y Lorena.

Müller llega y, antes de llamar a la puerta, es recibido por su compañera, que lo insta a entrar, indicándole que hable bajo. Quiere preguntarle muchas cosas y contarle otras tantas.

—¡Me has asustado! —le reprocha Iván a Joana.

—¡Shhh! —lo corta ella— ¿Qué ha pasado? —le pregunta en un susurro.

—¿Qué ha pasado? —le sigue él, hablando en voz baja— Me ha traído Alberto y me ha tenido que dejar por detrás. Imposible acceder a esta calle desde ningún punto.

—Sí, eso ya lo sé. Nosotros aparcamos en Pureza. Pero me refiero al chaval, a Dimas, ¿qué ha pasado con él? ¿Por qué me dijiste que vigile a la madre? Pareces seguro de su implicación.

Iván mira a los lados. En el rellano no había nadie cuando ha llegado, pero no puede fiarse. Cierran del todo, aunque muy despacio, la puerta de entrada al piso.

—Ese chaval sabe algo, y la madre también.

—¿Algo como qué? —le susurra inquieta Joana.

—Me ha contado que ha visto a Eva hablar con una mujer de aspecto poco usual. Coincide con la descripción que nos dio ella misma de la mujer del Tussam y nos dijo que trató de leerle las manos… y que también aseguró no haberla visto más…

—Bueno, puede que la viese antes de ese día y no lo recordara —trata de excusarlo Joana.

—No —la corta en seco Müller—. Fue el lunes.

Joana abre los ojos y enarca las cejas.

—Pero eso… bueno, eso no le culpa de nada.

—No, excepto de mentirnos. De momento. Además, por otro lado, el chico… Me ha parecido raro. Creo que oculta algo. Ya sabes

que yo me fijo mucho en el lenguaje corporal y ese muchacho… no acaba de encajarme del todo.

Joana asiente. Ella sabe que si Iván ha visto algo extraño es porque lo hay. A él se le suelen pasar pocas cosas por alto. Es un tío muy observador, muy inteligente y sumamente atractivo. A Joana le gusta. Eso es difícil de ocultar, pero ahora su principal preocupación es saber dónde está Triana. Con la excitación del momento, casi se le olvida que ella también quería contarle algo. Necesita que Iván sepa lo de la pesadilla y que aporte su opinión.

—El padre acaba de decirnos algo que nos ha dejado la sangre helada a Lorena y a mí. Ya te digo que no me parece ni medio normal…

—¿Qué?

—Dice que lleva seis meses aproximadamente teniendo una pesadilla recurrente.

Müller queda a la espera de que continúe. Encoge los hombros.

—¿Y?

—En esa pesadilla llueve; él corre y ve a una mujer que le entrega a un niño muerto, un bebé —le suelta Joana.

La subinspectora está alucinando con el relato cuando ella misma lo deja escapar de su garganta. Ahora piensa que el padre ha contado eso a modo de confesión encubierta. De su boca, pronunciada esa frase, ha tomado un cariz bastante turbador.

—¡Joder! —espeta Iván, que no ha podido evitar alzar la voz un tono más que antes.

—¿Crees que el padre…?

Iván sacude la cabeza…

—No lo sé.

—Vamos dentro —su compañera lo insta a pasar.

Iván la agarra del brazo mientras ella está cerrando la puerta. Sus ojos avellanos se la quedan mirando fijamente. Ella se quiere morir de la sensación tan placentera que ese roce instintivo con Müller le acaba de producir. Él solo piensa en la niña. Y en su niña.

—Andrés quiere algo —le comenta bastante serio y preocupado —. Se nos están echando encima. Los medios de comunicación y España entera quieren respuestas. El caso de Triana ha traspasado

ya nuestras fronteras y la *BBC* ha enviado reporteros a Sevilla. Hay que ir a saco con los padres. Tenemos que saber qué ha pasado, aunque sea lo peor. Interior no nos da margen. Quieren algo, por poco que sea…

—Pero —lo intenta interrumpir Joana…

—Es el único hilo que tenemos, Joana, ¿lo entiendes? Lo único.

Müller le dice esto agarrando a Joana por ambos brazos y mirándola fijamente a los ojos. Ella interpreta el gesto de desesperación en la mirada de su jefe. «¿Quién coño tiene a esa pobre niña, y para qué? ¿Dónde estás, Triana?», lanza la pregunta al aire.

Ambos entran en la casa. A Müller le sigue pareciendo que esa casa tiene todas las respuestas y que esa chiquilla, a la espera de las pruebas de laboratorio, nunca llegó a su cuna.

XIX

Verano de 2014
Biblioteca de la US
Rodrigo y Dimas
Meses antes de la desaparición de Triana

Agosto en Sevilla es muy similar a vivir en el infierno. Ni los termómetros de las calles se atreven a soportar las temperaturas más propias de la aridez del desierto que de una de las ciudades más al sur de Europa. Así es como la capital hispalense se asemeja más al desierto que a la Sevilla que es en otras épocas del año. Esta comparación viene más propiciada por lo fantasmal de la ciudad, despojada de habitantes que huyen a la Costa de la Luz, que por la propia temperatura.

Este verano ha sido diferente para una joven pareja que lleva apenas unos meses estrenando el ejercicio de padres. Triana nació el 14 de abril, en primavera. Cuando Sevilla entera huele a azahar, cuando todavía el asfalto hispalense rezuma cera de los cirios… Cuando los sevillanos tienen aún muy presente la penitencia, el silencio. Los crujidos de las zapatillas de esparto dando pasos perfectamente coordinados por el asfalto hispalense… Cuando todavía resuenan en sus oídos las saetas, el balanceo de los cirios y el silencio. Un silencio devoto que en Sevilla respetan hasta los semáforos. Cuando todavía el olor a nardos se empieza a mezclar con el del *pescaíto* frito. En ese mes nació Triana. El mes más bonito para Sevilla. La época más floreciente para cualquiera: la primavera.

Pero Rodrigo sabe que hay mucha historia detrás de las estaciones. Historia que probablemente nunca conozcamos, porque tampoco nos interesa; pero a él, sí. Y a Dimas, también. Por eso ellos ni en verano quieren dejar pasar la oportunidad de documentarse e investigar. El profesor de historia, ya consagrado, y el que será profesor de historia en pocos años, no dejan pasar por

alto la oportunidad que el abandono de la capital hispalense sufre en verano para seguir el curso de la investigación que los tiene sumergidos en la Sevilla celta, cristiana y mora desde hace bastantes meses…

Ellos descubrieron unos papiros que estaban en la biblioteca de la US. Estaban como cualquier papel que se mete entre los libros para que no se pierda, y de los que nunca más te acuerdas, a no ser que cojas ese libro y se caigan al suelo; entonces, sí. Los coges, los lees y les das la importancia que quien los metió ahí no supo darles. Eso justamente le pasó al profesor de historia y a su pupilo. Hace meses buscaban unos documentos antiguos que contenían los planos del castillo de San Jorge, los dragados del río, planos de puentes e incluso algún acontecimiento histórico e inquisidor que, milagrosamente, aún quedaban recogidos y en estado para leer y adentrarse en el mundo de superchería, divagaciones y tremendas barbaridades que habitaban, ya en esa época, la mente humana. Entre estos papeles, sin ellos percatarse aún de la importancia que tenían, se recogían las declaraciones de una bruja. Algo que escupió justo antes de la tortura final, la que haría que su cuerpo, vísceras, músculos, arterias y tendones se estiraran hasta sucumbir y fuese despedazado, como un trapo que se parte en dos y deja asomar hilachos que antes de ser estirados componían homogéneamente una tela o un cuerpo… Esa confesión, o más bien corroboración de los hechos por los que fue juzgada, daba a conocer una parte siniestra e inquietante de las mentes de antaño, mentes que habitaban el Medievo, pero que no están muy lejos de parecerse a las mentes de ahora.

Extracto en papel sepia, corrompido por el tiempo, donde se recoge la declaración de una bruja mientras era estirada en el potro. Su confesión, que de seguro obligó al verdugo a estirarla más deprisa, había dejado sin aliento a los dos hombres. Guardaron el secreto de la carta para saber más acerca de toda esa barbaridad que, ambos supusieron, sigue sepultada bajo los pasos ajenos del barrio de Triana…

Maleficae me arguis, qui foeminas et pueros ureris. Accusas veneficae. Inquisitione sancta, quaerens funera innocentium abscondere. Et vos excommunicemini. Aberratio est quod es. Samahin innocentes no devoran. Sangue suo no vescitur. Ne veneficae me accuses, qui es ipse diabolus.

Samahin filios no occidieron. Omnes illae vere natae puellae, quae sanguinem suum in Baetim fuderunt, et tu videris ali32ter. ¡Samahin sanguinem no desiderat! Nec parvulos occidit. Clericus inquisitoris spolian matres.

Me acusáis de bruja, vosotros que quemáis mujeres y niños. Me acusáis de bruja. La Santa Inquisición que pretende ocultar las muertes de inocentes. Y vosotros seréis excomulgados. Aberración es lo que sois. Samahin no devora inocentes. No se alimenta de su sangre. No me acuséis de bruja vosotros, que sois el mismo demonio.

Samahin no mata niños. Con todas esas niñas nacidas en primavera que han vertido su sangre en el Betis, y miráis hacia otro lado. ¡Samahin no quiere sangre! Ni mata niños. Los mata el clérigo inquisidor despojándolos de sus madres…

La bruja era Marina. Nada más.

Cuando Rodrigo encontró el papiro, supo que era latín y no castellano antiguo. Quizá esa mujer fuese culta, muy culta. No una bruja, ni una hereje, sino alguien a quien los propios inquisidores temían por su saber.

Esta historia, que dejó helados a ambos hombres, tenía mucho que ver con la primavera, la fecha en la que nació su niña. Con la época en la que todo florece. Esa época fértil del año, en la que también él recibió un regalo de la naturaleza porque, sin duda, Rodrigo, como cualquier animal, sabía que su cachorra era eso: un regalo de la naturaleza.

XX

Lunes 27 de octubre de 2014
Sevilla
Horas antes de desaparecer Triana

El jardín de infancia Burbujas había sido el elegido por Eva y Rodrigo para poder conciliar la vida laboral y el papel de padres. En la decisión influyó la cercanía con el lugar de trabajo de ambos, la Facultad de Historia. Inscribieron a la niña a finales de agosto y decidieron llevarla por primera vez el mismo día que Eva se incorporara al trabajo. Aquel día comenzó, para los tres, parte de su nueva rutina, esa que les iba a durar muy poco. A la niña no le costó nada adaptarse al jardín de infancia. A pesar de extrañar a las personas que no eran de su entorno, verse en un lugar infantil lleno de juegos y más niños, acomodó a la pequeña antes de lo esperado por sus padres.

Rodrigo, que ya había comenzado la separación antes que la madre, no lo llevó tan mal. Él supuso que a los tres les vendría bien que la niña comenzara a despegarse de ellos y a tener más contacto con pequeños de su edad con los que poder compartir avances psicomotrices. Con los días, todo comenzó a ser parte de la rutina diaria y el comienzo de las clases en la Facultad; ocho días más tarde de su incorporación, devolvieron a Eva la sensación de tener más responsabilidad y no solo la de ser madre…

La mañana del lunes había comenzado siendo normal. Una mañana de prisas, de tráfico agitado en la calle Betis, de viandantes que iban de un lado a otro. Universitarios con los auriculares enganchados a un teléfono móvil. Señoras mayores con la bolsa de tela que iban a comprar al ultramarino que aún sobrevive en los bajos de algún edificio. Chicas latinas poco arregladas que han venido a España de estraperlo a ganarse un dinero por quedarse viviendo en pisos ajenos, cuidando de ciudadanos españoles que, a

pesar de tener hijos, están viviendo solos. Señores paseando a sus mascotas. Pitidos de coches que van con prisa al trabajo (en Sevilla no se puede circular en coche si no quieres que te dé un infarto). Los Tussam van más rápido que las motos, a pesar de medir de largo por lo menos 10 metros (más de un bolardo se han llevado). Niños que van de la mano de sus padres, o la madre o el padre. Los dejan en el aula matinal para entrar a trabajar. No todos los progenitores pueden trabajar a partir de las nueve.

Esa era la séptima mañana de lunes que Eva salía con prisa. Prisa porque su marido sale siempre una hora antes que ella y se ve sola con la niña. Preparar la mochila de la guardería. Biberones, babis, que lleve el Apiretal y la autorización firmada para que puedan dárselo, por si acaso. Ya le han dicho que hay mocos y que los bebés son muy proclives a enfermarse continuamente el primer año. Pañales: tres. Una muda por si vomita, se mancha de caca o se le sale el pipí. Rodrigo ya se ha marchado, pero no ha estado pendiente de dejar todo preparado, o por lo menos de ayudarla a ella. Están pasando por esa etapa en la que se echan en cara continuamente lo que hace el uno y lo que hace la otra: «Yo hice esto y tú no». «Anoche me levanté yo». «Hoy me ha tocado a mí…». Son parte de las frases que adornan las conversaciones de la joven pareja. Esto, unido al malestar intrínseco del padre, que está sintiendo un ardor en el pecho desde que nació su niña, y la dificultad de Eva por adaptarse a su nueva vida, está poniendo en jaque la relación.

Esa mañana de lunes habían discutido, pero eso no lo contaron a la policía. Ni ella, ni él. En eso estuvieron de acuerdo. La riña vino dada precisamente por lo mismo por lo que habían estado chocando desde que les dieron el alta tras el parto y se encontraron solos en su piso, con una bebé que no paraba de llorar y reclamar las atenciones propias de un lactante. Según el padre, él hacía más que ella; según la madre, ella llevaba la parte más pesada de las cargas familiares. Él salió dando un portazo, con la incipiente barba bien repasada. Con el pelo ligeramente engominado. Con olor a Dolce & Gabbana. Con unos *jeans* desgastados y una camiseta de manga larga en tonos aguamarina y negro que le proferían un toque

bastante juvenil. El portazo vino dado por el enfado de la madre, que aún daba el pecho a su niña. Despeinada, con el sujetador pegado al pecho, el olor agrio de la leche que había ido saliendo en la noche y 5 Kg de más que aún guardaba en los pliegues abdominales. Ella aún no se sentía mujer y le molestaba ver a su marido siendo un atractivo hombre.

Eva había salido un poco más tarde que Rodrigo y cogió el Tussam que la llevó a la Facultad de Historia, el Tussam de la línea C3. Una vez allí, caminó un poco, unos cuatro minutos. Tras dejar la glorieta del Cid a la izquierda, se encontraba de esquina el jardín de infancia Burbujas. Allí dejó a la niña esa mañana, como cada día desde hacía casi mes y medio. Despidiéndose de su primogénita con un abrazo grande y un beso sonoro, la dejó en brazos de María, la tutora del aula de los bebés. En el jardín de infancia se diferencian por edades, y en la clase de Triana están los sevillanos que aún no han dado sus primeros pasos.

Llegó y se acomodó en su puesto de trabajo como secretaria en la Universidad de Sevilla, entre certificados expedidos, documentos para dar fe pública de los actos y acuerdos de los órganos colegiados, documentos oficiales, y dar algún consejo sobre por dónde empezar a visitar el edificio a los cientos de turistas (chinos, ingleses, alemanes…) que cada día visitan el emblemático lugar que, más de dos siglos atrás, fue la Real Fábrica de Tabacos en Sevilla. Ahora, tras ser declarada monumento artístico en 1959 y convertirse poco antes en la Universidad de Sevilla, miles de personas se interesan por sus esculturas, su belleza y sus ingentes cúpulas cada año. Eva lo sabe muy bien. También sabe que el edificio es tan extenso que, si no fuese su marido a posta a buscarla, no se verían en todo el día. Aunque últimamente solo la busca para preguntar cómo se ha quedado la niña en la guardería y poco más. La pasión que hace pocos años hubo entre ellos, ahora mismo está relegada al plano de ser padres antes que pareja.

Eva había discutido con su marido aquella mañana y todo su nuevo mundo se le estaba cayendo encima. Necesitaba tomar aire y salió a dar un paseo por los jardines. Avisó a su compañera de que salía cinco minutos; pensaba darle la vuelta al edificio, con eso se

despejaría lo suficiente. Cuando pasó frente a la calle que daba al lateral del hotel Alfonso XIII, se encontró de frente con una mujer; pese a ser un otoño, de momento cálido, la mujer llevaba un abrigo y una capucha que le cubría parte de la cabeza. Eva la miró, aunque no le prestó demasiada atención; nunca antes la había visto, por lo menos no lo recordaba. Eva caminaba abstraída en sus pensamientos, pero al pasar por su lado, la mujer tocó su mano. Eva se giró.

—¿Perdona? —le preguntó a la mujer que la había agarrado por el brazo, a la altura de la muñeca. Eva se deshizo de ella, de forma sutil. Pensó que la mujer no estaba bien.

—Lo siento —agregó la vieja.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Eva, algo preocupada.

La vieja no le dio la cara. Miró al suelo y se disculpó.

—Lo siento, creo que ha sido un vahído.

—¿Quiere que llame a alguien? Tengo aquí el móvil si quiere…

—¡No! —exclamó la mujer. Y siguió el camino que llevaba.

Segundos antes le había parecido a Eva una pobre anciana. Después le pareció el mismo demonio. Ambas mujeres se alejaron en direcciones opuestas. Tras andar unos metros, Eva se giró discretamente para comprobar si la vieja seguía ahí. Pero la mujer ya no estaba, parecía haberse esfumado de la faz de la Tierra.

Eva prosiguió con su paseo y no se percató de la presencia de Dimas en el jardín principal, ni de que él había visto la escena desde una distancia suficiente como para reconocerlas, pero no para saber qué pasó ni qué dijeron.

Rodrigo vino a despedirse de Eva a media mañana. Ella ya había olvidado el episodio de horas antes mientras salió a dar un paseo. Él le dijo que no iba a comer a casa. Quería aprovechar con Dimas en San Jorge, porque habían llegado a sus manos unos documentos antiguos, y debían analizarlos exhaustivamente para encontrar por fin lo que tanto llevan buscando: una entrada que, se supone, quedaba en el salón de las barbacanas y que fue sepultada por las aguas en una de las crecidas del río. Detrás de esa supuesta entrada, hay un submundo sevillano que los pobladores de antaño usaron para ir de un lado a otro sin ser vistos, además de haber

quedado sepultado, supuestamente bajo el lodo del río, gran parte de la zona oeste del castillo, la más próxima a la dársena del Guadalquivir. Esta búsqueda trae de cabeza a los dos hombres, sobre todo a Dimas, que suele obsesionarse mucho con todo lo que le interesa. Debido a su condición, el chico es testarudo y obcecado cuando de algo sumamente importante para él se trata.

Eva no entiende cómo su marido, y recién estrenado padre de su hija, se ha podido embarrar tanto en ese asunto, al que ningún sevillano presta atención desde que las primeras búsquedas resultaron infructuosas. Rodrigo no irá a comer a mediodía. Se prevé tormenta a partir de las cinco de la tarde, y los dos hombres van a aprovechar al máximo esas horas.

La mujer siente como si un castillo de naipes se desmoronara ante sus ojos, y vuelve a tener esa sensación de vacío y soledad que ya experimentó cuando su madre la dejó para cruzar el Atlántico y anteponer el amor carnal al filial. Nunca se sintió querida y se prometió, el día que tocó por primera vez la piel de Triana, que jamás iba a dejarla sola. Que nunca la soltaría de la mano.

Tras la despedida de Rodrigo, continuó con sus quehaceres. Ella se quedó un par de horas más hasta la salida. Debía recoger a la niña sobre la una y media.

Al salir, un viento espeso y caliente la sumergió en una sensación de profunda tristeza. El tulipero de Gabón, un árbol de origen africano y poco común en Sevilla, que echó raíces hace mucho tiempo en los jardines del rectorado, ha dejado caer, a pesar de ser perenne, algunas hojas, que han impactado contra las piernas arropadas por un fino pantalón de lino, al que Eva le ha vuelto los bajos para darle un toque más casual.

Cuando llega para recoger a la niña a la guardería, María le indica que ha estado muy agitada y, para más inri, a Eva se le ha olvidado el chupete.

—Ándate ligera que parece que va a diluviar —le apremia María a la mujer, que ya está atando a la niña a su sillita.

—¡Aquí cuando llueve lo hace a lo grande! —le contesta Eva, con humor.

La tutora le ha contado que Triana ha estado muy impertinente. Que puede que le duelan las encías de arriba. Que, para colmo de males, a la madre se le ha olvidado el chupete. Que ha hecho caca una vez y pipí dos. Que se ha tomado el biberón de leche con cereales casi entero y solo ha dejado 30 mL. Lo único, que la vigile durante la tarde, por si le da algo de fiebre, porque la ha notado algo irritable.

—Me espera un invierno de lo más entretenido —dice Eva…

—Lo normal en esta época, mujer, y ya verás cuando lleguen las bronquitis y las gripes —le responde con tono de humor y de realidad que confluyen perfectamente…

De camino a casa, Eva, que se muestra preocupada por su niña, no ha reparado dentro del Tussam en que en los asientos traseros viaja una mujer que la conoce, y que conoce a Triana, aunque ella no lo sepa aún. La línea C3, que lleva a Eva desde la US hasta Triana todos los días, es uno de los Tussam que más vueltas da por Sevilla. Sus calles estrechas, abarrotadas de gente. Los mercaderes, los viandantes, los bares emblemáticos, los deportistas que entrenan a lo largo del río… conforman un escenario propio de uno de los barrios más bonitos de Sevilla. Todo se junta ante la atenta y calmada mirada del río. Aunque ese día, el lunes, estaba bastante agitado. El Guadalquivir barruntaba la tormenta, o lo que sucedería durante ella, y después.

Al llegar a la parada del C3 en Triana, la mujer se bajó con la niña. Todo el mundo comentaba durante el trayecto la tormenta que se avecinaba para esa misma tarde y, al bajarse, Eva pudo sentir en su propia piel cómo el viento caliente que había podido sentir un rato antes al salir del trabajo para ir a recoger a su hija había aumentado su fuerza. Si tuviese un anemómetro para medir la fuerza del viento, vería cuántos metros por segundo había aumentado en el corto trayecto realizado. Ahora cubre con la capota de la sillita parte del pequeño cuerpo de Triana, pensando en que no se le vaya a meter ninguna mota de polvo en los ojitos. Esos mismos ojitos que horas después estarían mirando a todos los rincones de Sevilla desde los cientos de carteles con su foto que se iban a imprimir.

«¡Eva!»

Una voz desconocida y a la vez familiar llama a Eva, que está a punto de entrar en su portal. Gira la cara mientras empuja la sillita de su niña.

—¡Para, hija! Yo no puedo andar tan deprisa… —continúa esa voz.

Entonces, Eva se detiene y se gira completamente. Sí, es a ella a la que exhortan a parar; ella y su niña, que irremediablemente frena con ella.

—¿Sí? —pregunta Eva, extrañada, a la dueña de la voz que la ha instado a pararse.

—¿No me recuerdas?

Eva niega con la cabeza. Se encoge de hombros. Un escalofrío emerge desde la base de la nuca y recorre su columna en busca de una respuesta que, aunque no sabía aún, prefería no encontrar.

—Creo que no —contesta en seco.

La mujer, con un pañuelo amarrado a la cabeza, con ropas anchas y largas, aunque bien cuidadas, da un paso al frente y se acerca a Eva. Después mira a través de la capota de la sillita; la niña balbucea inquieta y está a punto de llorar.

—¿Esta es la niña? —le pregunta con un brillo febril en la mirada.

Eva está desconcertada. No sabe quién es. La gente que pasa por su lado no sabe que debería prestar atención a esta escena, porque luego podrían dar datos a la policía. Pero es inevitable que todo el mundo pase ajeno a todo el mundo. Unos con los auriculares, los padres y madres que vuelven del colegio con sus niños, los mayores del barrio que vuelven del ultramarino con el pan, los jóvenes universitarios que regresan a sus casas… Y a nadie le parece raro que una mujer mayor y otra más joven con un cochecito de bebé estén hablando frente al portal de un edificio en Triana a las 14:30. Eso no es raro. Pero podría ser vital prestar atención.

—Perdona, tengo que entrar —responde Eva a la mujer.

La madre está visiblemente preocupada, sobre todo por su hija a la que, como cualquier animal, protegerá por encima de su propia vida. Eva saca el móvil y llama a Rodrigo.

«El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura».

¡Maldita casualidad!

Ahora no podrá contarle a su marido lo de esa mujer rara que le da miedo y que tanto interés muestra por su niña. Se siente a salvo en la entrada del edificio. Ha dejado a la vieja en la puerta, con los ropajes embestidos por el fuerte viento. Tan fuerte es el viento que parece levantar olas en el río. Mientras sube en el ascensor, vuelve a llamar.

«El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura».

«Mierda, mierda, mierda», se agita Eva, ante la atenta e inocente mirada de su niña. La mujer siente miedo, y no sabe por qué. Se siente acechada.

Abre el WhatsApp.

«Llámame en cuanto lo leas». Enviado. Solo un *check*. No le salen los dos. Eva mira el móvil sin apartar la vista en los pocos segundos de subida del ascensor. Solo uno. No se marca en azul. No lo lee. «¿Dónde estás?». El clic de llegada al destino sobresalta a la mujer. Piso cuatro. Eva sale. La anciana está en la puerta de su casa. Ha subido por la escalera y ha llegado antes que ella. «¿Quién coño eres?», se dice para sí. Eva se muere de miedo, pero ahora también siente una incomodidad terrible de que alguien le haya usurpado su intimidad.

—¿Qué quieres? —le pregunta molesta— Llamaré a la policía —amenaza con el teléfono en la mano.

La vieja, con una alta capacidad de controlar mentes, permanece muy tranquila. Sabe que no lo hará, a pesar de sostener el móvil en la mano. La vieja la mira. Mira a Triana.

—Así que tú eres… la niña —le dice la anciana a Triana, con un tono, esta vez, muy filial. Eva traga saliva.

—¿Qué quieres? —repite muy molesta.

—Que sepas la verdad —le contesta la vieja, demasiado tranquila. Eva siente miedo, pero ahora también mucha curiosidad.

—¿De qué hablas?

—De tu marido…

—¿Qué le pasa a mi marido?

Eva comienza a impacientarse al mismo tiempo que está asustada. Tiene ladeado el carrito de Triana, de manera que la mujer

solo puede ver el perfil de la niña. Eva tiene el móvil en la mano y las llaves del piso colgando de su cuello. Pero no se inmuta. Por alguna razón, está inmóvil.

—Solo quiero ayudarte. Y que sepas toda la verdad para que puedas proteger a tu niña.

De repente, Eva siente un calor intempestivo que le abrasa la garganta desde la boca del estómago. Recordó las pesadillas. Recordó el niño muerto. Lo que Rodrigo le había contado. El cambio abrupto que experimentó su marido desde su recién estrenada paternidad. Las horas de ausencia. Las horas que pasa rebuscando entre las tripas de Triana, desenterrando historias. De repente, Eva recordó que Rodrigo ya no la tocaba como antes. Ni quería que lo tocara. Ya no era ese mismo hombre del que se había enamorado. Ahora la mujer ha cambiado el miedo por las ganas de saber; esa vieja ha sabido dónde dar. La recién parida aún se siente poco atractiva y, por un momento, ese temor al rechazo de su marido se ha convertido en desconfianza.

—¿Qué tienes que contarme de Rodrigo?

Le asalta la duda; es ese miedo que nos convierte en humanos el que también nos hace vulnerables…

La anciana siente la fragilidad de Eva. La vieja controlaba ahora su mente. Aprovecha la situación inerme de la madre para acercarse más a ella y tocarle la mano.

—Créeme —le dice mirándola a los ojos—, solo quiero ayudarte, contarte por qué pasa tantas horas fuera, en esas ruinas y con ese… alumno. Solo eso, que sepas la verdad.

Eva baja la guardia por un momento. Se siente hipnotizada. Esa vieja parecía ser de esas personas que te atraen. Y sabía quién era Rodrigo, y también que pasaba muchas horas con Dimas en las ruinas del castillo. No podía estar mintiendo, la vieja. Eva sintió ahora la necesidad de saber.

—Y… ¿Qué verdad es esa? —le pregunta Eva, invitando a la vieja a que entre en su vida.

—¿Pasamos? Quiero protegerte a ti y a tu niña —le dice, mientras avanza lentamente.

Eva asiente. Total, es una mujer mayor. ¿Qué daño podría hacerle? ¿Y si su marido la engaña? Esa mujer sabe algo. Y quizá solo quiera advertirla, como le ha dicho. No tiene por qué desconfiar.

—Pasa.

Eva abre. Entra con la sillita, que deja a un lado del recibidor, y desata a Triana. La coge en brazos. La vieja permanece al lado. Quieta. Observando cómo coge en brazos a la niña.

—¿Cómo la has llamado? —le pregunta la vieja mientras acaricia el brazo de la bebé.

—Triana.

XXI

Martes 28 de octubre de 2014
Triana. Calle Betis
El día después de la desaparición, durante la tarde

Iván y Joana entran en el salón donde están los padres. Lorena se encargará de recoger apreciaciones sobre el comportamiento de ambos progenitores durante la reconstrucción. Han llegado refuerzos de la policía. Los cuatro agentes que siguen desplegados fuera del edificio son insuficientes para contener el gentío que hay en la calle. Sevilla está acostumbrada a la multitud. Sus gentes se echan a la calle con facilidad, y la ciudad, en infinidad de ocasiones, es un hervidero de personas que, a vista de dron, no dejan percibir ni un centímetro de alquitrán. Pero ahora, esa concentración humana se debe a otro motivo. No es un festejo lo que ha tirado al gentío a la calle, sino una ola de solidaridad con esa niña. Todos sienten a Triana como suya y esa sensación se palpa en cualquier rincón de la capital.

Los tres agentes que han llegado de refuerzo están en el rellano. De momento, no van a hacer la reconstrucción en la calle. El estado de ánimo de los padres no permite que se realice dicha actuación, a menos que hubiese indicios que acusaran directamente a ambos o a alguno de ellos, pero tal situación no se ha producido todavía. Lorena aún trata de sobreponerse a lo que ha contado el padre sobre la pesadilla. No cree que sea mera coincidencia. Tampoco cree que se deba a la obsesión por la historia del castillo, ni por nada de eso. Tiene que haber algo más. Algo dentro de él.

Con suma cautela, tratando de respetar siempre la presunción de inocencia, los agentes están siendo muy cuidadosos con la situación y, tanto Iván como Joana, están tratando a los padres como lo que son ahora mismo: las víctimas de todo este circo macabro que la

fatídica tarde del lunes comenzó con la desaparición de la niña sin dejar rastro.

—Buenas tardes —se dirige Müller a los padres y a Lorena, que está sentada junto a ellos tomando apuntes.

El inspector se acerca a los padres y les estrecha la mano a ambos. Su papel de inspector ha quedado relegado ahora mismo al de padre. Un padre que ha perdido una hija. En el caso de ellos, porque presuntamente alguien se la ha llevado; en su caso, porque él decidió irse… No es lo mismo, pero el sentimiento de duelo por una pérdida pudo compartirlo a retazos con los padres de Triana.

Los progenitores estrechan la mano del inspector, sin ni siquiera mirarlo a los ojos.

—Encuentre a nuestra niña, por favor, se lo suplico —comienza a sollozar Eva.

La madre se sostiene en pie a duras penas; el estado de inanición al que lleva sometida desde que no ha podido abrazar más a su bebé la mantiene famélica. Ella dice que no comerá hasta que aparezca Triana. Un silencio espeso se queda flotando cada vez que ella afirma esa tajante decisión. Unos porque la ven capaz de llevarla a cabo y, otros, porque si la niña no aparece… Eva no podrá aguantar mucho tiempo.

—Tranquila, señora. Siéntese. Le prometo que estamos haciendo lo humanamente posible para encontrar a su niña y esclarecer lo sucedido. Estamos siguiendo cada pista por rocambolesca que nos parezca. Se rastrean y comprueban todas las llamadas que se realizan al 112 en relación con este caso y no estamos escatimando en medios para encontrar a Triana. Aprovecho para informar, además, que el jefe superior de la policía solicitó a Interior la intervención de la UME. Todo lo que esté en nuestra mano estará a vuestra disposición. Os comunico que el caso lo estamos llevando desde el grupo de homicidios. Esto solo significa que es un caso de extrema emergencia y vulnerabilidad —aclara el inspector Müller ante la atenta mirada de Joana…

Esta aclaración, necesaria para los padres, también los deja un poco más tranquilos. Por un momento sienten eso tan tópico de que están en buenas manos, porque ahora sí lo sienten.

—Cuando se sientan preparados, pueden empezar a contar lo que recuerdan —comenta Lorena.

A la escena se ha incorporado también Miguel, uno de los agentes que permanecía en el rellano y que se encargaría de grabar todo mientras los padres relataban esos instantes inmediatamente previos a la desaparición de la niña, por lo menos los más inmediatos. Después se enviarán las imágenes a la policía judicial, que ya analiza minuciosamente todo lo sustraído del piso en las horas posteriores a la llamada a emergencias.

—No los queremos presionar, ni hacer que se sientan incómodos. De hecho, normalmente las reconstrucciones las hacemos en caso de investigaciones criminales y por orden judicial. Sin embargo, nos ha parecido importante, ya que el escenario de la desaparición es vuestro propio piso y necesitamos valorar y comprobar la verosimilitud de lo que habéis declarado —interviene Joana.

—Son momentos muy confusos —añade Iván—. Y haciendo esto ayudamos a recordar exactamente cómo fue todo. además de ayudarnos de forma visual a contrastar cualquier prueba e incluso añadir algo que se os haya podido pasar por alto.

Ambos padres asienten.

Rodrigo está ensimismado. Mirando una foto de su hija. Con los ojos idos.

Eva está sentada en el sofá. Lleva el chupete de su niña con un imperdible abrochado en el jersey de punto fino que viste desde el lunes por la tarde.

—¿Vamos a intentarlo, Eva? —le plantea a la mujer cariñosamente Lorena.

—Sí —contesta la madre, convencida de poder hacerlo.

Eva se levanta del sofá. Su inapetencia, unida a un cuadro de ansiedad severo y su falta de descanso, han conseguido que a la mujer le dé un vahído al levantarse del sofá para dirigirse al recibidor.

—¡Eva! —le grita Rodrigo, asustado.

—Tranquilo, es solo un mareo —aclara Müller—. ¿Puedes traerle un vaso de agua, Joana?

La subinspectora Cruz se dirige a la cocina que queda en el lado derecho del salón. Es una cocina americana, con una barra que separa ambas estancias, pero tipo *loft*. Desde el sofá donde están sentados se ven los muebles blanco y gris estilo nórdico y las plantas verdes de plástico que Eva tiene colgadas a modo de adorno en un estante que hay justo encima del fregadero. El mueble de los vasos es una alacena, también de estilo nórdico. Debe ser de Ikea. Joana coge un vaso y lo llena de agua. La subinspectora le acerca el vaso a la mujer que está con la cabeza entre las piernas. Le toca el cuello y le habla suavemente.

—Toma, Eva, bebe un poco.

Le acerca el vaso.

Eva levanta la cabeza, que tenía metida entre las piernas. Abre los ojos que tenía cerrados para evitar el mareo y, al enfocar la vista, ve el vaso. Ve el agua. Los recuerdos se agolpan en su cabeza. Hay una mujer que tiene un vaso de agua. Eva siente miedo. Las pupilas se le dilatan. Su mente quiere traer recuerdos de alguna parte, pero se han asido a ella como ventosas y no puede soltarlos. Eva siente impotencia. El agua. ¡El vaso de agua! Las imágenes se le atropellan en la mente; viaja en una suerte de recuerdos, que no lo son, pero que le están poniendo en alerta. Siente miedo.

—¿Quién me ha pedido agua? —la mujer suelta un alarido.

Todos los presentes están en silencio. Joana sostiene un vaso frente a ella. Nadie entiende qué ocurre. Nadie, excepto Lorena. A la psicóloga le ha parecido reconocer un síntoma. Le chasquea a Miguel para que comience a grabar; ella cree estar segura de lo que le pasa a Eva.

—El agua es para ti —añade Lorena sin titubeos.

La psicóloga le quita el vaso a Joana y es ella quien se lo ofrece. Todos miran en silencio.

Eva está en *shock*. No puede poner nombre a lo que siente. Está confundida y quiere sacar algo de su mente. Algo que le está haciendo mucho daño. Pero no puede. Lorena le vuelve a ofrecer el agua, esta vez con más insistencia, casi obligándola, poniéndole el vaso junto a la boca, y entonces provoca en ella la reacción que esperaba.

—¡Que no quiero agua! —grita fuera de sí.

La madre da un manotazo al vaso y lo tira sobre el sofá. El agua se derrama, el vaso rebota en los cojines y cae al suelo. No se rompe. Rueda hacia la pata de la mesa y ahí se para. Todos están en silencio. Miguel ha grabado la escena. Eva no sabe por qué ha hecho eso, ni qué ha provocado esa reacción en ella.

—Eva, ¿qué te pasó con el vaso de agua?

Eva está absorta. Ensimismada. Las manos le tiemblan. Quiere recordar; es como si quisiera nadar a la superficie y un peso la anclara al fondo. Tira y tira. Se asfixia y no consigue alcanzar la superficie. Como ese recuerdo que se ahoga en su cabeza.

—Eva —vuelve a insistir Lorena—, ¿a quién le trajiste agua? ¿Quién te pidió agua? ¿Quién te dio agua? —la psicóloga no sabe cómo formular la pregunta para que su mente reaccione.

—Ella… —susurra Eva de repente, dejando caer gruesas lágrimas.

—¿Qué? ¿Qué pasa con ella?

Lorena sigue la conversación para ir tirando del recuerdo, aunque aún no sabe qué es lo que tiene la mujer en su cabeza.

—El agua. Me pidió agua… una mujer y…

Eva se para. Su mirada está perdida en la nada de un recuerdo que no acaba de coger forma.

—Lo estás haciendo muy bien —la anima Lorena.

Iván, en silencio, mira cómo trabaja su compañera. Rodrigo, sentado en el sillón de una plaza que hay junto al *chaise longue*, tiene la cabeza sujeta entre las manos. Desesperado. Como si sintiera que tiene que huir. Correr y no parar hasta llegar a ninguna parte.

—Una mujer estaba aquí. Me pidió agua —Eva se detiene para ir tirando del vago recuerdo. Mira de un lado a otro, buscando un punto en la casa donde anclar lo que está evocando su mente—. ¡Ahí! —grita de pronto señalando la columna de madera que hay junto a la barra— ¡Ahí estaba! Con mi niña —susurra. Eva señala el lugar y se levanta. Esta vez, debido a la súbita subida de cortisol, no siente el mareo. Solo la adrenalina reventándole las venas—… La niña… ella tenía a mi niña…

La mujer comienza a llorar. A dar patadas. A gritar. Todos se asustan del trance por el que está pasando. Lorena les dice que es normal. Rodrigo se levanta y la agarra. Su mujer está fuera de sí.

—Tranquila, cariño. Nos la van a traer… Shhh, nos la van a traer.

Rodrigo está consiguiendo que Eva se calme. Ella sigue sollozando en el pecho de su marido. Lorena ha cogido otro vaso y lo ha vuelto a llenar de agua. Esta vez le hace un gesto al hombre para que sea él quien se lo ofrezca.

Rodrigo coge el vaso.

—Eva —le dice, separándola levemente de él—, bebe un poco.

Eva no rechaza el agua esta vez y le da un sorbo. Las lágrimas corren por su cara abajo. Ambos están apoyados sobre la columna de madera. Vuelve a dar otro sorbo.

—Está amarga… —balbucea la mujer.

Rodrigo prueba el agua. No amarga.

—¡Eso es! —exclama Lorena.

Se va deprisa a la mesa y coge su teléfono. Se va hacia dentro para retirarse del salón. Necesita llamar a Campos. Iván la sigue y la alcanza en el pasillo que lleva a las habitaciones.

—¿Qué es lo que pasa, Lorena? —le pregunta preocupado Iván, seguro de que algo ocurre.

—Estramonio.

—¿Cómo?

El inspector no la entiende.

—Cuando entramos por primera vez al piso, mientras estaban los de la científica aquí, olí el vaso. Me resultaba conocido el olor. Era fuerte y desagradable. Era evidente que el vaso no había contenido solo agua. Pero no he querido decir nada hasta que llegaran las pruebas; no estaba del todo segura.

—¿Cómo coño conoces tú el olor a eso?

—De esa planta salen muchos fármacos antipsicóticos y antidepresivos. La planta, en su esencia, la he visto y olido alguna vez en el laboratorio. Y es un olor que tira para atrás. Llama a Campos. Dile que necesitamos, ¡ya, pero ya!, las pruebas de toxicología.

—¿Crees conveniente hacerle análisis a la madre?

—No. Ya no. Eso se libera en sangre al momento de ingerir y el efecto dura… según la dosis y los kilos.

—¿Y qué coño provoca esa planta o droga o lo que sea?

—Entre otros muchos síntomas, lo que le ocurre a Eva: amnesia anterógrada.

—Ahora en cristiano —replica Iván, un poco sarcástico.

—Pues que mientras estaba bajo los efectos de esa planta no va a recordar nada. Solo leves *flashes* que le provocarán angustia y no sabrá dónde situar en el tiempo. Quien la drogó, se llevó a la niña. Y ella no podrá decirnos nada.

XXII

Miércoles 29 de octubre de 2014

Llamada a emergencias de Fabián

—112 Emergencias Andalucía, ¿en qué podemos ayudarle?

—Yo… Bueno, creo que tengo una información importante.

—Señor, una información importante sobre qué. ¿Podría indicarnos su nombre?

—Fabián.

—Fabián, ¿qué información desea darnos?

—Es … Es sobre la niña de Sevilla.

—¿Qué niña? ¿Se refiere usted a la bebé desaparecida el lunes en Triana?

—Sí. A ella.

—De acuerdo, no se retire. Derivamos la llamada al cuerpo de la policía nacional.

XXIII

1985
Roi y el maestro
Antes de que lo encerraran en el desván

El camino forestal se ha convertido en un desfiladero de agentes de la científica, de policías, de guardias civiles… Incluso un detective privado que contrataron los padres de Pablito. No para encontrarlo, porque ya sabían dónde estaba, pero sí para saber quién le hizo eso… porque ellos sabían que no había sido un accidente. Era muy difícil determinar cómo cayó Pablito por el barranco, tan difícil, que nunca sabrían toda la verdad. Al caer, se clavó una piedra de forma puntiaguda, le rajó la panza y se le desparramaron las vísceras, al igual que los sesos, que saltaron de su cráneo al golpear las rocas del cauce del arroyo. El agua, que por allí suele saltar en cascada de roca en roca, se tiñó de rojo: yo lo vi.

Al segundo día de su desaparición me asomé al barranco a ver si seguía allí y, en efecto, no se había movido; solo unos moscardones verdes que acudieron a la llamada de la muerte habían encontrado su cuerpo.

En el colegio, todos me han mirado raro. Todos saben que interrogaron a mi padre. También, que Juan de Dios vino a pegarle. Eran pocos los dedos que no lo señalaban. Ahora, casi ningún niño quiere hablarme. El maestro sí se ha dado cuenta de eso y hoy, a mediodía, cuando íbamos a salir, me paró.

—Roi, ven un momento, acércate —me hizo un gesto, para que fuese hasta su mesa—. Oye… a ver —dudó y pensó en cómo preguntarme algo que le parecía delicado…

—Mi padre no ha sido —dije yo, sin pensar, tal y como me salió.

—¿Cómo…? No… yo no quise decir eso…

—Pero él no ha sido —le confirmé mi opinión.

—No, por supuesto que no —cambió el tono y me tocó la mano, gesto que yo desprecié inmisericorde.

—¿Puedo irme?

—Por supuesto —y me dispuse a salir corriendo—… ¡Roi! —me volvió a llamar el maestro. Yo giré la cabeza— Cuídate. Y si alguna vez necesitas ayuda… con un problema de mates… o algo… ya sabes, cuéntamelo.

Asentí y me fui corriendo, con la cartera en mi espalda dando sacudidas de lado a lado.

El maestro se dio cuenta, creo, pero yo no puedo hablar. Tiene que ser él quien lo averigüe. Lo prometí. Prometí que no contaría nada. Si lo cuento, me llevarán lejos de casa, y lejos de mi madre. Entonces me entró mucho miedo y eché a correr, corrí como estaba acostumbrado a hacer casi todos los días de mi vida.

No cuento nada de lo que ha pasado en la escuela. Ni siquiera a mi madre, que camina junto a mí, arrebujada en el pañuelo, tapando parte de su cara. Con paso agitado, tal vez para evitar preguntas ajenas. Pero nadie nos para. Aunque todos miran a una madre cabizbaja que no muestra su rostro, que evita contactos visuales y que ya, ni siquiera, saluda a Pepe Morata. Acompañada de un niño que, por más que acelere el paso tras su madre, no consigue alcanzarla. Que va con una mochila a la espalda, que no va cogido de la mano de su madre y que lleva en la cabeza más pensamientos adultos que infantiles. Nadie nos para, casi nadie nos saluda. Y llegamos a la finca sin mirarnos. Sin cruzar palabras.

XXIV

Miércoles 29 de octubre de 2014
Calle Betis

Lorena ha transmitido al laboratorio la urgencia del análisis del vaso: ADN y restos de sustancias. Ya le han dicho que van contra reloj, pero todos los procesos llevan su tiempo y aún falta un poco para determinar con exactitud cuántos perfiles genéticos hay en el vaso y si, como piensa Lorena, al agua le echaron alguna sustancia.

Eva trata de recordar. Ahora que le ha venido esa imagen de una mujer en su casa, quiere saber más. Recordar qué hacía allí. ¿Cómo llegó? ¿Quién es y qué quería? ¿Por qué llamó a su marido y por qué le envió un WhatsApp diciéndole que la llamase en cuanto viese el mensaje? ¿Qué necesitaba de él? ¿Y por qué él tenía el móvil apagado si siempre lo carga al acostarse…? Eva se tortura. Se martiriza. Necesita recordar y la impotencia la está consumiendo por dentro. Se la come a mordiscos, dejando que su carne sea devorada por la rabia que siente hacia sí misma. No quiere vivir. No puede seguir sin su niña. Durante estas horas en las que ha tenido tiempo de echar de menos a Triana, se ha culpado una y mil veces. En su mente, no hay más culpables que ella. Ahora siente que todas esas noches en las que se ha sentido sobrepasada por el llanto de su hija, ha sido mala madre. Se culpa por desear que dejase ya la lactancia materna. Se culpa una y otra vez, y se castiga mirando la foto de su niña sonriendo. Acercándose a la cara su chupete. Dejando que la leche achicharre sus pechos sin darle opción a salir, solo la poca que se derrama sin dar lugar a la contención. Sin discos absorbentes que mermen el flujo del alimento. Se deja sentir el dolor; quiere que la dureza de sus pechos y la fiebre sean su castigo por haberse dormido. Eva se está volviendo loca. Ahora que Triana estrenaba incisivos, le hacía daño al amamantar, y no sabía ella, cuando se quejaba semanas atrás, que ahora mismo daría lo que fuese por

poder sentir ese dolor de Triana enganchada al pecho. Succionando fuertemente. Ahora daría lo que fuese por tener a la niña entre sus brazos. Por oírla llorar y tener que levantarse en mitad de la noche, muerta de sueño. Sobrepasada. Ahora siente que necesita todo eso, y se promete que nunca más volverá a sentirse de mal humor cuando el llanto de su bebé rompa la paz de la noche. Pide en silencio. Reza todo lo que sabe. No hay un Cristo ni una Virgen en Sevilla que no se sepa sus rezos. Ninguno ha escapado a la petición de una madre desesperada. Cuando Eva piensa en todas esas cosas, se da cuenta de lo trivial que es todo. De lo que puede cambiar la vida en un instante. Ahora que no está su niña, todo ha tomado un cariz diferente; ahora necesita el llanto. Necesita el mal humor. Levantarse en mitad de la noche. Ella piensa en lo irónica que es la vida. Ahora tiene el silencio. No hay un bebé que necesite su pecho. No hay una hija que llore y necesite el arrullo de una madre; sin embargo, ahora Eva no duerme. No come. No vive. Rodrigo está haciendo un poco de café. Lo necesita. También quiere ser cortés con Iván, con Joana, con Lorena, con su mujer y con Miguel, aunque este último ha tenido que parar de grabar: Eva no va a recordar nada más; todos esos momentos, desde que recogió a la niña del jardín de infancia Burbujas, hasta que su marido la despertó a gritos del sofá, han sido borrados de su mente. Solo ha recordado, de momento, el vaso de agua y la mujer… De todos los demás instantes, formateados, como si de un disco duro se tratase, solo recordará breves *flashes* que la torturarán aún más si cabe, porque no sabrá qué viene después de ese recuerdo. Que Eva comience a recordar es cuestión de tiempo, o de suerte, o quizá nunca lo haga. En cuanto Lorena reciba el análisis toxicológico, sabrá la gravedad de la amnesia; todo dependerá de la dosis que ingirió y del estado de pureza de la planta.

Iván también está en el piso. Nervioso. Dando vueltas en el salón. Atendiendo mensajes y llamadas. El video de la reconstrucción ya se lo enviaron a la científica. Los padres están hablando con Joana, que les está aconsejando que se expongan a los medios. Que salgan y hablen ante las cámaras. Puede que no funcione, pero… ¿Y si funciona? Si la niña aún sigue con vida,

podrían ablandar a quien la tenga. Eso como última opción. Como esa esperanza que jamás hay que perder.

Iván recibe una llamada, y la atiende allí mismo, en el salón. Es Patricia. Müller todavía no sabe que, al colgar el teléfono, el caso habrá dado un giro de 180 grados, y la sensación de haber vuelto al punto de partida será inevitable.

—Dime, Patricia.

—Iván. Nos pasan llamada desde Emergencias. Dicen que puede ser importante.

—¿Qué localización tiene?

—No me han dicho nada… Ah, sí, espera. N-374 ctra. Benaocaz-Ubrique.

—¿Cádiz? Pásamela. Espero que no sea otro vidente dándonos ubicaciones de cuerpos de bebés —masculla entre dientes…

Un pitido indica el desvío de llamada. Ahora un ruido real. Un lugar al aire libre. Tal vez una nacional. Quienquiera que sea el dueño de la llamada sigue en la N-374.

—Buenas tardes, soy el inspector Iván Müller, de homicidios. ¿Cuál es su nombre y qué desea comunicar?

—Buenas tardes. Bueno… yo no sé si esto tiene algo que ver o no, pero creo que sí y que puede ser importante, con el caso de la chiquilla de Triana y… Bueno, antes que nada, perdona, que no te he dicho mi nombre: Fabián, me llamo Fabián.

El hombre está nervioso. Eso, un policía con años de análisis de mentes y de voces, de apariencias que luego no son lo que parecen, y personas a las que todos parecen querer y resultan ser monstruos, o viceversa, a las que todos parecen odiar y después no son más que víctimas sociales, sabe reconocer. Iván considera un tono bonachón en el hombre que ha llamado. Parece sincero. Se aturrulla, pero no cree que sea porque miente, más bien porque en realidad está asustado. En cinco segundos, la mente de Müller ha desenterrado algunas carencias de Fabián.

—Por favor, Fabián, vaya usted al grano. El tiempo apremia en esta situación.

Un espeso silencio, que de vez en cuando rompe algún rugido de motor antiguo, alguna Vespa 49, con poca chicha o algún «hasta

luego» consiguen situar, en la mente del inspector, a Fabián en algún lugar de la carretera. Por los saludos que se intercambian al otro lado del auricular, es de suponer que está cerca del pueblo, aunque en el arcén de la carretera. Quizá fuera del coche. Y tal vez, muy contrariado por la información, que, en unos minutos, va a escupir de corrido a Müller, que lo escuchará atento desde el salón del piso en la calle Betis, y que dejará al inspector con la respiración contenida bastante tiempo. Al otro lado se oye una tos, un carraspeo, y Fabián se atreve a seguir.

—Conozco al padre de la niña; quiero decir que lo conocí cuando era muy pequeño. Sé muy bien su historia y creo saber por qué ha desaparecido su niña. Hace casi 20 años que no lo veo, pero no he dejado de saber de él, no cabe la menor duda de que el pasado de ese pobre zagal no ha conseguido empañar su futuro… aunque está claro que nunca se ha ido de su vida.

—No entiendo bien lo que quiere decir; necesito que sea más preciso y que me lo cuente todo desde el principio.

Es entonces cuando Fabián, que hoy es el guardés de la finca donde sucedió todo, respira hondo. Coge fuerza y empieza a escupir esas palabras, que seguro que más de una noche lo han martirizado. Sucesos que seguro que se han colado en más de una pesadilla. Ahora, el hombre, que entonces era un chaval, comienza a relatarle a Müller con detalle todos esos tormentos que lo han perseguido durante años, y la sospecha que solo él tuvo de lo que realmente ocurrió, y que todo el mundo desestimó, tachándolo de machista y perverso. Ahora, con Iván, el hombre sabe que debe abrirse, sobre todo por esa niña, y para que no corra la misma suerte que los demás niños.

—Yo trabajo en la finca El Cebadero, en las plantas de Grazalema. A un kilómetro de Benaocaz. De pequeño no era bueno en el colegio, y mis padres hablaron con el dueño de la finca, el Sr. Flores de la Peña; no sé si conoce ese sello. Tienen los mejores jamones de bellota de la comarca. Bueno, que me voy del tema. Yo tendría entonces unos 17 años, más o menos. No soy hombre de colegio, quizá no muy culto, pero de las andanzas de la vida no me faltaba saber. Allí entré como ayudante de Darren.

—¿Darren? —interrumpe el relato Iván, al extrañarle un Darren en Cádiz.

—Sí, bueno, venía de Irlanda. Todos le decíamos «El irlandés». Tremendo hombre. Me recordaba a un vikingo. Fuerte. Robusto. Pelo a media espalda y barba descuidada, Darren no era agradable a la vista, quiero decir, que asustaba un poco. Sin embargo, no creí nunca que fuese mala persona, aunque es cierto que, según en qué circunstancias, actuaba de una manera muy bárbara. Bruto, muy bruto. Como decimos en Cádiz, «más bruto que un arao». Lo cierto es que, desde que empecé a trabajar en la finca, comencé a observar comportamientos raros en el chiquillo que tenían, Roi: para entonces su madre estaba preñada de Guillermo, el niño que nació a finales de abril, pero que no llegó ni hasta el verano, pobrecito. Un accidente, dijeron, aunque después, cuando pasó todo lo demás, tuve claro que eso del niño no había sido un accidente.

Iván, que escucha perplejo al otro lado, no puede aguantar más sin interrumpir:

—Pero… perdone, no entiendo muy bien a quién se refiere, me ha dicho que conoció al padre de la niña cuando era pequeña, y no lo he ubicado en su relato…

—Sí, Roi —le aclara Fabián…

—Ha dicho Roi. Lo siento, amigo, pero el padre de Triana se llama Rodrigo; creo que no estamos hablando de la misma persona…

—No, señor, no, yo sé muy bien lo que me digo. Al zagal le cambiaron el nombre cuando lo adoptaron…

—¿Adoptaron? ¿Es adoptado? —interrumpe incrédulo Iván.

—Claro. Cuando pasó todo, al chiquillo se lo llevaron muy grave a Sevilla. Desde ahí no supe mucho más de él, aunque fui a verlo un par de veces. La última vez que lo vi fue en el hospital, en el Virgen del Rocío, en coma, y en su pulsera le habían puesto «Rodrigo», a secas, sin apellidos. Solo Rodrigo. Cuando vi por primera vez a Roi, o Rodrigo, tenía cinco años para seis. Su madre estaba esperando al niño que viviría durante un mes en la finca: Guillermo. Para ese momento, supongo, el chiquillo estaba demasiado asustado como para hablar, o demasiado sometido… o yo qué sé, quizá pensaba que

eso era lo normal. El zagal siempre andaba con unas fiebres que su madre decía que le daban, y unos dolores en las piernas. El caso es que, si no era por una cosa, era por otra, y ese niño estaba más veces entre toros, cochinos y corderos que donde de verdad debía estar, que era en el colegio. El zagal vivía aterrorizado, y en las veces que intentaba acercarme a él, siempre huía, y si no era él quien se iba, era su madre la que se lo llevaba. Por eso siempre desconfié de ella. El zagal siempre la miraba cuando alguien le preguntaba algo, como buscando su aprobación. Eso no se me pasó por alto. Si le preguntaba por sus dolores, o por su ausencia del colegio, o cualquier tema relativo a él, empezaba a temblar. Miraba a un lado y a otro, como si al hablar alguien lo oyera. Sin duda el pobrecito tenía muchísimo miedo.

—¿Sabrías decirme a qué le temía, o tienes alguna idea de lo que podía pasarle? —interviene Müller, que ahora ha salido al balcón, aunque no ha levantado unas persianas de bambú que tiene la joven pareja a modo de toldo. Las pusieron para evitar el sofocante calor del verano sevillano, aunque ahora, más bien, les están sirviendo de mampara protectora.

—Yo más bien diría «a quién le temía». Pues aquí viene lo que quiero contarles. El padre, el irlandés, tenía fama de hombre rudo. De maltratador. De controlador. Pilar, la madre de Roi, se fue a Irlanda. Según contaba su madre en el pueblo, la abuela del chiquillo, «su hija, la enfermera, se fue allí, a Irlanda, a ejercer su profesión porque allí lo ganaba mejor que en España». En Irlanda fue donde conoció a Darren y, con los años, tras casarse, se mudaron a España. A él lo emplearon en la finca para las tareas propias de guardés y capataz. Pilar se dedicaría a las tareas del hogar. Todo el que la conocía, sabía que esa vida no era para ella, que a esa muchacha le gustaba recorrer mundo, y mira por dónde, ese hombre la devolvió a un pueblecito acunado por una ingente sierra, pero donde ella se sentía prisionera. Cuando llegaron desde Irlanda, todos decían que ella venía diferente. Muy cambiada, siempre andaba hablando de druidas y dioses, de celtas… En fin, historias y leyendas que probablemente había conocido el tiempo que estuvo en aquel país. Ellos ya traían a Roi cuando llegaron. El

chiquillo apenas tenía el año recién cumplido, era muy pequeño. Durante algún tiempo se rumoreó que allí se le había muerto una niña, su primogénita, de una muerte infantil de estas raras, pero eso nunca lo contaron ellos. Fue la madre de Pilar la que un día lo comentó, y de ahí se extendió el rumor, pero a ciencia cierta nada se supo.

»Lo cierto es que ese niño siempre andaba asustado, y me maldije una y otra vez cuando pasó lo que pasó por no haber sabido darme cuenta de lo que sucedía, y mira que tuve oportunidad. Mira que sospeché veces que algo pasaba… pero no, yo no fui capaz de ver lo que ocurría. No fui capaz. Y cuando todo salió a la luz… bueno, desde entonces me ha costado asimilar que todo acaecía ante mis ojos, y que yo fui otra víctima más.

Al otro lado de la línea, el inspector escucha en silencio. Pero Fabián ha hecho una larga parada. Los hombres no se están viendo las caras, pero Iván sabe perfectamente que al otro lado de la línea hay alguien a quien todavía le duele mucho lo que está contando.

»Un día pasó lo que era inevitable que pasara. Una tragedia. Algo que no tenía que haber pasado nunca, o bueno… quizá sí, y mucho antes. Cuando murió su chiquillo, Guillermo, fue cuando todo empezó a olerme mal. Y ella se dio cuenta, yo lo sabía, y fíjese que hasta tuve miedo.

—¿Tuvo miedo? —interrumpe Müller.

—Sí, llegué a tener miedo. Más de la madre que del padre. El caso es que una mañana cuando llegué a la finca no había nadie para recibirme, como era habitual, así que arranqué el día yo solo y empecé a realizar mis tareas. Tras pasar un tiempo prudencial y ver que no salía nadie de la casa, me extrañé. Hice ademán de empujar la puerta que, para mi sorpresa, chirrió y se abrió para mí, como el telón de un teatro, solo que esta vez la obra no dejaba de ser una macabra escena donde un brutal crimen había silenciado la casa aquella mañana brumosa, donde lo único que alcanzaban mis oídos a percibir eran los corderos balando, algún gallo sacudiendo alas y los cerdos que hozaban buscando los pocos granos de trigo rezagados que quedaban del día antes, esparcidos por el corral.

El inspector emite un bufido al otro lado de la línea, pero no se atreve a interrumpir. Solo escuchar. Al balcón ha llegado Joana, que le hace una mueca con la cara, frunce el ceño y se encoge de hombros. Es una pregunta gesticulada, algo así como preguntar con gestos «¿Con quién hablas?», o «¿Qué haces aquí?».

Müller le hace aspavientos con la mano. Como para que se vaya. Pero Joana no entiende por qué y hace caso omiso. Ella le aleja un poco el auricular del oído a Iván. Al otro lado, Fabián escucha:

—Disculpa un segundo —le comenta Iván al hombre.

El inspector tapa el auricular del teléfono con la mano y mira a Joana.

—Necesito un cigarro, jefe. Me subo por las paredes —le dice ella. Müller la mira, aunque hace un gesto de desaprobación que la subinspectora Cruz ignora—. ¿No pensarás que voy a bajar al portal del edificio? Pues no. No voy a bajar.

—Levanta un poco la persiana esa de bambú, pero que no te vean desde la calle, y a ver si vas dejando ya ese vicio —le susurra en voz alta y enfadado, como ya es habitual en él, y como ya está acostumbrada ella, que sabe que es pura fachada—. Perdona, Fabián. Sigue, por favor.

Vuelve a retomar la conversación con el hombre que espera al otro lado de la línea. En el arcén, y en algún lugar que une el pueblo de Benaocaz y el de Ubrique. Su compañera, que ha encendido un cigarro, se queda escuchando, sobre todo por saber de quién se trata. A ella no le suena de nada ningún Fabián, y debe ser importante porque su jefe lleva más de 15 minutos hablando con él.

—Desde la puerta abierta de par en par, vi un charco de sangre, brillaba como si fuese suelo recién pulido o mármol. Yo qué sé, a mí me dieron unas arcadas terribles, sobre todo por el olor, y mira que había olido veces a tripas, a sangre, a vísceras… pero humanas… Humanas, nunca. Temblando, aún me atreví a entrar. El único trabajador que podría estar más cerca de la casa era el mayoral, y lo más cerca que podía estar ya a esas horas era a cinco o seis kilómetros. Antes no teníamos teléfonos móviles, para bien o para mal, pero no los teníamos aún y me vi allí en mitad de aquella escena, siendo todavía un zagal, sin saber qué hacer. Con miedo,

mucho miedo, me acerqué al cuerpo, al que era dueño de semejante reguero de sangre. Las maderas chirriaron. Mientras me adentraba, pensé que allí podría seguir el asesino, en caso de que hubiese sido un crimen, pero claro debía serlo porque de un accidente casero hubiese dado cuentas Pilar, o por lo menos eso quise creer. Tampoco vi al chiquillo. Eso me asustó. Si le digo la verdad, lo que me daba más miedo de acercarme al cadáver era que Roi pudiese haber corrido la misma suerte y estuviese al lado o debajo. Con semejante cuerpo encima, no sería posible divisar el famélico y enfermo cuerpo del chiquillo. Entonces comencé a aventurarme y atravesar el salón. Debía llegar hasta la entrada que daba a la cocina, donde también confluía el pasillo que daba a las habitaciones y al baño, y donde había también una puerta que nunca supe dónde daba, nunca hasta días después del crimen, claro. Pisé la sangre de Darren. ¿Sabe que aún recuerdo cómo mi bota de campo, capaz de adherirse a cualquier superficie, patinó al pisar la sangre? No se puede imaginar la sensación de pisar el vestigio de una matanza, que en este caso no era animal, sino humana, aunque, si le soy del todo sincero, cuando giré al hombre, que permanecía decúbito, y lo puse boca arriba, la imagen que vi me hizo despreciar al ser humano, al animal que el ser humano llevaba dentro. Porque eso los animales no lo hacen. Al hombre le habían abierto el pecho y, por la oquedad que pude ver, aun escupiendo pequeños afluentes de sangre de los vasos sanguíneos cortados que todavía se contraían tras la muerte del irlandés, aunque tras la muerte no se sangra. Nos dijeron entonces que el pecho se lo abrieron mientras estaba vivo. Puede que inconsciente, porque Darren, como le he dicho, era un hombre rudo, y de ahí que aún sangrara. El tiro fue por gusto, quiero decir, porque ya con lo del pecho… y entonces comprendí que los animales son más humanos que los humanos, que quizá esa palabra que bien se usa como calificativo cuando nos referimos a seres despreciables, alimañas, bestias… y todo cuanto seamos capaces de imaginar, es insuficiente para seres capaces de cometer semejante tropelía de atrocidades. Vomité. No se lo voy a negar, casi le vomito al muerto en el hoyo del pecho. Pero me dio tiempo a volverme y echar las bilis cerca del cuerpo, casi al punto de mezclarse con la sangre

derramada. Cuando me di cuenta de que Darren estaba muy muerto, y ya nada se podía hacer, corrí por toda la casa, dejando impregnadas en cada estancia mis huellas que, además de estiércol y pajotes junto con resto de la mierda fresca de los corrales, un nuevo componente férrico se había unido a la suela de las botas de campo, dejando pisadas por doquier, con la sangre de Darren y demás componentes de los corrales. El corazón, me cuesta pronunciar esto, el corazón no estaba. Bueno, ni estaba, ni apareció. Mis manos, obviamente, estaban ensangrentadas de voltear al muerto. Fui impregnando de huellas todas las puertas, paredes y utensilios o mobiliario que fui tocando. ¿Todo para qué? Pues para encontrar a Roi, que era lo único que me importaba. «¡Roi, Roi! Soy Fabián, no tengas miedo. Sal». Pero ni rastro. Grité por todas las estancias y, en respuesta, las ovejas balando, nada más. De Pilar, ni rastro tampoco, aunque para entonces, sobre ella, ya tenía yo mis dudas y no me molesté en buscarla. Me bastó con ver que ella no estaba allí, con las vísceras fuera como él. Eso me dio la pista que me faltaba. Aunque para la mayoría pasó desapercibido. Cuando llegó la guardia civil, no tuvo dudas de la escena. Legítima defensa. Mujer maltratada. Hijo maltratado. Ataque de locura transitoria. Y suicidio. Encontraron una carta de despedida. Nunca se me olvidarán las palabras del texto: «Mi Dios de los muertos tiene ahora para calmar su ira, aunque solo será por un tiempo. La promesa de sangre nueva llegará y, para entonces, yo no seré más que polvo y cenizas. Solo hay que esperar».

»Todo el mundo creyó que, a causa de las palizas de su marido, se había vuelto loca. Benaocaz es un pueblo pequeño, y en los pueblos… bueno, ya me entiende. Todo se sabe. Todo se comenta, y bueno… también de boca en boca se le va dando forma, según la habilidad del emisor y las ganas de exagerar del receptor. Así, al día siguiente, cuando encontraron restos de sangre de Pilar cerca del puente de Tavizna, a pocos kilómetros de la finca, y parte de sus ropas ensangrentadas en el mismo lugar y el pañuelo que siempre se anudaba en la cabeza, en el embalse de los Hurones, junto al puente, todo el mundo dio por hecho el suicidio como vía de escape. Esto cogió aún más fuerza cuando se encontraron restos de cuerdas

de las que amarran las pacas, de las que había cientos de metros en el granero de la finca. Llenas de sangre y cerca del embalse. Aunque el cuerpo de ella no se encontró. Y del niño, hasta ese momento, ni rastro. La reconstrucción que se hizo fue la siguiente: Darren, como cada noche, llegó ebrio. Muy ebrio. Se confirmó que había estado en la taberna de Paco, bebiendo hasta casi la medianoche. Aunque este dijo un dato en la declaración que excluyeron, pero que a mí me pareció importante. Paco dijo que el hombre no había bebido tanto, que nunca bebía tanto, que no entendía cómo el alcohol que ingería le hacía convertirse en un demonio. Esa misma cantidad, e incluso más, no causaba el mismo efecto en otros. Pero esto, la Guardia Civil, lo pasó por alto. Zanjó el tema afirmando que, primero, a todo el mundo no le causaba el mismo efecto el etanol y, segundo, al dueño de la taberna, podía darle miedo contar que él le permitía beber hasta la extenuación al irlandés, cuando todo el mundo hablaba de las palizas que presuntamente le daba a su mujer y a su hijo, además de haber estado en el punto de mira de los vecinos por el asesinato de Pablito.

—¿Lo acusaron de un asesinato?

—Bueno… La verdad es que nunca encontraron pruebas de que lo fuera. El chiquillo de nueve años cayó por un barranco. Se acercó en bici hacia una zona escarpada y de difícil acceso, y el caso es que el zagal estuvo tres días desaparecido. Al tercero encontraron a Pablito cerca del cauce de un arroyo. Estaba completamente desfigurado. Imagínese, las piedras de abajo eran calizas puntiagudas con filos como navajas… Conmocionó al pueblo. La verdad es que no tuvieron nada en contra de él, pero claro… estaba cerca de la casa, se conocía la sierra como la palma de su mano y además encontraron la navaja de Darren en el recorrido, aunque claro, eso no lo acusaba de nada… El caso se archivó después de un año como un accidente. Igualmente, para entonces de Darren ya no quedaba ni la piel. Siguiendo con la reconstrucción, que me voy del tema, dijeron que, tras llegar borracho, tuvo una descarnada pelea con su mujer. Esta, harta de soportar los malos tratos, cogió el cuchillo de las matanzas y se lo clavó en el pecho. Después, en un arrebato de locura, le abrió el pecho y le sacó el corazón. Tras hacer

esto, para asegurarse de su muerte, le dio un tiro con la escopeta de caza del propio Darren. Supuestamente, se llevó a su hijo. Y todos pensamos durante tres angustiosos días que estaba muerto y sería tragado por Grazalema sin que se llegara a encontrar nunca. Esta sierra es preciosa, pero también muy traicionera. Yo porque la conozco, pero hay lugares de los que alguien ajeno al lugar jamás podría salir vivo.

Joana se ha terminado el cigarro. Lo ha apagado en la tierra de una maceta de aloe vera que la pareja tiene en el balcón. Müller ha perdido la noción del tiempo mientras escucha ese relato, tan brutal como real, y tan necesario conocer para la investigación. Joana se queda, decide quedarse, aunque el inspector no responda al hilo de la conversación y ella no sepa realmente qué le está contando. Decide quedarse e interrogar a su compañero en cuanto cuelgue, aunque la conversación se prevé larga. Fabián prosigue.

»La esperanza de encontrar al niño vivo mermaba cada minuto. La finca la habían puesto patas arriba, y ni rastro del zagal. Al tercer día, se llevaron a Robin, un pastor alemán que colaboraba en la búsqueda de personas. Robin olió las sábanas del niño y se subió en su cama. Olió las sillas de la cocina. Una en concreto llamó su atención. Había orín seco. El perro continuó. Lo despistó un poco el olor de la sangre, pero su cometido era el olor de Roi, y en menos de 10 minutos el perro estaba escarbando en la puerta del final del pasillo. De la que no había llaves. La puerta que yo jamás había visto abierta. El animal comenzó a ladrar. Se agitó. Señaló la puerta. Entonces todos corrimos. Yo dije que allí no había llave. Que jamás la había visto ni sabía qué había tras esa puerta. La Guardia Civil llamó al zagal. Yo grité su nombre. Nada. A la de tres echaron la puerta abajo. Había una escalera que subía a una planta diáfana que había arriba, un desván o buhardilla… No lo pude evitar, eché a correr. Subí las escaleras y allí estaba el zagal. Liado en plásticos. En el suelo. De color gris. Medio muerto. Salvaron su vida por horas. Un día más y no lo cuenta. El chiquillo se había bebido unas hierbas que alguien tenía preparadas en un bote. Debió darle sed y se tomó lo primero que encontró. Estuvo en coma, como le he dicho antes. Según me dijeron, el zagal no recordó nada al despertar. Ni siquiera

lo previo al desván. Por lo que supe, una de las enfermeras que lo cuidaba se enamoró del niño y realizó los trámites para la acogida y su posterior adopción.

Müller permanece atónito con el relato. Ni el gentío que se agolpa en los bajos del edificio es capaz de despistar la atención del inspector. Joana se ha encendido otro cigarrillo. Está impaciente por saber. Deseando que su jefe dé por finalizada la conversación y le cuente.

—Fabián, todo esto que me ha contado es tal cual, ¿no? ¿Me está queriendo decir que es el propio padre de Triana el que tiene algo que ver? ¿Qué está traumatizado? ¿Que es Roi… o Rodrigo, el que…?

—No. No, no. No me ha entendido… El chiquillo no creo que se acuerde ni de quién fue, bueno, el hombre, ya es un hombre. Esa pareja le dio una vida impensable para él. Si no llega a pasar lo que pasó, quién sabe ni si seguiría vivo. Me refiero a su madre. De la mujer nadie supo nada. Nunca encontraron su cuerpo. Ni en el embalse de los Hurones, cerca de Tavizna, ni después cuando en Bornos dijeron haber encontrado una zapatilla de ella, ensangrentada. Se habló de todo, de que era para despistar, que ella no había sido capaz de tirarse allí, incluso que andaría ya viviendo la vida en Irlanda o, quién sabe, en algún país del norte, donde nadie la conociera. Con su madre, nunca más se puso en contacto, y era el único familiar directo que le quedaba, ya sabe, aparte del hijo. Tampoco hizo por volver a por el zagal, así que… la dieron por muerta. Algún iluminado dijo que, si de verdad se tiró a la presa en Bornos, quizá hasta llegara al puerto, ya sabe, al Puerto de Santa María, río abajo, por el Guadiana, y que, si eso fue así, el inmenso Atlántico daría cuenta de ella. Pero yo no lo creí. Nunca me convenció esa versión. Yo la conocía, ¿sabe usted? Esa mujer encerraba al diablo en su cuerpo. Es más, tuve siempre mis sospechas de que la maltratadora era ella. Era ella quien maltrataba a su marido y a su hijo. Ese niño… el pobrecito mío, estaba totalmente controlado por su madre. Yo eso lo percibía. Pasé muchas horas con ellos en la finca y… no se crea, hasta pensé en contarlo a la Guardia Civil, pero qué iba a decir: ¿que el niño no iba

a la escuela, que la madre decía que estaba enfermo, pero que en realidad yo creía que todo lo inventaba ella, o que también sospechaba que los envenenaba a los dos…? Nadie me creería.

—¿Qué los envenenaba? ¿Con qué? —interrumpe sobresaltado Müller.

Joana le da una calada precipitada al cigarro, o más bien a la colilla, que ya casi había consumido. La apaga de nuevo en la tierra del aloe vera. Se acerca al oído de Iván, pretende oír la respuesta de Fabián. El inspector pone el altavoz y baja al límite el volumen, para que solo ambos, y poniendo mucha atención, escuchen lo que dice el hombre.

—Yo no lo sé… y oiga, esto quizá sean cosas mías, pero esa mujer siempre andaba preparando brebajes. Iba a la sierra a por hierbas, y algunas sé que eran venenosas. Alucinógenas, o yo qué sé. Según ella, algunas las cogía para preparar ungüentos y friegas para el chiquillo que le ayudaban con las fiebres y los dolores de su zagal, pero… yo sé que no. ¿Qué médico le mandó eso? No. A mí no me engañaba…

—Y… ¿Sabrías decirme qué tipo de planta usaba, o con qué preparaba brebajes?

—Revientavacas, le llaman a la hierba esa. O higuera del infierno, imagínese… Ella siempre las cogía, decía que las usaba para preparar insecticidas, que lo usaba para las garrapatas y eso… pero yo sé que no. Esa entendía de dosis y de hierbas. El caso es que nunca encontraron su cuerpo, y si le digo la verdad, ni dormir bien puedo muchas noches, aunque hayan pasado 20 años.

El silencio se hace patente a ambos lados de la línea. De un lado, de la calle Betis, solo se escucha el arrullo del río. Los helicópteros que no paran de sobrevolar Sevilla entera. El barullo del gentío. Sonidos de coches que parecen pasar por las calles aledañas como si estuviesen en un circuito de coches. Ambulancias. Sevilla está agitada, y eso se nota. Al otro lado, el oleaje de coches, que van y vienen por la nacional, mientras, posiblemente, Fabián siga en la cuneta. Cerca del pueblo. Fuera del vehículo, donde probablemente ha decidido parar cuando ha encontrado fuerzas para llamar a la

policía nacional y explicar ese episodio de terror ocurrido años atrás, que aún sigue latiendo a los pies de Grazalema.

»Me ha dicho que se llama Iván, ¿no? —pregunta Fabián.

—Sí. Así es.

—Pues, Iván, hágame un favor. Encuéntrela. Encuentre a Pilar. Si la encuentra a ella, quizá no sea tarde todavía para encontrar viva a la niña, porque yo le digo, y que me corten las manos si me equivoco, que es ella quien tiene a Triana.

Ambos colgaron.

Iván se sintió abatido. Y tiró el móvil. Lo estrelló contra el suelo.

—Eh —le susurra Joana, que se acerca demasiado a él. Le toca el cuello y le pregunta—… ¿Qué es lo que te ha dicho ese hombre? —Müller permanece en silencio. No es capaz de articular palabra—Iván —inquiere ella de nuevo—, ¿qué pasa?

—Una loca, Joana; esa niña está con una puta loca que tiene algún muerto en su colección. La abuela. Es la abuela.

—¿Qué abuela? ¿Esa que se fue con un tío más joven que ella?

—No, esa no. Es largo de contar. Llama a los padres de Rodrigo. Pero que él no lo sepa. Vamos a Kansas City. Tenemos que volver a hablar con los abuelos. Te voy contando por el camino.

XXV

1985
Roi
La noche que lo encerraron en el desván

Cuando comprendes
que el infierno que te rodea
no es otra cosa que tu propia vida,
dejas de existir en ella.
Roi

Diviso a lo lejos el todoterreno. Lo reconozco por la estela de polvo y gravilla suelta que trae tras de sí. También sé, a pesar de la distancia que aún hay entre nosotros y el lejano todoterreno, que conduce mi padre, que hoy ya ha comenzado a beber. Lo sé por la conducción. Si Fabián estuviese al volante, ni polvo arrastraría. Todos los días, paran a mediodía para comer. Yo estoy jugando con los saltamontes. Mamá despluma un pollo. Tengo miedo y me voy dentro. Cojo la caja de los saltamontes para guardarlos debajo de la cama. Tengo cuatro. Dos de ellos no tienen las patas traseras porque intentan huir, y si se van ya no podré protegerlos.

Este ha sido el primer día que mi padre, tras la pausa incompleta que hizo con el etanol, vuelve a beber, y ha bebido muchísimo. Ha bebido hasta convertirse, de nuevo, en el mismísimo demonio.

Cuando el sol cayó y los corderos estaban en sus corrales junto a sus madres, las gallinas apostadas en sus comederos, los toros bravos y los cochinos negros guarecidos bajo las encinas y quejigos, y Fabián y los demás hombres han dado por finalizadas las tareas en la finca, él bajó al pueblo. Pero antes nos encerró a mamá y a mí. Se aseguró de que, por lo menos yo, no pudiese huir de nuevo a la sierra. Papá ha cerrado la puerta con un candado.

Mamá ha estado llorando mucho rato. Ha estado preparando infusiones, lo sé porque cogió la olla grande. Yo estaba en mi cuarto con los saltamontes. Después, por un momento, me ha dejado solo en la casa; no sé dónde ha ido, pero oí un portazo y mucho rato de silencio, casi hasta que oscureció. Pero papá había cerrado con un candado, no sé cómo pudo salir, yo creo que ella le quitó una de las llaves porque el candado traía dos. Después me ha mandado a la cama. Creo que ella quiere evitar que nos encuentre despiertos, aunque yo sé que no me voy a dormir, igual que sé que, en caso de estar dormidos, a él le va a dar igual. Los grillos cantan. Algún cordero que por un momento habrá perdido a su madre, bala. Las gallinas, aunque hace horas que duermen en sus comederos o en los palos del gallinero, de vez en cuando baten las alas; yo siempre he pensado que es por mantener el equilibrio en los palos. Mi cuarto da al gallinero. El muro es de piedras y el paso del tiempo ha logrado descalicharlo por algunas esquinas por donde, si guiño un ojo, con el otro puedo ver las gallinas, y por donde se cuela, cada mañana, la lluvia de polvo iridiscente, que a veces imagino como hadas que vienen a cumplir deseos, otras como luciérnagas, y otras, simplemente, me sirven para darme cuenta de que la noche ha pasado, y yo sigo vivo… un día más. Pero lo cierto es, que esos destellos no son más que el polvo y la paja.

La noche está en calma. Huele a lavanda. A tomillo, a sierra… aunque de vez en cuando, el olor a estiércol se antepone a la sinfonía de fragancias que emergen de lo más profundo de Grazalema. La noche estaba tranquila, hasta que el estridor del motor del la todoterreno, subiendo por el camino que conduce a la casa, irrumpe en el silencio, para cortarlo por la mitad y conseguir que mi cuerpo tiemble de nuevo. Las luces largas del vehículo entran por las ventanas a medio cerrar, iluminando mi habitación y parte del pasillo que conduce al cuarto de mis padres. Yo estoy bajo las mantas. Sin posibilidad de huir. Despierto como nunca y muerto de miedo. En una de las curvas que coge el coche para ascender, ilumina más a la izquierda, dando luz a una parte del pasillo que estaba oscura, y donde diviso una figura. Grito del susto. Mamá chista.

—Ven —me susurra con la voz errática. Yo no me muevo—. ¡Qué vengas, te digo! —me grita con una voz muy rara.

Y entonces me levanto y corro hasta ella, con las manos por delante para evitar un golpe innecesario, hasta que la toco. Ella me conduce hasta el final del pasillo. Hay una puerta agrietada, de madera vieja y desvencijada. Una puerta que no recuerdo haber traspasado jamás. Mamá saca una llave de su pecho. A tientas, abre un candado.

—No salgas de ahí.

La barriga me da un ardor y me dan ganas de mear, pero me contengo.

—Mamá —susurro…

Ella chista. Puedo sentir cómo tiembla.

—Sube la escalera. Arriba hay muebles viejos. Busca alguna manta y quédate ahí. No hables. No hagas ruido… nada… y lo más importante: nadie debe saber que estás ahí. Espérate a que yo venga por ti.

—Mamá… pero…

—¡Haz lo que te digo ya! —me apremia cuando las luces del coche se apagan.

—Te esperaré —le digo compungido…

Ella asiente.

Oímos el portazo. Primero, de la puerta del coche; después, intenta abrir el candado, torpemente, entre insultos. Insulta en irlandés. Solo habla irlandés cuando está muy, muy borracho. Y muy, muy agresivo. Mi madre me empuja y, de nuevo, tras de mí, se cierra un candado. Quiero gritar, quiero romper la puerta. Patalear… pero lo único que hago es correr escaleras arriba, a tientas, siguiendo la brisa fresca del desván que huele a moho de madera y humedad, mearme encima de nuevo y tirarme en el suelo cuando llego al desván, tapado con unos plásticos que probablemente estén cubriendo algún mueble viejo. A continuación, me tapo los oídos para no escuchar nada; soy un cobarde. Aprieto los dientes. Y de nuevo los latigazos cardíacos, esos que casi me impiden respirar.

Noto algo correr por mi pierna. Me hace cosquillas. Una sensación molesta, porque no sé qué bicho es. Todo está oscuro.

Ahora tengo más miedo que nunca. Yo no puedo usar las manos, porque entonces mis oídos quedarán libres, y no quiero… El bicho sube más. Ahora lo noto en el muslo, la cadera… sacudo la pierna. A mi mente vienen imágenes: los cerdos colgados. El lobo. Los colmillos del jabalí. Grito para adentro. Sigo con las manos puestas en mis oídos. Canto lo único que me sé un poco: «Pajarillo que cantas en la laguna… no despiertes al niño… pajarillo… pajarillo». El cosquilleo va *in crescendo*; ahora el antebrazo. Lo noto en la cara. Grito de nuevo; no sé si se ha escuchado algo fuera de mí. Aparto mi mano derecha de la oreja. La sacudo y escucho cómo cae el bicho; probablemente sea una cucaracha. Mamá no me dijo que hubiese cucarachas… Mi oído derecho ha quedado libre. Entonces no respiro… y lo oigo: un grito. Un porrazo. Una súplica. ¡Un tiro!

«Mamá…».

XXVI

Lunes 27 de octubre de 2014
Calle Betis
Horas antes de desaparecer Triana

Mientras en el exterior el viento aumenta su intensidad cada vez más, anticipando la tormenta inminente, en la entrada del piso la vieja se interesa por la niña que Eva sostiene en sus brazos.

—¿Puedo cogerla? —le pregunta a la madre.

Eva no sabe qué contestar. Está asustada, aunque en el fondo, la vieja ha conseguido que confíe en ella.

—Sí, claro —duda—. Pero solo un momento, que ya se va a dormir y le gusta hacerlo en la cuna.

La otra no se espera. Se acerca a Triana y la coge en brazos. La sillita sigue en el recibidor. Justo donde la encontraría Rodrigo al llegar. Donde nunca la dejaban; pero Eva, en ese detalle, no reparó entonces. Ni tampoco lo recordaría después.

—Por favor, pasa —la invita Eva, que se aparta a un lado, probablemente con la intención de ir ella detrás de la vieja, y no al contrario.

Ambas mujeres, la vieja ya con la niña en brazos, avanzan por el corto pasillo, dejando al lado derecho un aseo, que la pareja usa muy poco, para llegar a la estancia más diáfana del piso, el salón, que para ser de un piso es bastante amplio, abierto con la cocina. Al fondo, un corto pasillo que los llevaba a las habitaciones y al baño principal, con un balcón al fondo desde el que tienen vistas tan espectaculares como la Torre del Oro. La giralda, que corona la catedral, de la que también sobresalen algunas puntas, y el río. Ese maravilloso río que tantas noches de paz les ha dado y que se convertirá en pocas horas en su peor enemigo.

—Tu piso es muy acogedor, se nota que hay mucha paz en esta casa —dice la vieja en un tono que, sin ser malicioso, no acaba de

encajarle a Eva.

Ella carraspea e intenta acercarse a la mujer para coger a su niña. Están de pie en el salón, junto al sofá. La vieja da un paso atrás.

»Espera, mujer, acabo de cogerla. Está muy tranquila. Déjame disfrutar un poco de ella…

La mirada de la vieja no es buena.

Eva, que empieza a ponerse muy nerviosa, está deseando que la vieja suelte a su niña. Le da miedo, y no entiende cómo ha podido permitir que esa mujer entre en su casa y, es más, por qué ha llegado al punto de consentir que coja a Triana.

—No me has dicho cómo te llamas —se atreve a preguntar, en un intento por conseguir ver el punto débil de la vieja.

Quiere acercarse a ella, a estas alturas, ya siente tanto miedo que no sabe cómo mostrar un acercamiento y hacer tiempo, con la esperanza de que llegue Rodrigo a tiempo y todo quede en un susto.

—¡Ah! ¿No te he dicho mi nombre? Perdona, qué despistada. Me llamo Nana.

—Nana —repite extrañada Eva. Nana no es un nombre.

—Bueno, hace mucho tiempo que me llaman Nana, y ya… me he acostumbrado.

—¿Tus hijos te llaman así? —pregunta Eva.

La vieja cambia la mirada. Mira a la niña. La aprieta contra su pecho. Y alza la vista por encima de las cejas.

—No tengo hijos —aclara—. Viví en Irlanda muchos años. Allí las nanas son protectoras de los niños…

La vieja ha cambiado el tono. Ahora ya no es amable. Ahora Eva siente de verdad que dejar entrar a la mujer allí ha sido una estupidez.

—Será mejor que acabemos esto ya —concreta Eva, tratando de apremiar a la vieja a que le cuente lo que ha venido a contarle—. Mi marido llegará pronto. Deberías contarme eso que has venido a contarme.

—Ah, sí, ¡perdona! —la mujer ha vuelto a cambiar el tono— Mirando a esta pequeña, se me había olvidado a lo que venía —hace una pausa.

Eva no la ha invitado a sentarse a pesar de tener en brazos a Triana. Ambas permanecen de pie, una frente a la otra.

»Conocí a Rodrigo cuando era un niño.

Eva suspira un poco aliviada. Aunque no quiere perder detalle de la vieja con su niña en brazos. Triana se había quedado dormida en brazos de la mujer, aun así, Eva no le ofreció asiento.

—¿Eres amiga de mis suegros o algo?

Nana sonríe. Su sonrisa guarda una ira difícil de ocultar.

—No. Yo viví cerca de su familia. ¿Sabías que él nació en Irlanda? ¿Y que después vivió los primeros años de su vida en Benaocaz, en Cádiz?

La madre niega con la cabeza.

»Sí. Ya veo que no te lo ha contado. O quizá es que él tampoco lo sepa. Rodrigo tiene un pasado muy triste.

Eva se encoge de hombros. Pero no se atreve a articular palabra. En aquel momento duda si la anciana que tiene ante ella no es una desequilibrada más. Una de tantas, de esas que quizá llevan explosivos bajo el poncho que la cubre hasta las rodillas. O una demente que no tiene nada bajo los ropajes, pero que da mucho miedo. Eva comprende que de su actitud dependerá el transcurso de la conversación con esa mujer, y trata de mantener la calma.

»Ese niño vivía en una finca. Darren y Pilar eran sus padres. Una pareja feliz, que al principio vivía en Irlanda; allí se conocieron y vivieron una etapa plena. Ella se quedó embarazada, y no cabía en sí de gozo. Era una niña, una pequeña que nacería muerta. Una niña a la que la madre esperaba con toda su alma. Con la que había soñado día y noche. Una niña que vivió nueve meses en la tripa de su madre —la vieja suelta a Triana de una mano y se toca su propia panza—. Que le daba patadas. Con la que hablaba de día y de noche, a la que esperaba cada segundo durante esos nueve meses. Le habían comprado todo. Tanta ropita pequeña que la madre olía día y noche, imaginando que dentro estaba la piel de su hija. La madre se sintió plena el día en que su niña comenzó a hurgar en sus entrañas. Cuando el vientre se alzaba por encima de las bragas, dibujando la silueta perfecta de una mano o de un pie. Darren, su marido, la abrazaba y soñaban juntos con su primogénita, con su

pequeña. Eran tan felices que Pilar no imaginaba otra vida. No imaginaba una hija a la que iban a querer más sus padres.

Eva la mira atónita. Traga saliva y deja que se le encharquen los ojos, porque a la vieja le están empezando a rodar gruesas lágrimas por las mejillas. Eva siente que esa mujer está viendo en su hija a esa niña que, no sabe el porqué, parece que estuvo en su vientre.

—No sabía nada —balbucea Eva—. No sabía nada de esa vida que me estás contando, pero… ¿Qué tiene que ver con Rodrigo?

La vieja prosigue.

—Cuando Pilar comenzó la labor de parto, se fue con Darren al hospital tan ilusionada que no cabía en sí de gozo. Ni los dolores de parto que le abrían el vientre en dos mermaban esa felicidad. Ambos iban cogidos de la mano. Felices y sintiéndose dichosos. «¿Te imaginas su cara?», le preguntó ella. «Será igual de guapa que su madre», le contestó él, con un acento irlandés tan marcado que el español casi no se apreciaba en sus frases. Pero tuvo que pasar lo que cambiaría la vida de los dos para siempre. Ella sintió una fuerte punzada. Un dolor insoportable. Primeriza como era, lo achacó a la labor de parto. Pero de pronto, un río magenta irrumpió entre sus piernas. Sangre brillante. Oscura. Presagio de lo que vendría después; algo que sentenció sus vidas para siempre. La de ellos y la de ese niño que vino después, porque el pobrecito mío vino en muy mal momento.

—¿Rodrigo? —pregunta temerosa Eva.

—Sí. Aunque ese estúpido nombre no es el que le pusieron los padres. Ellos lo llamaron Roi, que significa rey. Pero después… bueno, luego le cambiaron el nombre al niño. Cuando Pilar llegó al hospital, trataron de salvarle la vida, a ella y a la niña. Se le había desprendido la placenta. Pero ya fue tarde. Esa niña con la que habían soñado, esa pequeña que ella ya había sentido, con la que había compartido noches y días y que vivió acurrucada en su vientre, se iba. También Pilar estuvo a punto de irse, y quizá hubiese sido lo mejor. Esa mujer debió haber muerto, y nada de lo que pasó después hubiese pasado. Pero la salvaron; eligieron entre ella y su niña. Y la salvaron a ella. Darren se lo pidió a los médicos. Ella se volvió loca. Sí. Loca. No quería vivir. Comenzó a sentir una ira dentro

de su pecho que le impedía respirar. A los meses de pasar eso, Pilar conoció a una mujer que trató de ayudarla. Una mujer que practicaba el arte de la adivinación y el esoterismo, el mundo de lo oculto donde confluían la vida y la muerte. Le enseñó a ver el futuro en las cartas, y no solo a verlo, sino también a cambiarlo. Pilar se volcó de lleno. Compró libros. Leyó hasta la extenuación. La pareja que tan feliz había sido comenzó a tener problemas. Darren empezó a beber y ella se refugió entre hechizos y pócimas. Entre leyendas celtas y rituales druidas. Y de repente, una luz se le vino. Una antigua leyenda, un ritual que le devolvería a quien ya no está entre los vivos. Un cambio de sangre. Samhain, el dios de los muertos, le traería a su niña a cambio de un sacrificio. Pilar haría lo que fuese por tocar la piel de esa niña a la que no pudo sentir más que en su vientre. Lo que fuese. Incluso sacrificar a sus propios hijos.

—Lo tuvieron que pasar muy mal… pero no entiendo, ¿qué tiene que ver eso con mi marido ahora?

Eva se atreve a dar un paso con los brazos extendidos. Quiere coger a su niña. Pero la vieja retrocede. Eva entra en pánico. Ahora tiene claro que la vieja no tiene buenas intenciones. «Sacrificio». Esa palabra resuena en su mente una y otra vez, no es capaz de procesar nada. Eva ahora mismo tiene tanto miedo que es incapaz de pensar, ni de actuar; está paralizada.

»Dame a mi hija —le ordena a la mujer.

—Aún no. Acaba de oír la historia.

Eva asiente y se para. Contrae los brazos y la insta a seguir con un asentimiento.

»El niño llegó meses después. Cuando su vida se desmoronaba como un castillo de naipes. ¡Un niño! Tuvo que ser un niño, sin dar opción a Pilar a sentir el olor de su niña. Ella no lo quiso. No recordaba ni siquiera que se moviese dentro de ella. Siempre pensó que el niño estaba enfermo. Lo comparaba continuamente con su niña. Con la que de verdad quería, con esa niña a la que no conoció, y fue así como Roi se convirtió en una lacra. Cuando nació, aparentemente enfermizo, cientos de exámenes médicos no confirmaban más que un diagnóstico, el mismo diagnóstico una y otra vez: el niño estaba sano. No encontraban nada. Ni rastro de los

síntomas que la madre aseguraba que tenía el chiquillo. Los médicos empezaron a creer que era ella la enferma y temieron que el trastorno se complicara más de lo debido. Que el trauma no superado al final acabara por desequilibrarla del todo. A Darren le hablaron de un síndrome de Münchhausen por poderes; esa fue la primera vez que oyó ese nombre, pero no sería la única. Luego Roi empezó a enfermar de verdad, pero lo achacaban a algún tipo de intoxicación y la madre estuvo en el punto de mira. ¿Puedes creerlo? La madre. La mala, la madre. La madre que había sufrido lo indecible ahora era una mala madre. ¿Te lo crees? ¿Cómo crees que se sintió? Tanto que tuvieron que huir de Irlanda y refugiarse en España de nuevo, de donde ella había salido en busca del amor y la felicidad. Se fue plena y volvió vacía.

Eva trata de asimilar lo que la mujer le está contando, pero no le encaja nada con la realidad.

—¿Y Ramón y Marcela? —le pregunta Eva.

Ahora la conversación, que se ha tornado demasiado turbia para ambas, ha entrado en un punto de no retorno.

La mujer bufa. Aprieta los labios y cierra los puños con los que sostiene a Triana.

—Ellos se lo quitaron.

El silencio se espesa. Eva tiembla. Las lágrimas de incomprensión le rompen la cara.

—Se lo quitaron —se atreve a repetir.

La vieja cambia su mirada. Como una loca. Desesperada.

—Dame agua —ordena a Eva. Ella no se atreve a moverse.

—Dame a mi niña —le dice en un intercambio de miradas asesinas. Triana balbucea.

—Trae agua —Eva no se mueve—. Hazlo.

Y mientras se lo ordena, por debajo del poncho le enseña a Eva la hoja afilada de un cuchillo.

Eva corre a la cocina sin dejar de mirar a su niña arrullada. Durmiendo plácidamente. Ajena a la locura de una mente que ahora mismo es la dueña de su vida.

—Toma. No le hagas daño, por favor —Eva le implora a la vieja—, no le hagas daño a mi niña…

La madre tiembla. Le acerca el agua a la vieja que tiene a la niña en sus brazos, y su vida también. Porque Eva, ahora mismo, está a merced de esa loca.

La vieja saca una bolsa muy pequeña. En ella lleva unos polvos grisáceos. Poca cantidad, muy poca. Pero ella sabe que eso será suficiente para borrar la existencia de la madre durante horas. La vieja diluye en el vaso ese contenido. Lo hace con una sola mano, porque con la otra no ha soltado a Triana.

—Bebe.

Eva niega.

—¡No, por favor! ¡Te lo suplico! Dame a mi niña —la madre extiende los brazos hacia la vieja. Comienza a llorar—. ¡Dámela! ¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres de Rodrigo? ¡Te daremos lo que sea! Pero, por favor… mi niña… no.

Eva dice estas últimas frases desolada, no pudiendo haber sobre la faz de la Tierra ni una sola palabra que mitigase el dolor tan severo y opresor que la madre siente en el pecho. Abatida. Asimilando la pérdida que, en su mente, está a punto de suceder.

—Bebe —ordena la vieja—. Bebe, y no le pasará nada a la niña.

Eva siente frío en el pecho. Como un glacial que le rompe el corazón en dos. Congelado. Sin lugar a la comprensión de aquella escena. No se molesta la madre por entender más de lo que allí está ocurriendo, y la única vía para salvar a Triana es beber el agua que la maldita vieja a la que nunca debió haber dejado pasar le estaba dando, con una sustancia que a saber qué contiene y que, sea lo que sea, no será nada bueno. Eva piensa «¿Y si no me lo trago?». Pero claro, no es algo sólido, es agua, imposible mantener en la boca y hablar al mismo tiempo. «Bueno, lo vomito», esa es la segunda opción, pero la vieja no va a ser tan imbécil de dejarla marchar al baño. ¿Qué es lo que ha diluido en el vaso? ¿Qué?

El otoño irremediable y súbito atenaza Sevilla. De improviso. Como el apocalipsis. Las nubes comienzan a llegar a la capital atropelladas, sombrías y opresoras. Ocultando un cielo apacible con un manto de tristeza. Esa misma tristeza que días después seguirá como una cúpula invisible sobre las almas de los sevillanos.

Un resplandor que atraviesa de súbito la ventana del pasillo y el posterior trueno, aunque aún lejano, precipita a la vieja.

»Bebe, te digo —y vuelve a enseñarle la hoja afilada del cuchillo, que esta vez hace pico en la toquilla de hilo rosa de la niña. La mujer acerca el vaso a sus labios: amarga.

—Dime quién eres —suplica Eva antes de beber el contenido del vaso.

La vieja chasquea la lengua.

—Eso qué más da. Aunque te lo diga, nunca lo recordarás. Te dejaré sufrir sin saber qué ha pasado. Porque nunca recordarás que estuve aquí.

Eva ingiere el contenido del vaso mientras las lágrimas se le amontonan en los ojos. Insatisfecha por no haber sido capaz de cuidar de su pequeña. Por ser tan ilusa. Por confiar en la vieja. Por dudar de Rodrigo. Ya no puede pensar. Ella creía que aún sería capaz de arrebatar el cuchillo a esa vieja, de coger a su niña. De huir con ella… pero la realidad es que el sueño la consume y se la lleva a un mundo sombrío en el que gruesas nubes negras ocultan sus recuerdos. Como si no hubieran pasado. Como si todo fuese inexistente o, de verdad, si hubiese ocurrido, lo hubiera hecho en una realidad paralela y no en la suya. Ahora Eva se rinde a todo eso y antes del siguiente resplandor. Del siguiente rugido del cielo sevillano que anuncia la inminente descarga de esos nubarrones que vienen a desprenderse de toda su furia sobre la capital. La mujer sucumbe al veneno que la vieja le ha obligado a beber.

—Dime quién eres —balbucea inteligible Eva, en un último intento de mantener viva su conciencia.

—Shhh —le acaricia el pelo a la madre—… Ahora duerme —le dice mientras la recuesta y prepara la escena que más tarde se encontrará Rodrigo. Ha soltado a la niña para acomodar a la madre —. Duerme. Todo pasará. Tendrás más hijos, eres joven. Gracias por esta niña perfecta. Ahora descansa.

Por último, tras haber dejado muérdago en la cuna de la niña, la vieja pronuncia unas últimas palabras antes de marcharse con Triana bajo su poncho:

Gun èirich an rathad gad choinneachadh
Que el camino se eleve para encontrarte

XXVII

Calle Betis
Madrugada del miércoles 29 de octubre de 2014
Eva descansa

Hace un rato que vino el médico de urgencias y le han suministrado de nuevo diacepam, esta vez más dosis. El medicamento la mantiene en un semisueño. En la duermevela se le agolpan las imágenes. El rotundo fracaso de su estirpe; cualquier animal, una gata, por ejemplo, hubiese sabido defender mejor a su cría. Abre los ojos de cuando en cuando. Cuando los sedantes se lo permiten, pero los vuelve a cerrar, aunque parezca imposible, con su hija de seis meses en manos ajenas, tal vez muerta, tal vez sufriendo, y ella… Ella en un sofá, como si fuese a ella y no a su niña a quien hubiesen arrancado de los brazos de su madre, como si los fútiles esfuerzos por haber superado la depresión posparto hubiesen quedado relegados a eso, a esfuerzos inútiles, que nunca serían más, porque antes de haber superado una depresión, tendría otra, y mira qué ironía, la primera vez fue porque la vida le regaló un ser de su carne al que ella debería prestarle servicio ineludible de por vida. La segunda, porque ese ser que le había regalado la vida ya no estaba.

Lorena la observa y se compadece de la madre. No puede ni imaginar cuánto debe dañar a una mente ese tipo de circunstancias. Que te quiten un hijo, así sin más. Es obvio, y ella lo ha estudiado, que cada persona, cada cuerpo, cada mente, tiene un mecanismo propio de defensa, pero la ciencia, por muchos algoritmos que emplea, por mucha estadística y fórmulas matemáticas, jamás podrá adentrarse en un corazón roto. Un corazón que, con cada latido, desahucia al cuerpo. Un corazón que ya no será un órgano, sino un mero mecanismo que no podrá pararse hasta que se le acabe la cuerda. Eva desea eso, que pare de latir, si es que acaso no va a ver más a su niña.

«Dormir tal vez la ayude a recordar», dice Lorena, que lanza la frase al aire para que la reciba Rodrigo.

Rodrigo está dando vueltas por el piso. De la cocina al salón. Del salón a la cocina. Tratando de pensar. Maldiciendo el momento en el que decidió poner el teléfono en modo avión al entrar en el castillo. Es algo que hace a veces. Pero claro, nunca había tenido tanta repercusión como ese día. Y es curioso pensar en cómo pequeños actos cotidianos que nunca representan nada en nuestro día a día, de pronto, ante una tragedia, se torna oscura esa decisión, adquiere un cariz sobredimensionado. Y en ocasiones, como ahora, puede significar, primero, que el padre no recibió esa llamada que podría haber salvado la vida de su niña, o no. Pero ya nunca lo sabrá. Y segundo, que ahora estará en el punto de mira de la investigación. Solo por un móvil en modo avión.

El vaivén del padre está poniendo nerviosa a Lorena, que ahora se ha quedado sola con ambos progenitores. Müller y Joana han salido a Kansas City; les apremia a hablar con los abuelos. Necesitan aclarar un tema de vital importancia. ¿Por qué no lo han contado? ¿Por qué esconder que el padre es adoptado? ¿Por qué callar ese dato? ¿Y sus orígenes? La historia de Rodrigo no es una historia cualquiera. Es una infancia muy turbia, unos primeros años muy oscuros… ¿Y si es eso lo que ha vuelto para llevarse a Triana? El piso está en silencio. Lorena teclea en la *tablet*. Eva, con un cutis más cadavérico que nunca, permanece como un cojín más del sofá. Si su mente está sufriendo, solo ella lo sabrá. Pero su cuerpo es solo una pieza inerte más del salón.

En una de las idas del padre, cuando se aleja un poco para ir al baño, un teléfono móvil, el suyo, vibra encima de la mesa. Lo hace de forma insistente. Tanto que ha comenzado a reptar por encima del cristal, como si se tratara de una serpiente.

—¡Una llamada entrante, Rodrigo! —grita Lorena.

Es un número de teléfono. No está oculto, pero tampoco grabado en la agenda.

La psicóloga, temerosa de que el padre no llegue a tiempo y de que quienquiera que sea cuelgue y no llame más, descuelga. El

padre llega agitado. Lorena le hace señas; el móvil está descolgado. Al otro lado del auricular, un silencio espeso.

—¿Diga? ¿Quién es? —Lorena ha encendido la grabadora y el teléfono tiene el altavoz puesto. Aunque él supone, y la psicóloga sabe, que los teléfonos de toda la familia más cercana a la niña están pinchados por la policía. Al otro lado no se escucha nada— ¿Quién es? —repite Rodrigo, esta vez, menos amable.

—Perdón. Pensé que me había equivocado. Soy Carmen.

—¿Carmen? ¿Qué Carmen?

—Soy la madre de Dimas.

—Ah, sí, la recuerdo.

El silencio vuelve a ser el protagonista. Carmen no deja salir la voz. Tal vez se sienta incómoda. Tal vez tenga miedo. Pero se atreve a continuar.

—Verás… no quiero molestarte, sé por lo que estáis pasando, tampoco quiero que esto que voy a contarte trascienda. No de momento, porque aún es pronto.

—¿Qué? —pregunta Rodrigo, impaciente.

—Dimas no está… ¿Sabes tú dónde puede haber ido?

—¿Cómo que no está?

—Ha estado muy raro toda la tarde. En su habitación, sin salir. Estaba buscando papeles, ya lo conoces… cuando se empecina en algo… El caso es que entré a llamarlo sobre las nueve, para cenar, y me instó a salir. No quiso cenar, dijo que tenía que hacer algo importante. Yo no sé lo que estaba haciendo, pero tenía la cama llena de papeles.

—¿Sabes qué papeles? —la interrumpe Rodrigo.

—No. No lo sé, hijo. Pero eran folios grandes, con señales de haber estado doblados. Sí me fijé en que eran como amarillos; no eran papeles blancos normales… o no sé… es que tampoco entré. Ya sabes cómo es él con sus cosas. El caso es que me puse a ver una película de estas que ponen de Halloween ahora en esta semana, y me he quedado trasvelada en el sofá. Cuando me he espabilado un poco, fui a su cuarto para ver si había cenado y para comprobar que todo estaba bien. Pero ya no estaba.

—¿Y no te ha llamado? ¿Lo has llamado al móvil? Quizá haya salido un momento… no sé. Yo no he hablado con él desde… bueno, ya sabes, desde el lunes.

—Su teléfono móvil está cargando en su habitación. Debió salir para un momento, es lo que me preocupa. Él nunca se iría así, tú lo conoces muy bien y lo sabes igual que yo. Por favor, Rodrigo, sé que estás buscando a tu niña y no es momento de que yo te moleste con esto… pero necesito saber dónde está Dimas. Solo nos tenemos el uno al otro. A mi hijo le ha pasado algo. Hace horas que no sé nada de él… Nunca ha hecho esto. Pero es mayor de edad… Poco puedo hacer.

—Tranquila, Carmen. ¿Has llamado a la policía? Diles que es Asperger; aunque sea mayor de edad, los dos sabemos que él nunca se iría así, sin más.

—¡No! Tengo miedo. Van a pensar que él tiene algo que ver con lo de tu niña y que ha desaparecido o algo… no sé. Esta mañana declaró en la jefatura de policía. Dice que el policía no le gustó, que le hizo preguntas raras… y que lo miraba desafiante.

—¡Carmen! Por favor, ¿fuiste tú con él? ¿Les dijiste su condición de Asperger? Yo fui quien les dio su nombre y su teléfono. Me lo pidieron porque fue la última persona que estuvo conmigo ese día… no pensé que, bueno, que a él le iba a afectar.

—Yo no he ido. No sabía nada. Él me lo contó por la tarde. Me dijo que estaba preocupado. Y que el policía le había dicho cosas extrañas.

Lorena se toca la cara. Rodrigo se restriega la frente tratando de encajar todo.

—Lo siento. No caí en decirles su condición, y que él no interpreta igual la realidad… lo siento, Carmen —al mismo tiempo que Rodrigo se disculpa, un sombrío pensamiento lo acecha. De repente, recuerda a Dimas en su casa, hace un mes. Recuerda cómo miraba a Triana. Recuerda que le dijo que era preciosa. Recuerda que en varias ocasiones le ha preguntado por la niña. Rodrigo se excita. Un calor *in extremis* recorre su espina dorsal, un semblante incómodo le asalta la cara. Una sensación contradictoria le rompe el pecho en dos. Mira a Eva, la odia; ella no está sufriendo ahora

mismo. ¿Quién más, aparte de él, iba a conocer el piso tan bien? Cuando comenzó la tormenta, Dimas salió antes. Poco antes, solo 15 minutos antes. Según él, para ir al *parking* a por el coche, pero ¿y si fue a su piso, a cinco minutos a pie?… ¿Y si se llevó a Triana? Rodrigo no puede respirar, trata de ocultar lo que está pensando y que los pensamientos no le salgan en forma de palabras, rompiéndole la voz—. Carmen. ¿No tienes ni idea de dónde ha podido ir?

—No, hijo —responde la mujer en tono tranquilo porque no se ha percatado de lo que en este momento le copa el pensamiento al padre.

—Algo que dijera… algo que hiciera… alguien a quien haya llamado.

—Eres su único amigo. Con el resto de alumnos de la tesis no tiene contacto, solo cuando os veis. Lo único que puedo decirte es que buscaba algo en esos planos y que, donde fuese, se los llevó…

—¡Los planos de San Jorge! —exclama Rodrigo— Carmen, si me entero de algo, la llamo. Pero contacte con la policía, será lo mejor.

A Rodrigo le apremia colgar y se le nota. A Carmen casi no le da tiempo a decirle la última frase antes de dejar de escuchar algo al otro lado.

—Suerte, hijo. Con lo de la niña… mucha suerte…

El silencio al otro lado del auricular le indica a la mujer que había colgado.

XXVIII

Madrugada del miércoles 29 de octubre de 2014
Cualquier lugar bajo los pies de Triana
La noche que desapareció Dimas

Ahora que ha caído la noche, los ánimos parecen algo más templados. Es imposible rondar el barrio de Triana y pasar desapercibido. Un centenar de cámaras vigilan como ojos avizores. No habrá un viandante que escape de los objetivos. Canal Sur emitió un programa especial en Andalucía Directo: dos horas de retransmisión en vivo. Recabando datos. Declaraciones y detalles que a veces los medios se exceden en contar, pero el morbo vende. Y mucho.

La Primera. *Telecinco*. *Antena 3*. *Canal Sur*. *Radio Giralda*. *Cadena Ser*. *ABC*. *BBC*. *El Mundo*. *La Vanguardia*… Helicópteros de la Guardia Civil sobrevolando el río. La UME, a la que se le pide colaboración, batiendo el cauce desde Jaén hasta Cádiz… aunque todos saben que es imposible que pueda haber llegado tan lejos. Aúnan esfuerzos por encontrar a la niña. No tienen más. No hay nada más que el río y una toquilla que es de Triana. Todos los medios de comunicación esperan ansiosos que los padres comparezcan, pero eso no ocurre. Necesitan alimentar aún más el morbo de los televidentes. Aunque los vecinos solo necesiten encontrar a esa niña sana y salva, los medios de comunicación también necesitan la noticia.

Dimas sabe que no puede salir a la calle. Que no podrá entrar en el mercado como si nada. Como cualquier día de la semana anterior, cuando Triana balbuceaba feliz en su parque cuna, mostrándole al mundo y a sus padres los incisivos recién estrenados. Pero debe ir. Sabe dónde ir. Es muy inteligente. Dimas tiene síndrome de Asperger, pero también tiene una gran capacidad de deducción. Se ha obsesionado con el tema. Con la niña. Con su madre. Con el

castillo y, sobre todo, con saber. El muchacho conoce muy bien el barrio. También sabe que, en octubre, como es, a partir de las 22:00 cierran los bares. Ni rastro de los puestos. Y solo quedan los guardias de seguridad que, con suerte, solo estarán pendientes de la planta de arriba, donde están las mejores frutas. Las mejores mieles. Los mejores arroces. El mejor pescado. El marisco más fresco y algunos de los bares más concurridos. Estos seguro que habrán cerrado ya sus persianas, y ahora toca vigilar. De la planta de abajo, donde están las ruinas del antiguo castillo de San Jorge, no se suelen preocupar. Total, ¿quién va a atreverse a bajar? Esas piedras tienen vida propia. Son muchas las leyendas sombrías y fantasmagóricas que, a lo largo de los siglos, han ido confluyendo y dando vida a seres que, aun sin ser tangibles, son del todo temidos. Hasta los vigilantes, que no suelen durar más de un año haciendo rondas nocturnas por el mercado, sienten esa sugestión. Y desde luego, el lugar pone los pelos de punta. Hay noches que el vapor pestilente que sube de las piedras parece dar vida a muertos de otros siglos. No cabe duda: adentrarse en las ruinas es cambiar de historia.

Dimas se ha atrevido a salir poco antes de la medianoche. Sabe que debe llegar al mercado y colarse antes de las 24:00, o la verja principal estará cerrada. No ha cogido el coche. Ha decidido salir de su casa a pie. Con sudadera gris y capucha que oculta su cara. No quiere que algún objetivo indiscreto y noctámbulo lo capture y tenga que dar explicaciones. Las explicaciones se las dará a Carmen, su madre. Cuando tenga que dárselas. De momento ha preferido dejar el móvil en su habitación, cargando. Así se ahorra recibir llamadas. Y quizá, tener que explicar qué hacía a esas horas en ese lugar. Al llegar aún hay algunos bares abiertos. Es otoño, casi invierno; el frío nocturno no es que sea tan grave, pero en Sevilla, donde en verano se derrite el alquitrán, con 10 grados ya es cuestión de abrigarse mucho. Dimas se adentra en el mercado. Va directo a la escalera que lo llevará a las ruinas. De momento no se ha encontrado con nadie. Los vigilantes en ese momento hacen ronda por el otro lado y, además, se están tomando una cerveza con el dueño de los montaditos. No deberían. Eso no pueden hacerlo estando de

guardia, pero Dimas supone que allí están lo suficientemente tranquilos y cómodos como para poder permitírselo. Baja por la escalera de piedra y llega a la sala abierta que se ve desde cualquier ángulo del mercado. Ahí está a la vista. Debe bajar más. Las puertas de cristal que hacen visible el museo, en el que convirtieron las ruinas hace años, están cerradas. La apertura es mediante clave. Él sabe el código, pero hará ruido al abrirse. En mitad del barullo de un día cualquiera, antes de las 15:30, con los puestos llenos, los mercaderes haciendo propaganda y presumiendo de género nadie iba a percatarse de que unas puertas estaban abriéndose. Ahora, en mitad de la sorda noche, con los dos vigilantes tomándose una cerveza con un montadito en el único bar que aún permanece abierto, mientras Jesús, su dueño, acaba de recoger, sonará como una bomba. No puede hacerlo. No puede abrir las puertas. Debe esconderse un rato y esperar a que pase lo que él cree que va a pasar. Si no, tratará de cruzar al otro lado, pero eso ya cuando él crea que es el momento oportuno.

Se agazapa detrás de un hueco que hay en uno de los ingentes muros. De vez en cuando, un foco que va de izquierda a derecha y de derecha a izquierda lo alumbra. Pase sí, pase no, se queda en oscuridad. Ahora lo ilumina. Pasan unos minutos; está oscuro de nuevo. Dimas no puede arriesgarse. Sabe que, si se queda ahí, lo van a ver. Está justo debajo de la pasarela que cruza al otro lado. Por donde se sale al callejón de la Inquisición. Hace un rato, por esa pasarela cruzaban cientos de niños en busca de una bola que sacan de la máquina expendedora de bolas de goma. Ahí está. Escondido. Temeroso de que lo vean. Agachado junto a la pared que se eleva ante él, con un arco de piedra tan grande que podría pasar un carro tirado por 10 caballos sin problemas. Él se ha imaginado esa escena. Cuando estaba allí, metido con Rodrigo, descifrando escrituras antiguas. La estancia es lóbrega. La otra parte es más visible desde cualquier lugar. La que está al otro lado de la pasarela, donde han reconstruido parte de las antiguas celdas que le sirvieron a aquel lugar para albergar almas de herejes y brujas. De cristianos manchados. De impíos y pecadores que aguardarían por horas y días el momento del auto de fe, donde serían condenados a muerte. Esta

sentencia era aplicada desde hacía siglos, durante el preludio de la Inquisición pontificia, donde la Iglesia sería pionera en administrar estas penas a los herejes. Años después, se aceptaría la tortura como un método de presión para conseguir la confesión y así encontrar a los desviados de la Iglesia oficial, a los judíos, a las brujas o blasfemos.

Dimas está pensando en todo esto mientras el lugar, que lo atrapa por completo, lo traslada a ratos a esas pestilentes celdas, pero siglos atrás, y se imagina qué cruel ha sido el ser humano desde tiempos inmemoriales. «El instinto animal es más humano». Piensa. Dimas está agachado bajo la pasarela, en el lugar de la antigua barbacana que daba al interior de la ciudad. Si cruza al otro lado, irá en dirección al río, que es donde le interesa ir. Cree tener la respuesta a lo que han estado buscando Rodrigo y él durante meses. Quiere encontrar el lugar que hace siglos ocultó la crecida del río. Un lugar que, según sus cálculos, ahora debe estar a la vista, al menos parcialmente. Y tiene que dar con él. Según los planos más antiguos, hay pasadizos. Túneles que los almohades construyeron y que cruzaban parcialmente el río. Unas galerías que, si los cálculos no le fallaban, incluso podrían llegar a la iglesia de Santa Ana, río abajo. Pero en meses de investigación no habían dado con esas galerías, ni con la supuesta entrada que antaño habría sepultado el agua. En el año 2000, los trabajos de rehabilitación para convertir las antiguas ruinas del castillo en museo destaparon mucha historia, pero Rodrigo, y Dimas también, piensan que la historia, casi al completo, aún sigue sepultada. El chico anda buscando todo esto con premura, porque además cree saber dónde está Triana, y precisamente esto último es lo que lo ha traído aquí esta noche. El foco se mueve de delante hacia atrás. Ya debe ser la una de la madrugada. Las campanas de cualquiera de las iglesias cercanas han sonado una vez. Dimas lo ha oído perfectamente. Además, hace ya un buen rato que oyó cómo se cerraba la persiana del bar de los montaditos donde los vigilantes charlaban y tomaban una cervecita mientras el dueño recogía. Todo está en un silencio sobrecogedor. El muchacho no quiere despistarse de lo que de verdad lo ha llevado allí, pero tiene el miedo encorsetado al cuerpo. Debido a su condición, ahora

mismo no sabría cómo expresar esta emoción. Pero es a la vez temerosa y satisfactoria. En una de las venidas del foco, cuando alumbra la pasarela y parte del mercado, el más próximo a las escaleras por donde bajar a las ruinas, se da cuenta de que los vigilantes están juntos y sentados. Uno de ellos, con auriculares puestos, probablemente escuchando algún programa de radio de esos nocturnos, donde ponen *podcasts* y que a Dimas también le gustan… Pero trabajando, él no lo haría. Se fija bien, está inmóvil, posiblemente se haya dormido. El otro está junto a él. Sentados ambos en sendas sillas de las que apilan con candado en uno de los bares que hace un rato que cerró. Casi tres horas. El segundo está con la linterna encendida, alumbrando la cabeza de toro que cuelga de la pared; en el mercado de Triana hay varios de estos trofeos, cabezas de animales que algún día sirvieron para dar reconocimiento a algún grande del toreo en la maestranza. La tauromaquia se respira en cada rincón de Sevilla, casi tanto como el aroma cofrade y el azahar. El vigilante que tiene la linterna apuntando hacia arriba no deja de pasar el dedo índice por la pantalla del móvil. La ciudad está agitada. En el mismo mercado hay fotos de la niña. En cada persiana. En la del puesto de los jamones serranos. En la de la pescadería. En la del saladero. En la confitería. En cada bar… pero la chiquilla solo sonríe desde los cientos de pancartas. Ya no lo ha vuelto a hacer en persona desde el lunes.

Dimas está agachado, decidiendo qué hacer. Ahora mismo podría deambular por allí sin que su presencia sea detectada por ninguno de los dos. Pero en el mercado hay cámaras; además, sabe que tienen sensores de movimiento. En cuanto lo detecten, una luz lo cegará y pondrá en alerta a los vigilantes, aunque quizá podría tirar de leyenda y asustarlos dejándolos pensar que es el fantasma de la niña vestida de blanco, que muchos afirman haber visto rondando el mercado cuando la vida de puestos, bares y mercaderes se va a dormir. Pero él no va vestido de blanco… y eso, no le va a funcionar.

Cuando le contó a Rodrigo lo de esa mujer que había visto rondando el mercado, Rodrigo no lo creyó, o quizá ni lo escuchó. Puede que solo fuese fruto de su imaginación, pero hace semanas, una de las tardes que estaban en las ruinas con el tema de la tesis,

cuando ya se habían marchado los demás y se quedaron solos Rodrigo y él, vio la silueta, él está seguro de lo que vio, pero su peculiar forma de comunicarse, a veces, no es la mejor. El muchacho no sabe bien cómo expresarse. A veces le resulta complicado discernir entre la realidad y lo que él tiene en su mente. No tiene conciencia de sí mismo. Sabe que ese síntoma forma parte de su percepción sensorial. Por ello, a veces, cree que se confunde con lo que ve, y por eso no insistió en indagar sobre esa silueta, porque, aunque él está casi seguro de haberla visto, no tiene suficiente confianza en sí mismo, como para defender teorías ante los demás, y opta, quizá de forma equivocada, por actuar en solitario.

Ya había oscurecido. Rodrigo estaba en la parte del museo tratando de situar entre las ruinas todas las estancias que figuraban en el plano. Pero faltaban. No estaba completa. Y no el plano, el plano sí. Pero a las ruinas les faltan tramos. Estancias, celdas y parte de la barbacana exterior que rodeaba el castillo. Ellos creen que en una de las inundaciones una parte de las cárceles bajas, que quedaban justo detrás de la capilla de San Jorge, dentro del gran patio del castillo, se hundió quedando en una suerte de burbuja, y que aún hoy siguen intactas, bajo toneladas de agua fangosa del río. Quieren encontrarlas. Saber si es cierto lo que hallaron en esos planos, y de ser así, toda la calle Betis sería un laberinto de túneles subterráneos.

Dimas permanece agazapado. Recuerda que la vez que vio esa silueta pensó que se había esfumado. Pero él es extremadamente correcto. No cree en fantasmas ni brujerías. Era una persona, pero una que andaba por esas ruinas como si fuesen su casa. La vio desaparecer ante sus ojos, y desde entonces le ha obsesionado la idea de la puerta secreta. ¿Dónde se fue? Se oye un crujido.

Dimas sabe que no es él. Casi no respira para no moverse. Hace más de una hora que permanece oculto junto a la pasarela. Pero el crujido ha sido real y, de repente, escucha un murmullo. Son los vigilantes.

Habla uno de ellos.

—¡Eh, tú, despierta! He oído algo.

Y el que está con el móvil sacude al compañero.

—Despierta, quillo —le dice mientras lo zarandea.

—Todavía falta media hora para mi ronda —se retuerce en la silla el otro.

—Es en serio, tío, he oído un crujido —el compañero se quita los auriculares.

—Es normal… Ya te acostumbrarás. Estas piedras están vivas —le dice el que sigue durmiendo.

El compañero se levanta temeroso, con una sobredosis de adrenalina que le recorre la espina dorsal. Pasa por el puesto de jamones y le huele a chacina, a salazón, a producto ibérico. Ese olor se entremezcla con el del marisco, el del mar. Luego le huele a papaya podrida. A tomate: los fertilizantes que le echan ahora emanan un olor característico que cualquier frutero sabe distinguir. La linterna alumbra hasta la pasarela donde permanece Dimas en cuclillas, que ya casi no siente las piernas, pero ahora no puede moverse. Casi no respira. La luz se acerca. El foco gira y en mal momento alumbra donde está él. El segurata habla, aunque está acojonado:

—¿Hola? ¿Hola?

Obviamente, no obtiene respuesta. El vigilante no tiene miedo de los vivos; ahora les teme más a los muertos. Se sugestiona e incluso cree que lo siguen. Alguien lo toca. Bufa. Se gira. Suelta un grito ahogado.

—¡Dios! Eres gilipollas. ¡Me has asustado!

El compañero ríe.

—Ya lo sé… Es un gato —le confirma.

—¿Un gato?

—Hombre… si fueses felino y estuvieses deambulando en la calle con este fresco de otoño, y aquí tienes donde pillar algo, porque algo pillas, ¿qué harías tú?

El vigilante que dormía trata de convencer al otro. Que ha dejado de alumbrar con la linterna donde está Dimas escondido, justo en el momento oportuno.

—¿Pero tú lo has visto? —pregunta el vigilante.

—¡Joder! Lo he visto dándose un festín en la papelera de la entrada. Algún chiquillo tiró el bocadillo de jamón enterito. Ese

pobre se lo ha aprovechado. Vamos, cálmate. Los crujidos son normales.

El compañero dirige la linterna al lado opuesto de la pasarela. Al principio del mercado, donde se concentra la mayor parte de bares y comercios. Y ambos caminan despacio, alumbrando a un lado y otro. El murmullo se aleja. Alguna carcajada se oye, y Dimas vuelve a respirar tranquilo.

XXIX

Madrugada del miércoles 29 al jueves 30 de octubre de 2014
Piso de Kansas City

Iván y Joana han salido a duras penas del edificio. La imagen de ambos siendo perseguidos por cientos de cámaras de televisión ocupa algún espacio en todos los informativos. Es de noche ya, pero los periodistas no descansan. Si no es la noticia que los abre, es de las noticias de cabecera. El comisario ya los ha llamado. Necesitan algo. Van contra reloj. Ellos le han informado de las novedades, pero eso no es suficiente. Iván le ha contado lo de la llamada de Fabián. También lo de la madre. El vaso con la supuesta sustancia que aún están analizando y que mermó significativamente la capacidad y las facultades de Eva.

—¿Y? ¿Acaso tenemos a la niña? ¿Una pista? ¿Algo aparte de la toquilla por la que se lanzó el padre al agua? No —fue la respuesta del comisario Andrés Morante.

Müller y Joana van en el coche en dirección al piso de los abuelos. Los manos libres puestos. Ambos avergonzados. A la vez que exhaustos. Desearían poder decirle al comisario que sí, que tienen algo. Que tienen una pista sólida, pero no. Lo cierto es que el mismo círculo los atrapa. No es el entorno familiar, pero a la vez sí. Sí, lo es. Sin embargo, hay algún cabo suelto.

—Es cierto, Andrés. Pero estamos volcados en el caso.

—Iván, eres el mejor en esto. Es una bebé. No podemos dejar que este caso se nos escape. Una niña que no anda, que ni siquiera gatea, no puede esfumarse de la faz de la tierra. En la cuna no estuvo. Eso está confirmado.

—Andrés. Vamos a encontrar a Triana. Cueste lo que cueste. Sabemos quién puede tenerla. Ahora tenemos que averiguar dónde la tiene.

—¿Y para qué? Iván, ¿y para qué…? Si no la encontramos ya… bueno, ya sabes que quizá estamos buscando un cuerpo, y no a una niña… se nos está escapando, Iván, se nos está escapando…

El silencio se hace incómodo. Joana ha pedido a Campos informes de aquellos años en Benaocaz. Todo lo que han podido recopilar de sendos asesinatos. De la retención involuntaria del niño. Es un asunto turbio, del que nunca se esclarecieron las causas.

—Quizá los abuelos nos ayuden con eso, Andrés. Ellos saben más de lo que han contado.

—Averiguadlo y encontrarla —al comisario se le entrecorta la voz —. Ahora no te hablo como comisario. Te hablo como padre, como abuelo. Tenemos que encontrar a esa niña. Iván… devuélvele Triana a Sevilla.

A Joana, que va de dura, se le han saltado las lágrimas. No solo eso. Necesita secárselas. Müller también tiene la mirada encharcada. Su niña, Aira, le sonríe desde el reflejo de los cristales de la luna delantera.

Santa Justa es un hervidero de transeúntes. Los que van y los que vienen. Los que han llegado a la ciudad por el tema que ahora mismo se ha adueñado de las portadas de gran parte de los periódicos de tirada nacional e internacional. Abren los informativos con la sonrisa de la niña. Y los taxis que llegan a la estación desde donde sale el AVE están empapelados con la carita de Triana. No hay una imagen en la ciudad que cause más dolor que la de esa pequeña. Imaginar por lo que está pasando. Si es que aún está con vida. Los padres no han querido ni plantearse que pasen los días, después las semanas. Los meses. Los años… y tengan que recurrir a la IA para que les haga un retrato de la cara de su hija con 10 años, por ejemplo. ¿Cómo sería? Por si alguien la ve. Ese espantoso pensamiento del todo macabro a veces se ha pasado por sus mentes, llegando a situarse en el pecho y en la piel de esos padres que sí han tenido que hacerlo ya. Que han tenido que pedir un retrato de sus hijos realizado mediante alguna *app* o inteligencia artificial porque algún ser no humano se lo ha arrebatado. Eso no es soportable.

Iván y Joana estacionan. Llevar coche oficial, como el de hoy, goza de ciertos privilegios porque, en Kansas City, eso de aparcar, es para valientes. Tras la llamada del jefe principal, ambos ocupantes del vehículo se quedan en obligado silencio. Obligado porque ni el uno ni la otra saben cómo romper el hielo. ¿Qué decir para mitigar un poco ese dolor que se había adherido a ellos? Esa niña había sido capaz de despertar esa humanidad omnipresente, que tantas veces eclipsamos con una vida de la que ni siquiera nos sentimos orgullosos.

Mientras suben al piso de los abuelos, tras haber sorteado el obstáculo de periodistas apostados en la calle del edificio, frente a Santa Justa, Iván se atreve a romper el silencio demoledor. Joana, siempre jovial y aparentemente despreocupada, feliz con cada pequeño detalle que le brinda la vida para sonreír, ahora está desolada. Desde la conversación con el comisario, no puede evitar estar angustiada. A veces, eso de que el trabajo es trabajo y no te lo puedes llevar a tu vida personal, no funciona. No se puede evitar. La tristeza se ha apoderado del rostro de Joana, y Müller se ha dado cuenta.

—¿Qué piso has pulsado? —pregunta él.

—El tercero. ¿No? Era el tercero.

—Sí. Solo quería estar seguro de que no te habías olvidado ya.

—¡Vaya! Don perfecto…

Ambos sonríen. Era la pretensión del inspector. Aunque su leve sonrisa es casi imperceptible, lo hace. Es un tipo duro. Sacrificado. Fiel a su trabajo y comprometido con cada caso. Por eso aspiró a la brigada de homicidios y por eso lo ascendieron.

Joana mira a los lados, un poco incómoda. Están demasiado cerca. Ella, demasiado sensible… y también receptiva. Se enamoró de él en cuanto se lo endiñaron de jefe. Pero precisamente del jefe, no. No podía ser. Además, él le ha dejado muy claro, en cuanto han tenido oportunidad de entablar alguna conversación algo más íntima, como cuando le contó lo de su hija, que no quiere compromisos. Que se quedará solo toda la vida. Que él no le sería fiel a nadie. Y cuando Joana le preguntó que si le resultaría tan fácil irse con otra estando comprometido, él le respondió que se refería a

otro tipo de fidelidad. La fidelidad que le prometes a alguien, para Müller, es no fallar nunca. Y eso… no se ve capaz de cumplirlo. Joana ha olvidado un poco la tristeza opaca que sentía, y ahora está absorta pensando en él. Así funciona la mente, va saltando de cajón en cajón en función de aquel que se abra y más nos interese. Müller lo sabe, y le ha dado que pensar, en los segundos que tardan en llegar a la planta tercera. Lo que no se imagina es que es él quien ahora mismo le está abrasando los intestinos.

El din del ascensor rompe ese momento. Joana se ha sonrojado. Quizá por Iván, o tal vez por su propia mente, que le ha jugado una mala pasada.

—¿Tienes calor? —le pregunta él al salir del ascensor.

—No. Calor no hace… Puede que me haya abrigado más de la cuenta —aclara ella, tratando de justificar ese calor inoportuno que se ha adueñado de su rostro.

Iván la mira extrañado. Él no se ha percatado de nada. Muchos años sin tratar con el género femenino fuera de lo estrictamente profesional.

Joana lleva una camiseta de manga corta negra y un cárdigan gris oscuro de hilo grueso. El jefe frunce el ceño.

—¿Abrigada? —y hace una mueca a la vez que enarca las cejas.

No ha dicho nada, pero se ha sobreentendido que él piensa que Joana se está quedando con él… O eso, o a las mujeres no hay quien las entienda.

Han llegado frente a la puerta de los abuelos. Ambos se miran y asienten. Ella presiona el timbre.

No se oye nada.

Ya es de noche, pero aún no es tan tarde. Además, les consta que los abuelos duermen muy poco. Leves retazos, nada más.

Vuelve a tocar el timbre.

«Ya voy», dicen desde dentro.

Ambos esperan apostados a que les abran.

Unos pasos cansados y lentos se oyen avanzar hacia la puerta. Arrastrándose. Erráticos. Adelantan la pesadumbre que trae consigo la dueña de la voz. Es Marcela, que sabe quién llama, que sabe lo que quieren. Era cuestión de días. De horas. Ya se lo dijo Ramón.

Ella no puede asumir eso. No lo procesa. El timbre suena de nuevo. Y antes de dar lugar a un próximo «voy», comienza el crujido de las cerraduras abriéndose. Presagiando cómo deberá abrirse esa caja de secretos que ambos padres, los de Rodrigo, así como los abuelos de la niña, llevan guardando durante años.

Clac. La segunda cerradura.

Clac. La tercera cerradura.

—Con esto de los okupas, mi marido se obsesionó, y ya ven… casi vivimos en un búnker —dice la abuela Marcela, sin que ni Joana ni Iván le hayan pedido explicaciones. Pero la verdad sobre aquellas cerraduras no era el miedo a los okupas. Esas cerraduras las pusieron cuando Rodrigo tenía 10 años, y el motivo era otro, y no que les ocuparan el piso.

—No se preocupe, es normal. Hacen bien… —asevera Müller.

—Perdón por la hora, Marcela —se disculpa Joana—, pero es importante.

—¿Podemos pasar? —pregunta Iván.

La mujer no se retira de la puerta. La sujeta, resistiéndose a lo que ella sabe que es inminente.

—Serán solo unos minutos —aclara Joana, que ve la intención de la abuela de no dejarlos pasar.

—Sí, por supuesto —se resigna. Agacha la cabeza. Descorre la última cadena con la que mantenía la puerta entreabierta y se retira a un lado—. Pasen.

Ambos inspectores avanzan por el pasillo sombrío. Es un pasillo largo. Al final se ve algo de luz. Entra por el balcón. Es la luz de los postes de Santa Justa. Lo tienen a medio abrir. Hay una mesa bajita. En ella ha montado la abuela su propio altar. Fotos de la niña. Fotos del padre. De mayor. De pequeño… Hay más de 30 fotos en esa mesa. También velas. Un pequeño cuadro de la Esperanza de Triana. Otro del Gran Poder. Un Cristo, probablemente el Cristo de los gitanos. Un puñado de jazmines. Una ramita de romero, ya seca. Probablemente, obsequio de alguna gitana que la abuela ha temido rechazar. Velas. Cinco velas. Rojas. Metidas en tubos por donde va corriendo la cera. El olor de la estancia es más parecido al de una iglesia que al de una casa.

»Es mi niña —dice la abuela, mientras coge una de las fotos y la abraza…

—No se preocupe, Marcela. Le vamos a devolver a su nieta —le dice sobrecogida Joana.

El abuelo Ramón está en el salón. De pie. Mirando a través de las cortinas que se mueven levemente. Mirando hacia Santa Justa. Ambos policías se percatan de la poca atención que el hombre les ha prestado.

—Ramón. Buenas… —le dice Iván.

El hombre permanece absorto. No ha hablado.

Marcela interrumpe.

—Está mal —señala con el mentón a su marido, dirigiéndose a Joana y Müller.

Ramón se gira. Mira a su mujer, aunque las lágrimas le han emborronado la imagen. Hace un esfuerzo menguado por mantener la compostura. Se dirige al sillón de relax y se sienta. Marcela lo mira. Ella le está suplicando con la mirada que no cuente nada. Su marido le devuelve la mirada, pero él no está dispuesto a callarse más. Marcela siente palpitar su corazón en lo más hondo del pecho.

—Siéntense, por favor —por fin articula palabras y se dirige a los policías.

Ambos obedecen y se sientan. Marcela está incómoda, y se le nota.

—¿Queréis tomar algo? —les pregunta la mujer.

—No. No se preocupe. Será un momento, solo queremos hacerles unas preguntas sobre su hijo —comenta Iván.

—Sobre Rodrigo —aclara Joana—. Es tarde, no estaremos mucho tiempo.

—Tranquila, hace noches que no dormimos… —comenta la abuela compungida.

—Hace tiempo que debimos haber hablado con vosotros —interrumpe Ramón de pronto.

—Bueno… hablamos con vuestros compañeros y ya les contamos todo… —se apresura a intervenir Marcela.

Un silencio inunda la estancia. Joana carraspea y mira a Müller.

—Todo, no —asevera Ramón sin titubeos.

La abuela lo mira. Ahora es a ella a quien se le emborrona la vista. Se levanta y se dirige a la mesa convertida en altar. Los tres la siguen con la mirada. Ella coge una foto. Es Rodrigo. Ahí tendría unos siete años. Tiene una media sonrisa, donde se aprecia que le faltan algunos dientes. La foto es antigua, sin duda. Posiblemente de la década de los 80. Al fondo de la imagen se ven unas letras: «Rocío». Sobre unos ladrillos de cara vista. Müller reconoce la imagen. También la recuerda de niño, aunque él vino a España con cinco años porque nació en Francia; recuerda esa fachada. Es la fachada principal del Hospital Infantil Virgen del Rocío. Al niño le han sacado la foto desde la calle Torcuato Luca de Tena. Es antigua. Los coches aún tenían la SE delante de la numeración en la matrícula, y Rodrigo está feliz.

—Este es mi niño —les dice la mujer mostrándoles la foto—. Estaba casi muerto, ¿saben? Yo trabajaba en Neonatos, pero iba todos los días a la UCI de pediatría. Me enamoré de él. Y él de mí. No recordaba nada, y nosotros lo ayudamos a que tuviese otra vida; en esos años… bueno, estos asuntos eran algo más fáciles que ahora. Este niño no tenía a nadie. Unos padres muertos y una abuela que, por aquel entonces sexagenaria y con cáncer terminal, nos cedió la custodia por completo. Mi niño no ha podido ser más feliz. Este día —señala la foto— lo dieron de alta. Dos meses en coma. A él siempre le hemos contado que se cayó con una bicicleta y se golpeó la cabeza y que por eso estuvo malito. Con el tiempo dejó de preguntar. Nunca ha recordado nada más que lo que ha vivido desde los seis años.

Ramón niega con la cabeza. Dos ríos salados, casi tan anchos como el Guadalquivir, le surcan las mejillas.

—Debieron decirnos que es adoptado. Quizá algún familiar tenga algo que ver con todo este asunto —los policías no les cuentan lo que ya saben. Lo que Fabián les ha detallado en la llamada telefónica de más de 40 minutos—… Eso, sin contar con que él tiene derecho a saberlo. No va a querer a nadie más que a vosotros, pero tiene derecho a saber la verdad.

El abuelo se levanta sin mediar palabra y se dirige por el pasillo hacia la habitación de matrimonio. Marcela sabe a lo que va.

—Ramón… no…

El marido hace caso omiso. Abre cajones, y se oye cómo rebusca algo. Llega cabizbajo. Sabiendo que hace lo correcto, pero con un dolor insoportable en el pecho. El marcapasos no es capaz de mantenerle el ritmo. Trae una caja gris. Es una caja fuerte. Tiene un código. El hombre la abre y saca documentos, cartas y fotos.

—Aquí tienen todas las respuestas.

XXX

Madrugada del miércoles 29 de octubre de 2014
Castillo de San Jorge
Dimas

La segunda campanada, proveniente de alguna de las iglesias cercanas, le confirma a Dimas que ya son las 2:00 de la madrugada. Hace un buen rato que los vigilantes volvieron a sus posiciones iniciales. Ahora se han intercambiado los papeles, y duerme, aunque no muy tranquilo, el que casi descubre al chaval. Deben vigilar los dos… pero el pacto entre ellos, se queda entre ellos.

Dimas decide comenzar a gatear, casi reptando, emula a un soldado guarecido tras las trincheras. Si se pone en pie, las cámaras de seguridad que tienen sensor de movimiento lo capturarán en plano y enviarán su imagen directamente a la centralita. Se activarán los focos. Y aunque lleve sudadera y capucha, lo reconocerán. Tarde o temprano, alguien dirá que es él. Eso sin contar con que lo cojan los vigilantes. Que se despierten a tiempo y logren pillarlo. Luego tendrá que mentir, y eso, él, no sabe hacerlo.

Dimas se agacha más aún, como los soldados tras las trincheras. Saca el plano de su bolsillo y, en una de las venidas del foco, trata de desdoblarlo justo por el sector donde está él ahora. El mapa es de hace cuatro siglos; un doblez más de la cuenta y se acabará rompiendo. Se espera a que el foco alumbre. La luz dura unos segundos antes de marcharse de nuevo. Quiere mirar la ubicación exacta de una puerta que Rodrigo y él descubrieron. Esa puerta daba a la que fue antaño, en la Edad Media, la casa del alguacil. Quedaba dentro de las barbacanas del castillo, pero no han dado con ella hasta ahora. El muchacho aprovecha la luz del foco. Mira y remira. Se fija en los marcadores que Rodrigo y él habían estado poniendo con sumo cuidado la misma tarde en que desapareció la niña. Debe de estar enterrada. No hay otra opción. Quizá hubo un

desprendimiento y la dejó sepultada. Dimas serpentea. Se arrastra como una lombriz hasta lograr cruzar al otro lado de la pasarela, donde está el museo. Debe encontrar el lugar, porque es ahí. Justo en la parte que da al río, si miras hacia el callejón de la Inquisición, en el lado derecho. Le ha llevado más de media hora de serpenteo cruzar. Casi no ha levantado ni la cabeza del suelo. Y el olor que emana el lugar, cuando está la nariz tan pegada a la tierra, es comparable a masticar fango. ¿Qué sabor tiene el fango? Eso es. Ese sabor comparable al olor que tiene metido Dimas en la nariz. Oye un crepitar. Un crujido apenas perceptible pero que, al estar a su altura, oye perfectamente. Oye cómo escarban en el suelo. Mira a su alrededor; el foco está alumbrando ahora al otro lado. No ve nada. Siente cómo un escalofrío le recorre la nuca. Se le eriza la piel. Mira hacia el ruido apenas audible de los arañazos. «Será el gato», piensa. El gato que dijo antes el vigilante que estaba hurgando en la papelera. Cierra los ojos. Los aprieta. Imagina toda clase de alimaña cerca de él. «Es el gato, es el gato». Trata de convencerse, aunque en su cabeza, ahora que tiene la oreja derecha pegada al suelo, los ojos cerrados y con los sentidos aguzados, lo oye. Lo siente. Oye a las brujas que tenía la Santa Inquisición atadas como bestias, con cadenas que no serían capaces de arrancar ni tirando con 10 caballos. Oye sus cánticos. «Son ellas». En algún lugar recuerda haber leído que sus cánticos se creían que eran una suerte de maleficios que iban dirigidos a aquellos que los escucharan. Dimas sigue tirado en el suelo. Respira polvo. Le huele a chicle; probablemente alguien ha tirado algún chicle al suelo. O algún resto de alguno adherido a la suela del zapato de alguien y que se ha transferido al suelo. Sigue con los sentidos al máximo. Hace un buen rato que los vigilantes ni hablan. De lejos, de vez en cuando, oye un *podcast* lejano, casi inaudible, de alguna emisora nocturna que alguno de los vigilantes tiene puesto en el móvil. Dimas está tan sugestionado que oye la nana. Una nana como la que cantaban las brujas. Está concentrado en ese ir y venir de la Edad Media. Se ha metido tanto en el recuerdo que su mente recreó durante las clases de historia, que casi le había pasado desapercibido que de nuevo estaban hurgando la tierra. El chaval abre los ojos. Los mantiene

muy abiertos hasta que las pupilas se le vuelven a dilatar para aguzar la vista en la oscuridad. Espera que el foco venga. No alumbrará lo suficiente en ese lado de la pasarela, pero se podrá ver de dónde vienen los arañazos. ¿Y, si como ha pensado antes, es el gato? Ahora llega el foco. Se concentra en el ruido y mira. Bufa. Mastica un grito. Se traga su propia voz y se tapa la boca. Se queda inmóvil. Una rata. Le dan pánico las ratas. Sin embargo, al roedor parece no importarle la presencia del humano a su altura. No se suelen ver ratas en el mercado; no obstante, el margen del río está plagado de ellas. Dimas se pregunta: «¿De dónde vienes? Eso es, ¿de dónde vienes tú?». Entonces el muchacho decide obviar que es una rata y deja que lo guíe hasta donde sea que vaya ella. Las voces de las brujas retumban en el subsuelo. Dimas las oye. No tiene dudas. Son leyendas urbanas… o no. El foco vuelve. Alumbra al otro lado de la pasarela, aunque brevemente. Ya no está la rata. Se pone nervioso. Se la imagina trepando por su espalda. Recorriendo con las patas enfangadas su columna. Se sugestiona. La siente dentro de la sudadera. Gira sobre sí. Hace ruido y se para. De nuevo ahoga el bufido. ¿Quién lo mandaría a él a meterse allí? Deja de rodar. Respira profundamente. Así se lo enseñó Carmen cuando de niño se asustaba con facilidad, y en terapia también. A Dimas nunca le han gustado las aglomeraciones. Ni los ruidos fuertes. En ocasiones, como en Semana Santa, se solía agitar mucho. Su madre le hacía un círculo con las manos por delante del pecho.

> *Respira dentro, hijo. Esta es tu zona de confort. Aquí dentro* —le decía— *estás a salvo. Este círculo está insonorizado, y aquí no puede entrar nadie, solo tú, y si quieres, también yo. Pero nadie más.*

Dimas recuerda esas palabras. Se gira sobre sí hasta quedar mirando a la ingente bóveda del mercado. Boca arriba. Entrelaza las manos alzándolas por encima del pecho. Dimas respira ahí. Inspira, expira, inspira, espira. Ya se encuentra mejor. Está más calmado. Saca de nuevo el plano. «¿Por dónde se ha ido la rata?». Espera la venida del foco. Pero ahora no consigue ver nada. Aunque él se sabe el plano de memoria. Justo donde está la pasarela hoy en día,

antiguamente había algo parecido a una calle o callejuela. Separaba la sala de audiencias del castillo de la propia Capilla de San Jorge. Ahí, según esos planos, había un foso. Las crecidas del río lo sepultaron todo, pero ahora los muros de la capilla están a dos metros sobre el suelo. También los restos de la sala de audiencias. ¿Y el foso? De repente, Dimas recuerda a la rata hurgando. Y los ruidos, si acerca la oreja al suelo. Es el eco. Debajo de él está hueco. Como cuando te metes bajo el agua en la bañera y oyes pisadas y voces de los demás habitantes de la casa, como si estuviesen bajo la bañera, bajo el suelo… bajo el agua. «El agua», piensa. «Es el agua la que trae los sonidos; por aquí debajo pasa el río». Dimas, eufórico, comienza a reptar de nuevo. Se dirige hacia donde oyó por última vez a la rata. No vuelve a guardar los planos. Él es muy meticuloso, pero ahora se está permitiendo una dosis extra de adrenalina; sea en la mente que sea, eso hace que todo, excepto la causa del subidón, pase a segundo plano. Mientras repta por el suelo, lo nota. Es esta piedra. Una de las que está pegada a la pasarela por la parte del museo. Se mueve. Dimas busca. Araña. Intenta meter las manos. «Aquí está, esto es», susurra para sí. Toca una cadena. Está enterrada por el lateral de la piedra, que más que una piedra, es como un ladrillo gigante. Intenta sacar la cadena. Tira de ella. De pronto la piedra se abre. Engulle el cuerpo de Dimas. Y se vuelve a cerrar. Como si se tratara de un mecanismo de ingeniería extraterrestre. Pero que en realidad puede tener la friolera de más de nueve siglos. No queda rastro del muchacho, excepto el plano. Uno de los vigilantes ha oído algo. Se sobresalta.

—¡Eh! Shhh. ¡Vamos, despierta!

—¿Ahora te ha entrado el cague a ti? —dice el otro desperezándose.

—No, ahora ha sido un ruido fuerte. Alguien ha tirado una piedra desde fuera o algo. El ruido venía de allí —y señala a la pasarela.

—¿Del callejón? No me digas… ¿Y has oído también cómo los herejes arrastran sus cadenas? Venga, quillo, estás acojonado, reconócelo.

El vigilante bromea con una de las leyendas más oscuras con las que cuenta Triana. Se dice que, de madrugada, cuando el barrio

está en el más absoluto silencio. Se escucha, en el callejón de la Inquisición, cómo los reos que esperaban condena, y eran conducidos por allí a San Jorge, arrastraban las cadenas con las que eran amarrados como bestias.

—No, tío, es verdad. Venía de allí, como de la calle Castilla. Ha debido ser alguien que haya trasnochado y quiera gastarnos una broma…

—Habrá sido ese gato que viste antes.

—Vamos a echar un vistazo, ese ruido no lo ha podido hacer un gato…

Se levantan los dos. Alumbran con las linternas a la vez que se ayudan con las idas y venidas del foco. No pasan por donde están las cámaras. Se quedan más atrás. A lo lejos uno de ellos ve algo en el suelo.

—¿Qué es aquello?

Lo enfocan ambos con la linterna. Es el lugar donde Dimas abrió el plano antes de desaparecer.

—No sé…

Alumbran de nuevo y se fijan mejor.

—Es un folleto.

—¿Tú crees? ¿Antes estaba ahí?

—Sí, seguro —contesta el vigilante, aunque ni siquiera se fijó antes.

—Será del puesto nuevo de jabones que van a abrir…

—Sí. Casi seguro. Mañana ya lo recogemos.

XXXI

Madrugada del miércoles 29 al jueves 30 de octubre de 2014
Kansas City

Iván se levanta del sofá al ver esos papeles y fotos, que intuye antiguos, encima de la mesa de camilla. Los escudriña. La primera fotografía, la que está arriba del todo, se ve que está sacada a lo lejos, y aunque es una fotografía antigua —porque Santa Justa no era más que un solar—, Iván sabe que se trata de esa misma avenida: de la avenida Kansas City, donde están ellos ahora mismo. En la foto, a lo lejos, se ve una mujer con un pañuelo amarrado a la cabeza. La ropa parece de otra época, pero se ve perfectamente que es joven, aunque no se distinguen muy bien las facciones de la cara. No la reconoce, entre otras cosas, porque tampoco mira de frente a la cámara. Suelta esa foto y pasa a la siguiente. En esta aparece una mujer con un niño de la mano; no sabe quién es ella, pero reconoce algunos rasgos de Marcela, aunque en la foto, claramente, era más joven. El niño debe ser Rodrigo; va con una mochila a la espalda. «Ese niño siempre con una mochila a la espalda». En el reverso de la foto hay algo escrito, gira la foto y lee:

15 de mayo de 1986, te espero.

Coge otra foto; esta también es antigua. Se observa a un niño en el parque de las palomas. Feliz. Corriendo detrás de las aves que han alzado el vuelo y le tapan parte de la cara. Un niño cualquiera, en un parque muy popular de Sevilla, con unos padres al fondo. Abrazados. Que lo contemplan como si del tesoro más preciado se tratase. Gira la foto:

10 de octubre de 1986, te espero, Roy.

La suelta con las otras dos. Iván y Joana se miran. Ya no hay más fotos. Coge un papel doblado y lo desdobla. Es antiguo; lo

deduce por el amarillento del color. Es algo escrito en otra lengua, parece irlandés:

Tá mo chuid fola agat, agus lá éigin
tiocfaidh sé ar ais chugam.

Samhain

Tenéis mi sangre, y algún día volverá a mí.

Samhain

Marcela, con la cabeza gacha, no deja de sollozar.

—Ramón, nuestro niño…

Iván y Joana vuelven a mirarse. Comprenden la trascendencia de todo lo que ahora tienen entre sus manos. En el fondo de la caja, cinco cartas del tarot: La sacerdotisa, el emperador, la fuerza, el diablo y la muerte.

—Es tarot celta —susurra Joana.

—Iguales a las encontradas en el piso de vuestro hijo, el día de la desaparición de Triana. Cinco cartas con las mismas figuras. Con las mismas figuras que representan una muerte. Las mismas figuras que formaban una cruz sobre la mesa del piso de la calle Betis —Iván mira a Ramón. Marcela no puede contener las lágrimas—. ¿Esto? ¿De verdad que habéis antepuesto este secreto a la vida de vuestra nieta?

Iván niega con la cabeza. Ha lanzado de forma abrupta las cartas sobre la mesa.

»Lo de las cartas no se ha filtrado, ni ha trascendido que las encontramos en el piso, pero vosotros ya teníais esa información en vuestras manos… ¡En una caja gris guardada durante más de 20 años!

Los abuelos, sobre todo Ramón, asienten avergonzados.

—Nos debéis una explicación —increpa Joana.

—Ramón —esta vez es Iván quien habla—, estoy dispuesto a escucharte aquí, o si lo prefieres, nos montamos los cuatro en el coche y declaráis en comisaría. Esto —señala con el dedo índice al revoltijo de fotos y papeles que hay encima de la mesa—… Esto se llama obstrucción a la autoridad, y es un delito.

Ambos abuelos, cabizbajos. Ramón se acerca de nuevo al balcón. Descorre un poco la cortina *beige*, lo suficiente como para asomarse un poco y dejar la mirada perdida en el creciente oleaje de vehículos.

«Sevilla nunca duerme…», susurra el hombre con la mirada perdida en las luces anaranjadas que siempre le han parecido un amanecer artificial.

Todos callan y esperan que continúe con el relato. Pitidos, semáforos, taxis, ambulancias… Lleva años contemplando la misma escena. Al hombre le cuesta expulsar las palabras de su garganta. Se le atropellan y se le enquistan. Ambos agentes le dan un tiempo. Ellos saben que él quiere escupir eso que desde hace años le oprime el pecho.

—Un día llegó Marcela —arranca por fin el hombre—, angustiada de su turno en el hospital. Ese caso, sin duda, le había sobrepasado. Por entonces nosotros ya habíamos rebasado los 40. No habíamos podido tener descendencia y ya… bueno, habíamos perdido la esperanza. No pudimos ser padres a pesar de intentarlo con toda el alma. Era la década de los 80, y aunque ya había muchos avances en medicina, eso de las fecundaciones *in vitro* era, aún, un experimento del Diablo. Se había probado en La Paz, en Madrid; ella tenía contactos con médicos de reputación, con buenos ginecólogos y obstetras, pero la habían desahuciado: su útero rechazaba la vida. Mi mujer —rememora el hombre, mientras la mira con una ternura infinita— quería darme un hijo, y este diagnóstico demoledor acabó por afectarle psicológicamente. Casi no hablaba. Se culpaba continuamente, incluso me propuso tener relaciones extramatrimoniales a cambio del hijo resultante. Por supuesto, no accedí. Nos sugirieron adoptar, pero ella no estaba preparada y decidimos dejarlo. Pasaron cinco años entonces, los cinco peores años de nuestra vida.

Ambos policías escuchan expectantes, con los ojos encharcados. Él, porque ha pensado en Aira, en que hay personas que desean un hijo por encima de su vida y no pueden tenerlo, y otras personas… como él, que no saben ser padres. Joana empatiza con ella, es muy sensible, y todo en este caso la está sobrepasando de un modo

sobrenatural. A ambos les ha vibrado el móvil. Saben que es uno de los grupos que tienen porque les ha entrado a la vez, pero ambos lo ignoran.

—Aquel día llegó ese milagro —apunta Marcela—. Un milagro para nosotros y para ese niño —el abuelo asiente. Sin duda, para él también. Algún recuerdo le ha encharcado la vista de nuevo.

—Desde Cádiz —prosigue Ramón—, en un helicóptero medicalizado, trasladaban a un niño moribundo. No contaban con él. Sufrió dos paradas durante el traslado, pero consiguieron reanimarlo. En el Virgen del Rocío recibieron el aviso para que todos los pediatras, médicos cirujanos y enfermeros del hospital estuviesen pendientes de la llegada del chiquillo. Venía muy grave. Era Roi, de unos seis años, aunque aparentaba cuatro. Había sufrido malos tratos, abuso infantil y tantas barbaridades, que solo Dios supo cuánto bien le hizo, privándolo de la opción a recordar. Costillas rotas y soldadas. Intoxicación por hierbas… Cuando analizaron su sangre… bueno, había de todo menos sangre —la abuela no deja de llorar, sentada en el sillón reclinable. Su marido suelta la cortina y, con paso lento, se acerca a ella. Le acaricia el pelo y la besa en la frente—. En la espalda, le habían dibujado al niño un símbolo. El wuivre: dos serpientes entrelazadas formando un círculo perfecto —el abuelo hace una pausa—. Se lo habían dibujado en la piel con una aguja o puntilla, o algún elemento puntiagudo. Cuando lo trajeron, esa marca ya era una postilla, aunque por algunas partes se veía infectada. Afortunadamente, conforme fue creciendo y se le endureció la piel, y luego con el bello, le ha desaparecido, aunque en verano, cuando le da el sol y su piel se oscurece… la marca aparece, aunque nunca se ha percatado de ella. Con los años, he investigado mucho sobre esos símbolos y cartas celtas, la madre era una puta loca, o una buena mujer que se volvió loca, no lo sé… pero le faltó muy poco para matar a otro hijo…

—¿Por qué cree que lo hizo? —pregunta Müller.

El abuelo no contesta. Asiente y continúa. Deja que su mirada se pierda entre las fotos del altar que Marcela ha ido construyendo. Ese altar está compuesto de recuerdos, de esperanza, de miedos y de fe.

—Lo indujeron al coma —continúa Ramón—. Necesitaban que su cuerpo y toda su energía se centraran en ponerse bien.

—Los análisis toxicológicos fueron demoledores —añade Marcela, que se ha secado las lágrimas y quiere intervenir—. Lo drogaron durante años: sedantes, alucinógenos, plantas venenosas… La cantidad más grande, probablemente, la ingirió el chiquillo cuando, muerto de sed y encerrado en un desván, bebió de una botella que habían dejado allí. Contenía estramonio. Una droga capaz de matar a una vaca. Traía restos de vómito. Seguramente fue eso lo que lo salvó. Ese chiquillo vomitaría la mayor parte de lo que tomó.

«Estramonio…», susurró para sí Iván, evocando la conversación con Lorena.

La abuela y el abuelo se aprietan la mano. Ella permanece sentada en el sillón de relax, con la mirada perdida en las fotos. Él, junto a ella. Se ha sentado en el brazo del sillón y le sostiene la mano.

—Marcela lo cuidó día y noche —prosigue el abuelo—. Hacía horas cuando acababa su turno en neonatos y se iba a la UCI de pediatría. Poco a poco todos los especialistas fueron optimistas con su recuperación; todos, excepto el neurólogo, que no era capaz de determinar el alcance del daño de las drogas en su cerebro. Ni de las drogas, ni de los malos tratos, los traumas, etc. Marcela llegaba cada día con la ilusión de su leve mejoría. Fuimos a comprarle ropa. Mi mujer le llevaba juguetes, peluches… Le cantaba al oído cada noche antes de venirse, cuando no tenía guardia… y cuando tenía guardia no dejaba de bajar a la planta de la UCI a verlo. Con el paso de los días, Rodrigo se convirtió en su hijo. Primero en el hijo de ella y después en el mío.

Marcela no deja de secarse lágrimas. No le dan tregua. Suspira hondo y continúa ella.

—Yo quise saber de él. Conocer el porqué. Era un niño. Y lo habían tratado como a una bestia. Poco a poco fui conociendo sus orígenes. Aunque no nos decían mucho, mi posición privilegiada como enfermera me dio acceso a muchos datos. Supe que sus padres habían muerto. Eso nos dijeron al principio, y que solo tenía una abuela materna. Que los demás familiares, los paternos, eran de

Irlanda y que no querían saber nada de él. Ahí vi la oportunidad. Lo tuve claro: Rodrigo sería nuestro hijo. Era un milagro. Al fin nuestros ruegos habían dado su fruto. Tantas velas prendidas, tantas estaciones de penitencia, tantas noches de lágrimas, tantas mañanas de ojos hinchados, de no dormir… ¿Por qué a nosotros? Teníamos tanto amor para dar… y ahora teníamos un niño al que dárselo. Me advirtieron que su mente era una caja de secretos. Nadie sabía cómo iba a reaccionar al despertar. Pero llegó el día. Para el día de la retirada de sedantes, Ramón y yo estábamos ahí. Como dos padres deseando que su hijo vuelva a sonreír. Y así fue. Asombrosa y milagrosamente, así fue. No recordaba nada. Nada de Cádiz. Nada de su vida anterior, ni de los malos tratos. No recordaba a sus padres biológicos, pero en cuanto oyó mi voz, me dijo: «Cántame eso que me cantas siempre para dormir». Entonces lo abracé. Fue un momento mágico. Nos abrazamos los tres, y lo tuvimos claro. Sería nuestro.

Joana e Iván están con el corazón encogido. Escuchar la versión de los abuelos no los convierte en menos culpables de ocultarlo, pero sí los pueden llegar a entender, aunque no deje de estar mal lo que han hecho.

—Imagino que el proceso fue complicado, ¿no? —pregunta Iván.

Ramón asiente. Marcela alza la mirada y ambos se entristecen al recordar lo que vino después.

—Aún debía de estar mucho tiempo en el hospital —prosigue ahora Ramón—. Y Marcela y yo aprovechamos ese tiempo para iniciar todos los trámites. Su único pariente era una abuela materna. Pero un día, una visita que recibieron en el hospital lo cambió todo. Nubló nuestra felicidad y ahí fue cuando comenzó nuestra pesadilla. Desde Benaocaz vino un chaval. Un chico joven, que no llegaría a tener ni 20 años. Se presentó en el hospital y preguntó por Roi.

—Todos mis compañeros —toma la palabra Marcela— sabían de mi intención y enseguida me lo comunicaron. No quisieron dejarlo pasar hasta no hablar conmigo. Así fue como bajamos a la cafetería y nos tomamos un café. El café más amargo de mi vida. Era Fabián. Conocía muy bien a la familia. Conocía los entresijos que se traían en la finca. Me contó lo que siempre sospechó. Supe de los dos

últimos años de Roi… Rodrigo, allí. Me lo describió como un pequeño lobo salvaje, asustado, al que el líder de su manada había desterrado. Imaginarme a mi niño corriendo, empapado, dolorido, asustado… me partió el corazón en dos.

—*En el pueblo se dice que la madre era una bruja* —me dijo el chaval—*. En los pueblos todo se exagera, pero se lo digo, señora: esa mujer es una bruja.*

Me heló la sangre. Me habló de ella en presente.

—*Está muerta* —dije yo.

—*No* —negó con la cabeza el chaval—*. Esa no está muerta.*

—*Pero…* —le pregunté yo algo confundida— *es el padre, ¿no? Ha sido su padre. El padre lo maltrató, la pobre mujer actuó en defensa propia, ¿no? Dime que es así, Fabián. Y que después, según nos contaron, se suicidó… habiendo dejado al niño encerrado para protegerlo, la pobre debió volverse loca, pero este niño está solo, nos lo han dicho; no tiene padres.*

—*Eso cree todo el mundo, porque ella se encargó de que así fuera. Pero ese hombre estaba conmigo un mínimo de 12 horas al día… No. Él no fue. El hombre quería a su zagal, pero ella les daba cosas, lo sé. Los envenenaba. Cuando ese hombre mezclaba las hierbas con el alcohol, aunque solo fuese una copa de vino, se convertía en un diablo. Ella sabe mucho de plantas y medicinas. Ella es la mala* —zanjó sin titubear ese joven. Y entonces yo me enfrenté a la pregunta más dolorosa que debía hacerle y de la que nunca olvidaré la respuesta. Ni entonces, ni nunca.

—*Y si no está muerta… ¿Dónde está?*

—*En todas partes* —contestó el muchacho, al tiempo que mojaba un bizcocho en el café—. *Esa bruja está en todas partes».*

Mientras Marcela evocaba aquella conversación con Fabián, el silencio se espesó en el salón y un hondo suspiro le sacó al abuelo la vida por la boca.

—Ahí empezó todo —recuerda el abuelo—. Aunque es cierto que pasó mucho tiempo antes de verla por primera vez. Tuvimos que pasar por un proceso, aunque gracias al hospital y muchas

instituciones, este se acortó muchísimo. Tuvimos suerte, y perdón por decir que fue suerte, pero sí, así lo sentimos nosotros. Suerte de que la única que podía hacerse cargo de él tuviese un cáncer en fase terminal. Nos pusimos en contacto con ella; vivía en El Bosque, un pueblo muy cercano a Benaocaz, donde vivía el chiquillo con los padres, pero nos contó que la primera y única vez que vio a su nieto fue cuando llegaron de Irlanda; él tenía poco más de un año. Ahí ya no reconoció a su hija. A la hija enfermera que se había marchado a Irlanda.

—Entonces, fue la abuela de Roi… o Rodrigo, quien os cedió la custodia, ¿no?

Los abuelos asienten.

—Nos tuvimos que desplazar para que nos firmara los documentos de la adopción —sigue Marcela—. A la madre la dieron por muerta; si no, el proceso nunca se hubiese podido formalizar. Al llegar a la casa de la abuela de Rodrigo, se nos encogió el alma. La mujer, desahuciada, sin pelo y casi sin vida. Sin apenas cuerpo, más que un amasijo de piel y huesos. Nos rogó. Nos imploró y nos pidió como única y última voluntad que, si alguna vez su hija aparecía, si estaba viva, y «ese pobre irlandés no fue capaz de acabar con ella», según palabras salidas de su boca, que no la dejáramos jamás que se acercase a su nieto.

—Mi hija ya no es mi hija. Se ha vuelto loca. Ella siempre tuvo problemas; desde que murió mi marido, cambió su carácter. Se convirtió en una niña retraída, difícil. Con la adolescencia todo empeoró. Se iba a Cádiz, a los carnavales, y no se acordaba de volver. Pienso que llegó a consumir heroína —a la pobre mujer no le salía ni la palabra—*, pero luego, parece que enderezó su camino. Estudió y, con el tiempo, consiguió graduarse en enfermería. Aquí por entonces había pocas opciones, y decidió marcharse a Irlanda; quería aprender el idioma y a la vez trabajar allí. Contaban que se ganaba bien, y ella… bueno, parecía muy centrada en su vida en esa época. Allí conoció a Darren, y todo iba bien. Eran felices. Unas navidades viajaron a España, vinieron a verme, a pasar las fiestas aquí. Darren era un hombre rudo, su aspecto me recordaba a un*

vikingo, pero en el fondo de su pecho había un buen corazón, eso se nota —me dijo la mujer dándose golpes en el pecho, gesto que la hizo toser hasta sangrar. Cuando se recuperó un poco, continuó con el relato—*. Me dieron la noticia en ese viaje. Pilar esperaba un bebé, casi con toda seguridad, una niña. Se les veía inmensamente felices. Cuando se volvieron a Irlanda, recuerdo que me dijo mi hija: «Madre, las navidades que vienen seremos tres…». Pero esas navidades no llegaron a ser tres. La chiquilla venía mal. Ella tuvo complicaciones en el parto y… bueno, pasó lo que a veces pasa: la criatura murió. Mi hija estuvo a punto de perder la vida… pero se salvó. A partir de ese día nunca volvió a ser la misma. Se metió en* —dudó si decírmelo, pero lo dijo—*… en una secta. Esas personas le metieron en la cabeza que eran druidas, cosas de rituales, de celtas… y así fue como mi hija se fue con esa niña. La que vino a España casi dos años más tarde, con un marido que ya tampoco era el mismo y un niño pequeño, no era ella. Esa no fue la hija que se marchó unas navidades, radiante de felicidad.*

Marcela suspira hondamente. Ramón toma el relevo del relato.

—Se lo prometimos. Le juramos por nuestra vida que protegeríamos a su nieto. Ella no quiso verlo, ni que él la viera, no la reconocería, y ella… prefería quedarse con la imagen de ese niño de un año al que vio por última vez. Murió poco después. Pero nosotros ya teníamos a Rodrigo. Decidimos cambiarle el nombre por si acaso. Al llamarlo Roi, su memoria se despertaba, pero eso nunca pasó… Todo iba bien y éramos inmensamente felices —esa palabra, «felices», se queda flotando…

—Hasta que apareció ella —musita la abuela… su gesto se agria.

Los móviles de Joana y Müller vuelven a vibrar. Ambos lo ignoran. Ahora están en el punto álgido del relato y no quieren perder detalle.

—Ella —pregunta Joana—… ¿La madre?

—La madre —asiente Ramón con la mirada fijada en el altar de fotos, con algún recuerdo que duele.

—Esas fotos las mandaba ella. Y la nota —prosigue la abuela señalando a las fotos y cartas que había sacado Ramón de la caja

gris—. Todas menos la foto de ella, la que aparece de lejos con el pañuelo, esa la hizo mi marido…

—Y esas malditas cartas… Me llevé día y noche asomado a esa ventana. Con miedo de verla, con pesadillas donde una mujer venía y mataba a nuestro niño. Mientras él… permanecía ajeno a todo; por suerte, nunca supo nada.

—¿Lo denunciaron? —se apresura a preguntar Müller.

Los abuelos niegan con la cabeza.

—Tuvimos miedo —continúa Marcela—. Creíamos que iban a exponer al niño a declaraciones, ruedas de reconocimientos, etc. Y… Bueno, que al aparecer la madre… todo cambiaba, así que decidimos callarnos.

—Un día… desesperado tomé la decisión. Comencé a rondar las calles de madrugada. Quería matarla, no se lo voy a negar, pero sabía que, llegado el momento, no lo haría, así que me busqué a quien lo hiciera, a cambio de una gran suma de dinero… Me volví loco… lo sé. Pero llegar a casa y verlos dormir abrazados me volvía a dar fuerzas —el hombre toma la mano de Marcela—. El ambiente nocturno de aquellos años estaba plagado de heroína. Y fue fácil encontrar quién lo hiciera. Esa foto se la saqué yo —comenta Ramón, enseñando la única foto de la madre, la del pañuelo, la que se ve a lo lejos en la avenida Kansas City—. Le hice la foto la segunda vez que la vi para dársela a la persona que se encargaría de… bueno, de todo. Un yonqui. Un desahuciado al que le daba igual la poca vida que le quedaba. El SIDA lo estaba consumiendo, y ese dinero… me dijo que le iba a alegrar sus últimos años.

Todo se vuelve a quedar en silencio. Solo el ir y venir de coches se cuela de vez en cuando por la pequeña apertura del balcón; al abuelo le gusta renovar el aire de la estancia y siempre la deja un poco abierta; para eso, y para ver ondear la cortina, dice que lo relaja.

—No lo hizo —deduce Müller…

El abuelo niega con un leve movimiento de cabeza. A la abuela se le escapan las lágrimas, que ya no puede contener más.

—Le pagué. El trato era ese. Eliminarla del todo. Dejamos de verla durante unos meses. Pasó la Navidad, y no tuvimos noticias;

Marcela empezó a respirar un poco, yo… bueno, yo seguí apostado en esa ventana día y noche. Un día, de casualidad, me enteré de la muerte del yonqui; lo encontraron con una sobredosis, su cuerpo apareció en Tablada… tenía espuma en la boca. Los brazos en forma de cruz y mirando al norte. Era solo un yonqui, nadie lo reclamó y lo enterraron, sin más. «Uno menos», debieron pensar. Me enteré de que había sido una sobredosis… pero yo sé que no. Lo mató esa mujer. Lo envenenó. Después pasaron los días, las semanas, los meses… y no volvimos a saber nada de ella. Pensamos que tal vez… bueno, que quizá, antes de envenenarlo… que sí. Que lo había hecho, y durante meses viví pegado al televisor, esperando la hora del telediario. Siempre esperaba que dijeran que habían encontrado un cuerpo sin identificar… una mujer ahogada. Restos óseos… pero nada. Nunca apareció nada. Para entonces ya me había obsesionado con esa mujer. Con lo que nos contó la madre. Con lo que nos dijo Fabián, busqué y rebusqué en libros. Me pasaba horas en la biblioteca. Quise adentrarme en la mente de ella. La madre nos dejó una carpeta con el historial médico. Ahí leí por primera vez esa palabra, Münchhausen por poderes. Investigué. Trastorno de un adulto que enferma deliberadamente a un hijo… y leí una definición de Pilar: Inteligencia maquiavélica y control enfermizo. Quería estar preparado por si aparecía de nuevo. Conocerla y adentrarme en ella y en sus pensamientos. Pero eso era del todo imposible.

»Seguí atando cabos. Estudié a los druidas, lo poco que encontré sobre ellos, la cultura celta… esas cartas. Todo. Todo lo que ella hacía estaba perfectamente atado. Incluso la muerte del yonqui fue un ritual… en Tablada.

—¿Y qué tiene que ver que fuese en Tablada donde apareció muerto? —pregunta inquieta Joana.

—En Tablada estaba el quemadero de brujas durante la Inquisición —zanja Ramón, al que se le aprecia el miedo en los ojos.

Iván y Joana se miran. De pronto, es como si se hubiesen adentrado en un caleidoscopio. Imágenes girando en su cabeza. Están viajando a otra época; de repente, el tiempo en esa casa se ha parado. Iván tose.

—¿Podría darme un poco de agua? —pregunta el inspector experto en leer mentes, que ahora no puede más que dejarse llevar por la historia.

—Sí, yo voy —se levanta Ramón, que seguía sentado en el brazo del sillón donde está Marcela.

Cuando el hombre se retira a la cocina, Marcela los mira a ambos.

—Por favor, lo hizo por nosotros. Él solo es culpable de quererme y de querer a nuestro hijo —la abuela se escurre los ojos.

—Marcela… no podemos hacer como que no hemos escuchado nada… ¿entiende…? —y antes de terminar la interrumpe Müller.

—No se preocupe por nada… ya ha prescrito —Iván la mira condescendiente.

Asiente y le coge la mano. El abuelo llega con una bandeja en la que ha puesto una jarra con agua fría y cuatro vasos. Camina con paso torpe. Con la tristeza y la pena asidas al pecho. Y con la culpa, esa culpa de no haber acabado él mismo con ella. Siempre se ha culpado por ser un cobarde.

—Durante más de 20 años ha permanecido oculta, desapareció de la faz de la tierra, pero ahora ha vuelto. Sé que es ella —comenta el abuelo mientras llega de la cocina.

—¿Quién es Samhain? —pregunta Joana de repente. Un pensamiento la ha asaltado de pronto.

Iván la mira con cara de interrogación.

Joana busca precipitadamente el papel amarillento que los abuelos guardaban en la caja.

»La firma —apunta Joana. Todos se fijan en la nota—. Esto —señala ella.

Samhain

El abuelo, que ya ha soltado la bandeja, interviene.

—Leí mucho sobre eso… Es un dios de los druidas o los celtas. El dios de los muertos. Con su reinado comenzaba la mitad oscura del año. Las fiestas y rituales comenzaban en la tarde del 30 de octubre, cuando empezaba y terminaba el día celta: al atardecer. Hacían ofrendas y rituales. En algunos libros leí que debían ofrecer sangre

nueva de tres animales nacidos en primavera, así Samhain les devolvería a un ser querido del otro mundo…

Joana piensa. El corazón se le acelera. Se levanta y se dirige a los abuelos.

—¿Cuándo nació Triana?

La abuela frunce el ceño tratando de comprender lo que quiere decir Joana.

—En abril —contesta rápidamente el abuelo…

—¡La sangre de Triana! —exclama Iván—. Quiere la sangre de la niña…

—Pero… ¿Para qué? ¿¡Por qué!? —se sobresalta Marcela.

El abuelo entiende lo que quiere decir el inspector.

—Lo intentó una vez… El accidente de Guillermo, el hermano de Roi, no fue un accidente —deduce Ramón.

—Y quizá —piensa Müller—… lo de ese chiquillo que me ha contado Fabián, Pablo, creo, un chaval que se cayó por un barranco en las inmediaciones de la finca, poco después de la muerte de ese niño, de Guillermo. Pudo ser Pilar, siempre creyeron que había sido Darren, según me ha dicho Fabián, pero pudo haber sido ella… Le falta la tercera muerte…

—Quiere traer a la niña que perdió de entre los muertos —musita Marcela…

Joana mira la pantalla del móvil. WhatsApp de Lorena: «El chaval que declaró ayer ha desaparecido».

Pero ella quería mirar otra cosa en el móvil: la fecha: 30 de octubre.

Ya ha pasado con creces la medianoche.

—Vamos, Iván. Nos quedan unas horas…

—Muy bien, Joana —le dice el inspector mientras se acomoda la chaqueta para salir precipitado a la calle.

Él la mira con un orgullo naciente. La mira con unos ojos con los que jamás lo ha hecho. Ahora no hay tiempo de pensar en eso, pero Joana ha sentido por primera vez que la ha mirado como hombre, y no como compañero de trabajo.

XXXII

Jueves 30 de octubre de 2014
En las entrañas de San Jorge
Dimas

Está oscuro. Hay humedad y hace frío. Las paredes rezuman aliento mohoso e incluso, si evocas lo suficiente y aguzas el oído, puedes oír los lamentos de los reos, las cadenas e incluso los caballos que entran a las cuadras pisando orines y estiércol. El lugar desprende aliento de muerte subterránea.

El chaval huele la sangre. Oye una gota de lejos:

Tin, tin, tin, tin...

La propia gota genera eco. El golpe, sin duda, ha sido fuerte. ¿Dónde está? Ahora Dimas está comenzando a tomar conciencia de su propio cuerpo. ¿Y las manos? Intenta moverse, pero no puede. Gira sobre sí otra vez. Le entra el pánico. Las manos. El círculo necesita la zona de confort. Intenta estirar los brazos. Uno. El otro. No puede. El muchacho está maniatado. Boca abajo. Entonces cierra los ojos. Él es muy listo. Sabe que debe calmarse. Ahora no tiene instrucciones del terapeuta. Ni de Carmen. Es él, solo él, el que puede hacerlo. «Puedes. Puedes. Puedes». Se repite una y otra vez. «Hay alguien, claro, alguien me ha atado las manos. ¿Cómo? ¿Cuándo?». Dimas levanta la cabeza sobre su cuerpo, el ángulo que le permite la posición en la que está. Hay una reja. Pero está abierta. Huele a mierda. A Dimas lo cubre una mortaja espesa. Ve luces tintinear a lo lejos. Debe ser una vela. O un candil. O un farol. O… no sabe. Hace hondas inspiraciones. Una. Dos. Tres. Coge aire y lo suelta. Levanta polvo. Le irrita las vías respiratorias. Tose levemente. Muy levemente. Aguanta la tos. Primero debe saber quién lo acompaña. No puede toser. Si se hace el muerto o el dormido, ganará tiempo. Es un chico muy listo. Intenta reptar. Le duele la cabeza. Mueve la pierna izquierda. La encoge y la estira; así avanzan las lombrices, contrayendo su cuerpo. Él no es una lombriz, pero casi; lleva bastantes horas arrastrándose por el suelo. ¿Cuántas horas? O tal vez son días; la idea hace que le dé un subidón de adrenalina. «Mamá», piensa. Ahora se ha acordado de Carmen. Se escabulló de su piso para venir al castillo. Tenía que encontrar la entrada de los planos. ¿Y los planos? Se da cuenta de que no tiene los planos. Pero… ¡Un momento! Sí tiene la entrada. De hecho, ya debe estar dentro. Esa parte no la conoce. Ni él, ni nadie. Es el subsuelo del castillo. Seguro. La emoción hace que intente moverse de nuevo. Ahora tira de la pierna derecha. Un pinchazo agudo le recorre la tibia. Ahora el fémur. El muslo. La espalda. La cabeza. «Mi pierna», se dice. Dimas no puede evitar gemir. Dejar escapar un

bufido. Ahogar un grito. Masticar su propia sangre. Proferir un alarido silencioso. Ahogado. Se mira la pierna derecha. Una cadena igual de gorda que si fuese para amarrar un elefante le tiene sujeta la pierna derecha. La cadena está anclada a la pared. «¿Cuántas brujas habrá sujetado esta cadena?», piensa el muchacho. Está oxidada. La cadena es negra y óxido. El grillete que tiene asido a su tobillo, pincha. ¿Qué tiene dentro? La cabeza que antes alzó al frente, ahora trata de mirar hacia atrás. No puede tocarse nada, porque tiene las manos atadas a la espalda. Mueve el tobillo solo un poco, levemente, solo para sentir. Cierra los ojos y aprieta los dientes. En la espalda, con las manos amarradas, también aprieta los puños. El grillete no es completamente redondo. Tiene forma de media luna. El palo que lo atraviesa tiene anclajes oxidados, que le han herido el tobillo. La sangre está coagulada y, por encima de esta, brotan nuevos ríos, como la lava de un volcán que corre ladera abajo hasta solidificarse, hasta que vuelven a manar nuevos ríos que corren por encima. Así ha visto Dimas el pie descalzo. Lo poco que puede ver con la poca luz que tintinea. Las zapatillas deportivas que llevaba no las tiene. Ambos pies están descalzos. Él se nota frío. Humedad. Pestilencia. ¿Y si está soñando? Quizá la sugestión fue tan grande que lo ha somatizado en su cuerpo. ¡Eso es! Como los estigmas… No. No. No. Esto no lo convence. No está sufriendo ningún estigma. Saca la lengua y chupa la tierra. Escupe. Ese sabor a fango… a orines de siglos, esa mezcla de muerte y podredumbre le recuerda que todo es real. No. No. No. No es una pesadilla.

El chaval se abandona. Debe pensar sin estar agobiado. Si se agobia, se va a bloquear. Como aquella vez, con siete años, cuando estaba con su madre de la mano, antes del diagnóstico. En el Puente de Triana, en plena madrugada, con la mitad de Sevilla subida a ese puente (porque la otra mitad estaba con la Macarena), y el puente tembló. Y los pasos del gentío se agigantaron en su cabeza. De pronto él no podía respirar. Se agachó. Se tapó los oídos. Comenzó a hiperventilar. A gritar. Su madre se asustó. El niño quería huir. Casi salta del puente. Después de ese episodio vinieron más. Muchos especialistas. Muchas pruebas. Terapia… y un diagnóstico: Asperger. Aunque luego se sucedieron más, como cuando le dijeron que tenía

A.C. (Altas Capacidades). «Sí», le dijo su madre a los médicos, «eso sí. Es muy listo».

Ladea la cabeza. La apoya en el suelo. Quiere oír los sonidos que le brinda el entorno. Los sonidos, a veces, viajan por el suelo. O por el agua. Allí debajo seguro que hay agua; se filtra por las paredes, esa humedad es propia del subsuelo. Está bajo tierra y quizá bajo el agua. Los sonidos al pegar el pabellón auditivo al suelo se alzan por encima de los decibelios que Dimas estaba percibiendo, y eso, que la condición del chaval le permite tener una agudeza acústica casi tan grande como la *Galleria mellonella*, o polilla de cera, el bicho con mejor oído del reino animal, y Dimas no anda muy lejos. Afina el oído y aguza los sentidos. Boca abajo. Con sangre reseca en la boca, no sabe si del golpe que se dio al caer o de otra cosa… pero eso prefiere no pensarlo. Las manos atrás. La cabeza de lado, pegada al suelo húmedo que desprende vapores pestilentes, en esa semioscuridad. Con el tin-tin de la gota y el titilar de la llama a lo lejos, se concentra al máximo:

A dormir va la rosa de los rosales;
a dormir va mi niña porque ya es tarde.
Ea la nana, ea la nana,
duérmete, lucerito de la mañana.
Pajarito que cantas junto a la fuente,
cállate, que mi niña no se despierte…

«¿Alguien canta?», se pregunta. «Esa vieja. Es la vieja. Es la silueta de negro. Es la vieja». «Triana, ¿dónde estás? ¿Qué has hecho con ella?». Dimas mira a un lado y a otro. El pensamiento lo paraliza. ¿Y la niña? ¿Dónde la tiene? ¿Dónde está él? Aprieta los ojos y trata de rebuscar en su mente. En su memoria. El plano. Necesita el plano. ¿Dónde está? No puede usar las manos. «Recuérdalo, Dimas. Se ha grabado en tu cabeza, solo tienes que extraerlo. Concéntrate. ¿Dónde estás?».

Se concentra. Se relaja, o al menos lo intenta.

Había una calle. Eso es. Una calle. La casa del alguacil. La casa del nuncio y la del notario. Eso es, estaban juntas. Al lado,

¿qué había justo ahí? ¡Ah! La capilla, sí, sí, ahí estaba; la capilla y la sala de audiencias junto a ella. Yo estoy en las cárceles. Sí. Esta es la zona de las cárceles…

Dimas está recorriendo el mapa mental que tiene ahora mismo dibujado en la oscuridad de sus ojos. Se acuerda de todo. En situaciones como esta, donde está al límite, es cuando ha aprendido a sacar lo mejor, a utilizar esa condición suya que le permite ser sumamente exhaustivo. Dispone de una memoria gráfica que más quisieran los megapíxeles de las cámaras de los teléfonos inteligentes. El chaval se sigue concentrando.

«… la zona de cárceles. Estoy en una de ellas; esta es una de las cárceles que habían quedado sepultadas. Había trece bajo tierra donde hacinaban a los herejes. Trece», se repite. Dimas recorre en su mente el mapa, como si lo tuviese delante de sus ojos. La sacristía, ¡eso es!, el altar de la sacristía, de ahí viene la voz. «Ahí está la bruja», piensa. «¿Y la niña? ¿Dónde tienes a la niña?». Dimas sigue con el oído pegado al suelo. Un leve gemido. Aguza el oído. Lo pega más. Escarba con la cara. Limpia la tierra pensando que oirá mejor. Le duele el pie. La tibia, seguro que está infectado el corte, o lo que tenga… Vuelve el gemido. Puede ser ella: Triana.

—¡Shhh! Ya queda menos, pequeña. Tienes que traérmela —dice la vieja en un susurro.

Dimas lo ha escuchado perfectamente: «Ya queda menos». ¿A quién tiene que traer? ¿Quién? Mueve la cabeza. Vuelve a limpiar la tierra. Escupe el excedente que le ha entrado en la boca. La mezcla férrea de la sangre con la tierra le provoca una arcada incontrolable. Vomita. Solo bilis; en el estómago no hay nada. Piensa que cenó sobre las 22:00. ¿Qué hora es? No tiene nada de comida ya. Han pasado… ¿cuántas horas? Recuerda que a las 2:00 de la madrugada estaba arriba, en las ruinas… Debe ser muy tarde o muy temprano, según se mire. Quizá muy temprano, casi amaneciendo. «Llora que te oiga», suplica Dimas. «Sabía que estabas aquí, pero quiero que estés viva todavía. No quiero haber llegado tarde». De nuevo el gemido.

—Vaya, a tu padre le duraba más el efecto —oye Dimas perfectamente como la vieja le dice a alguien. ¿Es Triana? Esa bruja

está cerca—. Cuando te vayas, recuerda su nombre: Enya. Llámala y vendrá a ti, y vendrá a mí. En cuanto esto te haga efecto, se irá la fiebre… Duerme ahora. Que ya falta muy poco.

Es un susurro, pero perfectamente audible.

«La niña está viva», piensa Dimas. «Pero va a matarla».

XXXIII

Jueves 30 de octubre de 2014
Calle Betis
Cuarto día

Eva tiene fiebre. El cansancio, el estrés y las subidas de leche incontrolables han mermado su salud hasta el punto en el que se encuentra. Triana aún era (es) lactante de pecho y, aunque ha comenzado con la alimentación complementaria cuando la madre se ha incorporado al trabajo, a la madre aún le sube la leche, incluso aunque hace ya casi cinco días que la niña no succiona de su pecho. Hace un rato recibió un mensaje. Le ha escrito su madre. Esa madre ausente que debe haber visto la publicación en el Facebook de su hija. No han hablado en persona. Eva no está preparada tampoco para hablar con ella. Pero se ha molestado la mujer, la abuela ausente de Triana, en preguntar: «¿Qué ha pasado?». Eva miró la notificación en la pantalla. «Como si a ti te importara», susurró antes de borrarla sin abrirla siquiera.

Rodrigo está en la habitación. Sentado al borde de la cama. En el lado de la cama donde ha puesto la cuna de Triana. Ya le toca a él. Hizo un pacto con Eva cuando ella empezó a trabajar de nuevo en la US. Cada semana, la cuna de la niña estaría en el lado de la cama de uno de ellos. La habían cambiado el jueves pasado, que le tocaba a Eva. Este jueves, hoy, le toca a él. Fiel al acuerdo, se ha marchado hace un rato a la habitación para mudar la cuna de sitio, para cuando llegue Triana, aunque sabe que cuando se la traigan, su madre no va a querer despegarse de ella. El hombre está solo. Asustado. Un olor a tierra mojada le entra en los sentidos. El tiempo daba agua. Tormenta. Otra vez como el lunes, cuando alguien entró en su piso y se llevó a la niña. Oye helicópteros. Voces aledañas que reverberan en cada edificio de Triana. Trasiego. Ecos del bullicio y de la vida, que, ajena a su dolor, continúa en la calle, fuera de la

habitación. Fuera del piso de 87 m² de la calle Betis. Un dolor que nunca va a dejar de doler por más vida que pase para ellos.

Lorena ha salido. Debe ir a la jefatura; es muy tarde, pero ahora no se pueden permitir descansar. En su labor diaria también debe encargarse de otros expedientes, aunque a la policía, que decidió especializarse en psicología y que más tarde entraría en la unidad de la policía dedicada a dar atención especializada a la familia, ahora mismo solo le importa esa niña; no podrá dormir hasta saber qué pasó con ella.

En este caso, Lorena colabora prestando atención psicológica y de apoyo emocional, a la vez que trata de recabar datos que le indiquen, a ella o a sus compañeros, si en el núcleo familiar más cercano puede estar la pista definitiva que los lleve a saber qué ha pasado con Triana.

«¿Cómo estás?», le pregunta Rodrigo a su mujer, que sigue acostada en el sofá; no se ha movido más que para ir al baño. Con un gorro de frío en la cabeza. Le duele mucho la cabeza. La fiebre ha bajado un poco, pero no se encuentra bien. Hace casi una hora que se marchó Lorena. La tarde ha comenzado a caer, a la vez que pequeñas gotas de agua. Se anunciaba tormenta, pero esta se ha ido a la sierra norte, más tirando para el sur de Extremadura. En Sevilla capital, lo que está pasando ahora y lo seguirá haciendo a lo largo de toda la tarde-noche, y mañana viernes, es un frente con una borrasca que, aunque no presume de ser muy intensa, se prevé que deje lluvias de esas que, como dicen en el sur, «calan». Esa llovizna que permite que se evapore la tierra. Que el alquitrán rezume el olor recalentado de julio y agosto. Ese olor que tanto le gustaba a Eva. Le gustaba, porque ya no. Ahora lo odia. Lo odia tanto como se odia a sí misma. Odia el olor de la ausencia de su hija. Al igual que nuestra mente nos inunda de serotonina al recordar una música bonita, el sonido del mar, la brisa de la tarde, las copas de los árboles meciéndose a nuestro paso… Ahora a Eva la inunda el cortisol cuando huele la lluvia. A Rodrigo le pasa igual, pero a él desde siempre. No le gusta que llueva. Nada. Recuerda que, de pequeño, en el piso de Kansas City, al poco tiempo del accidente con la bicicleta, se escondía dentro del armario cuando

tronaba. Le daba pánico. Sus padres lo abrazaban, Ramón y Marcela siempre estaban ahí, y entonces, poco a poco, se fue disipando ese terror, aunque la angustia que siente cuando llueve nunca se la han podido quitar. Cuando conoció a Eva, al principio de su noviazgo, ella le preguntaba cómo era posible que el invierno, la lluvia, la humedad, le provocasen esa angustia… Y él siempre le decía: «Bueno… a ti te dan miedo los saltamontes y a mí me encantan». Siempre acababan riendo, besándose y haciendo el amor. Y contándose secretos. Todos los secretos que recordaban. Eva, desde muy pequeña. Los de Rodrigo empezaban a los siete años; de antes no había secretos. Ni secretos, ni nada. Solo un vacío que quizá jamás ocupará, aunque eso él no lo echa de menos, porque nunca ha recordado que existió en esa otra vida.

Rodrigo se sienta junto a Eva. Le acaricia el pelo y le vuelve a preguntar:

—¿Cómo estás? —Le toca la frente—. Ha bajado un poco la fiebre —le dice.

De repente, una imagen brota ante él. Una mujer. Joven. Casi rubia. Tocando su frente. Pero no es su madre. No es Marcela. Rodrigo cierra y abre los ojos agitados. Se sacude la cabeza. Se pone las manos en las sienes. Le da un ardor. Suda. Al profesor de historia hace tiempo que le preocupan estas visiones, porque no es la primera. Desde que nació su niña, es como si fragmentos de su mente viniesen a pasar frente a sus ojos, para que él los atrape. Para que él los recomponga. Pero… no son reales. Ni la arboleda, ni ese tipo de arbustos. Ni el cordero que lo mira, ni la cucaracha que le trepa por el pelo y acaba metiéndosele en la boca, ni el jabalí que lo mira mientras se come las vísceras de otro, esparcidas por el suelo. Ni la sangre. Ni el agua que corre por un arroyo, que es clara y de pronto se tiñe de rojo. Es un mero espectador de todo. Luego están las pesadillas, y esa recurrente en la que le entregan un niño muerto.

¿De dónde sale todo eso? Su mujer le dice que es la historia, que se lo lleva hacia sus entrañas. Que son esos personajes de hace siglos los que están metidos en su cabeza. Pero Rodrigo sabe que

no. Es suyo. Es algo de él, algo de su carne, algo de su cuerpo. Ha buscado en Google y teme que sea esquizofrenia.

—Tengo menos frío —contesta Eva, apartándolo de esos pensamientos. Coge la mano de él y la besa—. Rodrigo, quiero a mi niña —gime, mientras gruesas lágrimas recorren su cara y gotean en el reverso de la mano de él…

—Y yo, Eva, y yo. Y nos la van a traer —le contesta él, casi sin voz.

—¿Abajo hay periodistas todavía? —pregunta la madre.

—Sí.

—Vamos a salir —le dice ella mirándolo a los ojos, con la vista emborronada por los afluentes de lágrimas.

—¿Y qué decimos, Eva? ¿Ofrecemos una recompensa? ¿Cómo si nuestra hija tuviese algún valor económico? —el hombre sacude la cabeza, se suelta de su mano y se pone en pie, mientras se atusa el pelo. Golpea la mesa. Da una patada al suelo. Corre por el pasillo. Vuelve al salón. Se agacha. Grita. Aúlla de rabia. De impotencia. Eva lo contempla casi sin poder moverse del sofá.

—Rodrigo —le dice con un sollozo infinito…

—Eva. Mataré a quien sea. Cuando sepa dónde está…

Ambos lloran lágrimas amargas. Ambos saben que la probabilidad de que esté viva es ya casi inexistente.

—Solo espero… que no sufra —dice Eva…

Rodrigo la mira.

Ambos se funden en un abrazo. Ella, recostada en el sofá. Él, de rodillas frente a Eva, con la cabeza hundida en su vientre, donde siete meses atrás dormía Triana, ajena a todo esto.

Suena el portero. Rodrigo da un respingo. Descuelga.

—¿Sí?

—Abre, hijo, soy yo.

Y Rodrigo aprieta el botón mientras escucha cómo se abre la puerta de entrada al edificio. Vuelve al salón.

—¿Quién es? —pregunta Eva, con la voz cansada.

—Mi padre.

XXXIV

Noche del jueves 30 de octubre de 2014
Jefatura Superior de Policía

Iván y Joana han dejado el coche en el aparcamiento. Tirado. Casi literalmente, no se han molestado en aparcar bien. Cuando han salido del piso de Kansas City, se han ido directos a la jefatura. Es tarde, pero deben analizar todas las pruebas. Atar cabos, poner en común las impresiones y encontrar una pista, una sola pista, con una les basta. Solo una pista que los lleve hasta el lugar donde la loca esa tiene a la niña. Entre la llamada a emergencias y la orden a tráfico de ejercer controles, no habían pasado ni dos horas. El aeropuerto. Santa Justa. Los taxistas… Si hubiera intentado huir, ya la habrían encontrado. Sigue en Sevilla. Eso lo saben. También saben que les queda poco; si la niña aún está viva, dejará de estarlo en pocas horas. No les ha dado tiempo a entrar por la puerta, cuando los ha parado uno de los agentes que está de guardia.

—Iván —llama desde lejos.

—Ahora no puedo —le corta el inspector Müller, que no ha desacelerado el paso…

—Esto es tuyo —le indica desde lejos con una carpeta marrón alzada sobre la cabeza—. Es de tu caso —le aclara.

Iván se para al principio de la puerta de su oficina. Le hace un gesto a Joana, que viene tras él. Ella entiende sin palabras, pasan muchas horas juntos, y a Iván, a veces, hay que entenderlo por los gestos.

Joana se da la vuelta. Se dirige hacia el agente de guardia y coge la carpeta.

—¿Qué es?

—Una denuncia. Por desaparición —aclara. Joana le hace una mueca y se encoge de hombros. El lenguaje no verbal, está a la orden del día en la Jefatura Superior de Policía de Sevilla—. La

madre del chaval este al que tomaron declaración el martes… Dimas, se llama, ¿no? —abre la carpeta y se asegura del nombre— Sí, Dimas.

—¿Qué pasa con Dimas?

—Pues eso que te acabo de decir… que se ha pirado.

Joana lo mira incrédula. Coge la carpeta y acelera el paso hasta llegar a la oficina donde ya está Iván, hablando con el comisario. Entra sin llamar.

—¿Sabías esto? —se dirige al comisario.

—Buenas noches, subinspectora —la corta él en seco.

—Lo siento, buenas noches —mira a Iván y le entrega la carpeta —. Dimas ha desaparecido. Esta es la denuncia que ha interpuesto su madre esta tarde.

Iván abre los ojos y enarca las cejas.

—Andrés —se dirige el inspector al comisario, que asiente con la cabeza—. ¿Lo sabe alguien más? —pregunta.

El inspector está acelerado. Esta noche sabe que no va a dormir.

—Lo sabrán —asevera el comisario. Niega con la cabeza—. La información es más fuerte que el torrente del río. Deberías saberlo.

—Sí, sobre todo el morbo. ¿No? A la gente, a los periodistas, les importa más dar la noticia. El cadáver. El asesino. La asesina. Las desapariciones… ¡Todo eso más que la propia víctima! ¿En serio?

Joana bufa. Se mueve de un lado a otro por los nueve metros cuadrados de la oficina. Andrés agacha la cabeza. Iván la observa. El inspector piensa en ese lado salvaje de Joana. Ese sentido de la justicia. Y suspira hondamente.

—Tranquila —le dice.

—¿Cómo? Dime cómo —le pregunta ella mientras no deja de ir de lado a lado—. Y ahora, ¿dónde está el chaval? ¿Dónde coño se ha metido? ¿Y si la tiene él? Me has dicho que te pareció raro…

—¿Raro? —pregunta el comisario.

—Es Asperger —aclara Müller—. Me he informado bien. Es un buen chaval, y muy listo.

—¡Lo que faltaba! —le dice Joana, muy enfadada— ¡Otro desaparecido! Desde el interior, nos van a rebanar el cuello…

Müller no se atreve a discrepar. El comisario, que está de pie, apoyado sobre la estantería de archivos que hay junto a la puerta, se incorpora firme y se dirige a ambos.

—Os di este caso, porque sois los mejores. Y los mejores hacen cosas excepcionales. Los vamos a encontrar. A la niña y a él. Si tienen que ver ambos casos, lo vamos a saber. Y si no, los traeremos de vuelta igualmente.

El ambiente se destensa. Una sensación opresora atrapa el pecho de la subinspectora. Müller se percata. Ella hace el intento de salir. El jefe sabe dónde va y se lo hace saber.

—Ni uno más —le dice Müller. Joana lo mira. Arquea las cejas. Ese lenguaje que ellos entienden tan bien—. Ni un café más… —le aclara.

—¿Ahora qué eres? ¿Mi padre? —le pregunta agarrando el marco de la puerta.

—No. Y menos mal —le dice jocoso, tratando de relajar el ambiente—… Pero te necesito despejada, y no como una loca mordiéndote las uñas, dejándote las llaves del coche puestas, las luces de posición o las de la sirena, encendidas, o anotando mal las direcciones. O…

—¡Para! —lo increpa ella.

Müller acaba de hacerle un repaso de los despistes diarios de Joana. Esos que a él le dan vida, aunque nunca se lo diga. Ella se ha sentido ofendida. Muestra de su carácter excesivamente impulsivo. Pero en unos pocos minutos, ya no se acordará ni por qué está molesta, ni lo que le acaba de decir Iván.

Andrés sonríe levemente por debajo del bigote cano. El ambiente cargado se ha disipado un poco. Aunque todos saben que el tiempo juega en su contra.

El teléfono de Iván vibra sobre la mesa. WhatsApp de Lorena:

«Necesito veros, ¿por dónde andáis?».

Iván no contesta al WhatsApp. Abre los contactos y la llama.

—Lorena, estamos en mi oficina.

—¿Aquí en la jefatura?

Iván se encoge de hombros.

—Que yo sepa, no he teletrabajado nunca…

—Muy gracioso. Estoy arriba. Bajo.

Joana lo mira con gesto rancio. Necesita un café.

El inspector tiene abierta la carpeta con la denuncia. Ojea los folios que ha redactado el agente de guardia. Carmen, la madre de Dimas, se fue hace unas horas, y los policías deciden ojear y leer detenidamente antes de llamar a la mujer.

—Dice que lo llamó para cenar y no quiso —informa el comisario Andrés Morante—. Que se fue a su habitación porque estaba haciendo algo de la US y que, cuando más tarde se pasó a ver si había cenado, ya no estaba allí. Cuando intentó llamarlo, el móvil sonó en la habitación. Ahí fue cuando se asustó y pensó que algo andaba mal, porque él nunca se dejaba el teléfono en casa, y mucho menos salía sin decirle nada a ella.

Müller ha comenzado a leer los párrafos que le resultan más llamativos.

—¡No me jodas! ¿También se han llevado a un tío de 22 o 23 años de su cama? ¿En serio? ¡Pero a qué nos enfrentamos!

—El chico se ha ido voluntariamente —aclara Andrés—. Llamé a la madre cuando Sergio me comentó lo de la denuncia. Como no estabas, me lo dijo a mí. La mujer estaba aún ahí fuera y volvió a entrar. Y le pregunté claramente.

—¿Qué?

—Que si ella pensaba que su hijo podía tener algo que ver. No me lo negó. Se quedó pensativa. Entornó los ojos hacia arriba, como implorando un milagro: «Mi hijo jamás deja nada al azar», me contestó ella. Yo no entendía bien lo que me quiso decir y entonces volví a formular la pregunta, pero con más claridad.

—Joder, Andrés —reprocha Joana…

—Solo le pregunté si ella creía que Dimas tenía a la niña. Y me dijo que no lo sabía. Pero que los planos no estaban.

—¿Qué planos? —pregunta muy interesado Iván, que recordó que el chico le había hablado de esos planos durante su declaración.

—Me dijo que ella no lo sabía. Pero que estaba obsesionado con ellos. Y que ese hombre…, refiriéndose al padre de Triana, no le gustaba.

Todos se han quedado mudos. Estudian las posibilidades que esta nueva pista les ofrece. Pero no saben dónde encajar la pieza.

Llega Lorena y toca la puerta. Están los tres, alrededor de la mesa. Revisando los folios de la denuncia. Joana, mordiéndose las uñas por el mono del café.

—Buenas noches —dice al llegar. Los tres se giran, balbucean un «Buenas noches», con un difuminado de voces, y siguen leyendo la denuncia. Los tres en busca de algo que les dé una pista—. Yo también me alegro de veros —les reprocha la psicóloga.

—Lo siento —le dice Andrés. Suspira hondamente—. Dimas ha desaparecido.

Lorena se sorprende.

—¡No me digas! —le responde en tono irónico— Ya lo sé. Os he enviado algo así como 50 mensajes de WhatsApp. Os llamé. Y nada… Como si no existiera. ¿No miráis el teléfono, coño? Quería contaros lo del chaval, y bueno… otra cosa…

Joana e Iván se miran avergonzados. Andrés los mira molesto.

—Lo siento, Loren —se disculpa Iván—. Sé que hemos pasado de ti, pero… bueno, no voy a buscar excusas que contigo no me funcionan. Lo siento. Ya está.

—Yo también lo siento —continúa Joana—. No es una excusa, pero hemos tenido una tarde de perros. Ni te imaginas todo lo que nos han contado los abuelos sobre Rodrigo.

—No lo sé… pero puedo hacerme una ligera idea. En el piso de Kansas City no hay una foto de Rodrigo de bebé. Los padres son excesivamente mayores para él, y el parecido… Bueno. Una madre bajita, con el pelo castaño oscuro tirando a moreno, completamente liso y de complexión gruesa, más un padre de porte andaluz, con entradas pronunciadas. Pelo pobre por detrás de las orejas y la coronilla. Aunque cano ya, se intuye que fue moreno. De tez oscura. De media española, metro setenta como mucho en su juventud y complexión fuerte, no me da a mí como resultado un rubio, aunque no demasiado alto, probablemente por la mezcla de genes, pelo casi albino, tez clara, ojos verdes, rasgos nórdicos, complexión delgada… No, chicos. Eso no cuadra.

Todos se han quedado boquiabiertos.

—Joder con la psicóloga, pues podías haber expuesto tus pesquisas antes —apostilla Joana—

—No estaba segura, y, además, ¿qué importa que sea adoptado? —pregunta Lorena.

—Pues que él no lo sabe. Y que los padres lo han ocultado. Y eso, querida Watson, no es normal —le responde Iván, con el ego un poco herido—… Por eso importa.

—Y entonces… ¿Quién os lo dijo?

—Cuando recibí la llamada, que salí al pasillo y estuve hablando tanto tiempo —Lorena hace memoria—… Sí —afirma, recordando esa llamada—… Pues era alguien del pasado de Rodrigo, que, por cierto, se llama Roi, y es de origen irlandés.

Ahora es Lorena quien se queda con la boca abierta.

—Ahora te resumo —avanza Iván—. Pero, aparte de querer contarnos lo de Dimas, ¿qué era lo otro que nos tenías que contar?

Lorena se sienta en la mesa de Müller. Le cierra sesión y se conecta con su usuario. Entra en el correo. Abre un PDF.

—Mirad —les dice—. Flunitrazepam.

Los tres enarcan las cejas esperando algo más…

—En castellano, Lorena —reprocha Müller.

—Rohypnol. ¿Te suena más? Esto es lo que había en el vaso de agua.

Los tres asienten.

—La… ¿Droga de los violadores? —pregunta Joana con recelo.

—Sí, pero no creo que a ella la haya violado nadie —le aclara Müller—. No es a ella a quien querían. Esa droga le ha provocado la amnesia. Es incapaz de recordar lo que pasó. La madre ha sido testigo de todo y no puede contarlo. Por eso, quien sea le ha puesto la droga en el agua… Y lo peor de todo, ese fármaco está muy controlado. Creo que lo ha podido fabricar la vieja, a base de estramonio. Si esto es así, nos enfrentamos a una bestia que, además, es muy inteligente.

—Quien sea, no —aclara Joana—. Ya sabemos quién es.

Andrés chista y niega con la cabeza.

—Joana, sabremos la verdad cuando la tengamos ante nuestros ojos… y, aun así, pregúntate siempre si esa es toda la verdad —

requiere Andrés.

El silencio de nuevo se coge con las manos. Cuando dejan de hablar, se oye esa lluvia fina que trata de picotear el tejado, y que tan espantosa suena en la claraboya del patio interior. Mucho más fuerte de lo que en realidad está lloviendo. Hace viento. Y es el viento quien mece la cortina perlada que cae del cielo, reflejando en cada hilacho la luna mustia oculta tras las nubes rojas, como si de un presagio de mal augurio se tratase, y la luna se hubiese arropado con una mortaja de sangre.

—Vamos a la casa de Dimas —les dice el inspector—. Tenemos que hablar con la madre.

—¿A esta hora? —pregunta Joana, que ha mirado el *smartwatch* que lleva en su muñeca.

—A la hora que sea, Joana —responde muy serio Iván—. Que nos cuente por qué el padre no le gusta.

XXXV

Noche del jueves 30 de octubre de 2014
Calle Betis

Eva no se ha molestado en cambiar de postura. Lorena le comentó a Rodrigo que su actitud podía deberse al *shock* que le produce esa situación de estrés prolongado. En todos los escenarios posibles en los que se puede encontrar su niña, ella se la ha imaginado. La piel grisácea y macilenta. Tal vez la hayan vendido. Tal vez esté en el río. Quizá alguien la quisiera para otros fines: «videos…». Ese pensamiento la atormenta. Se sacude la cabeza cada vez que viene a ella. «No. No. No. No…». Se tira del pelo. Se pellizca la ropa, se vuelve loca. No hay dolor más grande. No puede existir un tormento mayor que este. No puede imaginar que a su hija… ¡No! No puede ni pensarlo. Es irónico, pero solo la reconforta la idea de que la hayan robado para alguien que quiere una bebé y no puede dar a luz. ¡Qué despropósito! Pero solo con ese pensamiento su dolor merma un poco. Ya no es cardíaco. Cuando piensa esto, su dolor es más de estómago. El ardor es muy intenso y le abrasa las tripas. Ahora Eva tiene un excedente de pena en su alma, que difícilmente podrá disipar algún día, en algún momento de su vida, cuando pasen los años.

Ha llegado Ramón a su piso. No es muy normal que venga solo. Marcela no lo acompaña hoy, aunque lo hace siempre. El hombre viene con el jersey salpicado de agua. De lo poco que llueve, pero que cala. La mirada que trae el hombre es distinta. Distinta a todas las miradas que conoce su hijo. No es de padre enfadado. Tampoco es la mirada de padre orgulloso, ni la de padre triste. Rodrigo ha valorado incluso si es él quien trae la noticia. Algo que le han contado al abuelo para que se lo diga al hijo. Ramón trae una mirada resignada y humilde. Y eso su hijo lo ha percibido.

—¿Qué pasa, papá? —le pregunta el hombre a su padre mientras van por el pasillo hasta el salón, donde está Eva.

Ramón niega con la cabeza. Las lágrimas emborronan su mirada, y el silencio delata su incapacidad para darle forma a las palabras que trae consigo, que el hijo ya anticipa dolorosas.

Han llegado al salón. Ante la pregunta de su marido, Eva se incorpora. Se recompone el pelo, que ella piensa que debe tener hecho unos zorros, y mira a ambos con la interrogación en el rostro.

—¿Qué pasa, Ramón? —le pregunta a su suegro. Con un hilo de voz.

El hombre se ve incapaz de iniciar el relato. No quiere acrecentar el dolor de su hijo, ni el de Eva. Pero deben saber esto, y saberlo ya. Traga saliva. Se sienta y le hace un gesto a Rodrigo para que se siente frente a él. En un puf cuadrado que hay junto al sofá, a juego con este. Le da las manos.

—Debimos contarte esto hace mucho tiempo —se atreve a decir por fin el abuelo—. No lo hicimos por miedo a perderte…

Rodrigo frunce el ceño. No entiende lo que dice su padre, o sí.

—¿De qué hablas, Ramón? —se adelanta a preguntar Eva.

Rodrigo, sin embargo, muestra una quietud asombrosa. Como si realmente hubiese estado esperando esa conversación, como si su vida, toda su vida, hubiese estado fragmentada, rota, hecha mil pedazos, y ahora necesitará unir esos fragmentos. Lleva tiempo sabiendo que le faltan piezas. Meses. Desde que nació Triana. No se lo contó a nadie. Pero el día que nació su niña, cuando la matrona la cogió para llevarla al peso, a sacarle fluidos, etc., él lo vio pasar. Vio a otro bebé. A un bebé que él conoció hace muchos años. Con los ojos cerrados. Con los labios azules. Un pequeño fragmento visto desde muy abajo. Como si fuera bajito. Como si tuviese cinco años. Se vio a sí mismo. Esa imagen no volvió, pero le sucedieron otras. Luego, las pesadillas. Los lugares. No los recordaba vivos, pero estaban en su cabeza. Le olía a sangre, a veces a sangre caliente como la que se derrama durante la muerte en directo. El olor al interior de las entrañas. Y entonces siente que se ahoga. Que no puede respirar, que le falta la vida. Cree que se está volviendo loco. Lo ha creído durante los últimos meses. Mientras Triana se gestaba.

Mientras trataba, junto con Dimas, de darle vida a las ruinas. Mientras ha tratado de rescatar del olvido las almas en pena que vagan olvidadas en el mercado. En las entrañas de Triana. El dolor es intrínseco. Suyo. De su carne y de su cuerpo. De él.

—¿Qué debo saber? —pregunta Rodrigo en seco, sin dar opción a otro titubeo por parte del padre.

—Llegaste a nuestras vidas con siete años —hace una pausa. Rodrigo lo mira. Su mirada está vacía. Ni rastro de sentencia. Aún no lo ha juzgado. Aún no ha sentido nada—. Tu madre te cuidó en la UCI… Cuando eras muy pequeño —el hombre suspira…

—Déjalo —lo interrumpe el hijo, que le coge las manos. Traga saliva—. Déjalo. No sigas. En otro momento. Otro día —Rodrigo se seca el sudor de la frente. Quizá tiene miedo a enfrentarse a la verdad.

Hay humedad. La lluvia fina ha dejado ascender un poco las temperaturas que están evaporando el alquitrán recalentado. Aunque sea final de octubre, las temperaturas diurnas aún calientan a mediodía. Y esta lluvia deja que se evapore el calor, arrastrando consigo el olor y la humedad del suelo.

Eva no ha abierto la boca. No sabe qué pensar ni qué decir. Ahora no puede. Está bloqueada. La leche está volviendo a empapar su camiseta. Se mira. Se le escapan las lágrimas de nuevo. Tiene los ojos secos de llorar. No puede más.

Ramón se mete las manos en el bolsillo. Saca unos papeles y se los da.

—Lo siento, hijo. Es todo cuanto puedo enseñarte de tu historia. No tengo nada más. Pero la niña… nuestra niña…

El llanto lo ahoga. Ramón lanza un gemido animal. Un alarido capaz de erizar los vellos de cualquiera. El hombre se agarra del pecho. El marcapasos lleva días sin poder aguantar el ritmo.

—Papá —le dice Rodrigo que se agacha ante él…

—Míralas —le indica el hombre, señalando lo que se ha sacado del bolsillo. Rodrigo asiente. Eva se acerca a él. Mira las fotos—. Mamá y yo —se refiere a las fotos en las que aparece con Marcela. —¿Y esta mujer? No la conozco —Rodrigo se queda en blanco—… La mujer del pañuelo. Su verdadera madre: Pilar.

Lee el reverso. «Roi».

Ahora se le están amontonando las voces en su cabeza. Una voz agria y tosca. Ruda. Darren, su padre. Llamándolo por toda la casa: «Roi. Roi». Pero él está corriendo. Escondido. Rodrigo comienza a respirar agitado. Le falta el aire. Le duele el pecho. Hiperventila. «Mi padre…», susurra. Le duelen las piernas. Tiene miedo. Suda.

Eva se ha dado cuenta de lo que ocurre. Su marido está recordando algo. Ramón deja escapar gruesas lágrimas. Sabe lo que está evocando su hijo. Los neurólogos les dijeron que esto podía pasar: al año, a los 10 años, nunca… o algún día de pronto cuando algo activara la cadena de recuerdos. El día que ocurriera, se iban a suceder todos en cascada y sería imparable.

Rodrigo no ha sido capaz de articular palabra. Tiene la mirada en el infinito. O en Benaocaz. Más de 20 años atrás. De pronto, todos los fragmentos de vida rota se están agrupando frente a sus ojos. No es capaz ahora mismo de recomponer nada. Ya, en su infancia, cuando sus padres lo acogieron amorosamente, recompusieron sus pedazos rotos con oro fino, como la técnica del *kintsugi*, con el amor más grande, y esos pedazos quebrados dieron lugar a un nuevo niño, feliz y con una vida nueva. Se permite unos minutos. Se autoriza un silencio largo. Un dolor. Eva lo contempla, con la vista ausente. Sin entender qué pasa.

Rodrigo sabe muy bien lo que ha venido a decirle su padre. Ahora entiende lo que está pasando. Ahora sabe quién se llevó a la niña.

—Ella —susurra. —Ha sido ella…

—¿Quién? ¿Quién ha sido qué? —Eva se ha levantado. Ha agarrado a su marido por el brazo. Lo zarandea. Él parece no reaccionar. Su suegro se bebe las lágrimas—.

»¡Rodrigo! —grita ella, aullando como una bestia herida— ¡Dime qué es lo que pasa!

Eva tiembla. Tiene miedo. Al levantarse, los cercos pegajosos a la altura del pecho le recuerdan que su niña tiene hambre. Que su leche se derrama y no puede bebérsela.

»Rodrigo —implora de nuevo—. Dime qué es lo que está pasando.

Pero su marido aún no es capaz de hablar sobre nada de lo que ahora mismo sucede en su interior. Ramón, en su infinita congoja, no puede hacer más que ser un mero espectador.

Al agacharse hacia él. Eva ve las fotos. Se asoma un pico de la carta. Se agita. Eva convulsiona. Los ojos se le entornan. Coge la foto. La mira. Se la acerca. Eva oscila. La estancia ha comenzado a girar en torno a ella. Se siente mareada. La boca se le seca del todo. La saliva le raspa la tráquea.

»¡Ella! —grita— ¡Ella! —La mujer ha cogido la foto de la mujer del pañuelo. La imagen nítida ha revoloteado en su mente— ¡Es ella! —Eva respira entrecortada.

Rodrigo no se mueve. No aparta la mirada que ha puesto en un punto fijo. Como quien ve pasar imágenes en su mente. Como *flashes*. Como quien está sufriendo una pesadilla, aunque esté despierto.

—Hijo… —habla Ramón.

El hombre trata de hacer reaccionar a Rodrigo para que le explique a su mujer qué es lo que está pasando porque él no se ve capaz.

—¿¡Quién es esta mujer!? —Eva, presa de la ira y el desconcierto, ha cogido a Rodrigo por la manga del jersey de hilo que lleva puesto— ¿Quién es?

Rodrigo no se inmuta.

Eva está teniendo una crisis. Está histérica.

Ramón interviene.

—Para, Eva, para… —le pide el suegro, tratando de calmarla.

—Es mi madre —revela Rodrigo.

Y todo se para. Todo se silencia. Como quien apaga el televisor. Como quien pulsa el *stop* de un mando. Como quien ya no tiene razón para continuar.

Continúa. Sereno. Mirando al suelo sin mirar nada. Con la foto de la madre en la mano. De repente, ha recompuesto los seis primeros años de su vida. Los seis años que le faltaban. Los seis años que fue torturado. Los seis años que no se borraron. Los seis años que han estado aguardando la vulnerabilidad de su mente para asaltarlo. Para consumirlo. Para devorarlo desde dentro. Una llaga que no se

cerró. Una herida que no pudieron curar en la UCI. Un dolor que jamás se ha desprendido de él.

—Lo siento —es lo único que Ramón acierta a decir.

El silencio de su hijo le duele más que cualquier reproche. Quiere que lo odie, que le grite, que no lo acepte. Pero si calla… Si calla, no piensa. Si calla, no libera. Si calla, va a doler más.

Rodrigo asiente. Mira a su padre condescendiente. Le toca el hombro.

Eva lo abraza. Se funden en uno solo, sintiendo ella la intensidad de sus latidos, la fuerza ingente que le arrebata la cordura a su marido; ahora, por unos segundos, Triana ha dejado de latir tan fuerte, porque ella necesita esa mano que la agarra para seguir caminando. Sí, esta desgracia sin duda los ha unido más…

—Te necesito aquí. Te necesito fuerte —le dice entre gemidos rotos.

—Tu madre no ha sido capaz de acompañarme —dice Ramón—. Me ha dicho que nunca podrá resistir tu rechazo. Que te diga que la perdones, y que te quiere con toda el alma. Y que siempre seremos los tres mosqueteros. Y que tú siempre serás su pequeño D'Artagnan.

A Rodrigo, la bolsa que hay bajo sus ojos no le basta para contener las lágrimas que están a punto de correr por sus mejillas en cascada, sin obstáculos, cayendo al suelo como gotas de lluvia. Como esas gotas gruesas que caían el lunes, cuando se llevaron a su hija. Cuando le arrancaron la vida de cuajo. Sigue abrazado a Eva. Con la mirada en Benaocaz. Con el olor de la humedad y el sonido de la lluvia. «Llueve», se dice, y cuando llueve le duelen las piernas… Sacude la cabeza. Su mente y su alma están con el Roi de seis años. Ramón se funde en un abrazo con ambos. El íntimo momento es interrumpido por un fuerte trueno.

Al abuelo le suena el móvil.

«AAmimarcela

Llamando».

Así escrito. Con las AA delante, por si le ocurre algo, que sea el primer contacto. Se lo recomendó Rodrigo cuando le compró el primer teléfono móvil.

—Es tu madre. Es más de medianoche. Estará preocupada —le dice el hombre, algo más recompuesto del dolor que lo asolaba hace media hora.

Mientras el abuelo descuelga y habla con Marcela, Rodrigo ha comenzado a percibir los sonidos de forma diferente. Como un eco lejano de lo que en realidad están hablando. Su mente ha vuelto para rescatar un recuerdo. Un recuerdo que de niño se prometió no olvidar nunca. Lo ha buscado. Se lo ha contado. Se lo ha devuelto. Su mente, tan dañada, quiere devolverle su vida perdida y los recuerdos que hay en ella. Rodrigo está ensimismado. No oye. Su padre ha colgado. Le ha dicho que se va. Que es tarde. Que la abuela está preocupada, pero él no oye. Dentro de sus ruinas mentales, aún hay mucho que recomponer.

—La medianoche —susurra—... Es hoy —continúa. Abre los ojos carentes de vida. Están muertos en un punto. En ese momento que sus recuerdos han dejado para él—… 31 de octubre… —susurra mirando a la nada.

Eva lo mira sin entender qué le pasa. Su lengua raspa más que el esparto. Ya no tiene saliva, a decir verdad, pocos son los fluidos que le quedan a la pobre en el cuerpo.

—Rodrigo —Eva alza la voz—… ¿Qué pasa hoy? ¿Qué pasa si es 31?

El hombre no aparta la vista de la foto de su hija. Una foto de tamaño 30x40 cm que hay en el pasillo de cuando la niña cumplió cinco meses. Vestida con un peto blanco y unas zapatillas de esparto de tamaño mini.

—Hoy es 31 —balbucea Rodrigo de nuevo—… Es el Día de los Muertos.

XXXVI

Madrugada del jueves 30 al viernes 31 de octubre de 2014
Camino al piso de Dimas
Iván y Joana

La lluvia cae como polvo de agua. Las gotas son tan finas que el viento las mece a su antojo, a pesar de ser un viento débil, igual de débil que la fuerza con la que las nubes escupen desde arriba. El aspecto de Sevilla es más silencioso. Más tétrico de lo habitual. Algunos garitos han decidido celebrar Halloween; otros tantos han tomado la decisión final de suspenderlo a última hora. La ciudad es solidaria, y la búsqueda de la niña, su imagen mirando desde los taxis, desde las farolas, en los escaparates, su carita sonriendo desde cualquier rincón de Sevilla, tiene conmovida a la ciudad.

Joana e Iván van en el coche. Lorena se ha quedado en la jefatura, con Andrés. Deben preparar un comunicado. Están convencidos de que deberán darlo. Dar la cara, salir en la tele, dirigirse a Sevilla y a España entera. Este no puede ser otro caso más de esos que roban a un bebé así porque sí, y ya está. Un bebé indefenso que duerme, o que no duerme, pero que está en su casa, al cuidado de un adulto o de varios adultos. Un bebé que es robado. No puede ser un caso más de esos que nunca se resuelve. Un caso de secuestro o desaparición, donde nunca hay nada. Ni cuerpo. Ni persona. Nada. Nada más que un leve recuerdo de una leve existencia. Joana lleva la mente cargada de sensaciones. Las sensaciones que le provoca el dolor de la madre. Ella no sabe qué se siente al ser madre, pero lo intuye. La sensación que le provoca la mirada de Marcela. La mirada de Ramón. El dolor de esos padres. El dolor de ese hombre que fue niño, un niño al que no puede recordar porque aún duele más el recuerdo. La sensación que despierta en ella la opacidad de Iván. Su coraza. La sensación que le provoca saber qué hay debajo de esa coraza. Desde que trabajan juntos, no

puede dejar de pensar en él. En sus desaires, en sus críticas, en cómo la juzga, pero también en cómo la mira. Ella conoce esa mirada, es mujer, y él hay cosas que no puede, o, mejor dicho, que no sabe disimular.

Llevan el coche oficial. No han cogido el Alfa Romeo; no tiene sentido. A esta hora —más de medianoche— y con Sevilla bajo un manto de finas lágrimas ensangrentadas, pocos periodistas los van a perseguir. Aunque los hoteles de la ciudad tengan un plus de huéspedes, gracias (o por desgracia) al caso, debido a los periodistas desplazados.

Las farolas anaranjadas, la noche ensangrentada debido a esa luna acurrucada entre nubes rojizas, la fina lluvia y las telas de araña que cuelgan de algunas farolas, como parte de la decoración de Halloween, han dotado a Sevilla de un aspecto fantasmagórico.

Iván conduce. Como es habitual en él, no hace amago de iniciar una conversación; sin embargo, el debate interno que mantiene es visible al exterior. No puede evitarlo. Las muecas que hace a veces denotan que está hablando con él mismo. O con su subconsciente. O, como un día le dijo Joana, el debate interno que mantiene con el pobre hombre que se ha tragado. Porque Iván es un tipo al que es difícil acceder. Con el que no quieres conectar, a menos que seas Joana. Un tipo con el que tampoco te gusta trabajar demasiadas horas seguidas porque es endemoniadamente perfecto. Un tipo infinitamente petulante. Pero con unos brazos fuertes. Con unos ojos sencillos. Con un corazón indisciplinado y, sobre todo, un hombre que jamás se fijaría en alguien como Joana; o al menos, si lo hiciese, trataría de demostrar lo necesariamente contrario.

—¿Crees que sigue viva? —pregunta Joana, ahora que ha parado en el semáforo que hay justo en el cruce de la calle Eduardo Dato con avenida de la Buhaira.

El vehículo se ha parado por completo. A Iván le gusta activar el sistema de *start/stop*; Joana lo odia. Pero ahora que están en silencio, en las calles abandonadas de Sevilla, Con la humedad que hace necesario un poco de aire acondicionado para despejar el habitáculo del vaho y el polvo de agua dando toques casi inaudibles en el techo del coche, Joana se alegra de no estar escuchando el

sonido del motor. Ni siquiera eso. Así oye mejor cómo respira Iván, cómo le late el pecho. Incluso cómo piensa. Por unos momentos, la subinspectora cree que su jefe no se va a molestar en contestar. Pero el semáforo se pone en verde. Iván pisa el embrague y el coche arranca de nuevo. Mete primera.

—No lo sé —responde él finalmente, y se vuelve a quedar en silencio mientras el vehículo avanza…

Joana lo mira. Porque ella lo que de verdad quería es que su jefe le hubiese dicho que sí, que tranquila, que iban a devolverle esa niña a los padres y a Sevilla entera. Pero él no tiene esa respuesta en su mano. No puede confundir el deseo con la realidad, así es él, y por eso necesita de esa frescura que, a veces, le proporciona la inspectora Cruz, para que lo saque de esa oscuridad sempiterna en la que habita, aunque él, eso, jamás se lo va a decir a ella.

Müller gira hacia la avenida de la Buhaira y aparca. No lleva la luz de la sirena encendida. Sería alertar de forma innecesaria. En la oscura y lluviosa noche, un coche azul marino con letras blancas pasa un poco más desapercibido que si lleva un luminoso anunciando por dónde pasa. Al bajar del coche, pasa por su lado un grupo de chavales corriendo. Todos llevan máscara. Están disfrazados. Probablemente hayan bebido, y quizá también hayan consumido algo… hachís, coca… quizá solo eso. Con suerte solo eso; la edad probablemente oscile entre los 15 y los 19. Por desgracia, se enfrentan a eso todos los fines de semana. El fin de semana de los jóvenes comprende desde el jueves hasta el domingo, y el domingo siempre es el día de resurrección, como lo llaman ellos en comisaría. Ese día que vuelven en sí, tras 72 horas de fiesta.

»Pero creo que sí —continúa Iván al hilo de la conversación, ahora que el grupo de chavales ha pasado de largo—… Creo que aún está viva. Por eso estoy aquí. Necesito creer eso.

La subinspectora lo mira. Su mirada, su voz y todo en él incitan a abrazarlo. Pero él jamás se dejaría ver por dentro, así que cuando se siente vulnerable, hace como ahora. Carraspea. Mira hacia el frente. Acelera el paso y cambia el tono de la conversación.

»Vamos. Es aquí —señala con la barbilla el edificio que se alza ante ellos.

XXXVII

Madrugada del jueves 30 al viernes 31 de octubre de 2014
Calle Betis

Rodrigo se acerca a la puerta del recibidor. La misma puerta que el lunes encontró abierta. Sigue ido. En su mente ahora mismo debe haber un pozo de recuerdos sin catalogar. Recuerdos que están emergiendo del mismo. De la oscuridad de su mente. Ahora evoca momentos que se hallan en un pozo de paredes empedradas. Paredes llenas de diatomeas, que hacen de las vivencias infantiles una cascada gelatinosa que no consigue adherirse a ningún asidero de su mente. Que tratan de ascender, pero resbalan y vuelven a caer. Rodrigo es incapaz de conectarlos todos. Se sirve de las visiones para extraer pedazos de recuerdos. Recuerdos que están hechos trizas en su memoria desgarrada. Que están explotando como el cono de un volcán cuando la lava emerge, dejando toda su niñez reducida a cenizas.

«Rodrigo», le habla Eva, que va tras él por el pasillo.

Él no contesta. Ni la mira. Ella mira a Ramón. Ramón tiene el teléfono en la mano. Ha colgado hace un rato, y le ha dicho a Marcela que ya iba. Pero sabe que no puede irse. Ahora su hijo lo necesita más que cuando le daban miedo los truenos.

«Rodrigo…»

Pero él sigue sin reaccionar.

Abre la puerta. Sale al rellano. Baja las escaleras ante la atónita mirada de su mujer y su padre, y echa a correr. Corre para salir del edificio. Corre hacia el puente de Isabel II (el puente de Triana). Corre mientras llueve. Rodrigo corre, ahora de madrugada. Está empapado.

Roi tiene miedo. Las gotas de agua le caen por el flequillo. Es un niño, tiene solo seis años, pero también suficiente veneno en el cuerpo como para temerle a la lluvia. El corazón le galopa.

Rodrigo grita. Llama a su niña.

Roi jadea, escucha cómo gritan su nombre. Quiere esconderse, o lo van a matar.

Rodrigo corre porque van a matar a su hija.

El niño tiene miedo. Busca dónde esconderse. La lluvia lo empapa.

Rodrigo llama a su niña. Mira hacia arriba. Mire al punto infinitamente negro que mire, solo llueve para él.

Darren llama a Roi. La bruja lo persigue. Y el padre quiere encontrarlo antes que ella.

Rodrigo se seca la cara, apenas ve, pero sigue avanzando.

Roi tropieza. Está junto a una covacha. Se mete ahí. Su padre lo tapa con unas zarzas y sigue corriendo. La madre pasa cerca, pero no lo ve. Darren grita y Pilar sigue su voz para encontrar al pequeño demonio que debe entregar.

Rodrigo recuerda un nombre: Samhain. Ha venido a su mente, emergiendo del pozo de recuerdos enfangados. Samhain debe recibir algo a cambio. A cambio de Enya. ¿Quién es Enya? No lo

sabe, pero su nombre está ahí en la negrura más espesa de su memoria.

Roi tirita. Le castañetean los dientes. Espera un golpe porque oye pasos. Cerca, muy cerca, Justo al lado. Y de pronto, la voz de Darren. Llama de nuevo al niño. La mujer sigue la voz. Los pasos se alejan. Roi se ha meado encima.

Rodrigo está chorreando. La lluvia es fina, pero cala. Es chirimiri, como le dice Joan, un compañero gallego de la Facultad. Le duelen las piernas, pero debe seguir corriendo para encontrar a Triana. Dimas le dijo hace días que una mujer vestida con túnica aparecía y desaparecía por las ruinas. Rodrigo desoyó lo que le contó el muchacho, pensando que sería fruto de su mente tan divergente, pero ahora sabe que no. Que era verdad. Que la había visto, y era ella.

Roi sale de la covacha; le duele todo. Es la humedad, que no es buena para él.

Rodrigo sigue un instinto animal. Baja por detrás del puente, hasta el paseo de Nuestra Señora de la O. Corre junto al río. El chapoteo leve de las diminutas gotas que acrecientan el caudal del río pobremente no deja de repiquetear en sus oídos. Pluf, pluf, pluf, pluf… de forma muy continua, casi como si se extendiese una fina manta.

Roi baja por el camino forestal. Su padre se dirige a la finca. A lo lejos ve a su madre. Él cree entonces que Darren la persigue a ella, pero Darren solo se está asegurando de que la bruja vuelva sin el niño.

Rodrigo oye las voces de su padre, gritando por Triana, pero él está bajo el puente. Su mujer y su padre, empapados, cerca del mercado. No lo van a encontrar. Rodrigo sigue adelante, rescatando de los recuerdos una imagen. Una puerta. Un arco de piedra. El callejón de la Inquisición. Cruza la calle de Nuestra Señora de la O. La leyenda. Un foso tapado con piedras por un derrumbe. Un subsuelo. ¿Dónde está? El subconsciente le dice que no pare. Que encontrará a la niña. Que el río se la ha tragado, pero que no está muerta. No, todavía no. Oye una campanada. La 1:00 de la madrugada. Los juncos de los márgenes del río se mecen al son del viento que arrastra la lluvia regada de luna ensangrentada. Hay un garito con la típica música de Halloween. La ciudad ha decidido adelantar la celebración a la madrugada del 30 al 31. Las fuertes lluvias que se esperan para la noche de los muertos y que han puesto en alerta a la capital, han obligado a los empresarios de la noche sevillana a organizar el evento un día antes. Ahora sí, ahora Rodrigo ha viajado en el tiempo; está tan sugestionado que se ve tan capaz como uno de esos héroes medievales que, en mitad de una epidemia de peste o cólera, salva la vida para poder ayudar a su primogénita. Al único ser hecho de su carne. Tiene que salvarla a ella, porque no pudo salvar a Roi. Ni a Guillermo. Se lo debe a ellos: a su hermano muerto y al niño que él dejó morir hace años. Esa es la única forma de traerlos de vuelta; no se los traerá nadie, ningún dios de los muertos, solo él. Solo encontrando a su niña viva, podrá enterrar su pasado.

El callejón de la Inquisición impone en mitad de la madrugada un 31 de octubre, con la lluvia repiqueteando en el río y el viento soplando entre los juncos cercanos. Ahora sí le da miedo. Ahora sí oye las cadenas de los reos. Las súplicas de las brujas. Los llantos de los niños. La voz de los inquisidores. La palabra de la iglesia. La muerte en cada una de las piedras. Rodrigo las tienta a todas. Una de ellas se mueve. «Es esta». Araña la pared. Se rompe las uñas. Le sangran los dedos. Sigue. La piedra cede. Nota el frío. El frío le da en la cara. El hálito subterráneo lo golpea en la boca. La pestilencia de las celdas enfangadas. Las celdas medievales, donde se han mezclado durante siglos el olor a muerte y herrumbre. Un olor que

arriba no llega, donde siguió floreciendo la vida, y solo huele a incienso y azahar.

Roi tiembla. Se acuesta y se acurruca. Oye golpes. Se tapa los oídos. La humedad entre las piernas le escuece los muslos. Tiene frío y miedo, pero no puede hablar. Ni llorar. Ni moverse.

Rodrigo empuja la piedra que cae hacia dentro. Y la siguiente también. Tira hacia él y caen las siguientes hacia fuera, junto a sus pies. Ahora cabe su cuerpo, apoya las manos y se alza sobre los pies. Un instinto. La llamada de la sangre que le dice que entre. Que es ahí. Rodrigo repta por la oquedad de apenas 90 cm. Primero los brazos y la cabeza. Luego el torso. Los glúteos. Las piernas. Como si la pared estuviese pariendo al hijo que le quitaron a Pilar.

Roi está en el desván. Tiene mucho miedo. Sed. Hambre. Quiere a su madre. Se ha meado otra vez, y si su padre se entera, lo va a matar.

Rodrigo ha saltado más de un metro y medio. Huele a moho. Huele a las entrañas de la tierra. Al fangal del río. Allí dentro no llueve, pero la gota continuada erosionando el subsuelo irrumpe en su mente. ¿Dónde está? ¿En qué parte del castillo? Ahora le gustaría tener la mente privilegiada de su pupilo Dimas. El chaval viene a su mente como una aparición mariana. Dimas se sabe el plano de memoria; si estuviese allí, lo guiaría. No hay referentes. Solo oscuridad. Ecos lejanos que trae el río. El tintineo de las gotas que se filtran a través de las paredes de piedra. Piedras con siglos de historia. Piedras celadoras que han visto pasar inertes la vida y la muerte. La vida y la muerte. La vida y la muerte… Rodrigo avanza. No tiene luz y la poca luna que entra por la oquedad se va disipando a medida que avanza. El suelo resbala. El moho que se ha adherido al suelo con el paso de los siglos lo ha convertido en una pista de

babas. Un suelo mucilaginoso que lo amenaza con derribarlo a cada paso. Decide agacharse y gatear, aunque el mero hecho de tener contacto con las manos sobre ese material viscoso que desprende olor a tierra muerta le haga querer vomitar las vísceras a cada centímetro.

Rodrigo aguza el oído.

Roi se tapa los oídos en el desván. Está acostumbrado a oír a las polillas. Tiene el oído más agudo del reino animal. Porque Roi es un pequeño animal.

Rodrigo oye un gemido. Un leve gemido. Tan leve que para el resto de los humanos sería inaudible. Pero no para él, que desarrolló desde niño esa capacidad para poder sobrevivir. Se guía por el sonido. No sabe dónde está. Qué parte del castillo es esa, pero está seguro de que son cárceles. Eso sí. Lo sabe por los grilletes emparedados que ha visto. Las cadenas herrumbrosas y oxidadas con las que se ha topado al gatear. Rodrigo piensa mientras avanza que, por suerte, allí no hay luz. Que los reos de la Edad Media debían agradecer tener solo unos candiles para alumbrarse; de haber visto lo que él cree que hay ahí abajo, seguro que hubiesen muerto antes de llegar al tribunal a que les leyeran el auto de fe.

Se guía por el sonido. Un leve gemido. Muy leve. Tan leve que podría ser una respiración forzada. Sigue gateando y a lo lejos distingue una forma. Algo oscuro. No es una piedra. Es algo de cantos más redondeados. Las pupilas se le han dilatado; ahora sí, enfoca mejor que antes. Distingue movimiento. Un leve vaivén. Una respiración. ¡Una persona!

Roi distingue a lo lejos un cuerpo inerte patas arriba. No se mueve. Está asustado. Es una cucaracha que horas antes campaba a sus anchas por su escuálido cuerpo. Cree que su madre lo está protegiendo de Darren, pero es ella quien lo encerró para matar al padre a sus anchas. Ella puso el candado

para que Roi no escapara. Ella lo metió en el desván. Ella envenenó a Darren para convertirlo en una bestia con la que luchar. Ella le sacó el corazón mientras estaba drogado, aunque vivo, dejando las arterias a la vista, escupiendo la sangre en convulsiones mortales, también le dio un tiro aunque, sin corazón, no tenía forma de seguir vivo. Y fue ella también la que hirió el alma de su niño para siempre.

Rodrigo repta. La viscosa sustancia mucilaginosa se adhiere a las palmas de sus manos. Repta como si fuera una lombriz por el subsuelo. Se arrastra con los codos. Llega a una reja. El suelo en esa parte no está empantanado. Ahí se sostiene en pie. No resbala. Camina, aunque lentamente. La sombra, que antes era algo parecido a un jergón medieval, ahora se adivina como un cuerpo inerte. Pero inerte del todo, no. Muerto no, porque respiraba hace 10 minutos. Abre los ojos tratando de disipar la oscuridad, pero sigue sin distinguir. Las piernas le tiemblan. Los dientes le castañetean. Y de pronto, al avanzar un poco más, deja de ver la pared que le tapa la visión del lado izquierdo. Ahora se abre ante él una gran sala, que sería palaciega, si no fuese por el moho, la pestilencia, la herrumbre, la humedad, las ratas y todo lo odiosamente medieval que allí confluye. Ahora ve un titilar. Desde ese ángulo, la visión es algo más nítida. Se observa como un candil, que parece soplado levemente por una brisa improvisada y baila al son del clima subterráneo. Ahora distingue la silueta. Parece un hombre. Está engrillado por el tobillo a la pared. Las manos atadas a la espalda. Boca abajo. La cabeza tapada con una capucha.

«Mierda», musita Rodrigo. Se acerca con sumo cuidado. Se arrodilla junto a él. No puede jugársela; si ese hombre grita, quien sea que lo haya secuestrado vendrá también a por él, y las posibilidades para ambos se minimizarán. Quedarán relegadas a un porcentaje inferior a la mitad. Rodrigo pone una mano encima de su espalda. Con mucho cuidado le retira la capucha. La cabeza está ladeada al contrario de Rodrigo, y solo aprecia en la oscuridad el pelo corto. Le toca la cara a la vez que le susurra:

—Tranquilo. He venido a ayudarte.

El tono que emplea es casi imperceptible, pero el chico lo oye. Y no solo lo oye. Además, lo reconoce. Dimas levanta la cabeza en una postura que simula a la de una tortuga saliendo del caparazón y la alza por encima de los omóplatos. El chico tiene la boca tapada con una cinta.

—Mmm —es el único sonido que puede emitir.

—¡Dimas! —lo reconoce el profesor, que se acelera aún más— Shhh. Te voy a quitar la cinta. No hables —le hace un gesto con el dedo índice en los labios.

La despega poco a poco, con mucho cuidado para no hacerle daño.

»¿Qué haces aquí? ¡Dimas! ¿Quién…?

Y cuando le iba a preguntar quién le había hecho eso… eso de atarlo como una bestia, deja la frase en suspenso. Él sabía quién. Solo ella era capaz de eso, de tanto.

XXXVIII

Madrugada del jueves 30 al viernes 31 de octubre de 2014
Avenida de la Buhaira. Piso de Dimas

Cuando Joana e Iván llegan al piso de Dimas a altas horas de la madrugada, les recibe una madre con el rostro desangelado. Ellos se presentan: «Inspectores de la brigada de homicidios». A Carmen le da un vahído. Se estremece. Joana se percata.

—Tranquila, disculpe por la hora y la presentación; quizá no ha sido apropiada. Estamos investigando la desaparición de Triana.

La mujer se recompone un poco. Aún sufre latigazos en el pecho. La súbita e inesperada reacción de su cuerpo a tan desafortunada frase había provocado que la pobre Carmen de pronto ya se hubiese visto reconociendo el cadáver de Dimas. Respiró un poco ante la aclaración de la subinspectora.

—Lo siento —se disculpa la mujer—… he pensado que…

—No, no. no… Lo siento yo —la interrumpe Müller—. Hemos venido a hablar con usted y la verdad es que es un asunto urgente, y… Quizá no he medido las palabras, y tampoco he pensado en lo que podrían suponerle.

—No pasa nada… ¿Qué asunto urgente? Pasen —les indica Carmen, apartándose a un lado del recibidor.

Pasan los tres y llegan a una pequeña sala de estar, que está casi pegada al recibidor. El piso es muy modesto, de 50 m². Pero para una madre y un hijo, son suficientes. En la Buhaira, más metros equivalen a una suma imposible de afrontar, teniendo en cuenta el sueldo de asistente social, y lo poco que aporta Dimas de sus becas y su grado de minusvalía, algo que no les llega ni para las facturas de luz y agua.

»Siéntense, por favor.

—No, señora, no se preocupe. Solo queremos hacerle unas preguntas.

—Mi hijo ha desaparecido —dice ella con celeridad.

—Sí, lo sabemos —responde Müller—. Hemos venido por la denuncia que ha interpuesto… bueno, por la denuncia exactamente no…

—Por lo que le ha contado al comisario —aclara Joana.

—¿Por lo que le he contado al comisario? Él lo apuntó todo en la denuncia.

—No, ese no era el comisario; nos referimos al hombre con el que habló después.

—Ah, sí. El del bigote canoso.

Iván y Joana se miran con una mueca de asentimiento.

—Ese —asevera el inspector.

—Vamos a ir al grano. Usted le contó que no estaba segura de si su hijo podía tener algo que ver con el secuestro, vamos a llamarlo ya por su nombre, de la niña. Verá… su hijo ha desaparecido, en principio, de forma voluntaria, al igual que de forma voluntaria no lleva encima ningún dispositivo de rastreo. No ha usado el coche y se marcha en plena noche.

La mujer asiente con los ojos encharcados.

—Mi hijo tiene una condición…

—Lo sabemos —interviene Joana—, pero no debe preocuparse por nada.

—Él llevaba un tiempo raro. Unos meses. Desde que se metió con este hombre, con Rodrigo, en lo de la tesis, ese asunto se volvió para él el centro de su vida, todo giraba en torno a esas ruinas, a ese plano, a esa mujer…

—¿Qué mujer? —la interrumpe Müller.

—Una mujer con túnica que, según él, aparecía y desaparecía en las ruinas del castillo. Me dijo que una vez se lo contó a Rodrigo, pero que no le hizo caso, y él tampoco sabe explicarse bien cuando hay algún tipo de sentimiento en juego. Así que, por lo que creo, mi hijo estuvo indagando solo, sin contar con el profesor. Pero es ese hombre quien le ha metido todo esto en la cabeza. Lo de las galerías, lo de las puertas secretas… lo de… bueno, lo de la Inquisición y todo eso. Mi hijo estaba obsesionado. Y ese hombre… a mí me da que no está muy cuerdo.

Iván y Joana se miran una vez más.

Ambos tienen la certeza de que ahí está la clave. En esas ruinas que yacen bajo el mercado. Ellos están seguros de que Dimas sabía más de lo que contó. O eso, o es tan sumamente inteligente que ha sabido ver lo que pasa antes que nadie.

—¿Tiene alguna idea…? —pregunta Müller— Bueno, es una pregunta un poco absurda la que le voy a formular, pero necesito que se concentre. Que piense. ¿Dónde ha podido ir su hijo?

La mujer dice que no con la cabeza. Bufa. Se le escapan lágrimas.

—No lo sé.

—Es importante, señora. Intente recordar.

Ella vuelve a negar con la cabeza.

—Él nunca había hecho esto. Desde que su padre nos abandonó cuando él tenía 12 años, hemos estado muy unidos. Mi hijo nunca se hubiese ido sin decirme nada, o yo al menos así lo creo.

—Y entonces, si tan bien lo conoce, ¿cómo puede dudar de su hijo sobre si él tiene algo que ver con esa niña, con su secuestro? —pregunta Joana.

Carmen baja la vista. La pregunta de Joana le ha entristecido aún más, si cabe. Traga saliva. Y entonces alza la cara y contesta a la subinspectora:

—Mi hijo… es extremadamente sensible. Es especial. Es incapaz de hacer daño, pero también sé que es incapaz de expresar ningún tipo de emociones. No sabe cómo se expresa el amor o el miedo. Lo siente, pero no lo expresa. Hace un mes o así el profesor lo invitó a su piso para ver unos planos, los planos que luego se convertirían en su obsesión. Esa noche, cuando estábamos cenando, me habló de la niña. De lo bonita que era. De lo que había sentido al verla… Mi hijo nunca se había expresado así. Realmente, me di cuenta de que había sentido ese amor. Yo, que lo conozco tan bien, le pregunté cómo es que esa niña le había gustado tanto. «Es muy bonita», me dijo, «y si alguna vez estuviese en peligro, yo haría lo que fuese por ella…». Eso me dijo —solloza la mujer—. Es como si él supiera que iba a estar en peligro. Por eso… no dudo de él, pero ha sido todo tan

premonitorio que… lo siento —dice la mujer mientras se seca las lágrimas.

—Su hijo es un buen chaval —la consuela Müller.

—Carmen, mi jefe es detector de buenas almas… lee mentes y estudia cuerpos. Si él le ha dicho eso, es porque de verdad lo cree.

El inspector le hace a Joana una mueca arrugando el labio. Ella, que ya lo conoce, lo acepta como un cumplido.

La lluvia acrecienta su fuerza. El repiqueteo aumenta en intensidad. Los dos policías tienen la sensación de no haber conseguido mucho. Que el viaje al piso de Dimas, aparte de para que Iván haga de psicólogo con Carmen, no ha servido para mucho más.

—Nos marchamos, Carmen. Gracias por su colaboración. La mantendremos informada —le dicen a la mujer y se despiden. Se giran y se dan la vuelta para marcharse. Ella se queda atrás, pero hace el amago de avanzar para abrir la puerta—. Tranquila, nosotros abrimos. Cierre con llave y cualquier cosa nos llama.

«La llave», piensa Carmen.

—La llave —dice de repente, como si el pensamiento que necesitaba tener la hubiese visitado.

—¿La llave? —pregunta Iván— ¿Qué llave?

—La llave del museo. Mi hijo tiene una llave del cajetín de códigos para abrir el museo del castillo en las ruinas del mercado.

La mujer avanza y pasa entre ellos, empujando a los policías —el metro de ancho del recibidor no da para tres —se dirige al mueble con espejo junto al que tiene un perchero para llaves.

—¡No está! —dice colérica— ¡No está la llave! Siempre la deja ahí. Es muy metódico. Si no está la llave, es porque él está allí.

XXXIX

Madrugada del jueves 30 al viernes 31 de octubre de 2014
Plaza del Altozano, junto al mercado de Triana
Eva y Ramón

La mujer llora desconsolada. Da vueltas en círculo mientras se empapa de chirimiri. La luna rojiza y casi llena invita a tener miedo, pero Eva teme otra cosa. Un miedo pegado a los huesos que no se le va. Ahora también cree haber perdido a su marido. Lo busca por Triana, a voces. Es la segunda vez en cinco días que corre bajo la lluvia buscando a una parte de ella: el lunes a Triana y hoy a Rodrigo. Su alma gemela; su mitad. El hombre que le ha dado la familia que Eva nunca había tenido. La angustia le ocupa la mayor parte del cuerpo. Ramón, a su lado, se lamenta.

—Nunca debimos haberlo hecho. Nunca debimos quedarnos con él…

—¡Ramón! Ni se te ocurra pensarlo, has sido el mejor padre del mundo.

—Pero lo privamos del derecho a saber de su vida. La madre lo buscó, Eva. La madre nunca ha dejado de buscarlo.

—¡La madre es una asesina! —le grita la mujer.

Ramón no consigue parar las lágrimas que están rebosando de sus ojos. Se mezclan con el agua que cae por su frente. El hombre ya es mayor, y se culpa de lo que está pasando. Eva lo sabe. No entiende bien por qué siente ese recelo hacia ella. Esa mujer que lleva la misma sangre que su Triana es un demonio. Es una asesina. Eva se enfurece y le grita a la luna. «¡Devuélveme a mi hija!» Eva cae al suelo de rodillas, fruto de la desesperación.

Las calles de Triana están vacías. Es de madrugada. La lluvia invita a quedarse en casa. A lo lejos, el eco de las voces de algunos jóvenes atrevidos, ajenos al dolor de esos padres, disfruta en algún garito, que probablemente está en los márgenes del río, de la

celebración de la noche de Halloween. Ramón, que ha visto arrodillarse a su nuera, comprende que debe tomar el control de la situación; ya habrá tiempo para cambiar el marcapasos, que ya no le sirve. Ya habrá tiempo para pedir perdón. Para llorar. Para lamentarse. Ahora debe tomar las riendas. Tirar de Eva. Encontrar a Rodrigo y tratar de volver a ver sonreír a su nieta.

Se agacha y toma la mano de la mujer.

—Levanta, Eva.

Ella mira hacia arriba. La única visión que tiene es una frente arrugada. Unos ojos pequeños y ajados. Una mano anciana con manchas y arrugas, con la evidente muestra que el tiempo deja en los cuerpos humanos. Ramón la mira. Ella toma su mano y se levanta. Quedan frente a frente. Mientras llueve. En la plaza del Altozano, y es entonces cuando su mente rebobina hasta llegar al lunes. A las 18:30. A ese momento, mientras corría y llevaba las semillas de muérdago en la mano.

—Ella —musita mientras mira a Ramón—… Estaba aquí —continúa—. ¡Ramón, ella estaba aquí! Y cogió las semillas, y yo se las di. ¡Era ella!

—Tranquila, Eva. Tranquila. ¿Quién era? ¿Dónde estaba? ¿Qué quieres decir? ¿Has recordado algo?

—La vieja, Ramón. La vieja. El día que se llevaron a la niña, cuando la buscaba, ella estaba aquí. Aquí —asevera, pisoteando el suelo encharcado.

—¿Estás segura?

—Sí… pero ya no tenía a mi niña —le dice sollozando—. Estaba sola… me cogió la mano —dice la mujer mientras se limpia la mano con rabia, en el pantalón empapado—… ¡Ramón! ¿¡Y si la tiró al río!? ¡Ramón…!

Ambos están solos en mitad de la plaza del Altozano. El repiqueteo de la lluvia, el viento que sopla a ratos y la lejana música del garito que celebra Halloween, son los únicos sonidos que amenizan el dolor del abuelo y del padre. De la madre y la esposa. El abuelo mira a un lado y otro. En su mente le está pidiendo a su Gran Poder que le dé una señal. Que le diga qué debe hacer.

—¡Vamos al mercado! —le dice el hombre muy convencido a Eva.

—¿El Mercado? —le pregunta Eva, desconcertada—. Está cerrado, ahí no hay nadie.

—Por eso —asevera el suegro—. Pero habrá vigilantes, y hay cámaras.

Eva corre hacia el mercado. Su suegro la sigue a duras penas. El hombre está agotado. Su corazón le ha jugado muy malas pasadas en los últimos años… y en esta última semana, ya no ha podido aguantar más.

Eva baja los escalones hasta la verja del mercado, que está a un nivel diferente al resto de la calle. Frente a la verja hay una farola de tres luces anaranjadas, que ahora solo es capaz de alumbrar la cortina de lágrimas que están derramando las nubes ensangrentadas que hay sobre Sevilla.

Eva se agarra como si estuviese a punto de saltar en la ermita del Rocío para coger a la Virgen.

—¿Hay alguien? —grita la mujer desesperada, meciendo la reja de dentro hacia fuera— ¡Abridme! —continúa gritando como una loca.

Ramón ha llegado hasta ella. El hombre está chorreando. La agarra por el brazo mientras ella zarandea la verja.

—Para, Eva. Para. Así no.

El hombre trata de conseguir que suelte las rejas. Ella tiene asidas las manos con tal fuerza que tiene los dedos blancos. Ya no le queda sangre.

Desde dentro comienzan a divisar una luz. Va y viene. Alumbra con más intensidad.

—¡Vamos! Lárguense de aquí si no quieren que llame a la policía —grita desde dentro uno de los vigilantes que esta noche hace guardia.

—Perdona. Estamos buscando a mi hijo —contesta Ramón alzando la voz.

—Aquí no hay nadie —contesta el otro vigilante mientras la luz de la linterna se engrandece ante la verja. Sin duda, los vigilantes están cerca.

—Necesitamos entrar… por favor —solloza Eva. Saca fuerzas de las tripas, porque ya no le quedan…

La fina lluvia golpea la acera. La farola de tres luces que hay frente a la puerta ilumina la cortina anaranjada que espolvorea agua sobre Triana mecida al viento, emulando los nardos de la Esperanza.

—¡Por favor…! —implora el abuelo mirando hacia la espesa negrura ensangrentada que sirve de cúpula a sus cabezas.

Los vigilantes se acercan. Alumbran con las linternas. Dentro tienen las luces de emergencia.

—Buenas noches —dice uno de ellos al acercarse. Se ha dado cuenta de que no son unos críos en la noche de Halloween queriendo darles un susto—. ¿Y dice que se ha perdido su hijo? —dice el vigilante mirando a la madre.

—El mío —aclara el abuelo…

—Yo soy la madre de Triana —continúa Eva.

Los vigilantes se miran. La confusión del momento es obvia.

»Mi marido… bueno, hace unos 15 o 20 minutos mi marido salió corriendo. Estamos mal. Desde el lunes que se llevaron a nuestra niña… Solo queremos saber si han visto algo o lo han oído. Íbamos tras él, y le hemos perdido la pista aquí. Llegando al mercado.

—¿Han mirado en el paseo? —le pregunta el otro vigilante.

—¿En el paseo?

—Sí. Por abajo. Tal vez haya bajado.

Eva mira a Ramón. Por un momento piensa en la posibilidad del río. ¿Y si…? No. Él no lo haría. Eva traga saliva. Trata de aclarar la mente.

—Necesitamos entrar —interviene el abuelo—. Llama a la policía o a quien quieras, pero tenemos que entrar. Estoy seguro de que aquí, en algún lugar, está mi nieta.

Uno de los vigilantes no duda ni un segundo. Sujeta la linterna con la barbilla y se alumbra un manojo de llaves que le cuelgan del cinturón.

—¿Qué haces? ¿Estás loco? —le dice el compañero, intentando evitar que saque las llaves y abra el candado.

El vigilante que no quiere abrir le sujeta la mano al compañero, mostrándole su desaprobación. Niega con la cabeza. Chista y susurra:

»No podemos abrir.

—¿No has visto las noticias? Es la madre de la chiquilla que han secuestrado —argumenta el otro.

El vigilante, que no quería abrir, ahora accede. El abuelo suspira.

—Mi hijo es profesor de la US, de historia. Últimamente pasaba mucho tiempo aquí abajo, en las ruinas; no sé qué buscaba exactamente. Por eso pienso que ha podido venir aquí. Ha salido corriendo. Hace cinco días que no vivimos.

Uno de los vigilantes, el que está abriendo el candado de la cancela principal del mercado, recuerda algo.

—Anoche en la guardia —comienza recordando mientras quita las cadenas y le da vueltas para sacarlas y abrir—… oímos ruidos aquí. Sergio y yo estábamos solos, y creímos que podían ser los chavales con el preludio de la noche de los muertos, queriendo darnos un susto. Pero luego, a la mañana siguiente, vimos el plano, un plano que antes no estaba…

A Eva se le eriza la médula espinal.

—¿Cómo que un plano? ¿Cómo era? —la mujer se agita.

—Era un plano muy antiguo. Parecía que se iba a desguazar nada más tocarlo. Nos pareció significativo que estuviese allí. Estaba fechado en 1625 y con el sello de la US…

—¿¡El sello de la universidad!? —espeta Eva al tiempo que se cuela en el mercado cuando el vigilante acaba de quitar la cadena y abrir la verja— ¿Dónde está?

—Bueno —se le tropiezan las palabras al vigilante—… Lo entregamos en la oficina de turismo, porque no sabíamos de quién era, ni por qué estaba ahí…

—¿Ahí, dónde? ¿En qué parte estaba?

—Allí —señala el vigilante con la barbilla y la linterna—. Junto a la pasarela. Cerca de los cristales del museo.

El abuelo está sintiendo cómo el pecho le hierve. Se pellizca el marcapasos a través de los pliegues de carne.

—Ve, Eva. Ve con ellos.

—Rodrigo anoche no estuvo aquí —piensa pronto la mujer—… Pero ese plano —Eva respira acelerada—… ¡Ese plano lo tenía Dimas!

Ramón se sienta al amparo de la noche, ha dejado que su cuerpo le falle, ya no puede más. Eva corre con los vigilantes hacia la pasarela de las ruinas.

XL

Madrugada del jueves 30 al viernes 31 de octubre de 2014
Camino de Triana
Joana y Müller

Sevilla parece haberse parado. Parece guardar luto por los muertos. Un coche oficial de la Policía Nacional circula en dirección a Triana. En la puerta del mercado, un hombre, al amparo de la marquesina de entrada, trata de respirar al ritmo de un marcapasos que hace unas horas que no está marcando el ritmo como debiera. A su lado, un teléfono. Al otro lado del auricular, una mujer, Marcela, que siempre responde con las mismas palabras: «Ha llamado al…».

Ramón está entre la realidad y el sueño. Entre la vida y la muerte. Entre la luz y las tinieblas. Su nuera no se ha percatado de la cara blanca, del sudor confundido con gotas de agua. Del temblor que sufren sus extremidades superiores, y las inferiores también. Eva está enajenada, porque ella también está entre dos mundos: el de las pesadillas reales y el de los sueños, pero es el primero el que gana la partida en su mente; y como Ramón, ella también está entre la vida y la muerte. Su suegro, incapaz de ser sostenido por las piernas, se ha ido resbalando por la pared hasta sentarse en uno de los escalones que conforman la acera y que escoltan la entrada por la puerta principal. Ahora está ahí. Con la sien apoyada en los muros de piedra que están siendo testigos mudos de la desesperación de un abuelo moribundo.

Joana y Müller van en el coche que se dirige a Triana. Iván se muerde las uñas. Hace mucho tiempo que no lo hace, pero ahora no puede evitarlo. Sabe que es cuestión de horas, o de minutos… o quizá ya sea tarde. Su compañera va al lado completamente inerte. Mojada. El ambiente del habitáculo del vehículo es húmedo, porque a pesar de ser finales de octubre, la noche está templada. La lluvia ha traído consigo un ascenso térmico. La subinspectora no quiere

dejar nada al azar. Ella no para de darle vueltas a la desaparición de Dimas.

—Iván. ¿Crees que el chaval tiene algo que ver?

El silencio es el protagonista. Joana lo mira. Él acaba de frenar en el semáforo en rojo que hay al pasar por la plaza de España.

»Iván —vuelve a hablar la subinspectora Cruz—. Iván, no pares. Sigue.

El inspector mira a un lado y otro. Mete primera y avanza con cuidado. Ha encendido la señal V1 (luz azul de emergencia).

—Llama a Andrés, dile que manden más unidades al mercado —le dice él con la voz más segura que nunca. Ahora el jefe ha tomado el control.

Joana lo mira. Está desconcertada. Su jefe no le ha dicho lo que piensa, pero sabe que él tiene claro lo que está pasando, al menos una parte de lo que está pasando. Desbloquea el móvil y llama al comisario. En la Jefatura Superior de Policía de Sevilla, no es habitual ver la luz de la oficina del comisario encendida a altas horas de la madrugada. Pocos casos lo han requerido, aunque los ha habido; por desgracia, siempre hay algún caso que sea capaz de desnudar el sueño de más de uno y más de una. No le ha extrañado ver en la pantalla del móvil «Cruz llamando», porque el comisario los llamaba a todos por el apellido, menos a Lorena. A ella siempre la había llamado Lorena.

—¿Qué tenemos? —le responde de inmediato al descolgar.

—Envía más unidades a Triana, al mercado.

—¿Al mercado? ¿Qué os ha dicho la madre?

Joana suspira.

—En realidad, no mucho. Pero las llaves de Dimas, las que abren el armario donde están los códigos de las puertas del museo del castillo, no están. Ella dice que siempre las deja en el mismo lugar, que es muy metódico y que, si no están las llaves, es porque él a propósito se las ha llevado —mira a Müller antes de decir la siguiente frase—. Iván piensa que ha ido allí.

—Piensa… ¿Y si no?

Hay un silencio inclemente que se percibe como una duda. Como una desconfianza por parte del comisario. Ese mismo silencio, en la

mente de Iván, es un dolor, un miedo voraz a equivocarse de nuevo, aunque para Joana solo es una duda razonable, que desearía que no existiera.

—Iván —se escucha al otro lado—… Hemos preparado para mañana una rueda de prensa. Nos la están pidiendo, se nos echan encima. Interior no nos ha dado margen. La UME, la Guardia Civil, la policía… esa niña no puede haberse esfumado del mapa. No ha salido de Sevilla… y…

—No ha salido de Triana —asegura Iván—… Esa chiquilla no ha salido de Triana. De una manera u otra, se la ha tragado el río…

Todos contienen la respiración.

»Y yo la voy a sacar —concluye.

En el *walkie* modelo TETRA que llevan los policías, hablan sobre un aviso: «Varón. De unos 70 años. Está inconsciente en la puerta de entrada al mercado de Triana. Solo».

Iván acelera. Mira a Joana. Ella baja un poco la ventanilla y suspira.

—Andrés, cinco minutos y llegamos. Que rodeen por la calle Callao y el paseo de San Jorge. Joana tratará de entrar por la puerta principal del puente. Yo bajaré y rodearé por Nuestra Señora de la O. Avisa a todos.

El comisario cuelga. De nuevo, el habitáculo solo escucha las voces de Iván y Joana. Un inspector que ya se ha llevado este asunto a un terreno personal, y una acompañante que, sin duda, se lo había llevado desde el principio. Desde el principio del caso, y desde que forma pareja laboral con Müller.

—Iván —le dice ella en voz baja, cuando van subiendo por el paseo de Colón—. Vamos a encontrarla.

Él asiente. Ni siquiera la mira. Su mirada ahora mismo está emborronada. Las luces del puente las ve con destellos. La persistente llovizna que escupe el cielo de Sevilla, unido a la secreción de sus ojos, consigue que la vista, a lo lejos, sea distorsionada.

Aparca el coche oficial en el puente. Deja las luces V1 puestas y ambos echan a correr.

La farola de tres luces que preside la puerta del mercado continúa ajena al dolor palpitante de los que se están congregando. Al llegar, una pareja disfrazada de vampiros los espera. Ellos creen que los agentes han venido por su llamada al 911, pero lo cierto es que ellos ya estaban de camino.

—¿Qué ha pasado? —se aproxima Joana a los chavales.

—Pasábamos por aquí —contesta la chica— y hemos visto a este hombre tirado en el suelo. Había un teléfono junto a él. Este —se lo saca de la capa de vampiresa y se lo tiende a Müller, que se ha incorporado a la escena.

—Tiene pulso, pero muy despacio, y no responde —aclara el chico disfrazado de vampiro…

—¡Iván, es el abuelo de la niña! —le dice Joana, precipitada, que lo ha reconocido.

—Mierda —contesta Müller—. Pide una ambulancia.

—La hemos pedido ya, pero habéis llegado antes vosotros —comentan los chicos.

Iván los mira. Ahora mismo está pensando que quién coño sale con semejantes pintas a recorrer Sevilla, con la que está cayendo… Pero luego recuerda que él también fue joven, y su mirada se torna algo más condescendiente.

—Gracias, podéis continuar —apostilla el inspector. Agradecido, aunque no quiere aparentarlo.

Los chavales se alejan, orgullosos de la gesta que acaban de acometer. Probablemente ellos no sepan quién es ese hombre, qué hace allí tirado, y la historia tan brutal que hay tras esos ojos que ahora mismo permanecen secuestrados por la negrura indulgente del dolor.

—La verja, Iván, está abierta.

El inspector la mira. Saca el móvil y enciende la linterna; alumbra el interior. No ve nada.

—Aquí deben estar los de seguridad, y estoy seguro de que Ramón no ha venido solo. Iré por abajo, Joana. En cuanto llegue el refuerzo, que rodeen el mercado en todos los márgenes, y que baje alguien más por el río.

Ella asiente mientras usa su cuerpo para dar calor al abuelo a la espera de la ambulancia. Si no llega pronto, el hombre no aguantará.

XLI

Madrugada del jueves 30 al viernes 31 de octubre de 2014
Ruinas del castillo
Rodrigo y Dimas

El pestilente y tétrico escenario le ha costado algún vómito a Dimas. Vómito que se ha adherido a la capucha de la sudadera gris.

—¿Qué coño es esto? ¿Qué haces aquí? —le pregunta el profesor en un susurro casi imposible de escuchar.

—He encontrado las cárceles —acierta a decir Dimas, un comentario del todo fuera de lugar, sobre todo teniendo en cuenta que lo han envenenado, engrilletado y maniatado hace, como mínimo, 20 horas.

—¿Por qué estás aquí? ¿Cuántos hay?

—He venido a buscar la entrada que hay en el plano. Yo vi a una mujer por aquí, sabía que tenía que estar abajo y que había entrado por algún sitio… No podía quedarme de brazos cruzados. Esa mujer es la misma a la que vi hablando con Eva el día que se llevaron a la niña…

Rodrigo suspira.

> Roi le dice a su madre que la leche amarga. Pero ella le dice que se la beba toda, que así no volverá a tener fiebre, ni le dolerán las piernas, pero él no sabía qué era la fiebre, solo que era algo que estaba en la frente.

Rodrigo tienta a Dimas. La humedad y el aliento de la muerte de las brujas están invadiendo su mente hasta el punto de sentir una mortaja invisible de mohos y diatomeas adentrarse en su garganta.

—¡Vete! Corre al otro lado —apremia Dimas—; creo que ella tiene allí a tu niña. Anoche oí un balbuceo, o me pareció a mí… pero no podía moverme, estaba paralizado. No sé si estaba soñando o si fue verdad…

—¿La has oído más? ¿Cuándo fue eso? —pregunta agitado el padre.

Dimas baja la cabeza, que emula a una tortuga. La mantiene con los músculos del cuello para que sus fosas nasales no rocen la tierra mohosa y putrefacta sobre la que ahora mismo está su cuerpo.

—No lo sé. No sé el tiempo que llevo aquí. Me duele todo. Pero creo estar seguro: tu niña está aquí, Rodrigo. Encuéntrala antes de…

Rodrigo no reacciona. Está junto a él, y está paralizado. No sabe cómo hacerlo. No sabe cómo soltarlo. No sabe dónde está la vieja. No sabe si su niña está viva, pero el ardor que ha sentido en la entrepierna le recuerda que es fácil mearse encima. ¿Qué le pasará si la ve? Si ella le habla o le toca la frente. Se meará encima, aunque tenga más de 30 años, porque el miedo enquistado no se ha ido.

Roi está paralizado y recuerda la leche amarga.

Rodrigo no sabe dónde colocar ese recuerdo, ni ese sabor que le ha llegado a la garganta.

—Rodrigo —lo llama Dimas—. Rodrigo —susurra de nuevo, porque Rodrigo está como ido. No sabe cómo reaccionar—. Un centelleo fugaz hace horas me mostró una llave colgada en una pared. Si no era una llave, era una herradura; no me dio tiempo a distinguirla, pero estaba a mi derecha —acierta a decirle Dimas, al profesor.

Rodrigo permanece ausente. En Benaocaz. Mirando el cadáver de Pablito. Detrás de su madre, mientras suelta la navaja de su padre en el recorrido que hicieron con Pablito, antes de que ella lo empujara por el barranco. Las moscas verdes zumban en su cabeza. Reverbera en la estancia el eco de la muerte y Rodrigo siente un terror antiguo que ahora emerge de las profundidades de su mente.

»¡Rodrigo! —susurra Dimas al tiempo que con el cuerpo trata de empujar al profesor.

A lo lejos, un titilar que se va agrandando hace pensar a Dimas que la vieja se acerca.

»¡Rodrigo! Vete. Viene alguien… ¡Rodrigo! —chista Dimas. Al tiempo que lo empuja con la cabeza.

El profesor reacciona. La luz se agranda. Se acerca la bruja. Dimas comienza a jadear. Intenta soltarse. Si la vieja lo ve, estarán perdidos los dos, o los tres.

»¡Tu hija! Rodrigo, piensa en ella. Escóndete —grita en un susurro Dimas a Rodrigo, en un último y desesperado intento.

Este mira a un lado y otro. Sus pupilas, como las de los lobos, se han acostumbrado a la oscuridad y puede ver en ella. Sus días de encierros infantiles también le sirvieron para agudizar el sentido de la vista. Rodrigo vuelve a reptar por el suelo enfangado. Impregnado de un hedor indescriptible. Con la sustancia viscosa y mucilaginosa adhiriéndose de nuevo a las palmas de sus manos. Rodrigo se arrastra. La luz se agranda. El hombre encuentra una oquedad en la pared que tabica la cárcel. Se ha agachado.

Roi está escondido en la covacha. Esperando que nadie lo encuentre.

Rodrigo está agachado en el hueco que le ha regalado la pared, un hueco apenas discernible en ella.

La luz se agranda y no deja de titilar. El centelleo, por suerte, no alumbra el refugio improvisado de Rodrigo.

—Te crees muy listo, ¿no? —habla la vieja.

Esa voz. La voz de la madre. La que le ha preguntado miles de veces cuánto dolor sentía del 1 al 10. Esa misma voz que siempre le decía que él no había visto nada, que lo había soñado. La voz que le daba miedo. La verdadera voz que conseguía que se meara, como ahora. Un fluido caliente le empapa el pantalón. Al hombre de más de 30 años. Ese hombre que había conseguido ser Rodrigo, ahora

está dejando salir a Roi. La voz está cerca. Tan cerca como Dimas. Está con él.

—No, yo solo quería…

Y al chaval no le dio tiempo a terminar. Un golpe seco lo calló.

Rodrigo se tapa la boca.

A Roi le castañetean los dientes. Ahoga un grito. Tiene miedo.

Rodrigo mastica un aullido que se traga. «Lo ha matado», piensa.

—Pero resulta que no eres tan listo como te crees —continúa la vieja—… Es mi última oportunidad, ¿sabes? Llevo más de 20 años esperando este momento y casi me lo fastidias, has estado cerca… ¡Pero demasiado impulsivo, diría yo! Ya veo que tienes buen maestro… No creas que no lo sé. Mi niño ha sido tu maestro.

A Rodrigo le da una arcada. El estremecimiento es aterrador.

El río trae sonidos. Se escuchan arriba. Lejanos pero audibles. Una sirena. Una ambulancia, o la policía… La vieja cambia el tono.

»¿Qué has hecho, hijo del diablo? ¿Quién sabe que venías?

Otro golpe.

Un gemido.

—Nadie —gime Dimas con la voz quebrada de dolor.

Rodrigo se asoma. Desde su posición solo ve el lugar donde está Dimas de forma oblicua. Ve el pie engrilletado. Ve un trozo de túnica o de abrigo o lo que sea que lleva puesto la loca esa. El centelleo de la vela alumbra la pared. Ahí está. Una llave colgada de la pared. Una llave herrumbrosa que probablemente abrirá el grillete del pie.

La vieja se queda pensando.

—¿Cómo te has quitado la cinta de la boca?

Dimas tiembla. Rodrigo tiembla.

Roi oye golpes. El corazón le galopa en el pecho.

—La he mordido —dice el muchacho— y se ha despegado con la saliva, pero no me la pongas más… me ahogo con la humedad, no gritaré —concluye Dimas, con la esperanza de que la vieja lo crea.

Ella alumbra la cinta. Efectivamente, estaba mordida porque, antes de que llegara Rodrigo, intentó sacársela así; mordiéndola desde dentro. La bruja no se lo cree, pero tampoco ve más opciones. Allí abajo solo están ellos dos. Y la niña. A ella la tiene emborrachada de adormidera sobre un altar medieval, en la mismísima capilla de San Jorge, donde, en cuanto tenga listo el bebedizo que lleva horas macerando al fuego, tras haber estado durante siete noches al amparo de la luna creciente, la rociará antes de ser ofrecida a cambio de la niña muerta 40 años antes, su primogénita: Enya. Triana será sacrificada para que derrame su sangre sobre la cruz celta que hay bajo su cuerpecito. Pilar debe hacerle la ofrenda a Samhain a cambio de que le traiga del mundo de los muertos a su primogénita.

Debían ser tres almas puras. Tres corazones vírgenes. Tres ofrendas justo durante la noche de luna llena entre el 30 de octubre y el 2 de noviembre, días en los que Samhain bebería la sangre de un ser nacido en primavera, para devolver a Enya la vitalidad que le fue robada. Pablo, Guillermo, y ahora Triana… Roi fue concebido en Navidad y nació en verano, cuando las cosechas se morían de calor; por eso el niño no le sirvió.

Pilar está vestida de druida. Ahora ella es la sacerdotisa. La inquisidora que condenará a su nieta a que su alma vague bajo los pies de Triana, como si de una hereje medieval se tratase.

Desde la parte de las cárceles, la capilla o la gran sala diáfana, no se oye muy bien el eco del exterior; solo desde las zonas más próximas a las barbacanas el sonido es perceptible. Pero la vieja hace rato que presiente que allí no están solos los tres. Las sirenas dejaron de escucharse hace rato; podría haber sido una ambulancia más de las muchas que circulan por la ciudad, pero una corazonada le dijo que debía darse prisa en el asunto de la ofrenda; solo le falta la sangre de Triana.

XLII

1985
Benaocaz
Roi
El accidente de Guillermo

Esta mañana todos andaban muy agitados. Anoche ya no tenía fiebre y hoy tenía que ir al colegio, pero como ha pasado lo del niño… ya no me dejan ir. Mi madre me ha despertado cuando ha empezado a gritar. Ha dado gritos muy fuertes. Yo no podía despertarme, como siempre me pasa. Después oía gente en la casa. Mi padre vociferando gritos en irlandés. Yo he tenido miedo y no quería salir de la cama. Después los oí llorar. A Fabián lo escuché decir que lo sentía mucho… entonces me levanté a ver qué pasaba, y ahí fue cuando lo vi. Pasaron delante de mí. El niño que anoche era rosa, ahora está gris: su cara gris, sus manos grises y su boca azul. Me he asustado. Pero no he dicho nada. Casi me meo. Yo no quería que mamá me viese llorar porque entonces se pondría más triste. Papá ha salido de la casa como un demonio, dando patadas y gritando colérico. Lo hace en irlandés, para que no se le entienda. Mamá se culpa por haber acostado al niño con ella. Cree que se ha asfixiado por su culpa, aunque el médico le ha dicho que hay bebés que se van así, de repente, que no se martirice por ello.

Mamá me dijo que no mirara anoche, mientras estaba cambiando a Guillermo, porque luego iba a desangrar un pollo. Me dijo que tardaría poco, pero no pude evitarlo; me destapé los ojos y ahí estaba. Sobre la mesa de la cocina. Vi los pies pequeños de mi hermano, boca arriba, mientras ella lo cambiaba. También tenía sobre la mesa el cazo de la sangre de los pollos. Yo oía el gorgoteo incesante del líquido rojo, aunque esta vez la sangre caía al recipiente de forma muy pausada. No era igual que otras veces. El canuto por el que discurría era muy estrecho, y por eso tardó más.

Mi madre estaba temblando mucho. Seguro que tenía miedo de que volviese la bestia. Aunque anoche, yo sabía que lo vería subir por el camino. La luna parecía una farola en el cielo, y desde la ventana de la cocina lo vería llegar, y avisaría a mamá. Ella trataba de proteger al niño. Sin embargo, él lo perseguirá para tirárselo a los cerdos, y era tan chico que no le duraría ni cinco minutos a esas bestias. Mamá estaba delante de la mesa y no vi bien qué pasaba. Estaba vistiendo al niño. Había dejado bajo la mesa la cruz rara, que no era como la de la iglesia, ni como las del colegio. Luego desangró un pollo, porque mi madre me dijo eso: «Lo tengo que desangrar». Pero hoy le ha llevado mucho tiempo, casi todo el tiempo que papá estaba en el casino y con las putas. Eso me lo dijo mi madre porque, si no, yo no sabría dónde estaba él. Mamá terminó de desangrar al pollo y también de vestir al niño. Él se durmió y ella lo acostó en su cama. Después me dijo que me bebiera la leche. Pero la leche amargaba. Ella le puso más azúcar, y ya estaba buena.

—¿Por qué él puede dormir contigo y yo no? —le pregunté a mi madre, porque a mí no me gustó que acostara al niño en su cama.

—Él es muy pequeño. Además, no debes preocuparte, no siempre se acostará conmigo. Solo mientras tome teta —me dijo, mientras acariciaba mi mejilla y me miró de esa forma que a veces me daba miedo.

Y entonces me bebí la leche. Ella me puso la mano en la frente. Luego los labios.

»Parece que de momento estás fresquito —me dijo.

Como anoche no tuve fiebre, hoy debería haber ido al colegio. Pero mamá me ha dicho que con lo que ha pasado, mejor que me quede en casa guardando el luto a Guillermo. Yo no sé qué es eso: lo del luto, pero sé que hay que llorar. Mi abuela, que nunca venía a la finca, ha venido; lleva un pañuelo en la cabeza como mamá, pero ella no tiene pelo, ni en las cejas tampoco. Yo la he visto a ella, y una mujer me ha dicho que es la abuela, pero yo no la conozco, y ella… no ha querido verme. Un día mamá me dijo que nunca nos había querido.

Hoy me quedo en la finca. Fabián me ha dicho que después iremos por saltamontes. Pero yo ya no me fío de nadie.

XLIII

Madrugada del jueves 30 al viernes 31 de octubre de 2014
Paseo de Nuestra Señora de la O. Ruinas del castillo
Madrugada del 30 al 31 de octubre

Iván corre a toda velocidad. Tanta, que la fina lluvia le daña la cara. A lo lejos escucha las sirenas. Ya viene la ambulancia. «Pobre hombre», piensa Iván mientras avanza por el margen del río que muchos domingos ocupa el mercadillo de artesanía. Iván se acuerda de Aira. Del pobre Ramón, que ha querido proteger a ese niño, que ni siquiera lleva su sangre, con su vida. Y él, que ni ha sido capaz de regalarle una caricia a la suya. Un cuento de buenas noches; no fue hombre ni para contarle quién era él, el hombre que la miraba sentado en un banco del parque mientras ella se deslizaba por el tobogán, sabiéndose segura de aterrizar en los brazos correctos; los de un hombre al que ella llamó papá. Ahora corre desangelado, mientras el vaquero empapado por la lluvia caladera le priva de ir a un ritmo más acelerado. El cinto con la pistola también le pesa más de la cuenta, al igual que ese sentimiento abstracto que le ha calado en el pecho tanto como la lluvia inclemente.

Se asoma al río, baja por una de las muchas pasarelas que hay en todo el margen del Guadalquivir a su paso por Triana y el paseo de Colón. Aparta juncos y matorrales de los márgenes: «Espero que no hayas hecho ninguna tontería, Rodrigo», se dice para él, mientras otea las negras aguas llenas de círculos perfectos formados por las gotas de lluvia incesante. Müller sigue corriendo acelerado por el margen del Guadalquivir. Ha llegado hasta el callejón de la Inquisición y se lo pasa de largo. Sigue corriendo con la intención de salir por la calle Castilla, pero algo que ha visto a la altura del callejón de la Inquisición lo hace detenerse. Ha sido un vistazo ligero, uno de esos en los que te alcanza la vista, pero no la mente para procesar el objeto. «¿Qué era eso?», se pregunta. De fondo, el

repiqueteo de la lluvia en el río. La música lejana de algún garito que celebra Halloween. Jóvenes que ríen a carcajadas y que gritan, seguramente porque el efecto del alcohol a estas horas de la madrugada ya no deja resquicio para la vergüenza. Las sirenas que siguen sonando. A lo lejos, el Guadalquivir reverbera un espectáculo audiovisual, con el centelleo de las luces V1 desde el puente, proyectadas en el agua. «¡Qué espectáculo!», si no fuera por lo que es, seguramente se quedaría hipnotizado mirando la refracción de las luces, pero no hay tiempo que perder. Debe encontrar a Rodrigo y saber dónde está Triana.

Iván se da la vuelta. Eso que ha visto antes y que ha procesado 200 metros más tarde eran piedras. Piedras que no deben estar ahí. Piedras viejas, como las de los restos de las torres que aún quedan en pie, vestigios de la fortificación defensiva que antaño figuraba en aquel margen del río. Iván se agacha. El agua le chorrea por el pelo, que ahora le cae a la cara; si Joana lo viese, pensaría que es un hombre tremendamente sexi. Odiosamente sexi y que, a ella, la vuelve loca. Al agacharse, se da cuenta de que dentro del callejón hay más. Más piedras. Entra en él. Lo hace con la intención de cruzar hasta la calle Callao; allí hay otra entrada al mercado. Pero para en mitad del callejón de la Inquisición. Como si fuese uno de los reos que caminaba en fila, maniatado en dirección al castillo, probablemente con la acusación de hereje, o bruja, o blasfemo… Iván siente un escalofrío inhóspito, que no es fruto de la mojada que ha pillado, sino de la sugestión que ahora mismo siente al adentrarse en ese lugar. Cuando avanza por el callejón, un olor fétido lo invade. Saca la linterna y alumbra. «Qué coño…», el inspector acaba de descubrir la oquedad en la pared por la que hace un rato se ha adentrado Rodrigo. «¿Qué coño es esto?», se dice otra vez, mientras alumbra con la linterna por el hueco lóbrego. El olor ácido y rancio le daña la nariz. Quiere toser, pero reprime las ganas. Se tapa la boca. La intuición lo guía, puesto que ha apagado la linterna. No deben verlo. Amontona las piedras a un lado para que nadie más las vea; si alguien entra de forma abrupta por allí, quienquiera que esté dentro se va a percatar, y quizá eso no sea bueno. Iván apoya los brazos de la misma forma que hace un rato lo

hizo Rodrigo. Se upa. Mete la cabeza. Un ardor lo obliga a vomitar. Escupe fuera y vuelve a intentarlo. Mete de nuevo la cabeza; ahora la nariz parece haberse acostumbrado al olor herrumbroso y ácido. Escupe porque está salivando, y tragarse su propia saliva le dará la misma sensación que si masticara el hedor que desprende el lugar. La humedad atraviesa su cuerpo de la misma manera que él está atravesando la pared, al igual que el padre de Triana hace un rato.

A Iván le supone mayor esfuerzo colarse por el agujero que el otro hombre ha adaptado a su cuerpo. El inspector es más corpulento. Más alto y más tonificado. Rodrigo no deja de ser ese niño de cuerpecito escuálido que, por más que los años posteriores a su rescate lo alimentaran, cuidaran y vacunaran como debían, esos primeros años de vida, de encierros, de malos tratos, de ungüentos y bebedizos a base de plantas venenosas y sin procesar, habían dejado un daño muy severo que había sido imposible recuperar. Si bien todo el que pensara que era hijo biológico de Ramón y Marcela no dudaría de que el chiquillo había heredado la genética de la mujer. No demasiado alto, aunque eso sí, a Marcela nunca se le había pegado la carne al hueso.

Cuando logra deslizarse dentro, se da cuenta de la magnitud del lugar al que acaba de acceder. Él no sabe de historia tanto como Rodrigo o Dimas, pero sí sabe que, sea lo que sea, esas ruinas han estado soterradas durante siglos. Y aunque no puede afirmarlo, está casi seguro de que esa es la parte del castillo que se hundió a finales del siglo XVII, y que posteriormente quedó inundado con la crecida del río en 1892. Pone las manos, al igual que hace un rato hizo el padre de la niña, y al acabar de deslizarse dentro, una severa arcada le quema la garganta. «¡Qué asco!», musita en voz baja. La misma sustancia gelatinosa, que no es más que un moho propio de la humedad del ambiente, pero ese moco verde de tacto desagradable unido a la densa humedad y el hedor séptico que baña el ambiente consiguen que ese hombre, acostumbrado a situaciones del todo desagradables, vomite sin piedad sobre el suelo que antaño, seguramente, fue testigo inerte de alguna injusticia pagana. El hombre se levanta como puede. El habitáculo en el que se halla es una habitación, por llamarlo de alguna forma, de no más de 6 m².

La poca luz que entraba de la luna llena, ahora ya no entra, porque está arropada del todo por las nubes rojizas. Cuando sus ojos aciertan a distinguir lo que hay en ese cuartucho, se alegra de vivir en el siglo XXI, aunque muchas veces deteste la sociedad en la que se halla inmerso. Cuando escruta esas paredes de piedra, llenas de verdín, mohosas y ácidas, siente que se le encoge el pecho. Imposible soportar allí muchos días. A duras penas se mantiene en pie, pues, como le ha pasado a Rodrigo, es incapaz de andar sin parecer que va a dar con la boca en el suelo a cada paso. El caudal del río ha mermado significativamente en las últimas décadas, y esto, unido a la propia absorción del terreno que a lo largo de los siglos ha ido filtrando el agua, ha logrado dejar a la vista más de la mitad del castillo de San Jorge, gran parte de la zona más próxima al margen del río. No obstante, la privación de luz solar, amén del ambiente fangoso y húmedo, habían logrado la crecida en casi todo el lugar de todo tipo de mohos y microorganismos, además de las bacterias propias del ambiente séptico.

Iván avanza en cuclillas. Una posición nada cómoda para caminar, si bien caminar a cuatro patas como lo hizo Rodrigo le supone un mayor esfuerzo al inspector, que prefiere la bipedestación, aunque ello suponga poner a prueba los cuádriceps. Conforme avanza y se aleja de la oquedad por la que ha entrado, el sonido ambiente es abrumador. Tiene mucha experiencia en el cuerpo, y desde que asumió el cargo en la brigada de homicidios se ha encontrado con todo tipo de situaciones; sin embargo, esto que está viviendo ahora es del todo surrealista.

Hay una gota que se debe estar filtrando desde arriba, y que debe estar cayendo en una amplia sala de paredes rudas y desnudas, solamente adornadas por argollas herrumbrosas, que Iván piensa que se puede confundir con las argollas de atar los caballos, pero que seguro no era eso, sino los asideros emparedados donde ataban a los reos a la espera de su sentencia. El hombre no se puede servir de la luz del móvil, y la poca luz que entraba hace rato, ya no lo hace: primero porque las nubes la han teñido de rojo, y segundo porque ya se ha alejado lo suficiente de la oquedad; tanto, que ha salido de la celda donde aterrizó. Ahora sus pupilas,

algo más diestras en la oscuridad debido al tiempo de exposición a esta, se han agrandado, consiguiendo así que el hombre identifique sombras. Desde donde está, al igual que le pasó a Rodrigo hace rato, distingue un bulto. Algo tirado en el suelo. Un saco. Un jergón. No sabe qué es. El hombre cuidadosamente avanza y ahora la gran sala diáfana se presenta ante él. En ella no para de centellear una vela. Allí todo permanece en un sepulcral silencio. Ahora mismo no oye nada, aunque de vez en cuando, su oído percibe algo que va y viene. Parece oír un eco lejano, un murmullo sordo, pero piensa que esas voces se las puede estar trayendo el río, o quizá son ciertas esas leyendas de fantasmas que habitan las ruinas del castillo, vagando como almas en pena. Iván sabe que un movimiento en falso puede dar al traste con todo. Ahora se da cuenta de que ni siquiera ha avisado a su compañera Joana del lugar en el que se encuentra. Ni una ubicación, ni un mensaje dando alguna indicación. Nada. Pero si le pasa algo y rastrean su dispositivo móvil, darán con él, eso contando con que la cobertura que tiene, entre una raya y ninguna, sea suficiente para que algún repetidor capte la señal. El *walkie* lo dejó en el margen del río. No podía arriesgarse a que la radio sonara dentro. El centelleo de la luz, que parece provenir de un candil en la pared donde se está acercando, lo ayuda a discernir el lugar. A ratos, un aire frío que parece provenir del exterior le inunda los sentidos. Es un aire seco que le trae el olor a tierra mojada de arriba. Porque la tierra mojada de abajo no huele a tierra viva, sino a tierra muerta. A fango y moho. A tiempos donde la vida no era propiedad privada. El inspector distingue ahora perfectamente el saco que vio antes. Lo que le pareció un saco. Conforme se acerca, andando en cuclillas, observa cómo se mueve. Cómo gime. Observa, por la posición del cuerpo, porque es un cuerpo, que está engrilletado y, probablemente, la pierna que está alzada por encima del cuerpo sea porque está atada a la pared. ¡A una de las argollas! A esos malditos anclajes medievales que permanecen emparedados después de tantos siglos. Iván, temiéndose lo peor, acelera el paso a pesar de la dificultad del avance en aquel lugar. Ahora, con el terreno un poco más seco y estable, se pone en pie completamente. Las piernas le tiemblan del rato que ha pasado avanzando de

cuclillas. Sigue caminando con sumo cuidado. Casi sin respirar, mirando a un lado y otro, tan sugestionado que a cada paso le parece que le tocan la espalda. Se gira. Suelta el aliento concentrado. Suspira. Nadie lo ha tocado (aún). Continúa y cada vez se acerca más a la figura inerte. El inspector cree que quienquiera que sea ya no está en este mundo, y aunque cree haberlo visto moverse levemente, e incluso gemir, ese pudo ser el último aliento. Ha llegado al lugar. Alza la vista y no consigue distinguir nada, excepto unas llaves llenas de óxido y herrumbre colgadas en la pared. Con sumo cuidado se acerca al reo; por un momento cree estar viviendo una pesadilla y haberse trasladado a otra época, pero la sudadera de capucha, más propia de este siglo que del siglo XV, le hace volver a la realidad actual. Un leve gemido, algo parecido a una tos casi inaudible, sale del cuerpo del muchacho. Entonces, e inspector se percata de que está vivo. Le gira la cara, que tiene casi pegada al suelo, comiendo tierra. El chico tose entonces un poco más fuerte. El inspector le ladea la cabeza, que es lo único que puede girar de su cuerpo. Le mete los dedos en la boca y le limpia la tierra. Hace lo mismo con las fosas nasales. En la cara tiene costras que parecen ser sangre pegada, sangre que probablemente sea fruto de las patadas que le ha propiciado la vieja al muchacho, maniatado e inmóvil. Iván lo zarandea levemente.

—¡Eh! ¡Oye! —le susurra el inspector al chico, que de momento no reacciona.

El inspector aprovecha que tiene la camisa y la chaqueta empapadas para restregarle la cara y limpiarle los restos de la paliza. No ve casi nada; lo hace a tientas. Se quita la chaqueta, con sumo cuidado le quita el forro interno y lava la cara del muchacho, exprimiendo tímidas gotas de agua sobre sus ojos.

»Muchacho, despierta.

Dimas lo oye, pero apenas le quedan fuerzas para abrir los ojos. Iván se levanta con cuidado. Coge las llaves de la pared, «quizá sean las que han cerrado los grilletes del pie». El hombre intenta desesperadamente abrir el grillete del pie, pero el óxido ha mermado la capacidad del objeto de girar con facilidad y le está costando mucho trabajo. Dimas se queja levemente, a pesar de estar medio

inconsciente. Iván suspira. Se muerde los labios. No sabe quién es el muchacho, pero sí sabe que, si no lo saca pronto de allí, puede que ese sea su final. Triste final, morir atado como un reo al que algún inquisidor ha decidido arrebatar la vida por discrepancia de ideas… qué triste final. Iván se plantea esa parte de la historia que hemos heredado y que aún llevamos en los genes, esa parte en la que siempre hay alguien que mande, alguien que imponga, que trate de adoctrinar, que coarte la libertad por la fuerza o no; y luego los que obedecen, los que no tienen permitido expresar ideas, porque el castigo llega, de una manera u otra… y se plantea esto mientras trata de liberar al preso. Y qué tan real es que hemos arrastrado el pasado hasta nuestras entrañas.

Un gemido de dolor alerta al inspector.

Ha conseguido liberar a Dimas del grillete de la pared. No así del tobillo, donde se le ha adherido a la carne. «Esta herida tiene mala pinta», piensa Müller, porque, aunque no la distinga con claridad, sí ha empezado a desprender un olor un tanto fétido, que advierte de la presencia de bacterias campando a sus anchas por la herida.

»¡Chaval! —inquiere Müller al muchacho al que ahora está intentando desatar las manos.

—¿Quién eres? —balbucea Dimas, que está entre el mundo de los vivos y de los muertos— ¿Dónde estoy?

Esa voz… Esa voz le suena. Una voz frágil pero segura. Una voz que ahora está rota por el dolor que debe sentir en cada centímetro de su cuerpo.

—¿Dimas? —susurra Iván al muchacho mientras trata enérgicamente de desatar el nudo de la cuerda con la que tiene amarradas las muñecas.

El muchacho asiente con dificultad.

»¿Por qué estás aquí? —se apresura a preguntar el inspector, que en el mismo acto se contesta— Déjalo, no me lo cuentes, solo dime dónde está.

No especifica a quién se refiere, pero ambos lo saben. Dimas alza la cabeza, todavía boca abajo, y señala hacia el norte, en dirección a la gran sala diáfana. Müller no lo sabe, pero tras esa sala, la de

audiencias, está la capilla de San Jorge, una capilla soterrada por siglos que mantiene intactos todos los objetos de culto de antaño.

El inspector ha conseguido a duras penas desatarle las muñecas al muchacho. Dimas permanece en la misma postura. Está encorsetado. No puede moverse. Sus extremidades han adquirido la postura en la que llevan más de 24 horas. Iván lo coge por los brazos con sumo cuidado. El chico se queja. Gime, aunque de forma muy leve.

»Tranquilo. Dime cómo te muevo. Vamos a intentar tumbarte más adentro, pegado a la pared, boca arriba.

El inspector se quita la chaqueta y la camiseta que, aunque estén empapadas, le servirán para hacer un cojín al muchacho y no dejarle la cabeza colgando hacia atrás. Hace un rulo con la chaqueta, la gira sobre sí hasta conseguir una pieza de tela de forma redonda; ahora la gira a modo de círculo.

»Esto servirá —susurra Iván al muchacho.

Lo arrastra a duras penas. Debe tener el pie partido; parece tenerlo colgando con respecto a la tibia y el peroné. Pero ahora no puede pararse a eso. El chico aguanta el dolor que le producen las heridas que le ha provocado la bruja. La cabeza está a punto de explotarle, seguro que debido a las sustancias que ha estado aspirando para mantenerlo en el mundo de los muertos. La vieja sabe de hierbas, de eso no hay dudas.

»¿Puedes estar así? —le susurra el inspector al muchacho, al que fatigosamente ha conseguido tumbar boca arriba, amparado por la pared; ahí está menos visible.

El cojín cervical que ha fabricado con la chaqueta se lo coloca suavemente bajo la cabeza y se la mantiene firme. El chico está lleno de heridas lacerantes. Iván se percata de que esas heridas no son fruto de una patada.

»¿Tiene armas? —se atreve a preguntar el inspector mientras le lía la herida del pie con sumo cuidado, con la camiseta empapada.

El chico asiente y trata de hablar. Pero el inspector no lo oye. Dimas está muy débil. Ahora se lamenta de no haber enviado la ubicación a Joana. Si los compañeros no se percatan de las piedras, no lo van a encontrar fácilmente, y por la tardanza, deduce que los

compañeros que debían venir por la calle de Nuestra Señora de la O han pasado de largo ya. Müller pega su cara al oído del muchacho.

—Un cuchillo —acierta a decir Dimas.

—Ahora vuelvo —le susurra el inspector—. Todo va a salir bien.

A Dimas se le escapa una lágrima. Al chico le cuesta expresar sentimientos, pero esta situación ha reverberado en su mente de una forma que nunca antes lo había hecho.

Iván se pone de pie. Avanza lentamente hacia la dirección que le ha dado Dimas. Desde donde se aprecia el centelleo de la luz a lo lejos.

»Gracias —le dice Iván—… Gracias por traerme aquí.

Dimas gime. Le cuesta casi hablar. Pero en un último esfuerzo saca fuerzas de su pecho.

—Rodrigo estaba aquí —susurra Dimas antes de volver a cerrar los ojos…

XLIV

Madrugada del jueves 30 al viernes 31 de octubre de 2014
Capilla de San Jorge
Rodrigo
La ofrenda de la sangre

Avanzar sin tropezar le resulta a Rodrigo sumamente difícil. Se guía por un eco. Una voz que retumba en el silencio de aquellas paredes andrajosas. El candil centellea en la gran sala diáfana. Rodrigo recuerda que había dos partes claramente diferenciadas en los planos del castillo: la que bordeaba el río, de la que aún se conservan las barbacanas, y la zona que antaño limitaba con la calle Castilla y la calle San Jorge. Mientras avanza, trata de visualizar el plano en su mente. Él cree que, si sigue en dirección norte, como si avanzara por fuera hasta la calle de San Jorge, llegará hasta la capilla. Se guía por una voz. Un eco que resuena en su oído. Recuerda a Dimas y las lágrimas le emborronan aún más la vista. El hombre cree que el muchacho ha muerto; mientras estaba escondido oyó los golpes, los gritos y las súplicas, pero fue incapaz de moverse. Un miedo atroz atacó su cuerpo, privándolo del desgarbo que necesitaba para levantarse y atreverse a luchar contra esa bestia. Contra la mujer que le arrebató seis años de su vida, para después privarlo de existir en ella. Rodrigo trata de procesar dónde va a encajar ahora, en ese cuerpo que no es el de Roi. En esa mente que no es la de Roi. En ese pecho, que no es el de Roi. Pero ¿quién quiere ser Roi?

Al hombre se le atropellan los recuerdos en la mente. Discurren por delante de él como las imágenes de un caleidoscopio. Se sacude los recuerdos; ahora solo debe pensar en encontrar el lugar. Rodrigo sabe que allí, no muy lejos de donde está él ahora mismo, se encuentra su madre. No sabe si tiene a la niña aún con vida, pero de lo que sí está seguro es de que fue ella quien se la llevó. El hombre

avanza guiado por las luces y las sombras que proyecta el centelleo de la vela. Las paredes desprenden un olor a muerte nunca antes respirado por Rodrigo. La frialdad del lugar, la humedad y el eco de las voces le confieren al ambiente la talla de un escenario del todo siniestro y lóbrego. Como lo fue antiguamente, cuando los obispos y frailes paseaban la sotana a sus anchas, barriendo la sangre de los prisioneros a golpe de correctivos y penitencias.

> Samhain tha thu air teagasg dhomh gur e dorchadas a th' ann am bàs. A-nochd tha mi a' toirt urram dhut leis an tabhartas seo. Is e dorchadas an t-àite airson tilleadh gu beatha. Thoir thugam Enya bhon t-saoghal dhorcha mar mhalairt air saoi na h-ìghne seo a rugadh as t-earrach dha bheil sinn a 'dol a thoirt beatha shìorraidh.
>
> *Samhain tú me has enseñado que la muerte es oscuridad. Esta noche te honro a ti con esta ofrenda. La oscuridad es el punto de retorno a la vida. Tráeme a Enya del mundo oscuro a cambio de la salvia de esta niña nacida en primavera, a la que vamos a regalar vida eterna.*

El hombre avanza. Las imágenes se suceden en su mente a toda velocidad, como si cada recuerdo tratara de alcanzar sus entendederas para hacerlo regresar a la vida. Y esta noche, la noche de Samhain, van a volver a la vida muchos muertos enterrados, entre ellos, los recuerdos de Rodrigo.

La voz proviene de alguna estancia que está cerca. El hombre trata de descifrar el lugar exacto de donde emana la voz, un eco atronado e irreflexivo. Una voz que no deja dudas del estado de absorción mental que procesa la dueña de esa voz. Rodrigo, guiado por esos susurros, además de por la intuición, continúa en dirección norte, caminando torpemente, con las manos por delante, intentando descifrar de dónde proviene esa voz que reverbera en cada columna maltrecha y mugrienta de aquellas dependencias. El candil que centelleaba en la estancia que acaba de dejar atrás ya no lo alumbra. Ahora no hay más que oscuridad y aliento subterráneo.

El clima fangoso y putrefacto se abre camino ante él, guiando a sus fosas nasales a través del lugar.

Rodrigo aguza el oído; ahora escucha la voz con más claridad.

> Roi vuelve a él. Camina torpemente por un lugar que no conoce. Se clava una astilla porque está descalzo. Está encerrado nuevamente; él cree que es para protegerlo, que mamá lo encerró para resguardarlo del demonio con los ojos inyectados en sangre.

Pero ahora Rodrigo comprende que el único monstruo que habitaba aquella finca era ella: su propia madre.

Ha llegado a un lugar en el que se acaba el camino. Hay una pared frente a él. Una pared ingente. Las piedras que la componen están húmedas. A tientas trata de discernir el lugar por donde seguir avanzando. Rodrigo se desespera. Puede que su madre haya matado a Triana. Como aquella noche, cuando le sacó la sangre a su hermano. Porque era la sangre de su hermano. Rodrigo entra en pánico. Pega el oído a la pared. Se rinde. No volverá a salir de allí si no es con su Triana, viva o muerta. Pero se promete matar a su madre. Ahora sí, ya no es un niño indefenso. Rodrigo, poco a poco, se va alimentando de ira. Mientras tiene el oído pegado a las piedras con más de nueve siglos, oye los susurros, la voz en trance de la bruja. Pero no escucha a su niña. No oye nada que le indique que Triana aún respira. Puede que haya llegado tarde. El hombre araña las piedras, «¿Cómo cruzo?», se pregunta. «El plano», piensa. Si tuviese el plano, sabría dónde está y cómo cruzar al otro lado. Lo que Rodrigo no sabe es que justo por encima de su cabeza, a unos 12 metros de altura, Eva, que ha ido con los vigilantes a la oficina de turismo del castillo, está revisando el plano, aunque ella no es capaz de darle significado a aquel papel, que hoy sería un A1, desgajado en todos sus extremos. Tampoco los compañeros de Iván, que van llegando en cascada. Ahora mismo hay rodeando el castillo 10

agentes. Joana no está. Ella ha decidido acompañar a Ramón, que tenía su mano asida al pecho, y ella no ha podido soltarla.

Mientras todo esto ocurre arriba, nadie se imagina que es bajo sus pies, en las tripas de la tierra, donde están cuatro personas en peligro; cuatro, contando con que aún no haya matado a Triana.

Rodrigo se sirve de la rabia, una rabia que de niño nunca pudo sacar porque el miedo lo tenía anulado. La ira es buena en ocasiones; te alimenta el espíritu de valor. Rodrigo, que avanza ahora de forma lateral, a tientas por la pared, trata de recordar al mismo tiempo qué pared era esa. No la recuerda. Dimas se ha quedado atrás; está tan débil que probablemente no podría contarle nada. Además, Rodrigo lo ha dado ya por muerto. Si estuviese bien, y vivo, le diría adónde da ese muro y qué hay detrás, porque detrás está la vieja. Y seguramente el cuerpo de su niña. Al pasar por una de las piedras que toca de forma lateral, le golpea una brisa seca en la cara. Un aire que no es el aire podrido que está respirando ahora mismo. Se para. Hay una pequeña grieta entre las piedras. Araña, trata de caer la junta que probablemente sea una mezcla de tierra, estiércol y lodo, pero que lleva sosteniendo aquellos muros más de 900 años. Araña. Sigue escarbando con las manos ensangrentadas. Siente el dolor, pero no es tan grande como el del pecho. Ahora que ha caído la junta de las piedras, puede meter el ojo. El agujero que ha conseguido abrir no es más grande que una alubia, pero lo suficiente para que la claridad de la estancia que se presenta ante él lo ciegue. Saca el ojo. Se lo restriega porque lo tiene lleno de tierra, de la misma tierra que ha desprendido él. Vuelve a mirar. Guiña el ojo derecho y pega la cara por el lado izquierdo. Abraza la pared de forma que parece que quiere arrancarla de las tripas de Triana. La ira le sube por la garganta. Su madre. Es ella. Tiene una cruz, la alza sobre algo que no consigue distinguir; puede que sea Triana. No lo sabe. Quita el ojo. Se lo vuelve a restregar. Araña un poco más, pero no consigue abrir el pequeño hueco más grande. Ahora guiña el ojo izquierdo y pega la cara por el lado derecho. La mujer hace giros en el aire. Parece que la cruz humea. No sabe si es fruto de la neblina de su vista o es que de verdad tiene prendido algún sahumerio sobre la cruz. Hace círculos sobre algo o alguien. Puede que sea

Triana, su niña. Pero no la oye. No ha llorado ni balbucea, nada, nada que lo haga pensar que su niña aún respira. Su madre sigue en trance. Está de espaldas a la posición de Rodrigo. El sahumerio lo mueve en círculos.

> A la mente de Roi vuelve su madre. Su madre remueve la leche en un cubo de lata. Está haciendo queso. Él la observa. Tiene miedo, y el miedo que tiene es hacia ella, aunque la eficaz manipulación de su mente infantil le hace pensar que es su madre quien tiene ese regazo cálido donde él se siente a salvo de todos los peligros. Cómo iba a imaginar el niño que su madre estaba arrancándole la vida.

El hombre mira, como puede, de un lado y otro. Trata de divisar el lugar por donde entrar, pero no lo ve. Pero de pronto algo se le viene a la vista en la sala donde está la vieja. Una trampilla. Algo en el suelo. «El foso», recuerda. Eso es el foso. Y entonces recuerda con claridad el plano. Hay un foso que cruza de la capilla a las cárceles. Es ese que él está viendo. La otra parte está del lado de él. Solo tiene que encontrarla. Se agacha. Deja de percibir la luz. Pero en sus retinas se ha quedado esa imagen. La de la loca moviendo su cuerpo en círculos. El humo sobre la cruz, una cruz que él no identifica como cristiana. Una cruz que, de niño, pensaba que estaba mal hecha porque no era igual que las del colegio o las de la iglesia… ahora entiende que esa cruz no corresponde al mismo Dios. Si cierra los ojos, la luz vuelve a su mente. Ahora tiene como guía esas imágenes de persistencia retiniana. Parpadea para que la luz se vaya de sus ojos, más que nada porque no es real; solo se ha traído con él la imagen de arriba que lleva rato mirando. Pero al parpadear consigue el efecto contrario: aparece una vez y otra y otra… se multiplica.

Por fin se va. Rodrigo está agachado. A cuatro patas, como los lobos, gatea. Ese suelo está seco. A esa parte no debe haber llegado el agua, porque allí no ha florecido el moho ni el verdín. Comienza a

gatear, por instinto, en dirección hacia el puente de Triana; avanza hacia el oeste. Gatea, como debiera estar haciéndolo su niña en la alfombra de juegos que tienen en el salón en su casa de la calle Betis. Barre el suelo con las manos. Aparta la tierra a tientas. A pocos metros, algo lo hace frenar. Se corta la mano. Hay algo en el suelo. Es una cadena, una cadena que tiene los eslabones corroídos. Limpia el suelo a gran velocidad, sin importarle el grado de la herida que se acaba de hacer. Limpia a ciegas hasta que consigue dar con la cadena entera. No sabe por dónde entró la madre, pero debió hacerlo por otro lado que ahora él no tiene tiempo de buscar. Tira de la trampilla. No cede. Esa portezuela debe llevar siglos cerrada. Si consigue abrirla, con suerte, espera que no esté inundada, que alguna arteria del Guadalquivir no haya conseguido llegar hasta allí. Vuelve a tirar aguantando la respiración. Concentra todas sus fuerzas en sus brazos y de pronto una bocanada de aire espeso y prisionero desde hace siglos le tiempla la cara. Rodrigo se aparta para dejar de respirar ese hálito que parece haberse desprendido de las entrañas de la tierra. Ha dejado la trampilla abierta. No ve lo que hay al final. Pero al fondo, el eco de la voz de la madre es más perceptible. Reverbera en las paredes del foso, trayendo el sonido de su voz tan clara como si estuviese junto a ella.

Está cantando. La noche que mató a su hermano cantaba eso; un salmo de bruja. Invadido por una bocanada de rabia enquistada, tan voraz como un incendio, salta al foso sin haber calculado ni la distancia hasta el fondo; por suerte, no más de un metro. Al caer, siente la frialdad y la inercia del agujero. Pero la voz, el eco del cántico lo ayuda a avanzar, amén del roce de las paredes: el orificio no mide más de un metro de ancho. Camina algo encorvado porque de alto no mide mucho más de metro y medio, y aunque Rodrigo no es demasiado corpulento, tampoco es ya ese chiquillo que se cobijaba en las covachas de las sierras, donde pasaba desapercibido en apenas medio metro. La voz lo guía. Llega al fondo. La trampilla que vio desde el otro lado está ahora encima de su cabeza. Si la levanta, la madre perderá la concentración y no sabe cómo va a reaccionar; si todavía no ha matado a su hija, puede que la inercia del sobresalto la inste a hacerlo presurosa. Pero si no la levanta, de

todas formas, lo va a llevar a cabo en caso de que aún no lo haya hecho. Roi vuelve a él.

> Tirado en el suelo. Muriéndose. Viéndose las marcas en el cuerpo que su propia madre había rasgado con el cuchillo: el wuivre (las dos serpientes entrelazadas en un círculo) y el trisquel (las tres espirales unidas de forma infinita). Esas cicatrices en el costado que esa mujer no tuvo reparo en hacerle. Roi, moribundo, se aferra a la vida envuelto en unos plásticos que durante tres días de otoño le han proporcionado calor en un desván abandonado, en una finca en mitad de Grazalema, donde lo encontrarían muerto si no es porque echaron esa puerta abajo, la puerta del desván.

Una puerta que, como la trampilla que ahora tiene sobre su cabeza, sirve para separar por apenas unos centímetros de madera desvencijada la vida de la muerte. Y fue gracias a un muchacho que siempre quiso ayudarlo: Fabián no se dio por vencido. Llevó allí a la Guardia Civil cuando ya lo habían dado por muerto o desaparecido y echó la puerta abajo, sacando a Roi del pozo enfangado en el que estaba cayendo, abandonándose ya al otro mundo.

El incendio de sus venas, el fuego de su pecho, la ira de su alma, el rencor de sus entrañas y el amor hacia Triana se confunden en un cóctel de llamas que inundan su cuerpo y, concentrando toda su fuerza en el último intento de salvar a su niña, Rodrigo da desde abajo un golpe seco a la trampilla, que se abre por la mitad. La cercanía de las paredes propicia el ascenso por la poca altura que lo separa de la salida y, de un solo intento, salta fuera del agujero, sirviéndose de piedras puntiagudas que habían amenizado su escalada por las paredes mugrientas del foso. La madre se gira. La niña, como una estampa divina, yace acostada sobre una sábana negra cubierta de bolitas de muérdago. El olor que antes le pareció percibir, ahora diferencia esta del resto de las estancias. Aquí huele a lavanda, a romero y a enebro. El humo sale de un recipiente en

forma de cruz que la madre tiene en las manos y que agita vigorosamente. La irrupción del hijo no parece haberla sorprendido; por el contrario, se muestra calmada y serena, como si lo hubiese estado esperando. Feliz de haberse reencontrado con Roi después de tantos años.

—Sabía que este momento iba a llegar —acierta a decir la madre, mientras el hombre permanece rígido como una estatua ante la tétrica escena que se presenta ante él—. ¿No me has echado de menos? Yo siempre he estado cerca de ti. En tus sueños, en tu mente, siempre…

Rodrigo la escucha. La mirada febril que presenta ahora mismo podría ser perfectamente la de Roi con seis años, ante un episodio como el que está viviendo ahora. La madre se acerca a él. Tanto, que lo toca. El hombre no se mueve.

»Pobrecito, sigues con las fiebres —le dice la madre con un hilo de voz maternal que tiene completamente hipnotizado a Rodrigo—. Seguro que dejaste tus medicinas, y la enfermedad aún vive en tu sangre —le dice con voz hipnótica mientras acaricia el pelo mojado que le cae cara abajo.

Rodrigo asiente. Se ve incapaz de hablar. La madre, que tiene el cuchillo del sacrificio en la mano, acaricia a Rodrigo. Él no se mueve. La parálisis que sufría de pequeño la está experimentando ahora. Un ardor le quema el bajo vientre. Un miedo inhóspito le parte el alma. Un dolor implacable le abre el pecho.

—Mamá… —es lo único que acierta a decir.

La mujer baja la guardia. Ha traído de nuevo a Roi. El niño no se ha ido, sigue dentro de él y la vieja confunde ese momento de vulnerabilidad.

—Cuando todo acabe, Enya, tú y yo nos marcharemos de aquí. Como siempre debió de ser. Ahora que ya no está ese demonio, podremos vivir en paz —le susurra la vieja mientras acaricia su mejilla con la mano que soporta el cuchillo.

—El *sacabuche*… —balbucea el hombre.

Ahora ya no es un hombre. Vuelve a ser un niño.

—Shhh —le chista la madre—. Tranquilo, Roi, a ti no va a pasarte nada malo.

El hombre, cada vez más absorto, se abandona a los brazos de la madre. Está apoyando su cabeza, mostrando sumisión total en el hombro de Pilar. Y ella, cuchillo en mano, ahora le acaricia el pelo. Al hombre se le escapa un sollozo. Se ha encorvado en una postura de total abandono. Si Müller, que es experto en lenguaje corporal, no estuviese aún por el laberinto de paredes mohosas, intentando encontrar el lugar desde donde oye ecos lejanos que van y vienen, le diría que ahora mismo está abandonado al embrujo de la madre, y podrá hacer lo que quiera con él, incluso pedirle que sea el verdugo de su hija.

Pero Rodrigo ya no es Roi. Sus padres han sabido curar el alma del niño. Roi necesitaba salir, encontrar al hombre que lo llevaba encerrado, presentarse ante él y pedirle explicaciones. Rodrigo necesitaba perdonar a Roi, y ahora ya están en paz. Ahora Rodrigo puede ayudar al niño a hacer lo que él nunca pudo.

—Mamá —balbucea el hombre. Al mismo tiempo que levanta la cabeza del hombro de la madre…

Ella lo mira.

Él la mira febrilmente.

Ambos miran al altar donde yace Triana.

La madre se da cuenta de la mirada torva. La expresión del hijo está dejando ahora salir la ira. Rodrigo está permitiendo que Roi salga. Que saque fuerzas y se enfrente con la madre.

»No vuelvas nunca más a mi vida.

Rodrigo le ha lanzado esta frase a una madre que había dado por sentada la vulnerabilidad del hijo. La mujer de verdad se ha creído que todavía estaba tratando con Roi, pero no se ha dado cuenta de que el amor verdadero que Marcela y Ramón (que se debate entre la vida y la muerte) le han dado todos estos años ha logrado que su corazón, herido de muerte, lata con más valor que nunca.

En un arrebato inesperado, durante la milésima de segundo que la mujer tardó en devolver la vista al hijo, tras haber mirado al altar donde había preparado la ofrenda a Samhain de la sangre de Triana, él le arrebata el cuchillo y se lo hunde en algún lugar entre las costillas y el abdomen.

La vieja aulla de dolor como una loba herida. Como un mamífero salvaje al que se le ha escapado la presa. La madre derrama su sangre sobre el suelo terrizo de la capilla de San Jorge. La vieja trata de sacar el cuchillo. Pero se da cuenta de que el arma que su propio hijo le ha embutido en las entrañas le sacaría las tripas si tira de él. Lo mira, la mirada febril la tiene ella ahora; se quita la túnica y deja ver su cuerpo famélico, fruto de la locura que había alcanzado su mente muchos años atrás para arrebatar el lugar de la Pilar que se fue a Irlanda y mudarse con todos los demonios para allanar a la mente, de la que nunca más sería Pilar. La mujer salta al foso, ante la mirada descompuesta del hijo, y desaparece nuevamente ante sus ojos, como aquella noche, cuando cerró la puerta tras de sí y lo dejó en el desván, con la promesa de volver a por él. Entonces quiso que volviera; ahora solo quiere que deje de respirar para siempre.

El muchacho se recompone. Apoya la mano herida con la cadena herrumbrosa en el suelo. Ya no le quema la herida, ahora le quema el corazón. Las lágrimas atrapadas durante años en sus ojos se escapan en una carrera arrolladora, dejando fluir todos los sentimientos que, al igual que aquella parte del castillo, llevaban muchos años soterrados. El hombre se levanta. Avanza hacia el altar. Se acerca a la niña. «Está muerta», se dice.

«¡Triana!»

Un grito atronador reverbera en las paredes, dando la sensación de que van a ceder esas piedras centenarias. Y entonces, como deseaba hacer desde aquella última mañana del lunes que se despidió de su pequeña, la levanta del altar improvisado y aprieta el cuerpo de su niña contra su pecho. La niña, flácida, no presenta signos vitales. Rodrigo se arrodilla con la niña pegada a él, y es entonces cuando ve el cuenco vacío. «No hay sangre», piensa. Se acerca la niña a su cara, como cuando de noche la miraba desde que nació, a ver si respiraba. Y entonces, el aliento caliente del cuerpo de Triana le quema el alma.

—¡Triana! —zarandea levemente a la niña, que suspira con una paz infinita, sabiéndose ya en los brazos correctos.

—¡Rodrigo! —la voz de Müller le llega desde la pared.

Müller acaba de encontrar el foso por el que entró Rodrigo y se lanza a él, al igual que el otro hombre, sin medir el peligro. Suerte que no mide más de un metro, pero las esquirlas de la pared, a Iván, que es más ancho que Rodrigo, le han cortado el brazo de arriba abajo. Pero eso no le impide avanzar a pecho descubierto, porque su camisa y su chaqueta las empleó en un fin mejor, mantener lo más cómodo posible a Dimas. La vieja ha dejado un rastro de sangre en todas partes, que ahora, con la luz de la capilla, acierta a distinguir sobre el color terrizo del suelo. Por fin el policía saca su cuerpo del foso, como si la tierra lo estuviese pariendo.

Rodrigo se gira para comprobar que no es la vieja que está volviendo, y al ver a Iván, se arrodilla con Triana junto a la cruz celta.

—Se ha ido —acierta a decir entre sollozos—. ¡No la he matado!

El inspector se acerca. Ahora, ya sin miedo a ser visto, enciende la linterna. La niña está dormida en brazos de su padre; probablemente la abuela la haya mantenido en ese estado a base de hierbas, como las que le daba a Roi. Rodrigo abraza a Müller, que tiene el pecho descubierto. Está tiritando, pero no sabe si es del frío que ha comenzado a sentir o de la emoción de haber encontrado a la niña, en las entrañas del río, con vida.

—Tranquilo, no podrá salir, esto está rodeado por todas partes. Tranquilo.

Y ambos hombres, arrodillados ante la cruz, aunque de otra religión y de otros tiempos, agradecen la vida de Triana. Roi se ha ido para siempre. Rodrigo se ha hecho más fuerte. Iván abraza a la niña. Piensa en Aira, a la que no quiso abrazar.

—No puede huir, Iván. No dejéis que huya —el temor de Rodrigo retumba en las paredes…

Triana suspira.

El río le ha devuelto a la niña desde sus entrañas.

XLV

Quince días más tarde

El informativo de la televisión autonómica de Andalucía, Canal Sur, ha preparado un especial.

Estamos en directo en la puerta del Hospital Infantil Virgen del Rocío; sabemos que en breve van a salir los padres de Triana con la niña en brazos. Tras haber permanecido 10 días en la UCI y cinco en planta. La pequeña, para la que todo habrá quedado en un susto, comenzará a recuperarse junto a sus familiares.

Por la puerta principal del hospital salen orgullosos los padres con la pequeña en brazos, a la que intentan ocultar su rostro. La niña, a la que llevan abrigada con una parka rosa, podrá ahora recuperar su normalidad, sabiéndose segura con sus padres.

—Por favor, Rodrigo —le dice una reportera que se ha acercado a él. Eva ya se ha metido en el coche con el que han subido hasta las escaleras de la entrada principal—. Por favor, ¿puedes decirnos cómo está la niña?

Rodrigo se siente agradecido por tanta gratitud espontánea. Esa que ha nacido del corazón de miles de sevillanos, la de los taxistas que pasearon la cara de su hija por toda Sevilla, la de los comercios que colgaron la foto de Triana en cada escaparate, la de la Guardia Civil, la de la Policía Nacional, la gratitud, no del todo desinteresada, de los medios de comunicación. Por todo ello, el hombre se siente en la obligación de pararse ante la Cámara, por más que de lo único que tiene ganas es de llegar a su piso, ducharse con agua caliente y acostarse junto a su hija durante todas las horas que le dure el permiso que le han dado en la US para quedarse en casa.

—Mi niña está bien. Gracias a los médicos, a la policía que no ha flaqueado ni un momento hasta dar con ella, a los miles de personas

que nos habéis estado apoyando y rezando para que nuestra pequeña apareciese sana y salva. Gracias a todos por estar ahí. Pero quien de verdad nos ha llevado a mi hija, a quien no podría pagarle ni con mi vida, es a Dimas. Él de verdad es el héroe.

—¿Se refiere al chico al que estaba asistiendo en su tesis?

—Sí. A él me refiero. A Dimas, el tío más listo del mundo, el que será en un futuro el mejor profesor de historia de todos los tiempos —Rodrigo deja escapar una leve sonrisa—. En cuanto lo den de alta, lo celebraremos juntos.

La reportera sonríe.

—¿Y qué se sabe de la mujer…?

A la reportera de Canal Sur no le da tiempo a terminar la pregunta para la que Rodrigo, por más que quiere, no tiene respuestas.

XLVI

Finales de noviembre
Jefatura Superior de Policía de Sevilla

Iván y Joana, entre cafés y sarcasmos de esos que le erizan la piel a la subinspectora, preparan nuevos casos, aunque el de Triana aún no esté cerrado.

—¿Os han enviado ya el informe del laboratorio?

Andrés ha interrumpido un momento de intimidad. De esa que se da entre compañeros que se gustan, que tontean, pero que aún no han dado el primer paso ninguno de los dos.

—Sí —se apresura a contestar Joana—. No es de ella. El perfil de ADN no coincide. Nos han dicho que puede ser de cualquiera, incluso que lleve tiempo en el río. Aunque por el estado de conservación, no lleva mucho tiempo tampoco.

Joana se refiere a la zapatilla que encontraron dos días después entre los juncos del río, frente al callejón de la Inquisición, llena de sangre. Pero no era su sangre, y ya era raro encontrar una zapatilla de mujer con restos de sangre en el mismo lugar por donde Dimas, a duras penas, vio salir a la vieja. Ya es casualidad que esto ocurra. Pero, por lo visto, así ha sido.

»A Ruiz y a Martín les pilló cerca, dicen que oyeron caer algo al agua… esa debe estar inflada y verde como un sapo en el lodazal del río —bromea Joana. Pero esta broma está fuera de lugar.

Müller le lanza una mirada inquisitiva que ella sabe captar al vuelo.

»Está bien, perdón —acierta a decir.

Andrés lanza unos documentos sobre la mesa al tiempo que arquea una única ceja, es difícil, pero al comisario se le da muy bien hacerlo.

—¿Qué es? —pregunta desconcertado Iván.

—No nos dan más margen. Cerramos.

—Pero… ¿Cómo que cerramos? Y si esa mujer sigue por ahí campando a sus anchas, ocupando castillos medievales o yo qué coño sé… ¡Venga, no me jodas! Creí que nos iban a dotar de más efectivos.

—Nos lo retiran —asevera Andrés.

—Sí, muy bien. Pues dile al jefe de la División que haga el favor de venir conmigo a decirles a esos pobres padres que no podrán volver a salir tranquilos de su piso, ni dejar a su hija jugar en ningún parque, que tampoco podrán llevarla al jardín de infancia… en definitiva… que la metan en una burbuja.

Andrés enarca la ceja.

—Lo siento, Iván. Tendrás que ir a decirles a los padres que no tenemos nada, y que se acabó.

—Que se acabó, y ya está. ¡Se acabó! Mira, Eva, cuidado con la abuela biológica de tu hija, que es una puta demente psicópata, pero tú haz tu vida, que en el castillo ya no se va a poder esconder más… ¡Qué mierda de explicación les doy!

—Se ha abierto una investigación para esclarecer por dónde entraba esa mujer, dónde coño está la otra entrada a las ruinas, pero eso nos va a llevar mucho tiempo, podría estar en cualquier parte de Triana, e incluso de la otra parte de Sevilla. No podemos ir casa por casa, invadiendo a los vecinos para que nos digan si ellos tienen entradas al mercado bajo tierra, o si le han dado cobijo a esa vieja, ¿lo entiendes? Eso no funciona así. No dejaremos la investigación. Pero no podemos poner al servicio a nuestros efectivos. Tú lo sabes igual que yo.

—Yo lo único que sé es que esa familia no podrá vivir en paz…

Andrés lo mira y asiente. Recoge los documentos y se dispone a salir. Aún de espaldas a un Iván que se ha puesto en pie de la ira que recorre ahora mismo su cuerpo.

—Iván. No lo dejes o se van a enterar por los medios de comunicación.

XLVII

Octubre de 2019
Cinco años más tarde

La niña está nerviosa.
No para de asomarse al balcón.

—Todavía no llegan —dice Triana a sus padres con vocecilla impaciente.

Es una mañana de domingo soleada. A pesar de ser octubre, el sol que alumbra Sevilla se parece al de primavera. Incluso leves notas de azahar son perceptibles si aguzas los sentidos, a pesar de que el azahar hace meses que se convirtió en fruto. La niña espera a los abuelos, a Ramón y Marcela, que le han prometido llevársela a patinar. Después irán a McDonald's y, para terminar el domingo, verán en el cine *Maléfica II*, que se estrenó hace unas semanas. La niña prefiere *Frozen II*, pero esta última se estrena en noviembre, así que el abuelo Ramón le prometió ir a verla también. Desde que lo operaron de urgencias, hace cinco años, el hombre ha resistido como un roble, y está mejor que nunca, sobre todo porque ya no tiene que cargar con una culpa que lo consumía.

—Cierra el balcón, ansiosa, y ven a ayudarme, anda —le dice su padre sonriendo.

Rodrigo está montando una cuna. Esperan a su próximo hijo. Esta vez no han querido saber el sexo, pero aguardan al bebé como regalo de Papá Noel. Eva está molesta con la barriga, y además tiene un pálpito que no la deja estar del todo feliz. La psicóloga que la trata desde hace años le ha dicho que es normal, que ahora que sus sentidos están más alborotados con el cambio hormonal, sienta esos miedos propios de las gestantes, y más, incrementados en ella debido a la experiencia traumática que vivió durante el secuestro de su niña.

—Ven, Triana, que el bebé está dando patadas —la avisa Eva para que le toque la barriga.

La niña cierra el balcón y corre hacia el sofá donde está su madre, pero antes de llegar a tocarla, suena el timbre de la puerta. Eva y Rodrigo se miran extrañados.

—¿Otra vez ha fallado el telefonillo? —pregunta Eva.

—No, debe ser que alguien ha abierto cuando ellos llegaban —le contesta Rodrigo, no del todo convencido, pero pensando que son sus padres.

—¡Voy! —grita la niña al tiempo que sale disparada por el corto pasillo hasta la puerta de entrada.

Ella también cree que han llegado los abuelos, aunque no los haya divisado desde el balcón.

La niña se va a abrir.

Pasan dos segundos, tres, cuatro, cinco…

La niña, que acaba de salir por el pasillo corriendo, ya no contesta.

—¡Triana! —grita Eva, que tiene un pálpito desgarrador.

Rodrigo se levanta ante el silencio de su hija, y sale a buscarla como un loco.

—¡Triana! —grita.

Pero Triana, ajena a la dramatización hipersensorial de los padres, ante su leve silencio, aparece entretenida, mirando algo que ha cogido del suelo. La niña ha aparecido ante él. Viene sola, y trae algo en la mano.

—No eran los abuelos —dice distraída mientras mira lo que ha cogido del suelo—. Han dejado una pegatina en la puerta. ¿Qué es?

Y se la tiende a su padre. A Rodrigo se le cae el destornillador al piso, y el alma al suelo.

—¿Quién era? —pregunta Eva desde el salón.

Rodrigo mira a la niña.

—Triana —le dice mirándola fijamente y colocándose a su altura —. No le enseñes la estampita a mamá, o se pondrá triste. Si ella está triste, el bebé también lo estará, y ahí dentro de su panza no estás tú para darle mimitos. ¿De acuerdo?

La niña asiente. El padre le coge la mano y se la lleva a su boca. Ella hace el gesto de cerrar una cremallera. El padre hace lo mismo.

»Muy bien —le dice el padre.

—Y… ¿A los abuelos? —pregunta inocente la niña.

El padre niega con la cabeza.

—A nadie. Será nuestro secreto. Como ya eres mayor, estás preparada para guardar secretos de mayores —le susurra el hombre, que ha comenzado a temblar.

La niña asiente y vuelve a hacer el gesto de la cremallera.

—¡Chicos…! —exclama Eva un tanto enfadada porque los está oyendo murmurar— ¿Qué os traéis entre manos?

—Era un señor que se ha confundido de piso —le dice la niña y le guiña el ojo a su padre, sintiéndolo cómplice de una travesura. Nada más.

—Sí, le estaba indicando cómo salir —confirma el padre.

La niña se vuelve a asomar al balcón.

—¡Ahí vienen! ¡Ya están ahí los abuelos! —exclama Triana jovial. A la niña ya se le ha olvidado lo que ha visto, sobre todo porque no sabe qué es.

Rodrigo aprieta el puño dentro de su bolsillo. Su mente ha viajado otra vez en el tiempo. A su encuentro vienen de nuevo los recuerdos enfangados de aquellos días. La sangre. Las ruinas. Las cartas…

«¿Dónde coño estás…?», se pregunta el hombre, pero él mismo sabe la respuesta.

Cambios repentinos sin otra alternativa. Todo colapsa. Escape de la prisión. El «dedo de Dios» te apunta. Muerte súbita.

Esto significa la carta de arcanos que Triana le ha dado a su padre.

«La Torre», se dice el hombre. «Es la torre».

La carta del tarot celta que han dejado por debajo de la puerta es La Torre.

Nota final

Ahora que has llegado hasta aquí, creo que sería buena idea contarte un poco el motivo que me impulsó a dotar a Pilar de ese desequilibrio mental que la llevó a cometer actos atroces.

En primer lugar, debo decir que a título personal me fascina entender el comportamiento de la mente humana, creo que es uno de los entresijos más difíciles de dilucidar. Entre otras cosas porque, en mi humilde opinión, no tenemos ni la más remota idea de cómo funciona nuestra mente. La mente humana, capaz de controlar un cuerpo, es también capaz de amar hasta límites insospechados, pero a la vez de matar sin conciencia alguna. ¿Por qué unos humanos nos comportamos de una manera y otros de otra? ¿Por qué alguien no es capaz de hacer daño y, sin embargo, otros, disfrutan con ello? Siempre me he preguntado dónde está la línea roja que separa ambos comportamientos. En qué momento de la vida, y me refiero a la vida incluso antes de nacer, se gesta un o una psicópata. ¿Cuál es el punto de inflexión? ¿Dónde está el daño, el trauma o cualquier otro desencadenante que impulse a un asesino a serlo? La pregunta es: ¿Se nace, o se hace?

Las enfermedades mentales, las grandes estigmatizadas, son solo un daño colateral, quizá de otro tipo de acontecimientos, no en todos los casos, pero sí en muchos. Los desencadenantes son traumas, entornos conflictivos, infancias rotas… Solo en España se estima que un tercio de la población sufre, o ha sufrido en algún momento, algún tipo de trastorno mental. Las cifras son abrumadoras teniendo en cuenta que muchos de estos trastornos no son solo perjudiciales para el propio individuo que los sufre, sino también para el resto de la población.

En el caso que ocupa la mente de uno de los personajes de esta trama que, aunque ficticia, podría ser totalmente real en cualquier hogar, es una enfermedad que puede tener su origen en la infancia, en la genética del paciente, e incluso haber desarrollado estas

conductas enfermizas a consecuencia de algún trauma no asociado con esta patología, pero que ha servido de desencadenante en una mente enferma. Un trauma que ha podido actuar en un cerebro dañado, como el acelerante para la combustión de las llamas.

El síndrome de Münchhausen es, en sí misma, una forma de maltrato, ya que la persona que la padece, en multitud de ocasiones, se inventa enfermedades o síntomas de estas, con lo que se mantiene sometida a un estado continuado de enfermedad.

Este síndrome, en su variante más grave, el síndrome de Münchhausen por poderes, llevan a quien lo padece, un progenitor/a o cuidador/a, a provocar, a su hijo o persona a su cargo, síntomas reales, como consecuencia de enfermarlos adrede, para así poder ser el centro de atención, mediante la compasión y la pena que genera la situación de enfermedad.

Normalmente, las personas que padecen este trastorno tienen una psicopatía enfermiza. Tienden a mentir continuamente. Son, por regla general, personas muy inteligentes y con una gran facilidad para manipular. Su mente es maquiavélica, y se estima que la víctima, sea menor de edad o dependiente, está en grave riesgo si no se detecta a tiempo este tipo de conductas.

La mente humana, en toda su extensión, es un complejo entramado de galerías y túneles perfectamente conectados con una conciencia, donde se almacenan cantidades ingentes de recuerdos y vivencias, si bien, las personas con algún tipo de trastorno mental suelen tener dificultad para encontrar la salida a través de las sinuosas galerías, fosos sepultados bajo toneladas de fango, y vivencias oscuras y soterradas que ni son conscientes de tener.

Cristina Atienza

Agradecimientos

Aunque construir la trama de La sangre de Triana no me ha llevado muchos meses, lo cierto es que llevaba casi dos años rondándome la cabeza, y es curioso, ahora que echo la vista atrás, lo difícil que me ha resultado encontrar esa primera frase, o ese primer capítulo, y lo realmente fácil que ha sido ir hilando la trama una vez que arranqué con esas primeras páginas.

En la creación del relato, de los distintos escenarios y del argumento, he tirado mucho de la historia, aunque debo decir que me he permitido el atrevimiento de modificar alguna fecha o lugar, para adaptarlo a la trama y conseguir así que fuese de esas historias que, por momentos, te dejan sin respiración.

Elegí Triana porque es un lugar mágico, porque tiene duende (como decimos en Andalucía) y porque el día que bajé por primera vez a las ruinas del castillo de San Jorge, bajo el mercado de Triana, me sentí Dimas… con esas ganas inmensas de saber más, y (¿por qué no?) de hallar esos pasadizos secretos que puede haber bajo la piel de Sevilla.

Ahora analizo todo lo que ha podido influir o confluir en esto y, sinceramente, siempre llego a la misma conclusión: han sido ellos, los personajes, los que han buscado mis manos, mis palabras… Siempre han sido ellos. Cada noche, cada minuto del día, cada instante que han podido han ocupado por completo mi mente, susurrándome la historia paso a paso.

Por eso mi primer agradecimiento va para todos los protagonistas de esta historia, y en especial para Triana, a la que prácticamente he visto nacer.

A Roi, por dejarme que entre dentro de su mente y extraiga cada miedo, y a Rodrigo, por ser la voz y el ejemplo para muchos.

A Pilar, ¿por qué no? Porque ha sido ella la que más juego me ha dado en la trama, y por supuesto, a Müller y Joana, porque son los que, sin duda, me dejan la puerta abierta…

A vosotros, los lectores, los que, sin duda, vais a ser los que consigáis dar la vida definitiva a todos los protagonistas de La sangre de Triana. Con cada lectura, los tendremos más cerca…

A mi compañero de vida, que ha sido también mi primer lector, aguantando estoicamente esos días en los que mis horas se han fugado tecleando. ¡He conseguido engancharlo a la trama desde la primera página!

A Claudia y Hugo: Sois mi motor y mi vida y, sin duda, la mejor historia de amor.

A mi familia: a los de sangre y a los agregados años más tarde, porque la familia es eso, lo que somos nosotros, esas personas que se conocen un día y se quieren para siempre.

A Tania, porque siempre tiene una pregunta que me deja pensando.

A mi *coven* (cofradía) de brujas. Todas mis brujas, las que me apoyáis en todo, las que os leéis mis libros, las que decís qué capítulo os ha gustado más y qué capítulo no. Las que lloráis con mis historias, las que reís, las que siempre tenéis una palabra bonita y, si no es bonita… es para ayudar. Si nombrara a todas mis brujas, necesitaría un capítulo, pero vosotras ya sabéis que os lo agradezco de todo corazón. A los brujos, también.

A mi bruja de Zugarramundi, por haber compartido conmigo algún que otro aquelarre y algún café.

A mis lectores cero: Inma, Manuel y Elena; me han ayudado a sentir que seguir merecía la pena…

A Consuelo García del Cid: gracias por ayudarme a ver la realidad de todo. Por darme buenos consejos y por enseñarme el camino; ya estoy en él.

A Pere, gracias por todo. Por estar, y por ser. Por la paciencia demostrada y por la gran profesionalidad que tienes.

A Nala y Nora (mis perras) que me han acompañado muchas noches mientras escribía, y cuando no escribía, también…

A Pili, por ayudarme a entender y darle vida a Dimas.

Por último, a todo aquel que tenga este libro entre sus manos. Te pido que me guardes el secreto, no hagas spoiler de la historia; aunque si quieres saber más de ella, como por ejemplo el porqué de

ese final que deja la puerta abierta, escríbeme y estaré encantada de contarte más. Pero ya te lo adelanto: sí, hay una segunda parte… y ya me la están susurrando los personajes.